

*Selección RNR*

*Los secretos  
de Topacio*



CATHERINE BROOK



*Romance Histórico*

Los secretos de Topacio  
Serie Joyas de la nobleza – Libro 2.º

Catherine Brook



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## PRÓLOGO

*Surrey, 1804*

Topacio Loughy se apretó más contra la pared de madera. Pensó que quizás no había sido buena idea esconderse en el armario que había llegado esa tarde para su tía Henrietta, y que todavía no habían llevado a su habitación. Sin embargo, pareció ser la mejor opción cuando la institutriz les propuso, de manera bastante insistente, a su parecer, que jugaran a esconderse. En ese momento, Topacio supo que algo no iba bien, y ahora, mientras escuchaba los disparos provenientes de afuera, tuvo la certeza que no se había equivocado.

Se abrazó a sí misma para intentar detener los temblores que el miedo provocaba en su cuerpo. No tenía la menor idea de qué podía estar sucediendo en el salón, pero sabía que no era nada bueno. Las lágrimas rodaban por sus mejillas como una cascada y solo morderse el labio impedía que los sollozos hicieran eco en el encerrado lugar. Esperaba que sus primas hubieran elegido un mejor sitio para esconderse, porque ese, definitivamente no lo había sido.

Un «NO» dicho en tonalidad bastante alta la puso en alerta. Era imposible no reconocer la voz de su madre, pues había escuchado más de una vez esa palabra de su boca, solo que nunca había tenido ese tono de terror impreso.

Armándose de un valor desconocido, se acercó a las puertas del armario y las abrió un poco, lo suficiente para poder observar cómo un hombre con la cabeza cubierta le disparó a la mujer que le había dado la vida.

Un grito de horror pugnó por salir de sus labios, pero no supo si fue por el miedo, o por la impresión, que este murió antes de emitirse en voz alta. El chillido que ella no pudo profesar salió de la boca de su padre, quién se abalanzó contra el agresor e iniciaron una pelea por el arma.

—Todos morirán —aseguró la voz del uno de los asesinos.

Este hombre tenía la cabeza cubierta, pero Topacio no necesitó más que escuchar su voz para reconocerlo. La sangre se le congeló en las venas y su respiración se volvió dificultosa. No, no podía ser, él no podía haber orquestado todo eso. No podía ser quien pensaba. No el tío Mathew.

—¿Por qué haces esto, Mathew? —gritó su padre— ¿Qué te hemos hecho? Siempre te hemos tratado bien.

—Me han brindado su lástima, querrás decir —dijo la voz amarga del otro hombre—. Todo esto debió ser mío, no de ustedes. ¡Mío!

—Entonces, ¿nuestro pecado es haber nacido? —espetó su progenitor mientras intentaba quitarle el arma a aquel ser que quería matarlo— Dime, ¿qué ganaste arruinando mi hacienda? ¿Qué ganaste incendiando la hacienda de Colin? Porque ahora estoy seguro de que fuiste tú el causante de todas nuestras tragedias, pero sobre todo ¿qué ganas matándonos? Esto jamás será tuyo de igual forma. No podrás heredar.

—Tal vez no, pero ni tú ni los demás vivirán para disfrutarlo tampoco. Esa será mi venganza.

—¡Estás loco!

El asesino movió bruscamente el arma hacia abajo con la intención de quitársela, pero su padre era más fuerte y logró conservarla. La pelea por esta se hacía cada vez más reñida y se fueron desplazando hasta que Topacio no pudo verlos. Cuando sonó un disparo se sobresaltó y se atrevió a abrir un poco más el armario, solo para buscar desesperada una respuesta. El alivio la inundó cuando vio a su progenitor caminar hasta quedar de rodillas frente al cuerpo inerte de su madre. Ella iba a salir, quería ir hasta ellos, pero sus pies se negaron a moverse. Su padre alzó entonces la vista y la vio, le hizo una rápida seña para que volviera a esconderse y le dirigió una de esas miradas que advertían que esperaba ser obedecido.

Lo último que Topacio vio antes de meterse nuevamente al armario fue cómo un hombre disparaba a su padre y lo dejó inmóvil en el piso.

El cuerpo empezó a temblarle sin poder controlarlo y su mente era incapaz de analizar lo sucedido. No, ellos no podían haber muerto. Ese hombre no pudo haber hecho eso. Él siempre los había tratado bien ¿Cómo se atrevió a traicionarlos de esa forma?

Los sollozos empezaron a volverse esta vez más fuertes. Ella no quería hacer ruido, pero le era imposible parar. Acababan de matar a sus padres. Ella lo había visto y no había hecho nada por evitarlo. No había intentado defenderlos. Era una cobarde.

Los disparos cesaron luego de un tiempo indefinido.

Con el cuerpo tembloroso, abrió las puertas del armario y salió.

El salón principal, antes adornado para la Nochebuena, se había vuelto un río de sangre en el que flotaban cuerpos inertes. No había rastros de sus agresores.

—¿Mamá? ¿Papá? —dijo entre sollozos viendo los cuerpos de sus padres—. Respondan. —Se acercó a ellos y los movió—. Les prometo que me portaré bien, pero respondan.

Silencio. Su voz era la única que se escuchaba en el lugar.

—¿Tía Henrietta? —Movié el cuerpo de la mujer rubia—. Tía Henrietta, tienes que supervisar dónde pondrán tu armario. Tío Colin, dile que despierte; si suben el armario sin su supervisión, lo pondrán en el lugar equivocado.

El hombre rubio no se movió.

—¿Tía Marion? Tía Marion, recuerda que Rubí te desobedeció y se trepó a ese árbol de donde luego se cayó. Dijiste que la ibas a castigar ¡Tienes que despertar para castigarla!

Topacio se desplomó en el piso intentando negar lo innegable, todos estaban muertos. Observó a su alrededor. Su abuela paterna estaba solo a unos pasos de ella, su abuelo materno se encontraba más atrás. Los padres de sus tías estaban por algún otro lado del salón. Todos muertos.

—Topacio.

La voz fue solo un débil susurro, pero suficiente para ser escuchado por la niña cuya esperanza se aferraba a cualquier cosa.

—¡Tío Albert! —exclamó— ¡Estás despierto! Tienes que levantarte, tú siempre dices que uno debe levantarse después de cada caída, ¿Vas a caso a negar tu propio consejo? ¡Párate! —ordenó acercándose a él.

La cara del hombre se torció en una mueca que pretendió ser una sonrisa.

—Siempre dando órdenes, Topacio —murmuró—. Promete una cosa, querida niña—. Una tos con sangre lo interrumpió—. Pro... promete que siempre estarán unidas, prométeme que harán lo posible para que las otras sean felices, júrame que usarás tu instinto gitano, que nunca te falla, para el bien.

Otro ataque de tos.

—Esa es más de un promesa —observó la niña—. Pero te las prometo todas si te levantas.

Él negó con la cabeza.

—Me temo que se pondrá a prueba la fortaleza de todas, mi niña. Si tan solo le hubiera hecho caso a tu abuela... Ella se lo advirtió a tu madre. Le advirtió que el peligro nos asechaba. —más tos—. Su hija murió y probablemente nunca lo sepa. ¿Me lo prometes, entonces?

Ella asintió con las lágrimas que rodaban por sus ojos.

—Te lo prometo.

La mueca de una sonrisa volvió a asomar a sus labios.

—Bien, busca a las demás y váyanse, huyan antes de que regresen.

Sus ojos se cerraron antes de que pudiera decir más.

Topacio se limpió la última lágrima de la mejilla. No creía que regresaran, ya que el causante de todo estaba a unos metros atrás de ella. Pero se irían solo porque no creía soportar ver esa escena más tiempo.

Un grito ahogado sonó desde la escalera. Era Zafiro. Sus ojos azules miraron con horror la escena antes de llenarse de lágrimas.

—¿Están dormidos verdad?

La voz de Esmeralda la hizo girar nuevamente la cabeza. La pequeña de tan solo cuatro años miraba los cuerpos inertes sin entender nada.

—Rubí, ¿por qué duermen en la Nochebuena? Aún es temprano ¿Por qué hay tanta sangre?

Rubí no respondió. Los sollozos empezaron a invadirla.

—Tenemos que irnos —dijo Topacio sin una lágrima en su rostro—. ¡Ahora!

Ninguna puso objeción. Aunque hasta el último momento miraron hacia atrás, como si todo fuera a volver a la normalidad de repente y lo vivido fuese solo un mal sueño.

Topacio también tuvo esa esperanza, pero mientras recorrían los caminos de tierra la desechó. Ellos no despertarían porque todos estaban muertos. Muertos debido al odio desmesurado de alguien en quien confiaban. Si no se podía confiar en la familia, ¿en quién se podía confiar? Si tu propia sangre te traicionaba ¿Por qué no podía hacerlo alguien más?

El camino hacia el lugar indefinido lo recorrió con la mente en otro lado. Su cerebro rememoraba una y otra vez lo sucedido, y las imágenes de los asesinatos paseaban ante sus ojos como si las estuviera viendo de nuevo, torturándola, haciendo que se reprochara el no haber podido hacer nada. Era una cobarde, pero nunca más, se juró. Jamás volvería a ser una cobarde. Nunca más volvería a mostrar debilidad. Pero, sobre todo, en su vida volvería a confiar en alguien que no fueran esas personas que caminaban junto a ella en ese momento. La gente era mala, y siempre tendría que estar alerta. Un traidor podía estar donde sea, debía que mantener las defesas altas para que nadie pudiera hacerle daño. No sería la misma. Topacio Loughy jamás volvería a ser la misma.

## CAPÍTULO 1

Topacio se enderezó bruscamente en la cama y con una mano secó el sudor de su frente. Otra vez la misma pesadilla. Tal parecía que esos recuerdos no la abandonarían nunca, pero que hubieran pasado tantos meses desde la última, le había dado ciertas esperanzas.

Sabiendo que le sería imposible volver a dormirse, tomó una bata, una vela y bajó hasta la cocina. Allí se preparó un té y lo bebió mientras rememoraba lo nefasto que había sido ese día. La pesadilla solo había sido la cereza del pastel para culminarlo.

Cuando esa mañana recibió una nota de lord Frederick, en la que pedía que se vieran en la noche en un lugar poco transitado de Hyde Park, supo que no estaba tramando nada bueno. De hecho, cualquiera lo hubiera supuesto ¿Qué clase de caballero citaba una dama a solas en la noche? Se debía tener un nivel bajo de inteligencia para pensar que existían intenciones honorables detrás.

El hombre había estado practicando con ella últimamente una especie de cortejo. Intentaba enamorarla y no se alejaba de su lado por más grosera que se portara. Cualquiera diría que se había enamorado, cualquiera menos ella. No era tonta, y su instinto jamás le había fallado, por lo que no desconfió de este cuando le advirtió que lord Frederick planeaba algo. No obstante, aunque no se consideraba, ni se consideraría estúpida, tenía que admitir que haber asistido a esa reunión fue una completa idiotez. Su única justificación era su espíritu aventurero y nata curiosidad.

Al acceder a ir a esa cita que desde todos los puntos de vista era más que inapropiada, solo deseaba dos cosas. Primero, descubrir de una vez por todas por qué lord Frederick no la dejaba en paz y parecía estar tan interesado en ella. Segundo, quería divertirse un poco. Deseaba experimentar la adrenalina

del peligro que la sociedad le tenía vedada por ser mujer. Sabía que podía suceder cualquier cosa cuando salió esa noche, vestida de hombre, hacia Hyde Park; pero decidió tomar el riesgo. Su vida era muy aburrida últimamente y quería vivir una aventura.

Esa aventura solo consiguió que pudiera escapar intacta por algún milagro.

Cuando llegó al lugar acordado, este se encontraba completamente solo. No debería haberle causado sorpresa, entonces eran casi las diez de la noche, no era una hora común para un paseo, y aunque lo fuera, no era uno de los caminos que más se recorrieran del afamado parque. La sensación de peligro la inundó apenas llegó y eso debería haber bastado para que cualquiera diera media vuelta y se marchara, hubiera bastado si ella hubiese sido más cobarde, pero no lo era. Ese sentimiento le era desde hacía años desconocido y no pensaba traerlo de nuevo. Así que se quedó ahí tomando con la mano la pistola que había guardado entre su pantalón como toda medida de seguridad.

El silencio en el lugar se volvía más tenso a cada minuto que pasaba, pero eso no la desanimó y se recostó en un árbol para esperar. Cuando empezó a sentirse fastidiada, habló.

—¿Lord Frederick?

Nadie respondió.

Acababa de decidir que no seguiría perdiendo su tiempo cuando una mano la agarró por el brazo y la pegó a un fornido cuerpo. Topacio se había encontrado mirando entonces a los claros ojos de lord Frederick.

—Disculpa la tardanza, querida.

Ella bufó y se alejó de él. Se dijo que hacía todo eso para librarse de una vez de esa sanguijuela fastidiosa.

—Déjese de juegos tontos, lord Frederick, si vine es porque quiero saber, de una vez por todas, la razón de su interés en mí. Tal vez así pueda librarme de su presencia pronto. —respondió tajante.

A pesar de la oscuridad reinante, el brillo maligno en los ojos del joven rubio no le pasó desapercibido a Topacio quien, muy en contra de su voluntad, había retrocedido unos pasos.

—Me sorprendes que no sepas qué deseo, querida, sobre todo, teniendo en cuenta que has venido. Cualquiera afirmaría que estás de acuerdo, no veo por qué fingir inocencia.

Topacio entendió en ese momento todo, y también comprendió que había sido una estupidez ir ahí. En vez de salir huyendo como se hubiera esperado,

sonrió con la misma maldad que él.

—¿Quiere deshonrar a una joven respetable, lord Frederick? —preguntó en tono burlón—. Nunca creí que fuera un hombre de esa clase, pero me temo que se ha equivocado de presa.

—¿Ah sí? —cuestionó arqueando una ceja—. Si no lo deseas ¿Por qué estás aquí?

Ella se encogió ligeramente de hombros, ese era su gesto más característico de cinismo.

—Por salir del tedio, para descubrir la razón tras su falso interés, o puede que sea solo estupidez, pero no por lo que creyó. Lamento decepcionarlo.

—Si lo que querías era salir del tedio, te aseguro que tomaste la decisión correcta.

Él había dado un paso hacia delante y, aunque se odió por ello, ella había retrocedido de nuevo.

—No lo creo, lord Frederick, no tengo la menor intención de matar el tedio con usted. Seguramente quedaría más aburrida. Búsquese a otra paloma que sí quiera ser mancillada y que caiga rendida a sus pies.

Empezó a retroceder, pero no se giró, nunca había que darle la espalda al enemigo, ni mucho menos confiarse. Esa era una dura lección que había aprendido de la peor manera.

—No lo creo querida, tienes que ser tú o no tendré mi dinero.

—¿Dinero?

—El dinero que aposté con unos amigos. Aposté mil libras a que domaría a la fiera de Topacio Loughy. No pienso perder mi dinero y tú no vas a hacer que lo pierda.

Topacio se negó a sentir miedo y mucho menos a mostrarlo.

—Temo que esa apuesta fue toda una imprudencia de su parte, lord Frederick. El día que alguien me domine será cuando el infierno se congele. Lamento informarle que ha perdido mil libras.

—Yo creo que no querida, te aseguro que no.

Lord Frederick había sonreído y luego silbó.

Topacio vio cómo dos hombres más aparecían tras los árboles. Los reconoció como Los Marcus y Lord Chase. Todos eran jóvenes lores libertinos e irresponsables que solo disfrutaban de lo que su posición les proporcionaba.

—Debí saber que los cobardes no trabajan solos —comentó Topacio con

una carcajada amarga.

Los hombres empezaron a acercarse a ella y fue cuando sacó la pistola y apuntó, moviéndola por todos sus posibles objetivos. Imbéciles. ¿En verdad creían que podían mancillarla sin que opusiera batalla? Al parecer, eran lo suficientemente estúpidos para creerlo, así como debían ser tan estúpidos para atreverse a agredir a una dama. El duque los mataría si llegaban a completar la ofensa, pero por qué molestar a William si podía hacerlo ella.

—Bien, queridos, el primero que dé un paso al frente, será el primero en reunirse con el Creador. No se engañen, no soy tan estúpida como para haber venido aquí sin ninguna protección. —Aunque sí lo bastante estúpida por haber ido ahí— Tengo dos pistolas. —en realidad tenía una, pero eso ellos no lo sabían—. Puedo agarrar la otra con una agilidad impresionante; se los aseguro, los dos primeros en acercarse serán los primeros en morir. No teman por mi puntería, es muy buena; aun siendo de noche, un balazo al corazón y morirán sin mucho sufrimiento.

Los hombres se quedaron petrificados, incapaces de creer que en verdad se encontraban en esa posición. Era imposible, inimaginable. Topacio había tenido que hacer uso de su fuerza de voluntad para no mostrarse débil. No tenía intención de matar a nadie, pero dispararía si tenía que hacerlo, y que Dios la ayudase.

—Bien, ya que nadie tiene el valor de dar un paso al frente, los invito a dar un paso atrás.

Los hombres empezaron a retroceder, pero lord Frederick dijo mientras lo hacía:

—La hija de una gitana dándose aires de dama, eso sí que es nuevo.

Topacio había tenido que hacer un esfuerzo enorme por no perder el control. Nadie se metía con su familia y mucho menos con su difunta madre. Era cierto que había sido mitad gitana, y también era verdad que ellas no tenían muy buena reputación, pero su madre era una dama y no permitiría que nadie la ofendiera. Tamara Loughy había sido la hija de un hacendado rico y de una gitana. Ella la había dejado a cargo de su abuelo porque deseaba que su hija tuviera una mejor vida, que se criara como una dama, y así fue; quizás nunca pudo recibir el apellido de su padre, pero era una dama que, aunque de vez en cuando visitaba a su madre, era respetable, tal vez despreciada por la sociedad, pero respetable. Su padre se dio cuenta de ello y por eso la desposó, siempre la defendió de los ataques de la gente y ella

tampoco permitiría que la ofendieran, mucho menos estando muerta.

—Veo que tiene ganas de morir hoy lord Frederick, no tengo ningún problema en darle el gusto.

—Tú no puedes matarnos —aseguró.

—¿Ah no? ¿quién me detendría? Estaría lejos de aquí antes de que alguien encontrara sus cuerpos.

Se enorgulleció de que su voz sonara tan fría como la de una verdadera asesina, eso los asustaría más.

—Investigarán, y uno de nosotros quedaría vivo para delatarte.

—Sería interesante oír esa versión. Una joven dama que seguramente estaba dormida en su cama en esos momentos, mató a dos aristócratas. Primero mandan a Bedlam a que lo diga antes de detenerme a mí por asesinato, no sean ridículos. Ahora, sigan retrocediendo.

Los hombres hicieron caso. Cuando vio que estaba lo suficientemente lejos, se giró y echó a correr como si su vida dependiera de ello —literalmente, su vida dependía de ello—. Esa experiencia le enseñaría a no volver a hacer oídos sordos a su fiel instinto, por lo menos se había llevado el arma.

Mientras corría, una sonrisa se formó en su rostro. Ver las caras asustadas de todos esos arrogantes aristócratas bien había hecho que valiera la pena el riesgo corrido.

La sonrisa se le borró cuando, al no ver por donde corría, tropezó con un duro cuerpo cuyo dueño de inmediato la sujetó por los hombros.

Topacio vio con horror cómo su pistola se le resbalaba de las manos e iba a parar al piso. Miró entonces al desconocido.

—¿Estás bien, mu... muchacha?

El simple moño en el que había recogido su pelo debió haberse soltado en algún momento de la carrera y dejó que su cabellera caoba cayera en cascada por su espalda mostrando su condición de mujer.

—Perfectamente. Ahora, suélteme —ordenó.

El hombre no le hizo caso y la observó con curiosidad. Topacio también lo vio. La oscuridad no le permitía ver bien sus rasgos, pero lo poco que podía identificar decía que era un hombre guapo. Su cabello y sus ojos eran oscuros y su cuerpo estaba bien formado. Topacio se estremeció en sus brazos. Podía ser un hombre peligroso. Observó su ropa, vestía como un caballero, pero eso no significaba que fuera buena persona, acababa de comprobar que no todos los que llevan ropa fina lo eran. Estaba metida en un buen lío.

—¿Por qué corría de esa manera? —le preguntó el desconocido con curiosidad.

Topacio lo fulminó con sus ojos grises.

—Eso a usted no le interesa, ahora ¡Suélteme!

—Me temo, señora, que dejar que una dama ande sola por la noche va en contra de mi código de caballero. No importa que dicha dama esté vestida de hombre.

Topacio bufó.

—¿Y qué piensa hacer, acompañarme para asegurarse de que llegue a salvo?

—Podría ser una opción, sí.

—Pero qué caballero es usted y qué suerte la mía —se burló—. Si es tan caballero como dice, ¿por qué no me suelta? —Intentó zafarse, pero no lo consiguió.

El hombre sonrió dejando que una hilera de dientes blancos sobresalieran en el oscuro lugar.

—Si lo hago, saldrá corriendo.

—¿Y eso a usted qué le importa?

—Ya le he dicho que no pienso permitir que una dama ande sola a estas horas de la noche, y menos una que puede estar en peligro. Venía huyendo, no lo niegue —dedujo.

Topacio gruñó.

—No necesito ni su ayuda ni la de nadie, ahora ¡quíteme las manos de encima!

—No, hasta que me diga de qué o de quién huía.

—¡De nadie!

—¿Entonces salió a correr a medianoche? —preguntó y ella pudo ver cómo arqueaba una ceja divertido.

Topacio intentó tranquilizarse. Qué hombre más entrometido.

—¿Por qué no hacemos algo? Usted me deja ir y olvida que esto sucedió.

—Me temo que no puedo hacer eso. No se olvida a una dama tan bella como usted.

—Entonces, déjeme ir y mantenga mi cara en su recuerdo.

Él posó su vista de repente en sus labios.

—La dejo ir si me da un beso, dulzura.

Topacio no pudo evitar sorprenderse ante la propuesta. Se había tenido que

topar con todo un granuja. Lo que le faltaba. Tenía que irse de ahí y olvidar que esa noche existió.

—Bien —Se alzó de puntillas hasta casi rozar sus labios—. Acepto —dijo con voz seductora.

Cuando el hombre bajaba la cabeza para rozar su boca, ella aprovechó que había bajado la guardia para propinarle un rodillazo en la entrepierna.

Él soltó un alarido de dolor y ella consiguió zafarse. Él intentó retenerla con una mano, pero ella se soltó y siguió corriendo. No paró hasta que logró escabullirse nuevamente en la casa. Luego se hubiera ido a dormir, dispuesta a olvidar todo, pero tal parecía que el destino tenía otros planes.

Terminó su té. Esa noche podía catalogarla como la segunda peor de su vida. Vaya que había tenido una aventura, pero una bastante peligrosa. Apenas logró escapar intacta de los dos encuentros.

Lo peor de todo era que había perdido su anillo en algún punto de la carrera. Ese anillo que era tan especial para ella. El anillo que le habían regalado sus padres cuando nació. El anillo de topacio. Era el único recuerdo que tenía de sus progenitores y lo había perdido y todo ¿por qué?, por querer vivir una aventura. Ahí tenía su aventura.

Nunca había sido de las que se lamentaban mucho de las cosas, pero eso sí que le daba rabia. Probablemente lo había perdido en la pelea con el entrometido desconocido. Vaya que era un hombre extraño, mira que querer acompañarla hasta su casa para asegurarse que llegara a salvo. Ja. No era tan tonta como para creerse ese cuento. A kilómetros se notaba que el hombre era una granuja, fueran cuales fueran sus intenciones, no eran buenas. Pero, entonces, ¿por qué había sentido que era sincero? ¿Por qué no se sintió en verdadero peligro cuando él la tenía en sus brazos? Seguramente, lo que sucedió antes la había afectado. Sí, eso tenía que ser. Estaba tan desesperada por huir que su cerebro tomó como sincero el primer indicio de ayuda. Pero el hombre no debía tener buenas intenciones; era raro, por no decir imposible, que alguien las tuviera. No podía confiar en nadie.

Se levantó, fue a su cuarto para intentar dormir. La boda de su prima Rubí sería en unas horas y no quería llegar con ojeras. Rowena la mataría si lo hiciera.

Adam colocó sus brazos tras su cabeza y observó, desde su cama, cómo se

consumía el fuego de la chimenea. No podía dormir. Su barco había arribado a Londres cuando eran alrededor de las siete de la noche, debido a un pequeño problema. Ya que no había nadie que lo esperara, ni que mandara por él, tuvo que tomar un coche de alquiler para que lo llevara a su casa. Pero, para su mala fortuna, el carruaje tuvo un pequeño percance, y no le quedó otra alternativa que esperar una hora en las calles de Grovensor Square a que lo arreglaran. Ahí, mientras esperaba, tuvo lugar uno de los episodios más raros de su vida, y vaya que había vivido cosas raras en los últimos años.

Su espíritu aventurero fue lo que lo llevó a volverse espía de la Corona inglesa. Durante los años de guerra sirvió de espía en más de una ocasión. Arriesgó su pellejo incontables veces. Estuvo a punto de morir al menos unas dos ocasiones. En esos años había aprendido a moverse silenciosamente. Se escabullía con facilidad de los lugares. Siempre estaba alerta y sabía cómo defenderse, pero en ninguno de esos años había podido aprender, a pesar de cometer varias veces el mismo error, lo peligrosa que podía ser una cara bonita de mujer, y es que ellas eran su debilidad. Otra lección de esas se la habían dado esa noche, cuando la desconocida le dio la bienvenida a Londres con un rodillazo en la entrepierna.

Recordó el acontecimiento con una mueca.

Estaba esperando a que el cochero descubriera el motivo por el cual el vehículo se detuvo cuando un suave cuerpo tropezó contra él. Instintivamente, lo tomó por los hombros para evitar su caída. Al principio creyó que era un muchacho, pero cuando el abundante pelo se soltó del moño en que lo tenía recogido pudo notar, no sin sorprenderse, que era el cuerpo de una mujer vestida de hombre el que tenía frente a sí.

—¿Estas bien, mu... muchacha? —había preguntado aún sorprendido.

—Perfectamente, ahora suélteme —había ordenado ella.

Él no le hizo caso y se dedicó a observarla. Por lo que pudo ver, era una mujer hermosa. No lograba distinguir el color de su cabellos, pero esos ojos grises los recordaría si los volviera a ver. Eran unos ojos que emanaban misterios y, además de las mujeres bellas, no había nada que lo tentase más que un misterio. Ella tenía esas dos cosas juntas. Por otro lado, su forma de hablar y la forma en que alzó el mentón con desafío, le hizo saber que no era una mujer de la calle ni de clase baja, sino que era alguien que seguramente había sido educada como una dama. Entonces ¿Qué hacía una dama corriendo por las calles a las diez de la noche y vestida de hombre? Eso sería

sin duda interesante.

—¿Por qué corría de esa manera? —le preguntó después de su análisis y solo consiguió una mirada furiosa de la muchacha.

—Eso a usted no le interesa, ahora ¡Suélteme!

Adam analizó entonces la situación. La mujer podía estar huyendo de algo o de alguien, ¿Qué otro motivo habría para que corriera de esa manera? Si era así, debía correr algún peligro. Él no podía dejarla a merced de ese peligro. Su honor se lo impedía. Aunque las posibilidades de que algo malo saliera de todo eso eran muchas, simple, no podía permitir que ella siguiera sola.

—Me temo, señora, que dejar que una dama ande sola por la noche va en contra de mi código de caballero. No importa que dicha dama este vestida de hombre.

—¿Y qué va a hacer? ¿Acompañarme para asegurarse de que llegue a salvo?

—Podría ser una opción, sí.

—Pero qué caballero es usted y qué suerte la mía —se había burlado ella—. Si es tan caballero como dice, ¿por qué no me suelta?

Ella se removi6o intentado zafarse, pero dado que su fuerza era por mucho superior, no pudo. Eso le causó gracia. Era una pequeña fierecilla la mujer. Él estaba seguro de que huía de algo, pero se negaba a aceptar la ayuda que le ofrecía. Tal vez solo era inteligente, él tampoco hubiese confiado en un desconocido.

Sonriendo le dijo:

—Si lo hago, saldrá corriendo.

—¿Y eso a usted qué le importa?

—Ya le he dicho que no pienso permitir que una dama ande sola a estas horas de la noche, y menos una que puede estar en peligro. Venía huyendo de algo, no lo niegue.

Ella soltó un gruñido muy poco femenino antes de decir:

—No necesito ni su ayuda ni la de nadie, ahora ¡quíteme las manos de encima!

—No, hasta que me diga de quién o qué huía.

—¡De nadie!

—¿Entonces salió a correr a medianoche? —se había burlado incapaz de resistirse.

—¿Por qué no hacemos algo? Usted me deja ir y olvida que esto sucedió.

Su lado de conquistador fue el que respondió.

—Me temo que no puedo hacer eso. No se olvida a una dama tan bella como usted.

—Entonces, déjeme ir y mantenga mi cara en su recuerdo.

Él se hubiera reído si su vista no se hubiera posado en sus labios. Aún con la luz de la luna se veían tan tentadores que se le ocurrió una idea.

—La dejo ir si me da un beso, dulzura —le propuso.

Pudo ver cómo en su rostro aparecía rápidamente un expresión de sorpresa que se borró tan rápido como apareció, pero a él no le pasó desapercibida.

—Bien —dijo ella y se acercó a él para luego decir con voz seductora—. Acepto.

Cuando bajaba su boca a sus tentadores labios, el dolor en su entrepierna hizo que se doblara en dos. Condenada mujer ¡Le había dado un rodillazo! Ella se zafó y él intentó atraparla, pero le fue imposible, ella se escabulló.

Pasados los minutos cuando el dolor calmó, a Adam le entraron ganas de reír. Había salido vivo de innumerables encuentros peligrosos y había sido derrotado por una mujer. Nunca aprendería. Las féminas siempre fueron y serían su debilidad, pero esa en especial lo había dejado sorprendido y estaba seguro jamás la olvidaría.

Tal vez estaba perdiendo habilidades. No recordaba que nadie reaccionara de esa manera tan... peculiar ante la propuesta de uno de sus besos. Normalmente soltaban uno que otro gemido de anticipación, pero eso de dar rodillazos en la entrepierna era nuevo.

Miró el anillo y la pistola que estaban encima de la cómoda al lado de su cama.

El anillo era un raro ejemplar. Tenía una base de oro y en el centro había incrustado un topacio en forma de corazón. Estaba tirado a sus pies luego de que la mujer se fue. Debía de ser de ella, seguramente se le había caído cuando intentó detenerla jalándola del brazo.

Encontrar el anillo le había causado curiosidad, pero encontrar la pistola le causó sorpresa. Era un arma de una bala y era bastante extraño que la llevara una mujer. Se le pasó por la cabeza la idea de que tal vez la misteriosa dama era una vulgar salteadora de caminos, pero la desechó casi de inmediato ; y no porque creyera que una mujer no podía ser ladrona; no, simplemente algo le decía que el asunto por el que corría era otro. Y descubriría cual, solo que primero la encontraría a ella. No tenía ni la mínima idea de cómo, ni del

porqué lo hacía, pero lo haría, aunque solo fuera para matar el tedio que le causaba haber regresado a Londres.

Analizando mentalmente el asunto, quizás la dama viviera por esos lados. Su lenguaje y orgullo delataban buena cuna y esa zona era de gente rica. Comenzaría por ahí. No sería difícil reconocerla, pues estaba seguro de que jamás olvidaría esos ojos grises. Jamás la olvidaría a ella.

Empezaría su búsqueda cuanto antes. Se había enterado por su fiel mayordomo que Aberdeen se casaría al día siguiente. Eso sí que fue una sorpresa, pero él era su mejor amigo y no podía faltar a la boda, aunque eso significara hacer consciente a la sociedad de su regreso. Decidió que aprovecharía el gran evento para indagar sobre la mujer.

Cerró los ojos dispuesto a dormirse a como diera lugar. En unas horas tenía que colarse a una boda e iniciar una nueva investigación.

## CAPÍTULO 2

El ajetreo de la casa interrumpió el sueño que tanto le había costado conciliar a Topacio. Se había quedado dormida ya cuando los primeros rayos del alba indicaban el inminente amanecer, y todo el esfuerzo para dormirse ¿para qué sirvió? Para ser despertada al menos dos horas después por el sonido de los criados que iban de un lado a otro y preparaban todo para la gran celebración. Y eso que no se realizaría ahí.

Con un gruñido, se levantó y pidió un baño. Después de este, llamó a su doncella para que la ayudara a vestirse.

Rubí debía estar en ese momento siendo atosigada por Rowena y varios pares de doncellas, que la estarían arreglando para la boda; según sus cálculos, se celebraría dentro de cuatro horas.

Sonrió. Después de una eternidad y de un sinfín de quejas y pretextos, su prima se había dado cuenta de que estaba perdidamente enamorada del marqués de Aberdeen, y hoy se realizaría la tan esperada unión.

Topacio creía en el amor, ya que sus padres se casaron por él y su prima se casaba enamorada, solo que ella no estaba dispuesta a caer en esas redes. Mejor dicho, no estaba dispuesta ni a casarse. Cuando cumpliera los veinticinco, podría disponer de su dote y con esta viviría tranquila el resto de su vida. Para ella el matrimonio y el amor era una estupidez. El matrimonio solo te volvía propiedad de un hombre, y el amor te convertía en una estúpida que confiaba ciegamente en otra persona y Topacio Loughy había jurado hacía años no confiar en nadie que no fuera su familia, incluidos Rowena, William y James, por supuesto, ya que también eran su familia. Solo confiaba en ellos, aunque la vida le hubiera demostrado que esta también traiciona. El hecho era que cualquiera te podía apuñalar por la espalda y ella no pensaba bajar la guardia, ya había planeado su vida y estaba feliz con ella.

La boda fue, como mínimo, el evento de la temporada. A pesar de haber tenido poco tiempo para planearla y de la presura con la que se enviaron las invitaciones, casi toda la alta sociedad se aglomeró en la iglesia de St. James, y los que no estaban en la iglesia, estaban en el salón.

Topacio vio desde una esquina cómo los recién casados inauguraban el baile. Rubí estaba radiante, y no solo por su aspecto, no, lo que hacía que se viera espectacular era esa sonrisa de felicidad que Topacio estaba segura que nada podría borrar de sus labios. Esa alegría que brillaba en sus ojos avellana, hacía que las bellas facciones de la pelirroja resaltaran aún más. Bailaba como si no hubiera nadie, excepto ellos dos en ese salón y cualquiera que gozara de buena vista se daría cuenta de que los novios se encontraban enamorados.

El baile terminó y más parejas se reunieron en el salón de baile para el siguiente. Todo era perfecto, y pensar que la boda había sido producto de un error cometido por su prima.

A pesar de la música entretenida, a mitad de la velada Topacio ya estaba un tanto aburrida. Eran pocas las personas con las que se llevaba bien y, por ende, pocas con las que podía conversar. Tampoco es que recibiera muchas invitaciones a bailar. A pesar de ser una beldad, con su cabello caoba, su piel clara pero un tanto tostada y unos misteriosos ojos grises era bien conocida su filosa lengua, por ello, los caballeros ya habían descubierto que con ella no se podía tratar. En el fondo, eso era lo que deseaba. Quería que la gente se diera cuenta de que no era una estúpida joven manipulable con la que podían hacer lo que les viniera en gana. La sociedad estaba llena de hipócritas y muchos de ellos eran traicioneros, una no podía mostrarse débil ante gente así.

Cansada, decidió coger una copa de oporto de la bandeja de un mesero y tomarla tranquila en una esquina. Se supone que una dama, y mucho menos una soltera, no debía beber, pero a ella no le importaba lo que la sociedad pensase, su reputación era de por sí bastante mala, así qué ¿qué más daba?, además, tomar no le haría ningún daño, mientras no lo hiciera en exceso, claro. Rubí le había enseñado esa lección que había aprendido de la peor manera. Sonrió, a juzgar por su cara de felicidad, tal vez había sido de la mejor.

—Le digo, señor, que tengo prohibido dejar entrar a cualquiera que no se

encuentre en la lista —insistió el lacayo que estaba en la puerta de entrada.

Adam suspiró al comprender que discutir con ese hombre sería misión imposible hasta para él. El hombre se mostraba persistente con respecto a no dejarlo entrar a pesar de haberle dicho su nombre y su título. Supuso que tal vez no le creyó. Debió haberse traído una de sus tarjetas de visitas, o el sello con el emblema de la familia para demostrar su identidad, aunque creía que, ni convenciéndolo de que él era el duque de Rutland, el hombre lo dejaría pasar, solo porque no estaba en la lista. Recordó mentalmente preguntarle a Aberdeen dónde había contratado ese tipo de personal tan correcto, él necesitaba unos cuantos.

Sin ninguna intención de darse por vencido, Adam se dirigió a la puerta de servicio. Había estado en esa casa un centenar de veces para saber exactamente donde quedaba esa entrada. Cuando llegó ahí, la puerta estaba cerrada. Así que sacó de su fino chaleco una horquilla, y la introdujo en la cerradura después de asegurarse de que nadie lo veía. Con un par de precisos movimientos, la cerradura cedió y la puerta se abrió.

Tuvo la suerte de no toparse con nadie cuando entró, solo después de haber dado unas cuantas zancadas, se interpuso en su camino el primer lacayo.

—Me he perdido —explicó en ese tono que no admitía réplica ni comentario alguno. —¿Podrías decirme donde está el salón?

El criado se apresuró a explicar y Adam simuló seguir sus indicaciones, aunque no las necesitara.

La gente tardó más de lo esperado en darse cuenta de su llegada, pero apenas lo hizo, las voces en la habitación cesaron y muchos pares de ojos se posaron en él, lo miraron por varios segundos como si quisieran asegurarse de que en verdad «el adonis de pelo negro» había regresado y estaba en la fiesta. Cuando se convencieron de que no era una ilusión, los murmullos de voces se elevaron.

Adam sabía que estaba en boca de todos, pero eso no le importó. Siguió atravesando el salón como si no fuera él el centro de atención. Vio varios rostros conocidos, pero ninguno con el que quisiera hablar. Su atención estaba centrada en encontrar a Damián. No obstante, distinguió un rostro bastante familiar y decidió saludar.

—Blaiford, tanto tiempo si saber de ti.

Los ojos azules del conde se abrieron con inigualable sorpresa al verlo. La dama que estaba a su lado, una mujer de cabellos y ojos negros, lo miró con

curiosidad, no con lujuria ni fascinación como solían hacer ciertas damas, la de ella era en verdad curiosidad.

—¿Rutland? —preguntó el conde como si todavía no lo creyera.

—Por supuesto que soy yo, ¿Acaso no me reconoces? No creo haber cambiado tanto.

Brandon sonrió.

—No lo puedo creer, tanto tiempo, creíamos que no te volveríamos a ver nunca ¿Dónde has estado todos estos años?

—Viajando por el mundo, disfrutando la vida. Sabes que siempre he sido un aventurero. ¿No me vas a presentar a la dama? —Señaló a la mujer de cabellos negros.

—Por supuesto, ella es mi esposa. Claire, él es su excelencia, el duque de Rutland.

La mujer hizo una reverencia.

—Es un placer —dijo.

Adam compuso una de sus mejores sonrisas, esas que hacían que todas las mujeres se quedaran con la boca abierta.

—El placer es mío, bella dama —saludó tomándole la mano para depositar un beso en ella, luego volvió hacia Brandon— esto sí que es una sorpresa, no creí que te casaras tan pronto; bien, permíteme felicitarte, tu esposa es una mujer hermosa. Con mujeres así, hasta yo me casaría.

La condesa se sonrojó y Brandon lo miró con el ceño fruncido.

Adam no necesitó más para saber que empezaba a ponerse celoso, que dada su reputación, era completamente normal. No obstante, Adam no tenía ninguna intención de traicionar a un amigo y mucho menos viendo las miradas que se echaba la pareja, era más que claro que estaban enamorados.

—No me mires así, Blaiford, sabes que los únicos matrimonios que respeto son los de los amigos y los felices, y este caso es ambas cosas a la vez. Mis felicitaciones son sinceras, aunque te cueste creerlo.

Brandon se relajó y le dio las gracias.

—Bien, hablando de amigos, ¿alguno sabe dónde está el novio?

Brandon asintió y señaló a Damián que estaba unos metro delante de él mirando a Rubí, que hablaba con los marqueses de Lansdow.

Adam se acercó a él. Sus pisadas eran tan silenciosas que nadie las sentiría ni en la noche más silenciosa. Damián no se percató de su llegada hasta que habló.

—Así que te has casado —le dijo—. Vaya que es una sorpresa, pero no sé que me ofende más, que hayas caído en las redes del matrimonio, o que no me hayas invitado a la boda.

Damián se sobresaltó al escucharlo, pero pasado el momento de sorpresa se giró y lo saludó con una sonrisa.

—¿Qué te pasa, Aberdeen? ¿Acaso el matrimonio te ha hecho bajar la guardia? Ahora resulta que te sorprendes solo al oír mi voz —no pudo evitar burlarse.

—No sabía que habías regresado. Esto sí que es una sorpresa.

—Debo suponer que es por eso que no recibí invitación. Menos mal, empezaba a sentirme ofendido.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó Damián.

Adam se encogió de hombros.

—Ya que tu lacayo se negó a dejarme pasar, tuve que entrar por la puerta de los criados.

—Estaba cerrada.

—Eso no fue inconveniente.

Damián negó con la cabeza, como si intentara reprenderlo, pero Adam lo conocía lo suficiente como para saber que se estaba divirtiendo.

—Forzaste la cerradura —dedujo.

—¿De qué otra forma querías que entrara? —preguntó en tono inocente—. No pensaba perderme la boda de un gran amigo.

—Ya te la has perdido —informó.

—Pero no me he perdido el banquete.

Damián soltó una carcajada y lo miró con esa cara que decía “Nunca cambiarás”.

—¿Cuándo has regresado?

—Ayer, me alegra que la guerra haya acabado, pero es una lástima no tener trabajo.

—Tienes una finca bastante grande de la que ocuparte —le recordó Damián.

Adam compuso una mueca.

—Un trabajo entretenido me refiero, nada mejor que buscar información sintiendo cómo el peligro asecha.

—Estás loco—declaró.

—Tal vez. Mejor dime ¿Cómo caíste en las redes del matrimonio? Eso de

casarse parece estar en el ambiente como una plaga. Regresé para encontrarme con todos los famosos libertinos reformados. Me acabo de topa con Blaiford y me enteré de que se casó, y eso no es todo, sino que miraba a su esposa con la misma cara de estúpido que tu estás mirando a la tuya.

—¿Crees en el amor, Adam?

Él lo pensó un momento, luego sonrió.

—Antes no, pero ahora que te estoy viendo la cara, lo pongo en duda.

—Bien, cuando lo encuentres tendrás tu respuesta.

—Entonces , creo que no me queda más que felicitarte, muy hermosa tu esposa—dijo echándole un vistazo a la mujer que Damián miraba con tanto amor.

—Tiene dos primas en edad casadera, si quieres te presento a la más aceptable.

Él se mostró horrorizado.

—Hombre, vaya manera de demostrar que te alegra mi regreso, ofreciéndote a presentarme a una joven casadera. No me interesa, aunque sean tan bellas como tu mujer.

—Como quieras, veo que no tienes intención de reformarte.

—No, al menos en unos cinco años. No importa si...—no terminó la frase, sus ojos se habían desviado hacia la singular belleza de pelo caoba que paso frente a ellos que estaba en la otra esquina del salón. Por un momento no lo creyó posible, pero lo era, era ella. Puede ser que la noche pasada estuviera oscura, pero él la reconocería donde sea. Esa figura, ese porte que destilaba arrogancia, esas facciones inolvidables y esos ojos claros que si se acercaba más descubriría que eran grises. Era ella. Bastó solo un segundo para reconocerla—. ¿Quién es? —preguntó deseando saber inmediatamente la identidad de la misteriosa mujer.

Damián soltó una carcajada y él esperó a que hablara.

—Una de las primas de mi esposa.

Adam pensó en lo irónico del asunto. Se giró hacia él y lo miró, luego dijo en tono de fingido reproche.

—¿Y vas a cometer la descortesía de no presentármela? ¿Donde ha quedado tu educación, Damián?

—Créeme, a esa no deseas conocerla.

—Soy bastante mayor para saber lo que deseo —respondió volviendo a posar la vista en la mujer.

—Está bien, pero lo dejo bajo tu responsabilidad. No te dejes engañar por ese rostro de ángel Adam, ella dista mucho de ser uno.

Vaya que lo sabía.

—Años de experiencia me han enseñado esa moraleja, querido amigo. Ahora, ¿me la presentas, o me presentó yo?

Damián se puso serio de repente.

—Adam, en verdad...

—Creo que ya lo entiendo —dijo él sin hacer caso del tono de advertencia en su voz.

—¿Entender qué?

—Lo que dijiste sobre por qué se cae en las redes del matrimonio.

La cara de Damián dio a entender que se estaba preocupando.

—No dirás lo mismo cuando la conozcas realmente.

Él sonrió.

—Yo creo que seguiré afirmando lo mismo. Ahora preséntamela —ordenó.

Dándose por vencido, Damián lo guio hasta la mujer. Pronto sabría quién era.

Topacio no se percató de que Aberdeen se acercaba a ella hasta que él estuvo frente a sí.

—¿Bebiendo Srta. Loughy? —preguntó en tono burlón—. Creí que eso no le estaba permitido a las jóvenes solteras.

Topacio sonrió cínicamente y se encogió de hombros ligeramente.

—A mí nadie me prohíbe nada, milord, una también puede disfrutar de una buena copa, siempre y cuando no se exceda, por supuesto.

Damián debía entender el significado de esas palabras.

Entonces, se dio cuenta de que Aberdeen no estaba solo. Observó al apuesto hombre que lo acompañaba con aburrimiento. Nunca le habían interesado los rostros bonitos, pues estos podían ser los peores, sin embargo, algo en él se le hacía familiar y no podía distinguir qué. Sus facciones le eran conocidas y no lograba recordar...La realidad le cayó como un balde de agua fría. Eso no podía ser. No podía ser él. No pudo evitar que la sorpresa se reflejara en su rostro, pero intentó ocultarla inmediatamente. Tenía que haber un error.

—Adam —dijo Damián— ella es la Srta. Topacio Loughy. Srta. Topacio, él es su excelencia, el duque de Rutland. —Desapareció seguramente tras Rubí apenas terminó de decir aquello.

Él hombre se inclinó y tomó su mano y depositó un beso en ella, luego la

miró con una sonrisa pícara que le confirmó, no solo sus sospechas, sino que supo que él también la había reconocido.

—Srta. Topacio que gusto... volver a verla.

Topacio soltó un bufido poco femenino, puso los ojos en blanco y luego lo miró con fastidio.

Esto tenía que ser una broma.

## CAPÍTULO 3

Topacio no podía creer que esto estuviera sucediéndole a ella. Había miles de hombres en Inglaterra y tuvo que toparse en la boda de su prima justo con ese entrometido. Y por si fuera poco, además de entrometido, era un duque, y uno con buena memoria, porque había logrado reconocerla a pesar de que la oscuridad de la noche no debería haberlo dejado ver mucho de sus facciones.

Topacio puso a su mente a trabajar rápidamente para saber si fingía desconocerlo porque él decía que era un gusto volver a verla, o se limitaba a admitir todo. Evaluó los riesgos de las dos opciones en busca de la mejor. Si decidía no fingir ignorancia, le estaría confirmando al hombre lo que creía y corría el riesgo de que él divulgara la historia. Por otro lado, sin fingir no saber nada, lo único que podía pasar era que él no le creyera, que, por el brillo de decisión en sus ojos, supo que sería exactamente lo que sucedería. El hombre estaba convencido de que era ella la mujer de la noche anterior, entonces, ¿para qué intentar convencerlo de lo contrario? Solo perdería su tiempo. Así que se arriesgó y decidió ahorrarse el trabajo de fingir ignorancia. Confiaría en que si Aberdeen le tenía suficiente confianza para llamarlo por su nombre, debía ser un hombre algo honesto.

—Excelencia, qué... mala suerte la mía encontrarlo aquí —dijo en tono calmo sin intentar ocultar su fastidio.

Adam no pudo evitar reírse ante comentario tan descortés. Era una mujer inteligente, al menos no intentó fingir que no sabía a lo que se refería cuando dijo que era un gusto volver a verla, seguramente supo que sería imposible hacerlo cambiar de opinión.

—Al contrario, a mi me parece de lo más curioso encontrarla aquí —rebatió.

Topacio no dijo nada, parecía evaluar la mejor manera de salir de ahí, solo

que él no pensaba permitir que escapara.

—Veo que ha llegado a salvo después de todo.

—Creo haberle dicho que podía cuidarme sola.

—Claro... bien, me alegro de que lo que sea de lo que huía no la hubiera atrapado.

Ella lo miró furiosa, pero respondió con aparente tranquilidad.

—No huía de nada.

—¿No? Cierto, seguramente salió a correr de noche, un hábito muy común.

A Topacio empezaba a irritarle la burla y la actitud del hombre, pero intentó que él no lo notara.

—Qué hacía yo fuera a esa hora, excelencia, no es de su incumbencia. Aprenda a no ser tan entrometido.

Adam se sorprendió de la ruda sinceridad de la señorita. Loughy. En toda su vida, eran pocas las personas que le habían hablado de esa manera y obviamente ninguna de ellas había sido una mujer, y mucho menos una soltera. Ellas solo se encargaban de sonreír como bobas apenas oían su título. Sí, decir que estaba sorprendido era poco, aunque debió saber desde la noche anterior que esa mujer que tenía en frente distaba mucho de ser normal.

Decidiendo hacer caso omiso de su comentario, dijo:

—Sin embargo, dudo que alguien salga a correr de noche con una pistola, así que descarto esa opción.

Eso captó el interés de Topacio.

—¿Encontró usted mi pistola?

Por algún motivo, no le sorprendió que hiciera esa pregunta.

—Así es.

—¿Me la podría devolver, por favor? —le costaría mucho que James le diera otra sin tener que dar explicaciones.

Adam no podía creer que hablara del tema como si estuvieran conversando del tiempo.

—Lamentablemente, no tengo por costumbre llevar las pistolas que me encuentro en la calle a los bailes; se la puedo enviar en una caja a su casa, o tal vez prefiera que se la dé en la próxima velada que nos encontremos.

Topacio sabía que estaba siendo sarcástico, pero ella hablaba en serio y no pensaba irse sin la confirmación de que le devolvería su arma.

—La segunda opción me parece más factible. ¿Irás a la velada de Lady Kindell? Puede dármela ahí, con disimulo, por supuesto.

—Por supuesto... ¿Está hablado en serio? —no podía creer que estuviera hablando en serio.

—Claro que hablo en serio, esa pistola es mía y, si usted es un caballero como tanto afirma ser, me la devolverá.

Adam no pudo evitar sonreír, esa debía ser sin duda la conversación más extraña e interesante que hubiera tenido en su vida con una mujer. Topacio Loughy rompía todos los límites de lo correcto y eso no parecía importarle, al contrario, Adam estaba seguro de que disfrutaba haciéndolo. Podía ver en sus ojos que era una persona audaz, aventurera, de esas que no le decían no a una buena aventura o a un buen reto. No obstante, también era una persona misteriosa y, si no se equivocaba, desconfiada. Adam había aprendido hace tiempo que la desconfianza era la base de la supervivencia, sin embargo, la desconfianza que llenaba los ojos de Topacio Loughy cuando lo veía era excesiva, como si temiera que cualquiera le fuera a hacer daño en algún momento. No la conocía lo suficiente para afirmar esto último, pero su capacidad de analizar a las personas casi nunca fallaba y él podía jurar que no se equivocaba.

Por otro lado, estaba seguro de que ese espíritu aventurero tuvo algo que ver con lo de su salida la noche anterior y que llevara una pistola consigo. Todavía no tenía ni la menor idea de qué podía estar haciendo una señorita aparentemente decente, a media noche, corriendo por la calles de Grovensor Square con una pistola que ahora de forma muy cínica exigía que le devolvieran. ¿Iría a encontrarse con un amante? Y si era así, ¿por qué llevaba una pistola? ¿Una mujer precavida, quizás?. No, aunque tenía un poco de sentido, no creía que Topacio Loughy fuera de esas, aún podía revivir con claridad el rodillazo en la entrepierna ante la mención de un simple beso. No sabía por qué se molestaba tanto en el asunto, como ella se afanó en decirle, eso no era su problema. ¿Entonces, por qué el interés? Lo desconocía, pero aunque se volviera un entrometido, descubriría el fondo de la cuestión, «solo porque no puedo resistirme a un reto», se dijo.

—¿Y bien? ¿Me la devolverá? —instó Topacio a lo que el hombre no respondía— ¿O es que acaso no es un caballero? —provocó.

Adam le dedicó una de las mejores sonrisas.

—Por supuesto, señorita, en la velada de Lady Kindell se la daré, con disimulo, claro.

Topacio asintió.

—Bien, gracias

Topacio irguió los hombros y dio un paso al frente con intención de irse, pero la voz de él la detuvo.

—No obstante, me estoy preguntando qué hacía una dama como usted con una pistola.

—Eso, tampoco es de su incumbencia —replicó ella alzando la cabeza en gesto altanero.

—¿Corría acaso algún peligro? —insistió.

Ella soltó un pequeño gruñido mostrando que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Acaso está sordo, señor? Le he dicho que eso no le importa.

—Si una dama está en peligro, puedo tomar el asunto como de mi incumbencia.

Topacio sonrió cínicamente.

—Esta dama sabe cuidarse sola y no necesita que gente entrometida se meta en su vida —espetó.

Él se dio cuenta de que ella no pensaba ceder, así que cambió de tema.

—¿Baila conmigo?

Si a ella le sorprendió el cambio de tema, no lo dio a entender.

—No —respondió sencillamente.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Esa no es una respuesta.

—Para mí lo es. Es usted una persona irritante, excelencia.

Adam rio.

—Ese es un apelativo nuevo, el segundo que me pone en la noche. Sin embargo, tengo especial interés en bailar con usted. —La tomó del brazo y empezó a dirigirla a la pista de baile; ella apenas si tuvo tiempo de dejar su copa medio vacía en la bandeja de un mesero.

—Pero yo no. —Topacio le dio un puntapié disimulado en la bota, pero el hombre no se inmutó y siguió conduciéndola a la pista— ¿Qué clase de caballero obliga a una dama a bailar con él? Es de mala educación, por si lo desconocía.

El se encogió de hombros.

—Digamos que soy mitad caballero y mitad granuja.

—Es un completo granuja —corrigió—. Un maleducado, sinvergüenza.

Topacio se hubiera deshecho de él sin importarle el escándalo formado,

pero en esa ocasión, no lo hizo, y no porque quisiera bailar con ese granuja, sino porque no quería armar un escándalo en la boda de su prima. No deseaba arruinarle la fiesta. No se había tomado tantas molestias en hacer que se llevara a cabo para ahora arruinarla.

Para su mala suerte, la pieza de baile resultó ser un vals.

—Es usted despreciable, excelencia —dijo mientras se movían al compás de la música.

—En cambio, usted a mi me parece encantadora.

—Me alegra saberlo. —Se la arregló para darle otro puntapié—. ¡Oh, lo lamento!

Adam sabía perfectamente lo falsa que era esa disculpa.

—¿Piensa mandarme a casa con los pies doloridos? —preguntó burlón.

—Claro que no, con un solo pie me conformo. —Otra pisada.

Adam contuvo una mueca y no dejó que su mala actitud lo afectara.

—Muchos considerarían una pena que una mujer tan bella tenga tan mal carácter.

—Sin embargo, a mi me sirve a la hora de librarme de alimañas como usted.

—¡Ah!, ¿ahora también soy una alimaña?

—Y de la peor calaña —confirmó—. Mire que arrastrarme hasta aquí sabiendo que no lo deseaba.

—Ya van cuatro.

—¿Cuatro que?

—Cuatro apelativos nuevos. Hasta ahora soy entrometido, irritante, despreciable y una alimaña. Tiene usted talento para adjuntar adjetivos a la gente.

—Tengo talento para decir la verdad. Es usted todo eso y más, se lo aseguro. —Aprovechó una vuelta para darle otra pisada.

Adam se obligó a no perder la paciencia.

—Lo dicho, mal carácter, aunque dije que muchos lo considerarían una pena, jamás me incluí en el grupo.

—¿Ah, no?

—No, a mí me parece más bien interesante.

Topacio se negó a creerle, a nadie le podía parecer interesante el mal carácter, huían de él como se huye de la peste.

No dijeron más durante unos minutos, en los cuales Topacio se dio cuenta

de que era el centro de atención y estaba segura de que eso no se debía a su extraña participación en el baile; no, se debía a su acompañante. Los demás bailarines los observaban sin disimulo. Los hombres fruncían ligeramente el ceño al ver al duque. La damas casadas la miraban con envidia y luego giraban su vista hasta Rutland, y las jóvenes solteras observaban al hombre con fascinación y curiosidad.

Ahora que lo pensaba, no recordaba haber visto nunca a ese hombre, es como si hubiese aparecido de la nada.

—Somos el centro de atención —comentó sin saber muy bien por qué lo dijo.

—Me temo que es mi culpa. Siendo un personaje tan célebre, es mucho esperar que mi regreso a Inglaterra después de varios años pase desapercibido.

—Y también es arrogante.

—Cinco. Sabe, nadie me había insultado tanto como lo ha hecho usted en los últimos diez minutos. Siempre suelen decir que soy encantador, simpático, apuesto...

—Y humilde, claro —dijo sarcástica—. Morirá antes de que oiga alguna de esas palabras salir de mi boca.

Él no pudo evitar reír.

Topacio volvió a observar alrededor. Ya no solo eran víctimas de miradas curiosas, ahora también estaban en boca de todos. La gente los miraba y murmuraba, seguramente se preguntaban cuánto tardaría el duque en darse cuenta de que bailaba con la joven más descortés e impertinente de toda Inglaterra.

Siguió su observación por el salón y se dio cuenta de que Rowena los miraba con una mezcla de asombro y felicidad. Topacio sabía lo que significaba esa mirada, estaba evaluando al duque como posible candidato. Que Dios se apiadara de él si era así, aunque, pensándolo mejor, se lo tendría bien merecido por fastidioso.

—No entiendo cómo una mujer como usted sigue soltera. No recuerdo haber visto semejante belleza en años.

Topacio volvió a centrar su atención en él y sonrió cínicamente.

—Usted lo ha dicho, tengo mal carácter. Esa no es una cualidad que se aprecie en una esposa.

—Creo que me expresé mal. Su carácter no es malo, es... fuerte e

interesante, yo sí lo tomaría en cuenta a la hora de buscar esposa.

—Tiene gustos muy peculiares. Entonces, ¿está buscando esposa? —no creía que fuera el caso, ya había comprobado que era un granuja y los granujas no buscaban esposa hasta que fuera estrictamente necesario.

—Hasta hace media hora, no la estaba buscando.

Topacio prefirió no analizar el significado de esas palabras, en cambio dijo:

—De todas formas, no pienso casarme.

Él arqueó una ceja.

—Eso si es peculiar, ¿se puede saber por qué, o sería pecar de impertinente?

—Sería pecar de impertinente —respondió ella y él volvió a sonreír.

Topacio tuvo que admitir que el hombre era un espécimen apuesto muy poco común. Sus facciones eran perfectas. Su cabello negro le daba un aire salvaje, y esos ojos..., esos ojos oscuros parecían examinar todo con una precisión exacta. Hace un rato Topacio había sentido que el hombre podía ver a través de sí. Y cuando sonreía..., si fuera una mujer más débil y estúpida, probablemente estaría babeando como todas. Para su suerte, no lo era.

—Topacio..., el nombre de un piedra preciosa para una joven preciosa, creo que le queda excelente.

Topacio puso los ojos en blanco. Cómo le fastidiaban ese tipo de cumplidos.

—Ahorre sus halagos, excelencia, los detesto.

—No sé por qué imaginé lo contrario. Sabe, ahora que sé su nombre, me pregunto si el anillo que encontré será suyo.

A ella se le iluminaron los ojos.

—¿Encontró mi anillo? ¿Lo tiene aquí?

—Curiosamente, ese sí lo he traído. Sí, lo tengo aquí.

—Devuélvame —ordenó.

—Por favor...

—Devuélvame —repitió y añadió con la sonrisa más dulce pero falsa que pudo—, por favor...

Adam tuvo que contener la carcajada que pugnó por salir de sus labios. Iba responder que en un momento, pero una idea mejor cruzó por su cabeza.

—Vaya a la biblioteca en diez minutos y se lo devolveré ahí.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—Puede devolvérmelo aquí en el salón.

—Vaya a la biblioteca o no tendrá su anillo.

Los ojos grises de Topacio brillaron con clara desconfianza.

—¿Por qué? No pienso reunirme con usted en la biblioteca —afirmó—. Me devolverá mi anillo ahora mismo.

—La biblioteca o no hay anillo..., dulzura.

Antes de que Topacio pudiera replicar, el baile terminó y el duque desapareció en dirección a la biblioteca.

“Condenado hombre” qué sería lo que quería. No cabía duda de que era todo un granuja y no un caballero como afirmaba ser. ¿Qué clase de caballero citaba en la biblioteca a una joven soltera?

Si ese anillo no fuera tan importante para ella, jamás le daría ese gusto, pero ella no pensaba irse de esa fiesta sin su adorada joya.

Paseó por el salón esperando que pasaran los diez minutos. Evitó a toda costa encontrarse con Rowena, pues bien sabía lo que le esperaba. Pasado el tiempo establecido, se dirigió con disimulo al lugar acordado, siempre mirando de un lado a otro para estar segura de que nadie la viera. Ella no tenía la menor idea de dónde estaba la biblioteca en esa casa, pero siguió la dirección que tomó Rutland y no le fue difícil encontrarla, ya que la puerta estaba semiabierta.

Cuando entró, oyó que la puerta se cerró tras de sí y su mirada empezó a buscar inmediatamente al causante.

El duque estaba a su derecha y había cerrado la puerta apenas entró.

Topacio se giró hacia a él y lo fulminó con la mirada.

—Quiero mi anillo —exigió.

Una sonrisa pícaro se formó en los labios de Adam.

—Le doy su anillo si me da el beso que me negó anoche.

Muy pocas cosas sorprendían a Topacio Loughy y esta, sin duda, entraba entre ellas. No debería sentirse sorprendida, pues sabía que sus intenciones para citarla no debían ser buenas, pero tampoco creyó que tuviera el descaro de pedirle un beso por su anillo.

—Está loco, devuélvame mi anillo.

—Dame un beso y te lo doy.

—¿Qué clase de caballero es usted? Un caballero no pide nada a cambio de devolver algo a su legítimo dueño, y mucho menos un beso.

Él se encogió de hombros.

—También he dicho que soy un granuja y usted ha estado de acuerdo.

—¡Quiero mi anillo!

Topacio intentó no perder el control, ese hombre sí que era exasperante.

—Y yo quiero el beso que no me dio anoche. Además de dejarme con las ganas de besar esos labios, también me dejó un gran dolor en..., bueno usted sabe. Me lo debe.

—Yo no le debo nada. El rodillazo se lo tenía bien merecido, puedo darle otro a cambio del beso si desea.

—Prefiero el beso.

Topacio decidió cambiar de táctica.

—Deme el anillo y le doy el dichoso beso.

—No lo creo, encanto, dame el beso y te doy el anillo.

—¿Cómo sé que me dará el anillo después de que lo haya besado? —inquirió.

—Tendrás que confiar en mí.

—Es decir, yo tengo que confiar en usted, pero usted no puede confiar en mí.

—Tienes mi palabra de honor.

—¿Insinúa, entonces, que por ser mujer no tengo honor?

Adam no pudo menos que admirar la capacidad de la mujer para hacer que los demás perdieran la paciencia. Cada palabra que salía de su boca estaba destinada a manipular la situación a su favor, aunque esto significaba tergiversar palabras.

Se armó de paciencia. Para mala suerte de la joven, era muy persistente.

—Sea sincera, señorita, si le doy su anillo, usted se irá y no me besará.

Ella no lo negó.

—Tal vez no desee besarlo.

—Cambiaré de opinión cuando lo haya hecho.

—Tiene una opinión muy alta de sí mismo, excelencia —se burló con una sonrisa cínica—. No puede estar seguro de ello.

Él también sonrió, solo que de manera pícaro.

—Lo estoy. ¿Por qué cree que tengo una opinión tan alta de mí mismo?

Topacio Loughy no era dada a los ataques de ira o histeria, siempre fue partidaria de mantener la calma ante cualquier situación. Su idea era atacar de forma tranquila para que la otra persona perdiera la paciencia, pero parecía que en esta ocasión los roles se habían invertido, pues era ella la que estaba al borde de la impaciencia y de la rabia.

—Solo será un beso inocente —insistió él con ese tono que usaría alguien acostumbrado a hacer pecar a los demás—. Véalo como una... ¿aventura?

Ella bufó. Inocente, si claro. Topacio nunca había dejado que nadie le robara un beso, y no eran muchos los que se atrevían, pero no era tan tonta como para no deducir que los besos de ese hombre no serían nada inocentes. Estaba completamente segura de que debía tener fama de libertino, y los besos de las personas como él no eran inocentes.

«Véalo como una aventura». Había dado en su punto débil. No había nada que tentara más a Topacio que una buena aventura o un buen reto. Sin embargo, tenía que pensar con la cabeza. Ella no podía besarlo, no podía caer en su juego..., pero su anillo, ese anillo significaba mucho para ella y no pensaba dejarlo en manos de ese entrometido. Solo era un beso. No era para tanto, ¿cierto?

—Está bien —accedió a regañadientes—. Le daré su dichoso beso.

Él sonrió triunfante y ella se acercó. Estando más cerca se dio cuenta de que el hombre era bastante alto. Debía medir casi un metro noventa, lo que hacía que ella se viera insignificamente pequeña con su metro sesenta y cinco.

Le colocó sus manos en sus hombros y se levantó en puntillas para acercar su boca a la suya, aunque él tuvo que inclinarse un poco para que estas se pudieran rozar.

Topacio sintió los labios de él acariciar los suyos y tuvo que admitir que era una sensación agradable. Llena de curiosidad, movió sus labios para corresponder al beso y solo se dio cuenta de que había sido un error acceder al beso cuando la lengua de él se introdujo en su boca. Empezó a sentir una serie de sensaciones desconocidas, pero para nada desagradables. Algo parecido al placer se fue instalando en su cuerpo, haciéndose cada vez más fuerte hasta el punto que deseó que ese beso no terminara nunca. Él hombre no había mentido cuando dijo que el beso le gustaría, de hecho se había quedado corto. Sus labios eran exquisitos.

Al darse cuenta del rumbo que tomaban sus pensamientos se separó. Ya había sido suficiente.

Intentó que no se notara su turbación y con su tono más tranquilo dijo:

—Bien, ahora devuélvame mi anillo.

Adam sonrió como si supiera que ella no estaba tan tranquila como aparentaba, luego, metió su mano en el bolsillo de su chaleco y sacó el anillo.

Ella extendió la mano para que él se lo diera, pero el tomó su mano con

extrema suavidad si se lo colocó en el dedo.

Su piel, que parecía estar más sensible después del beso, fue muy consciente del cálido contacto de su mano a pesar de que ambos llevaban guantes puestos.

—Bueno, excelencia, esperaré a que me devuelva mi pistola en la velada de Lady Kindell y, después de ahí, espero tener el gusto de no volver a verlo... No, eso sería mucho pedir, de no volver a hablar con usted en mi vida — culminó y después de asegurarse de que no había nadie en el pasillo, salió de la biblioteca.

—No lo creo querida, no lo creo —murmuró él una vez ella hubo salido.

## CAPÍTULO 4

Adam esperó unos minutos para poder salir de la biblioteca.

Mientras caminaba por el pasillo de regreso al salón, le entraron ganas de silbar, tal y como solía hacer cuando estaba contento o alegre. Probar esos labios había sido tan bueno como se había imaginado desde un principio. ¿Quién diría que una mujer de lengua tan filosa podía tener un boca tan suave y deseable?, y lo peor de todo era que uno no le había parecido suficiente, deseaba más.

No era su costumbre andar chantajeando a jóvenes inocentes y pedirles besos. Él prefería a mujeres experimentadas que no le exigirían matrimonio a cambio. No obstante, a pesar de que Topacio Loughy podía considerarse decente, era distinta a todas. Era una mujer más liberal. No era estúpida ni simplona como las otras, y por ello era más interesante. Además, también había disfrutado del beso, él lo podía asegurar, que lo haya ocultado muy bien era otra cosa.

No recordaba la última vez que una mujer había pasado tanto tiempo en sus pensamientos, así como tampoco recordaba haber conocido a alguien así. Por ella si valía la pena casarse y echarse la soga al cuello.

Sonrió al recordar que ella había afirmado que no deseaba casarse. ¿Sería cierto? ¿Por qué una joven soltera no desearía casarse? Millones de teorías empezaron a vagar por su mente y volvía a la primera que se le ocurría. ¿Estaría mancillada? Aunque adquiriría un poco de lógica por lo acontecido la noche anterior, no creía por completo la posibilidad. Era una mujer pasional, eso no lo dudaba, pero aunque respondió con presteza, él no pudo dejar de notar su inexperiencia en los besos; no, debía haber otro motivo que explicara esos asuntos y él los descubriría. Empezaría buscando más datos sobre esa misteriosa mujer.

Su fuente de información venía entrado en ese momento en el salón. Debían de regresar de un pequeño escape amoroso de su propia boda. Cuando llegó hasta ellos, Damián sonrió y presentó.

—Adam, qué bueno que te encuentro, mira, te presento a mi esposa. Rubí, él es Adam, duque de Rutland.

Rubí hizo una perfecta reverencia y sonrió. Él tomó su mano y le dio un casto beso en ella.

La nueva marquesa de Aberdeen también era una mujer excepcionalmente hermosa. Tenía el cabello rojizo y unos preciosos ojos avellana. Su silueta era esbelta y su rostro tenía una expresión agradable de amabilidad; pero él se encontraba prefiriendo el cabello caoba y los ojos grises de cierta dama.

—Por lo que veo esta familia esta llena de mujeres hermosas. Que digo hermosas, son inexplicablemente bellas; esas joyas que tienen como nombre se quedan cortas ante la belleza de su rostro.

Rubí se ruborizó por tanto cumplido junto.

—Es usted un adulator —reprochó.

—De nacimiento —añadió Damián—. Será mejor que te mantengas a diez metros de distancia de él.

—Tonterías —replicó Rubí.

—Tú sabes que jamás te haría eso, Damián. Me pregunto qué le pasa a la gente hoy que creen que voy a quitarles a las mujeres apenas unas palabras amables salen de mi boca.

Damián sonrió.

—Creo que deben considerarte una amenaza a tomar en cuenta. Cambiando de tema, mejor dime qué tal te cayó la... señorita. Loughy.

Adam sonrió.

—A las mil maravillas. Es una mujer excepcional. Incluso ha bailado conmigo.

Damián frunció el ceño como si estuviera hablando un tema diferente al de él. Antes de que pudiera decir algo, Rubí intervino.

—¿Ha conocido a Zafiro, entonces?

—Le presenté a Topacio —dijo Damián todavía confundido y Rubí bajó la cabeza avergonzada del error— y has dicho que te ha caído bien... ¿Has tomado, Adam?

El susodicho no pudo evitar soltar una carcajada.

—Te aseguro que estoy completamente sobrio.

—Entonces como es que...

—Topacio es un encanto —intervino Rubí lanzando una mirada de advertencia a su marido—. Solo es un poco complicada en el trato, pero es un encanto, se lo aseguro. —Asintió con la cabeza para enfatizar lo dicho.

—Si tú lo dices... Has vivido con ella todos estos años al fin y al cabo.

Rubí iba a replicar, pero vio que alguien, a quien reconoció como la duquesa de Richmond, le hacía señas para que se acercara, así que, después de advertirle a su esposo con la mirada que no hablara mal de su prima, murmuró unas disculpas y se fue.

—¿Seguro que no has tomado? —insistió Damián— ¿Cuándo estuviste fuera no recibiste ningún golpe en la cabeza que afectara tu buen juicio?

—Creo que recordaría si fuera así.

—Pero... esa mujer es una bruja —afirmó todavía sin comprender.

—¿Por qué te cae mal? —interrogó Adam.

—¡Oh!, no me cae mal, de hecho, le debo uno..., dos..., varios favores, pero eso no significa que no la conozca lo suficiente como para saber que tiene una lengua viperina.

Adam no lo contradijo.

—Sí, es cierto, pero a mí no me disgusta esa lengua.

—Se me olvidaba que te gustan las potenciales situaciones de peligro —se burló su amigo—. Sin embargo, me veo en la obligación de advertirte que, a pesar de todo lo que pueda parecer, es una joven decente, ya sabes, de esas que no te dignas ni a mirar, así que, cualquier intención deshonestas que pase por tu cabeza, lo mejor será que la borres.

—Te aseguro que no tengo ninguna intención deshonestas en mi mente, amigo mío, sin embargo, sí me gustaría saber más de ella.

—¿Por qué? —Damián lo miró con el ceño fruncido.

—Curiosidad —respondió encogiéndose de hombros—. No encuentras a menudo a una mujer así.

Damián estuvo de acuerdo, pero no le creyó del todo.

—Me estás ocultando algo, Adam —le dijo.

Él sonrió.

—No sé como puedes pensar eso, te digo la verdad, es solo curiosidad; dime, ¿qué sabes de ella?

—No mucho a decir verdad. Tiene un carácter un tanto... complicado, impredecible. Nunca sabes lo que va a decir o cómo va a atacar. Muchos

aseguran que es una arpía, aunque si te soy sincero, es mucho mejor que la mitad de la sociedad inglesa. Verás, creo que es más de lo que deja aparentar. Topacio Loughy es... misteriosa.

Adam procesó la información. Lo dicho por su amigo concordaba bastante con su propia opinión. Era una mujer muy peculiar y también estaba de acuerdo con lo que dijo Damián, era más de lo que dejaba aparentar. Había aprendido a analizar cada gesto de las personas como para saber que tras esa capa de cinismo se ocultaba algo más; ahora, de ahí a saber qué, había mucho camino.

—Me aseguró que no deseaba casarse, ¿es cierto?

Damián arrugó el entrecejo, seguramente pensando cuál era la verdadera raíz del interés de su amigo en la mujer. Después de no haber llegado a ninguna conclusión, respondió.

—No tengo ni la menor idea, aunque conociéndola lo poco que la conozco, no lo dudaría. No se ve del tipo de mujeres que les agrada el matrimonio; ahora, habría que considerar que tan insistente puede ser la duquesa.

—¿La duquesa?

—Sí, la duquesa de Richmond. Las Loughy están bajo su protección desde la muerte de sus padres, hace doce años. ¿No lo recuerdas? Se habló mucho del tema, los periódicos lo apodaron “La tragedia de La Joya”.

Adam entrecerró un poco los ojos e intentó recordar el acontecimiento. Si fue hace doce años, él debía tener unos dieciocho y no le interesaban mucho las noticias en ese entonces. Buscó en los rincones más pequeños de su mente hasta que se acordó. Por supuesto, fue aquella tragedia donde murió toda una familia a manos de varios hombres armados.

—¡Dios! —murmuró sorprendido—, sus padres fueron los que murieron.

Damián asintió.

—Sus padres y gran parte de su familia. Fue una tragedia. La duquesa las adoptó y las presentó en sociedad el año pasado.

—Ya veo... —susurró Adam aún intentando salir del asombro—. Pobres muchachas.

Todas debían tener una voluntad formidable para haber superado algo así. Nadie podía ver a toda su familia muerta en un solo día y salir cuerdo del lugar.

—Bien, volviendo al tema de la señorita. Loughy, puedo agregar que tanto ella como sus primas, incluida mi esposa, son un poco fuera de lo común.

—Explícate.

—Saben disparar tan bien como nosotros y tengo entendido que Topacio Loughy es una excelente jinete. Creo que le gusta la aventura.

Vaya que debía gustarle, sino no hubiera estado la noche pasada afuera.

—Entonces, ¿crees que en verdad no desea casarse?

—No es que haya muchos candidatos tampoco, pero creo que no, sino no se dedicaría a espantarlos a todos.

Ese sí que era un dato interesante. El sueño de toda mujer era casarse y tener hijos, y había muy pocas razones por las que una no deseara hacerlo. Se preguntó cuál sería la de ella.

—¿Satisfecha tu curiosidad?

Adam asintió.

No estaba completamente satisfecho, él quería saber más, quería investigar todo lo que pudiera de ella, pero no podía hacer más preguntas sin levantar sospechas.

—Bien —continuó Damián—, solo te advierto que, si has bailado con ella, la duquesa ya te debe tener puestos los ojos encima, así que mi más sentido pésame, amigo.

Le dio una palmada en la espalda y se fue antes de que Adam pudiera captar el significado de la frase.

Topacio ignoró deliberadamente la mirada de rabia que le dirigió lord Frederick en la otra esquina del salón y se concentró en su copa de oporto. A Rowena le daría un ataque si se enteraba que esa era la segunda, pero, dado que no pudo tomarse entera la primera, no lo consideraba un exceso; además, necesitaba algo que lograra calmarle el pulso acelerado que el beso le dejó. Sabía que no debió acceder a ese absurdo, pero la tentación de recuperar su anillo y la curiosidad a lo desconocido pudieron con su autocontrol. No se arrepentía del beso en lo absoluto, pero sí se reprendía el haber sido tan débil a su contacto. Nunca se había sentido tan vulnerable como cuando estaba en sus brazos y eso era algo que no deseaba volver a experimentar aunque fuera una sensación agradable. Lo mejor sería mantenerse alejada de ese hombre que despertaba tantas cosas nuevas en ella, y no se refería solo al beso, sino a la habilidad que tenía para hacer que su paciencia se agotase. Era tan persistente como ella misma y eso no le gustaba.

Tomó más de su copa y lanzó otra mirada a lord Frederick. El hombre seguía mirándola con odio mal disimulado, y lo peor del caso es que no entendía por qué; es decir, había sido él quien intentó abusarla, ella solo se había defendido. Que se hubiera visto obligada a demostrar que era más astuta que él y sus amigos, dejando así el orgullo de ellos por el piso, no era su culpa. Si tuviera oportunidad, hasta se vengaría, solo para compensar la rabia y el miedo causado. Él no tenía ningún derecho de mirarla así. Hombre estúpido. ¿Pero quién se creía? ¿Acaso pensaba que por ser hombre era más que ella? ¿O porque hubiera sangre gitana en sus venas era menos dama y por eso debía rebajarse a hacer lo que él deseaba? Pues se equivocaba, no iba a permitir que nadie la humillara por lo que era. Eso la llevó a otro asunto. ¿Cómo se había enterado? Muy pocos conocían su origen y el de su madre, así que no tenía ni idea de cómo lo supo. No obstante, eso carecía de importancia, solo esperaba que no divulgará la noticia, ni dijera algo por el estilo para perjudicarla. No le importaba lo que la gente hablara de ella, pero apreciaba mucho a su familia para que esta se viera involucrada; si el hombre decía algo perjudicial, ella se encargaría de vengarse, y él debía saber muy bien que no era una mujer débil cuyas amenazas podían obviarse. No lo mataría ni nada por el estilo, pues no deseaba terminar en la horca, pero encontraría la manera de cobrársela si él decidiese atacar. Eso lo aseguraba.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos que no se percató de que Adam se le había acercado nuevamente.

—¿Me concede este baile?

Topacio soltó un gruñido al escuchar la familiar voz y miró furiosa al hombre .

—¡No! Por si no se ha dado cuenta, no soy la única joven en este salón. Haga vida social y deje de ser tan fastidioso.

—Seis.

—¿Seis qué?

—Seis insultos en una noche. Pero, volviendo al tema, yo quiero bailar con usted—sonrió.

—Pero yo no.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Esa no es una respuesta.

—Para mí lo es —respondió sintiendo una sensación de *déjà vu* ¿no acaban

de tener una conversación similar?

—Pero para mí no, si no quiere bailar, me gustaría que me diera una respuesta más explícita...

—Está bien bailemos.

Adam frunció el ceño ante la repentina aceptación.

—Vamos —lo apuró dejando la copa media vacía en la bandeja de un mesero—. ¿No quería bailar? Bailemos, a ver si así me libro de usted.

Él la tomó de brazo aún confundido por su brusco cambio de opinión. La observó para ver si encontraba algo en su rostro que pudiera explicarlo, pero solo vio como su vista se desviaba rápidamente a hacia un lado.

Siguió la dirección de su mirada y se percató de que un hombre la miraba. El hombre rubio, al darse cuenta de que él lo estaba viendo, desvió la vista y se giró para caminar en sentido contrario de donde ellos estaban; parecía que el hombre se dirigía hacia a ella cuando Adam llegó y le invitó un baile.

Frunció el ceño. No le había pasado desapercibida la rabia mal disimulada que brillaba en sus ojos cuando miró a la señorita. Loughy. Podría asegurar que casi rayaba al odio, y ese era un sentimiento muy fuerte. Mientras bailaban el minué, evitó preguntarle a Topacio, ya que le bastó un día para saber que no le diría nada, pero no pensaba dejar el asunto así; si no se equivocaba, bien podía tener que ver ese caballero con la huida de Topacio Loughy la noche anterior. El rostro de ella no había mostrado ni miedo ni preocupación al mirarlo pero, si había aceptado bailar con él, era porque no deseaba topárselo. Investigaría quién era el hombre y de ahí, empezaría a sacar conclusiones. Sabía que se estaba metiendo donde no lo llamaban, que probablemente sí era un entrometido, pero en su defensa, si ese hombre representaba un peligro para la señorita. Loughy, él no podía permitir que le hiciera daño, y no solo porque la mujer le empezaba a interesar, sino porque su honor de caballero le impedía quedarse sin hacer nada sabiendo lo que sabía; eso, y que no resistía la tentación de una buena investigación.

Estaba decidido, aprovecharía lo que quedaba de la noche para investigar y así ver si llegaba al fondo de la cuestión. Esa mujer le había proporcionado una nueva aventura en la que trabajar después de su retiro, además de conseguir algo inimaginable: que pensara en el matrimonio.

## CAPÍTULO 5

—Me pregunto cómo sería el mundo si la gente no se metiera en la vida de los demás —comentó Topacio terminando de leer la columna de chismes donde se decía los dos bailes que compartió con el duque—. Pero claro, si fuera así, muchos se quedarían sin oficio.

Topacio dejó el periódico en la mesa del desayuno y tomó un sorbo de su café. Su humor no era especialmente bueno esa mañana, y ese artículo no había contribuido en nada para mejorarlo.

—En realidad, es cierto —dijo Zafiro sentada a su lado—, las damas de clase alta no tienen nada más que hacer; si no hubiera chisme, morirían de aburrimiento.

Ellas eran las únicas dos en la mesa del desayuno, los demás seguían durmiendo.

—No obstante —continuó su prima— debemos admitir que el hecho de que el duque te pidiera dos bailes fue bastante... precipitado, dado que apenas se conocen. Debió quedar flechado.

Topacio bufó.

—Tonterías —replicó.

Sabiendo que la paciencia de su prima no estaba en su más alto nivel ese día, decidió cambiar de tema.

—La casa se siente extraña sin Rubí —dijo—. Ya la echo de menos.

A Topacio se le ablandó el semblante.

—Sí, yo también, pero ella está feliz, eso debería bastarnos para que nosotras lo estemos.

—Sí. En estos momentos deben estar de camino a la propiedad de campo del marqués. Estoy segura de que disfrutará más allá que aquí en la ciudad —comentó Zafiro.

Comieron en silencio por un rato, hasta que una criada entró con un ramo de flores en las manos.

—Señorita, trajeron esto para usted.

Topacio ni se giró; normalmente, cuando decían esa frase, las flores eran para Zafiro o Rubí, y ya que Rubí no estaba disponible...

—¿Señorita Topacio?

Alzó la vista solo para comprobar que en verdad le hablaba a ella.

—¿Qué hago con ellas? —preguntó la criada.

Topacio frunció el ceño. ¿Quién le habría mandado flores? Una expresión de fastidio cruzó su rostro cuando un nombre se le vino a la cabeza. ¡Oh, no!, no podía ser, por favor, que no fuera.

Tomó la nota que venía enganchada al ramo y la leyó.

Ya que no suelo mandar flores, no sé lo que se escribe en este tipo de cartas, solo puedo decir que espero que le gusten.

Lord Rutland

Topacio dejó la nota en la mesa y contuvo un gruñido. “Hombre fastidioso”, pensó, al menos no se le había ocurrido escribir poesía en ella.

—Ponlas en cualquier lado y, si Rowena pregunta, dile que se las mandaron a Zafiro.

—¿Por qué? —inquirió Zafiro tomando la nota antes de que ella pudiera evitarlo. La leyó rápidamente y sonrió—. ¡Oh!, ya veo... Olvídalo, sabes que miento muy mal, si Rowena me pregunta de quién son, empezaré a tartamudear y me descubrirá; creo que tendrás que soportar su acoso.

Topacio gruñó en voz alta y le hizo señas a la criada para que se llevara las flores. No entendía a ese hombre, se había comportado de la forma más grosera posible, y aun así le mandaba flores. Lord Frederick también lo hacía, solo que siempre supo que lord Frederick tramaba algo; en este caso, no entendía qué planeaba ese hombre. Su instinto no le advertía de ningún peligro, así que no le veía ni pies ni cabeza al interés de ese fastidioso.

—¿Sigues pensando que no está interesado? —inquirió Zafiro arqueando una ceja.

—Sí —afirmó sabiendo que no era del todo cierto—. Buenos días —dijo antes de salir del comedor. Tenía que pensar.

Adam despidió a su ayuda de cámara y terminó de arreglarse él mismo el moño. Hacía años que no tenía que someterse a ese tipo de rituales y habían sido años tan buenos... Pero nada podía durar para siempre; si no hubiera en esa velada algo que le interesara, no iría e invertiría esas horas de la noche en terminar de ponerse al día con todas sus propiedades.

Miró la pistola que se encontraba encima de la cómoda y sonrió. La tomó y la escondió en los faldones del frac, esperaba que no se notara; no había muchos lugares donde pudiera tener a la mano un arma.

Pensó en cuál podía ser la reacción de la señorita. Loughy si le pedía otro beso a cambio del arma, pero, aunque la idea era muy tentadora, la descartó; sería mejor no jugar mucho con la paciencia de la mujer, no la conocía en demasía, pero no había que conocerla para saber que tenía un carácter impredecible y misterioso.

Misteriosa. Esa era la palabra que más describía a Topacio Loughy. La mujer estaba rodeada por un aura de misterio y parecía guardar muchos secretos para sí. Uno de ellos era sin duda el asunto que la había llevado fuera de casa hacía tres noches y que estaba seguro de que tenía que ver con aquel hombre, que según le había dicho. Era lord Frederick.

No había podido averiguar mucho de él sin levantar sospechas, pero lo que había descubierto debía ser suficiente. La gente, amante del chisme, satisfizo su curiosidad y sus preguntas no pasaron por extrañas, ya que era normal que el tuviera interés en la sociedad después de estar tanto tiempo fuera.

Lord Frederick Aldrich, era el hijo segundo del marqués de Mirford. Contaba con 24 años y, como la mayoría de los jóvenes de su edad, no era muy responsable. Pasaba gran parte de su tiempo en clubs, jugando, tomando y haciendo apuestas con amigos. La gente le aseguró que hasta hacía poco cortejaba a Topacio Loughy, pero suponía que, debido a su indiferencia esa noche, ya se había dado cuenta de que la joven dama no era lo que se esperaba de una esposa. No pudo averiguar más, porque la gente empezó entonces a hablar de Topacio y él tuvo que dar por finalizadas las conversaciones para no tener que escuchar todas las cosas malas que se decían de ella. No obstante, la información obtenida fue suficiente. Saber que lord Frederick se empezó a mostrar indiferente justo el día de la boda de Damián, una noche después del incidente en el que encontró a la señorita. Loughy huyendo, hacía que los cabos fueran fáciles de atar y que no hubiera ninguna duda de que ese nombre tuviera algo que ver. Tenía miles de teorías

de lo que pudo haber sucedido, pero ninguna de ellas le gustaba mucho, de hecho, algunas hasta lo hacían rabiar, por ello, decidió no sacar conclusiones precipitadas e investigar más a fondo.

Con paso tranquilo, salió de su habitación y bajó por las escaleras que lo conducirían al vestíbulo mientras se obligaba a pensar en lo entretenida que podía volverse la velada. Al menos esta vez tenía invitación, de hecho, el día anterior había recibido un sinfín de tarjetas que ahora se encontraban al lado de su puerta. Había registrado entre ellas hasta encontrar la única que le interesaba y la que pensaba aceptar por el momento.

Mientras subía al carruaje, tanteó los faldones de su frac solo para asegurarse de que el arma estaba ahí. Luego, se acomodó en el asiento pensado en que cuántas invitaciones aceptara, dependería solo de un factor.

Topacio pasó su vista por el salón de Lady Kindell de un lugar a otro. La persona que buscaba no se encontraba por ningún lado, solo esperaba que asistiese; sería un completo fastidio convencer a James para que le comprara otra pistola, ya que tendría que explicar como perdió la primera.

Se tranquilizó, el hombre podía ser fastidioso, entrometido, arrogante, irritante, despreciable e incluso una alimaña, pero cuando afirmó que le devolvería su arma, ella le creyó, no supo por qué, pero le creyó; ahora, todo saldría bien mientras no insistiera en devolvérsela bajo las mismas condiciones en las que le devolvió el anillo, ahí si se vería en un problema, ya que preferiría inventar algo que justificase a James la pérdida del arma que volver a besarlo. Eso jamás.

Siguió mirando a su alrededor con aburrimiento. Zafiro debía estar bailando con algún caballero y Rowena buscándole pareja de baile, o tal vez también estuviera tratando de encontrar al duque. La suerte no había estado de su lado el día anterior; La duquesa había visto el ramo y había preguntado de quién era. Zafiro se había negado a mentir por ella, y no porque no quisiera ayudarla, sino porque en verdad mentía muy mal, así que Rowena llegó a la conclusión de que el ramo era de Topacio. Obviamente, le preguntó quién lo había mandado y como ella se negó a responder, también lo dedujo. Se había emocionado mucho y sus palabras exactas fueron «No lo espantes».

Topacio no hizo promesas que no tenía intención de cumplir, ella no se casaría con el duque, ni con nadie, pero por ahora era inútil convencer a

Rowena de ello, así que prefirió quedarse en silencio y dejar que pensara lo que quisiera. Solo esperaba que, si iba a acosar a alguien, fuera a él, que era quien había conseguido que la gente rumoreara que estaba interesado bailando con ella dos veces.

Aburrida, empezó a pasear por el salón buscando a alguien con quién pudiera mantener una conversación interesante, pero no vio a nadie. Siguió buscando y localizó a su primer objetivo a unos metros de ella. Él le sonrió como saludo, pero ella puso los ojos en blanco en respuesta y le hizo una seña indicándole que se reunieran en la terraza, luego se dirigió hacia allí a esperar.

La velada recién comenzaba y no eran muchos los que habían llegado, por lo que la terraza estaba vacía. No tuvo que aguardar mucho, pues minutos después, el duque apareció.

—¿Trajo mi pistola? —interrogó la joven apenas él entró.

—Señorita. Loughy, qué bella se ve esta noche. ¿Cómo ha estado?

—Muy bien, excelencia, gracias —respondió en tono sarcástico—. Ahora, ¿trajo mi pistola?

Él asintió y después de asegurarse de que nadie los veía, se la entregó. Ella la guardó inmediatamente en su ridículo y él no pudo evitar pensar en que parecían dos contrabandistas de armas en una reunión secreta.

—Bien, gracias, ahora —dijo dirigiéndose hacia las puertas que daban a la entrada del salón— le agradecería que no me volviera a dirigir la palabra en su vida y, por favor, ahórrase flores o cualquier otro detalle igual de estúpido.

—¿No le gustaron las flores? —preguntó arqueando una ceja en gesto burlón—. Y yo que pensaba que las mujeres las adoraban.

—¿Por qué las mandó? —preguntó directa.

Él se encogió de hombros.

—Me pareció usted una mujer interesante que vale la pena conocer más a fondo, y cuando se quiere visitar a una dama primero se empieza mandando flores, ¿o no? Hace pocos años era así, pero nunca tuve intención en ponerlo en práctica, hasta ahora.

—Pues le recomiendo que vuelva a su vida de crápula y me deje tranquila.

—¿Por qué? —preguntó curioso.

—Porque Rowena empezará a hacerse ilusiones y yo no me pienso casar.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

Ella sonrió cínicamente.

—Eso, excelencia, no le incumbe.

—¡Oh!, cierto que suelo pecar de entrometido.

Ella empezó a llenarse de paciencia.

—¿Tengo su palabra de que me dejará en paz?

—No.

Ella frunció el ceño en un gesto que a Adam le parecía adorable.

—¿Por qué no?

—Ya se lo dije, quiero conocerla más a fondo.

—Pero yo no.

—¿Por qué?

Ella contuvo un gruñido.

—Porque no —respondió con la voz más neutra que pudo.

—Déjeme ver si entiendo, quiere hacerme desistir de mi objetivo, pero no me da razones lógicas para hacerlo.

¿Por qué siempre terminaban en la misma conversación?

—¿Siempre es usted tan fastidioso?

—Yo prefiero decir que soy persistente.

—¿Sabe que es de mala educación imponerle a una dama su compañía cuando ella no lo desea?

Él sonrió.

—¿Sabe usted que decirle en una noche a una persona que es fastidiosa, irritante, arrogante, despreciable, alimaña y... ¡ah!, sí, entrometido también es de mala educación?

Ella se encogió ligeramente de hombros y lo miró con burla.

—Nunca presumí de ser amable, además, eso debería darle una idea de por qué no debería desear conocerme.

—Al contrario, por eso deseo conocerla más.

—Es decir que ¿debo comportarme como todas las demás para que pierda el interés? Dígame, si es así, lo intentaré.

—Creo que no lo haría bien, y no, no es necesario que lo haga porque ya sé quién usted.

—¿Ah, sí? —arqueó una ceja— ¿Y quién soy?

Él empezó a acercarse y ella solo se dignó a retroceder cuando estaba muy cerca, cuando choco con la pared que había al lado de la puerta, él la acorraló.

—Además de ser la dama más bella que he conocido, también es la mujer más misteriosa, intrépida y fascinante que me he encontrado, y sé que hay

algo en usted que debe valer la pena conocer.

Topacio se quedó, por primera vez en su vida, sin palabras. El cuerpo de él estaba muy cerca del suyo, y sus penetrantes ojos negros estaban fijos en los de ella como si pudiera adivinar todos sus secretos mirándola así, y lo peor del caso es que Topacio creía que en verdad lo lograba.

A duras penas salió del trance en el que estaba envuelta y volvió a su faceta fría e indiferente. Se zafó de él dándole un fuerte pisotón.

—Déjeme en paz —fue lo que dijo antes de salir de ahí.

Tenía que mantenerse alejada de ese hombre, lo que la hacía sentir cuando estaba cerca de él no era normal. Se sentía vulnerable y le entraban deseos de, por una vez en su vida, relajarse, no estar a la defensiva a cada segundo. Pero no podía, por más que su instinto le dijera que confiara en él, esta vez no le haría caso. Nunca, se confiaba de nadie, nunca, y mucho menos creería en ese hombre que acababa de descubrir que era peligroso; sí, peligroso para ella.

## CAPÍTULO 6

Topacio se convenció de que el motivo por el que evitó el resto de la fiesta al duque no era cobardía. Ella simplemente eludió su no deseada presencia porque no quería estar con él, y no porque fuera una cobarde. Si la gente seguía viéndolos juntos, empezarían las habladurías y los rumores, que avivarían más la esperanza de Rowena, y eso no era justo porque ella no se casaría. Así que, cada vez que veía al duque, se alejaba de su campo de visión.

Al final de la velada, Topacio había conseguido su objetivo y él no se le había acercado. Tal vez había comprendido al fin su mensaje y la dejaría en paz.

“Tal vez lo que quiere es amargarme la vida”, eso fue lo que pensó Topacio al día siguiente cuando el mayordomo le informó que el duque deseaba verla.

—Dígale al duque que no tengo ganas de verlo y que deje de ser tan fastidioso —le dijo tranquilamente al mayordomo mientras volvía a concentrarse en el libro que leía en su habitación.

El mayordomo, un tanto incómodo, frunció el ceño y arruinó así su impenetrable semblante.

—Señorita...

—Y no suavice mis palabras —informó Topacio—. Dígale exactamente lo que le acabo de decir.

El mayordomo se giró a cumplir su cometido de mala gana, no tenía muchas ganas de decirle a un duque que dejara de ser fastidioso.

—Espera, Eckhart —interrumpió la voz de Rowena—. No le diré eso, dígame que la señorita Loughy bajará pronto.

Topacio no apartó la vista del libro cuando dijo:

—No lo creo, Rowena.

—No puedes hacer semejante desplante, es una falta de educación, ¿Quieres que él duque piense que no te he educado bien?

—Él no pensará eso, solo pensará que yo he salido descarriada.

—Lo recibirás —afirmó.

—No.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo el duque? Es uno de los hombres más apuestos de Inglaterra, tiene un título y además fortuna. ¿Cuál es tu objeción?

Topacio lo pensó un momento antes de responder.

—Simplemente no es de mi agrado.

—¿Por qué?!

Topacio suspiró y la miró.

—Rowena, por favor, solo no quiero tener nada con él.

—Ni con él, ni con lord Frederick, pareciera que no quisieras casarte.

—Tal vez no desee hacerlo —dijo Topacio suavemente.

Rowena entró en la habitación y se sentó junto a ella en la cama, mirándola de forma maternal, dijo:

—Querida, créeme, no hay nada más maravilloso en esta vida que casarse y formar una familia con el hombre adecuado.

—Ahí está, el duque no es el hombre adecuado.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo conoces.

—Lo presiento —mintió.

—Eso es mentira.

Topacio frunció el ceño, nunca entendería como Rowena era capaz de leerle el pensamiento.

—Recíbelo esta vez —pidió—. Ya he mandado al mayordomo a decir que lo harás ¿Vas a hacerme pasar por la vergüenza de decirle no?

Ella se encogió de hombros.

—Nadie te ha mandado a decirle que lo recibiría, yo ya había a mandado a decirle que no.

—¡Topacio!

Ella gruñó y dejó a un lado el libro.

—Está bien —dijo levantándose—, pero será la última vez.

Salió sin ver la sonrisa de satisfacción de Rowena.

Cuando Topacio entró en el pequeño salón de visitas, el duque se levantó y le sonrió con esa sonrisa que lo hacía verse condenadamente apuesto, pero que ella ya estaba odiando ¿Acaso nunca dejaba de sonreír?

—Excelencia —saludó—. Estaba pidiéndole perdón a Dios por cualquiera que fuese el pecado que hubiera cometido y cuyo castigo es tenerlo a usted encima de mí.

La sonrisa de él se amplió más y un brillo malicioso apareció en sus ojos. Topacio frunció el ceño y luego gruñó al entender el doble significado de sus palabras.

—¿Qué quiere? —espetó.

—Verla por supuesto, ¿Nos sentamos?

—¿Debo entender, entonces, que tiene intención de quedarse un rato? —preguntó con un tono de lamento.

—Efectivamente —él se sentó sin esperar invitación y a ella tuvo que hacer lo mismo.

—¿Cómo ha estado? —preguntó amable.

—Perfectamente bien, hasta que apareció.

—¿Eso quiere decir que mi presencia le disgusta? —inquirió en tono inocente.

—No sea estúpido, claro que me disgusta.

—Sin embargo, yo aún desconozco el motivo.

Había varios, pero ella no tenía intención de decir ninguno.

—¿Le gusta perder el tiempo, excelencia? —preguntó ella.

—Me gusta invertirlo en lo que considero que vale la pena.

—Pues déjeme decirle que está usted invirtiéndolo muy mal.

—Nunca he fallado una inversión, así que no lo creo. Pero no he venido a hablar de eso, sino de usted.

Topacio nunca daba una batalla perdida, siempre se esmeraba por conseguir lo que quisiera aunque el panorama se viera difícil, pero en este caso, tenía que admitirlo, el hombre no se iría, así que, esperó a que él siguiera hablando, tal vez lograra hacerle la conversación tan insoportable y se marcharía. Tal vez.

—Cuénteme, señorita. Loughy, ¿qué le gusta hacer?

Topacio sonrió con anticipación, sabiendo que sus gustos distaban mucho de los de una dama.

—Bien, adoro las competencias de tiro, me gusta la caza y nadie me gana en una carrera de caballos.

Rogó silenciosamente que el duque se mostrara espantado, pero no supo por qué lo hizo, si a esas alturas sabía que ese hombre distaba tanto de ser

normal, como ella también distaba de serlo. Él se limitó a sonreír.

—Gustos peculiares para una dama peculiar —comentó—. Yo también adoro la caza.

Topacio sonrió con malicia.

—Excelente, me encantaría tener la oportunidad de cazar con usted...

—Déjeme adivinar —interrumpió—, conmigo de presa.

Topacio no pudo evitar que una sonrisa sincera se formara en sus labios.

—Exactamente, me ha leído el pensamiento.

—No ha sido muy difícil deducirlo, ya que usted tiene un sentido del humor, ¿cómo decirlo? Excepcional.

Ella se encogió ligeramente de hombros y Adam pudo ver que volvía a su actitud indiferente.

—Y me pregunto —continuó mientras se inclinaba hacia adelante— qué habrá detrás.

Topacio se puso seria

—¿Detrás de qué?

—Detrás de ese curioso sentido de humor, detrás de esa actitud cínica e indiferente, detrás de esa fachada que se ha formado.

—No tengo ni la menor idea de lo que está hablando, ni en qué se basa para decir eso.

Adam no tenía base para decirlo, cierto, pero lo deducía; ella era más de lo que aparentaba, podía verlo en sus ojos. Podía sonar una explicación un tanto loca y carente de sentido, pero él lo presentía y muy pocas veces se equivocaba.

—Es posible que no la tenga. —Concordó y se levantó, rodeó la mesa donde una bandeja de té estaba intacta y la tenía acorralada contra el mueble antes de que ella pudiera escaparse—. Y es posible que yo tampoco sepa muy bien de qué hablo, pero nadie me quitará de la cabeza que usted no es quien dice ser.

—¿Ah, no? —preguntó controlándose para no demostrarle que su proximidad la ponía nerviosa— ¿Y quién soy en realidad?

—Eso es lo que me gustaría averiguar —susurró muy cerca de su boca.

—Está loco —afirmó ella.

—Tal vez —concedió él.

—¿Seguro que el tiempo que estuvo fuera no estuvo internado en Bedlam?

Él sonrió.

—Seguro, creo que recordaría mi estancia en un lugar así.

Cuando sus labios se vieron cada vez más cerca, Topacio tuvo la intención de echar atrás la cabeza, retroceder, pero ella no era una cobarde. Además, él no se atrevería a besarla ahí, en su casa, donde cualquiera podría verlo. No, no lo haría y ella no lo dejaría, porque si bien su parte irracional se encontraba deseando sentir de nuevo la exquisita caricia de sus labios, ella no podía permitirlo.

Debía quitárselo de encima. Quería gritarle que se alejara y que se comportara como un caballero, pero las palabras no parecían salir de su boca; quería golpearlo, pero sus miembros se negaban a recibir órdenes. Era como si estuviera envuelta en un hechizo. Era como si esos ojos negros la tuvieran prisionera y evitaran que hiciera cualquier movimiento para escapar. Era como si...

El sonido de la puerta al cerrarse los sacó a ambos del trance. Adam se alejó inmediatamente y Topacio se giró para ver al intruso, que en realidad era una intrusa.

Esmeralda apretó más el libro contra su pecho como si temiera que se resbalara y sus mejillas se tiñeron de carmesí al darse cuenta que era el centro de atención.

—Yo..., eh..., yo lo siento. No sabía que la sala estaba ocupada. —Se giró para irse, pero la voz de Adam la detuvo.

—No se preocupe, señorita...

—Esmeralda, Esmeralda Loughy.

Adam le sonrió.

—No se preocupe señorita Esmeralda, no tiene que irse, yo ya me iba. Además, las interrupciones siempre son bien recibidas si son tan bellas como usted.

Esmeralda se volvió a ruborizar y bajó la vista un momento intentando recuperarse. Topacio blanqueó los ojos, además de todos los defectos ya contados, también era un adulator por naturaleza.

—Gracias, señor —dijo al cabo de un rato.

—Fue un gusto conocerla, señorita Esmeralda, señorita. Loughy —dijo dirigiéndose a Topacio que no se había movido del sitio. —Pasé un rato maravilloso, hice una buena inversión de mi tiempo y espero poder disfrutar del placer de su compañía en otra ocasión.

Hizo una inclinación de cabeza como despedida y salió.

Esmeralda fijó su vista en Topacio con arrepentimiento.

—¡Oh, Topacio!, lo siento mucho, creo que he sido muy inoportuna. ¡Oh!, nunca aprenderé —se reprendió.

Topacio se levantó y le dedicó a Esmeralda una sonrisa.

—Al contrario, querida, has sido de lo más oportuna. —Salió antes de que la joven pudiera preguntar por qué.

Cuando Adam llegó a su casa, su mayordomo le entregó una carta que aseguró que era de importancia. Él vio que tenía el sello real y la abrió inmediatamente.

En ella le explicaba que el príncipe regente deseaba recompensarlo por sus servicios a la Corona, y que fuera al Whitehall para recibir más información.

«Qué extraño», pensó Adam, quién dudaba que Prinny<sup>[1]</sup> conociera siquiera la identidad de los que trabajaban para él.

Ya que no especificaba ni la fecha ni la hora, Adam decidió salir en ese mismo momento para allá para terminar con el asunto, eso sería interesante. Al llegar, tuvo que esperar cierto tiempo a ser atendido, pero luego Charles, el encargado de la red de espías en el exterior, lo recibió. Esperó que el hombre que siempre le había dado instrucciones le dijera de qué se trataba el asunto.

El hombre, de unos cincuenta años, se acomodó en su escritorio y lo miró con el semblante serio que siempre estaba impreso en su rostro. Siempre lo consideró un amigo a pesar de las diferencias de edad. Tenía entendido que era una persona muy apreciada por su difunta madre, y recordaba haberlo visto en una que otra ocasión en su casa antes de que ella muriera. Era un buen hombre, a pesar de la fachada dura que su trabajo le exigía mostrar.

—Tal y como se mencionó en la nota —dijo yendo al grano sin ni siquiera un saludo cortés— su majestad desea recompensar a los que trabajaron para él en estos tiempos de guerra. No obstante, ya que tú ya tienes título y fortuna, ha ideado una manera un tanto... peculiar de agradecerte.

Adam frunció el ceño presintiendo que no le gustaría lo que le iban a decir.

Charles se enderezó en la silla y su semblante no sufrió ningún cambio mientras hablaba, estaba acostumbrado a mantener sus emociones bajo control.

—Quiere que te cases.

Adam se quedó petrificado, a estas alturas, creía que ya nada podía sorprenderlo; por lo visto se equivocaba.

—¿Perdón? —tal vez tenía problemas de audición.

—Tienes treinta años, Adam —explicó— y un título alto a tu cargo. Tienes responsabilidades y ya va siendo hora de que las cumplas. Es hora de que te cases y engendres un heredero.

—Eso es ridículo —afirmó.

—¿Lo del heredero?

—¡Lo de la boda!

Adam podía jurar que el príncipe regente debía tener más cosas que hacer que actuar de casamentera con sus pares.

—Antes de que cumplas los treinta y uno, de preferencia —añadió.

Adam se acercó a Chales y lo miró fijamente. Como ya había dicho, había logrado considerar al hombre como un amigo, lo conocía bien y sabía que algo no cuadraba en el asunto, sin embargo, no podía descifrar qué era.

—Creo que tendrá que decirle a su majestad, con todo respeto, por supuesto, que si sigue ofreciendo ese tipo de recompensas a quienes trabajan para él, se quedará sin voluntarios para hacerlo.

Chales no mostró ninguna expresión.

—Le haré llegar el mensaje, pero hablo en serio, Adam, tienes que casarte.

—Eso es absurdo, hablaré con Prinny yo mismo.

—¡No! —dijo y carraspeó como si deseara así camuflar lo alto que salió su voz— bien, puedes hacerlo, si quieres perder tu tiempo con una decisión tomada.

—¿Y qué pasaría si me niego a recibir la recompensa?

—Será mejor que no lo hagas —respondió tranquilamente.

—Todavía no entiendo. Se supone que una recompensa es algo bueno, una retribución de un acto bien hecho, dónde está lo bueno en esto.

—Que podrás elegir a la dama que desees. Cualquiera, mientras esté disponible, claro. Se hablará con sus padres y ellos no se negaran a concederte su mano.

—Ningún padre se negaría a concederme la mano de su hija. Soy un duque y con dinero —recalcó como si no fuera obvio.

Tal vez pecaba de arrogante, pero era la verdad.

—No necesito ayuda en ese aspecto —continuó.

—Bien, tal vez no sea, entonces, una recompensa, pero si es una orden. Te casarás.

—Eso no es justo —declaró— hay muchos lores mayores de treinta años

solteros y sin herederos. ¿Por qué me tengo que casar yo?

Una cosa era que estuviera pensando en el matrimonio y otra, que se lo impusieran de forma abrupta, cumpliría los treinta y uno en dos meses.

Charles no se inmutó ante lo que era un claro tono de impaciencia muy poco común en él.

—No muchos son libertinos empedernidos, o tal vez solo tienes mala suerte. Piénsalo y me haces saber el nombre de la candidata lo más pronto posible.

Adam gruñó y salió de ahí. Después de que se fue, Charles sonrió. Su amigo no era estúpido, de hecho, tuvo demasiada suerte en que se creyera ese absurdo, pero pronto pensaría mejor la lógica del asunto y se daría cuenta de todo. Solo esperaba que fuera después de casado, para que no se arruinara el plan tan estratégicamente planeado. Era posible que lo matara cuando se enterase, pero, valía la pena el riesgo, era mejor que ver cómo la soledad acabaría pronto con lo que era un amigable hombre. Dejó los remordimientos a un lado y se recordó que cumplía una promesa hecha a su querida Caroline, que siempre deseó ver a su hijo feliz.

Empezó entonces a pensar en cómo haría que el príncipe firmara esa orden para hacer real la mentira.

Durante el camino de regreso, Adam estuvo metido en sus pensamientos. Algo no encajaba en el asunto pero, por más que lo pensaba y lo pensaba, no podía descifrar qué era. Lo dicho por Charles en cierto modo tenía lógica, pero había un pieza que faltaba ¿Porque Prinny se empeñaba en su matrimonio? Dudaba que hubiese amanecido un día decidiendo hacer una lista de los lores solteros con título importante que necesitaban casarse. ¿Pero acaso importaba eso? Tendría que casarse. Si hubiera sabido que esa sería su recompensa por prestar su ayuda, probablemente no hubiera actuado de espía. Casarse como recompensa ¿Pero a quién se le ocurría? Podía nombrar a un sinfín de caballeros mayores que él solteros, y a él lo mandaban a casarse, eso no tenía sentido. Charles tenía razón, tenía mala suerte.

Cuando pensó en el tema de las candidatas, se dijo que quizás no tenía tan mala suerte. «Elige a la que quieras», había dicho Charles, «sus padres no te negaran su mano», y eso significaba que ella tampoco podía negarla. Una sonrisa malvada empezó a formarse en su rostro a la vez que el nombre de la candidata perfecta empezó a llenar su mente. A fin y al cabo, no debería armar tanto escándalo, él ya había pensado en casarse, solo se adelantaron sus

planes. Probablemente estaba a punto de cometer el peor error de su vida...; no, estaba seguro de que no era así. De hecho, tenía la certeza de que sería la mejor candidata posible. Lo único que no podía afirmar era llegar vivo a la boda.

No debió devolverle la pistola.

## CAPÍTULO 7

—Esto es una broma de muy mal gusto ¿cierto?

Todos los presentes en la mesa intercambiaron miradas de auténtica preocupación y Topacio empezó a pensar que la carta que tenía en la mano, con el sello real que decía que debía casarse con Rutland, no era una broma. Pero ¿qué otra cosa podía ser? Desde luego no podía ser verdad. Era imposible, por no decir que escapaba de toda lógica ¿Por qué el mismo príncipe querría que se casara con Rutland? ¡Si ni siquiera la conocía! Podía entender que, al ser Rutland un duque, tuviera cierto interés en que se casara y engendrara herederos, pero por qué con ella. Además, ¿desde cuando acá el rey concertaba matrimonios? La última vez que eso pasó debió suceder en la Edad Media. No, seguramente era una broma.

—Es una broma —afirmó intentando controlarse.

—No lo es Topacio —habló William sentado en la cabecera de la mesa—. El príncipe quiere que te cases con el duque.

—¿Por qué?! —preguntó.

William se encogió de hombros.

—Lo desconozco. Admito que esto es extraño y poco común pero...

—Pero... —lo animó.

—Pero no se puede hacer nada.

Topacio miró a los demás que guardaban silencio, de hecho, todos parecían más concentrados en la cena intacta que en el asunto que se trataba. Topacio dedujo que la cuestión ya se había discutido y que ella había sido la última en enterarse. ¡Oh!, cómo odiaba que la dejaran de lado.

—Pues no entiendo nada —expresó utilizando su autocontrol para no perder los estribos—. Este asunto no tiene ni pies ni cabeza. No hay lógica ni sentido en el hecho de que deseen una boda entre ese hombre y yo. ¡Aquí hay

gato encerrado!

Silencio. Eso solo quería decir que estaban de acuerdo con ella. ¿Cómo no estarlo? Algo no encajaba en el asunto. Los matrimonios de conveniencia se realizaban todos los días, pero estos eran concertados por los pares, nunca intervenía un ente mayor como el rey o en este caso, el regente. Entonces, ¿a que venía esto? Algo raro sucedía y no acabaría el día sin que tuviera su explicación.

—¿Dónde vive Rutland? —preguntó tranquilamente.

—Creo que por aquí mismo, hacia Grovensor Square —respondió James—. ¿Por qué?

—Bien —dijo ella levantándose y haciendo caso omiso de la pregunta.

—¿A dónde vas? —le preguntó Rowena en tono alarmado cuando vio que se dirigía a la salida del comedor.

—¿Cómo que a dónde? A buscar una explicación, por supuesto.

No hizo falta mucho tiempo para que todos comprendieran a qué se refería.

—¡Topacio no puedes ir a ver a Rutland ahora! ¡Son las ocho de la noche!

—¡Me importa un rábano la hora! —gritó perdiendo la paciencia—. ¡Este día no se acaba sin que yo obtenga una explicación! —dicho esto, salió del comedor.

Ese hombre sabía algo, estaba segura. Ya le parecía demasiada buena suerte que no hubiera sabido de él en toda una semana. Nadie le quitaría de la cabeza que él tenía algo que ver.

—¡No podemos dejar que vaya sola! —exclamó Rowena viendo el lugar por donde desapareció Topacio —qué digo, ¡no podemos dejar que se vaya!

—Me gustaría verte intentar detenerla —dijo James.

—¡Entonces ve con ella! —ordenó la mujer.

—Ni lo sueñes, Rowena —dijo él—. Se ve que está de mal humor y no quiero que vuelque su furia en mí.

Miró a Zafiro que inmediatamente negó con la cabeza.

—Olvídalo, por más incorrecta que sea la situación, no pienso ser yo la acompañante.

Rowena se dio cuenta de que todos temían a Topacio en esos momentos y que ninguno iría, así que se levantó.

—Bien, iré yo —dijo y salió antes de que alguien la detuviera.

—¡Rowena, espera! —sonó la voz de William que también se levantaba—. Yo voy, pero espera.

La duquesa ya se había ido y él tuvo que seguirla, pero para cuando llegó a los establos, ella ya se alejaba a caballo.

—Si alguien la ve se formará un escándalo —se quejó Rowena.

—Querida, yo me estaría preocupando más en estos momentos por la vida de Rutland —comentó William viendo cómo una furiosa Topacio se alejaba por las calles de Mayfair.

Adam acababa de decidir que esa sería la última vez que comía en la casa. Los próximos días cenaría en el White's, o en algún otro club, pero no volvería a tolerar una cena más en soledad. Normalmente no le molestaba desayunar solo y, con todo el trabajo que tenía desde su regreso, muy pocas veces almorzaba en casa, pero las cenas eran las que más le pegaban. Le recordaba que no tenía familia. Nadie que se preocupara por él, si se moría, no sería a muchos a los que le importaría. Pero eso debería carecer de importancia, eso lo sabía desde hacía años. De hecho, había cenado solo la mayor parte de su vida, así que no entendía por qué le importaba todavía.

Mientras se llevaba un trozo de carne a la boca, un revuelo proveniente del vestíbulo lo hizo ponerse alerta. Dejó los cubiertos a un lado y tocó la mano el cuchillo por protección. Lo soltó cuando reconoció la voz que armaba semejante escándalo. Había tardado mucho.

—¡No me interesa que esté cenando, yo no me voy de aquí sin verlo! — exclamó la voz de Topacio Loughy quién apareció pocos segundos después en el comedor—. ¡¿Se puede saber que es esto?! —Tiró en su mesa un papel arrugado de donde Adam solo necesitó identificar el sello real para saber a qué se refería.

Él no respondió inmediatamente, sino que analizó la mejor forma de tratar el tema sin salir herido en el proceso. Estaba más que claro que la paciencia de Topacio Loughy se había acabado en algún momento del camino.

—¡Responda! —ordenó—. Yo sé que usted tiene algo que ver, no lo niegue.

—No pensaba hacerlo —respondió él—. Solo busco la mejor forma de tratar el tema.

—Que tal si comienza por explicarme todo. ¿Cómo rayos consiguió que el príncipe ordenara el matrimonio?

—Gusta sentarse —propuso señalando una silla y evadiendo la pregunta al

mismo tiempo—. ¿No le parece que es un poco inapropiado haberse aparecido a estas horas por la casa de un hombre soltero? Que sea su prometido no lo hace correcto.

Topacio lanzó una significativa mirada al cuchillo que estaba en la mesa y Adam se apresuró a cogerlo antes de que lo hiciera ella.

—Responda —intentó que su voz sonara calma, pero la impaciencia se reflejó claramente en su tono de voz.

—Bien veré, digamos que el rey me debe un favor y ha decidido recompensármelo ofreciéndome a cualquier dama que deseara en matrimonio.

—¿Desde cuándo acá el matrimonio es una recompensa?

—Eso mismo me estoy preguntado yo, no obstante, ya que prefiero no averiguar lo que sucedería si rechazo su orden, me he resignado y he elegido a una candidata.

La sencillez con la que lo dijo no hizo más que crispar su nervios. Necesitó de todo su autocontrol para no ceder a sus instintos y poder llevar la conversación hasta donde ella quería.

—Y me ha elegido a mí ¿Supone, entonces, que debo sentirme afortunada? —dijo usando su característico tono sarcástico.

—En realidad, esperaba este tipo de reacción, solo que no esperé que irrumpiera en mi casa en la noche... pero, en fin, me han dicho que debo casarme y yo la he elegido a usted. Así de simple.

—¿Así de simple, eh?, pues resulta, excelencia, que yo no deseo casarme con nadie, y mucho menos con usted, y usted lo sabía, entonces, ¿por qué me ha involucrado en el asunto?

—Porque me ha parecido usted la candidata ideal.

—¿Ah, sí? Y no se le ocurrió preguntarme si yo deseaba ser la afortunada.

—Me hubiera dicho que no.

Topacio lamentó en ese momento no haberse llevado la pistola consigo.

—Es usted el ser más vil que habita en este planeta —espetó con la voz llena de veneno—. ¿Cómo osa obligar a una dama a que sea su esposa? ¿Acaso no se cree lo suficientemente hombre para conquistar a una mujer que tiene que obligarme a mí? ¿Es mentira, entonces, todo lo que dicen de usted? El famoso «adonis» de la sociedad, ese que tiene a todas a sus pies, por el que las damas suspiran apenas lo ven pasar ¿no tiene los suficientes pantalones para conseguir a una esposa dispuesta? No, en cambio, tiene que obligar a la

única que no lo desea. ¿Por qué? ¿Por el reto? ¿Acaso herí su sensible orgullo al no caer rendida antes sus encantos, excelencia?

Adam agradeció todos los años en los que practicó su autocontrol, pues gracias a ellos, no caería en la manipulación. Tuvo que admitir que la mujer sabía donde atacar, pero no iba a darle el gusto de que su veneno le afectase, así que como toda respuesta se encogió de hombros.

—Ya está hecho.

—Todavía está a tiempo de cambiar de candidata.

—No lo haré.

Topacio no podía creer que esto le estuviera pasando a ella; ese hombre en verdad pensaba obligarla a casarse con él. ¿Pero quién se creía? Se le vino a la mente el recuerdo de cuando ella había ayudado a Aberdeen a hacer lo mismo con Rubí y, aunque no creía en esas cosas, lo que le estaba sucediendo se parecía mucho a una venganza del destino. Pero había hecho eso con buena intención, ¿no se supone que debería, entonces, sucederle algo bueno por ello? ¿Por qué sucedía todo lo contrario? ¿Acaso ahora a las buenas acciones se las pagaba con cosas malas? Con razón había tanta gente mala en el mundo, siendo buena no se ganaba nada.

—¿Piensa obligarme a que me case con usted? ¿No le parece un acto de lo más ruin? —provocó.

Sí lo era, tuvo que admitir él, pero no lo diría en voz alta. Tal vez debería simplemente buscar otra candidata, pedir su mano y casarse con ella. Ninguna se pondría tan furiosa como lo estaba ahora Topacio Loughy. Pero no podía ir a ver a Charles y decirle que había cambiado de candidata. Además, su vida sería muy aburrida al lado de cualquier otra dama de sociedad. Topacio no era como ellas y por eso le gustaba. No, no se sentiría culpable, puede que estuviera siendo egoísta, pero todo ser humano tiene algo de ello.

—No se casará conmigo —afirmó ella más segura de sí misma y Adam se preguntó qué estaría tramando esa cabecita.

—¿No estará pensando en oponerse a una orden real?

—Si dependiera solo de mí, lo haría, créame pero, a diferencia de otros —lo miró significativamente para que no tuviera duda de a qué se refería con otros — no soy tan despreciable, no pienso poner en esa situación ni a Rowena ni a William, no quiero que se enemisten con el príncipe por mi culpa; pero cuando digo que no se casará conmigo, me refiero a que me encargará de que

usted cambie de opinión. Afirmó que deseaba conocerme, pues me conocerá.

La sonrisa de ella daba a entender que estaba muy segura de que conseguiría su objetivo, de hecho, él dudaba de que esa mujer no hubiera conseguido algo de lo que se hubiera propuesto. Pero, para su desgracia, él tampoco era de aquellos a los que les gustaba perder.

—Bien, eso lo veremos, mi querida... Topacio; mañana se hará oficial el compromiso cuando salga publicado. ¿Le parece bien que nos casemos en un mes? No tengo ánimos para afrontar un compromiso largo.

—Haga lo que quiera, excelencia, pero al final le aseguré que seré yo la que ganaré. Mientras, estaré encantada de poner a prueba su paciencia.

Topacio lanzó una mirada a la copa de vino que había en la mesa y la tomó en la mano. Por un momento, Adam creyó que se la lanzaría encima, pero ella solo sonrió fríamente, alzó la copa en señal de brindis y, después de tomar un sorbo, la dejó en su lugar y salió por donde había entrado, esta vez con la pose de alguien que está segura de su victoria.

Adam también sonrió y entendió el significado del gesto. Literalmente, Topacio Loughy le acababa de declarar la guerra.

## CAPÍTULO 8

Topacio arrugó el periódico donde aparecía la noticia de su compromiso y lo tiró al fuego que ardía en la chimenea del salón. Lo dicho la columnista era una entrometida. Lo que no podía entender era cómo se había enterado de lo del compromiso si el anuncio apenas había salido esa mañana. Topacio casi juraba que era bruja, no había otra explicación al respecto. A pesar de todo, ese artículo no era lo que había causado que tirara el periódico al fuego con tanta rabia, sino el hecho de que el asunto ya era de conocimiento público.

Tendría que aguantar desde ese momento la lluvia de preguntas indiscretas que vendrían y que no podría evitar ni usando sus más mordaces comentarios.

Tenía que acabar ya con ese circo. Cuanto antes se rompiera el compromiso, antes la gente dejaría de hablar sobre el tema y ella podría volver a su vida tranquila. Solo tendría que elaborar un plan en el que convenciera al duque de que casarse con ella sería lo peor que podía hacer. Sin embargo, ya que su lengua parecía no tener ningún efecto en él, tendría que ahuyentarlo de otra forma; ella ya estaba pensando en cuál, y su familia la ayudaría, involuntariamente, claro, pero la ayudaría.

Analizaba el plan cuando la voz de Zafiro la interrumpió.

—¿Por qué has tirado el periódico? —preguntó su prima con el ceño fruncido mirando cómo las llamas consumían el papel—. Quería leerlo mientras desayunaba.

Topacio se encogió de hombros.

—Ha sido un arrebató de rabia —admitió.

—Ya veo, ¿salía lo de tu matrimonio, no es verdad? —dijo con una sonrisa. Topacio le había contado el porqué de esa orden y, sinceramente, el asunto le parecía de los más divertido.

El que hiciera notables esfuerzos por contener la risa, no hizo más que

irritar a Topacio, quién, al no haber podido dormir gran parte de la noche, carecía ese día de su paciencia.

—¿Puedo saber qué te causa tanta risa? —preguntó con fingida indiferencia.

—Nada, solo pensaba en lo irónico de la vida. Urdiste un plan para que Rubí se casara sabiendo que ella no lo deseaba y ahora tú te vas a casar obligada.

Topacio la fulminó con la mirada.

—Primero, no me casaré. No —dijo al ver que iba a interrumpir—, no pienso contradecir órdenes reales, no pondré a los duques en ese apuro si es lo que te preocupa, simplemente me libraré de alguna forma de él. Segundo, Rubí sí quería casarse, solo que ella tardó en darse cuenta. Tercero, la moraleja de todo esto es que, si cometes una acción buena, el destino te paga con cosas malas.

—¿Estás segura de que esta boda será algo malo? —preguntó suspicaz.

—No habrá boda —repitió ella crispada—. Y sobre si será mala o no, no pienso averiguarlo, no me casaré... nunca —añadió.

Zafiro frunció el ceño pensativa.

—¿Por qué? ¿Por qué esa antipatía al matrimonio?

—Piénsalo, Zafiro, cuando una mujer se casa, inmediatamente pasa a ser propiedad de un hombre. Él puede hacer lo que quiera con ella y nadie se opondrá ni intervendrá. No pienso pasar a ser eso, valgo mucho más.

Zafiro Loughy podía ser de todo, pero una cosa no era, estúpida. Ella siempre supo que Topacio ocultaba algo más, algo que, posiblemente, jamás supiera de qué se trataba, pero que en parte era lo que causaba esa aversión al matrimonio. No descartaba que las razones que dijo fueran ciertas, pero ella estaba segura de que había algo más.

—Rubí podría decir algo al respecto, y Rowena...

—Eso es diferente —objetó ella.

—¿Por qué? Solo es cuestión de encontrar al hombre adecuado...

—No tengo intención de buscarlo y asuntó zanjado. No me casaré.

Zafiro sonrió.

—Me encantaría saber cómo lo evitarás.

—Simple, conseguiré que él no quiera casarse conmigo.

Aunque sabía que no debería preguntar, lo hizo.

—¿Cómo?

Topacio también sonrió, pero con esa sonrisa malvada que ponía cuando se le ocurría una nueva travesura que pretendía poner en práctica.

—Primero le diré a Rowena que lo invite a cenar.

Topacio subió a su habitación para elaborar su plan y dejó a Zafiro con la sensación de que sería un peón en un juego que apenas comenzaba.

Rutland miró con sospecha la carta donde los Richmond lo invitaban a cenar. No dudaba de la buena intención de los duques, pero no podía decir lo mismo de las de Topacio Loughy. ¿Habría accedido ella a esa cena? ¿Qué estaría planeando? La naturaleza de su trabajo lo había hecho desconfiado y, dada la reacción de su prometida la noche anterior, tenía razones para creer que algo sucedería en esa cena. ¿Le envenenaría la comida?

Sonrió, sería divertido averiguar lo que había detrás de ese asunto, porque había algo extraño, de eso estaba seguro, ya que esa misma mañana el duque le había advertido que se mantuviera alejado unos días para que la noticia pudiera ser asimilada por Topacio. Adam sabía que ella no asimilaría el asunto de la boda, ni accedería a esta, aunque pasara un año entero, pero él había aceptado la sugerencia y pensaba dejarla tranquila por unos días, por ello, esa invitación no pudo haberlo sorprendido más.

Esa mañana había ido a casa de los Richmond a actuar correctamente. Fue a hablar con el duque para pedir la mano de Topacio, aunque solo fuera para demostrarle al duque que no era tan mal hombre como la situación podía pintarlo y explicarle sus razones. Para que supiera que sus intenciones nunca fueron malas.

Lord Richmond lo había recibido a eso del mediodía y lo que se habló en esa pequeña cita no hizo más que reafirmar su decisión de que esa mujer sería su esposa.

Cuando entró en el despacho de Richmond, él se limitó a arquear una ceja como saludo y Adam había sonreído. Se había sentado en la silla que él le indicó y por varios segundos no dijeron nada. El hombre de unos cuarenta y cinco años lo había mirado esperando la explicación que sabía que le iba a dar.

—Supongo que sabe a qué he venido —había dicho Adam iniciando la conversación.

William había asentido.

—A pedir la mano de Topacio —afirmó—. Supongo que es un buen gesto, considerando la situación. ¿Por qué lo has hecho, Rutland? Podías elegir a cualquier mujer, y cualquiera hubiera estado más que encantada. ¿Por qué a ella?

Adam había analizado bien la respuesta antes de decirla.

—Porque ella es... ¿como decirlo?... especial.

Sí, esa era la palabra perfecta para describirla, ella era especial, única.

William no había dicho nada, solo lo había mirado por un rato como si intentase descifrar la veracidad de sus palabras. Al final había sonreído.

—Bien, creo que yo no tengo objeción, y no es que pudiera hacer mucho si la tuviera, pero creo que no eres un mal hombre. Solo te recomiendo que te alejes por unos días, mientras Topacio asimila la noticia. No está de muy buen humor en estos momentos.

—¿En verdad cree que la asimile? —preguntó Adam.

William, que no era dado a mentir, no pudo afirmar ese hecho sabiendo que la respuesta era negativa, así que se limitó a decir:

—La esperanza es lo último que se pierde. Sabe, ella no es tan mala como pretende ser, creo que en el fondo solo es un mecanismo de defensa.

—¿Contra qué? —preguntó curioso.

El duque se encogió de hombros.

—¿Contra la sociedad? En realidad no lo sé, pero tantos años conociéndola me han llevado a sacar esa conclusión. Si en verdad la quieres como esposa, tendrás que tener mucha paciencia, ella no es una mujer fácil y no se detendrá hasta conseguir lo que quiere, y lo que quiere es evitar esa boda.

Adam había sonreído.

—Y yo lo que quiero es celebrar esa boda, y resulta que tampoco me detendré hasta conseguir lo que quiero.

Con esas palabras se había retirado sin percatarse de la sonrisa de Richmond.

Volviendo al presente, Adam sonrió, esta cena prometía ser interesante.

Cuando estaba todo listo para la comida, Topacio solo lamentó la ausencia de Rubí. Las cenas donde se encontraban todas las Loughy siempre prometían ser un espectáculo que escandalizaría a cualquiera, y eso era justo lo que Topacio deseaba al convencer a Rowena de que invitara al duque a

comer. Sin embargo, esta no sería lo mismo sin Rubí, ya que ella era más dada a perder la paciencia que Zafiro y, por ende, hubiera sido más fácil que la cena terminara en desastre con ella ahí; pero bueno, ya se las ingeniaría. Todavía le quedaba Esmeralda que, aunque fuera tranquila, también tenía sangre irlandesa. Le había costado mucho convencer a Rowena de que ella asistiese, pero lo había conseguido y esperaba que le sirviese de ayuda.

Sabía que no estaba bien usar a su familia para conseguir sus propósitos, pero en la guerra todo se valía, y este era una guerra que ella tenía que ganar sí o sí.

No puso especial atención a su arreglo, ya que no tenía intención de arreglarse para alguien que quería ahuyentar, así que solo se vistió con un sencillo vestido de seda azul claro y permitió a regañadientes que la doncella le recogiera el cabello en un simple moño. Cuando bajó, Rutland ya estaba ahí.

Topacio le dedicó una de sus más frías sonrisas y saludó con una leve inclinación de cabeza sin decir palabra. Luego, todos procedieron a entrar al comedor.

Topacio esperó a que los criados terminaran de servir la cena y se retiraran para hablar.

—He escuchado, excelencia —comenzó con tranquilidad—, que su finca es un terreno propicio para practicar la caza. Como le mencioné la última vez, tengo cierta afición a ese deporte, espero algún día poder practicarlo allá.

Adam analizó cada palabra y no pudo ver el ataque en ningún lado. ¿Creía que por que le gustaba la caza lo iba a escandalizar? Si no lo hizo la última vez, no veía motivo para que creyera que en esta ocasión lo lograría. De igual forma, eligió sus palabras con cuidado.

—Efectivamente, es un lugar idóneo para la caza, creo que después de la boda podrás comprobarlo.

Vio cómo ella tensaba la mandíbula y una sonrisa forzada se dibujaba en su cara. También notó que apretaba con fuerza el cuchillo que tenía en la mano y sus ojos grises lo miraban como si buscaran el mejor ángulo por donde lanzárselo.

—Veremos, solo espero que mis primas también estén invitadas, todas somos muy buenas en el deporte. James nos enseñó.

Rowena ahogó un jadeo ante el inapropiado rumbo que tomaba la conversación y James alzó la cabeza al escuchar su nombre.

—Bien, antes de que mi cuñada me recrimine nuevamente el asunto frente a ti, Rutland, debo decir en mi defensa que enseñarles fue la única forma de librarme de ellas. Las tenía tras de mí cada vez que practicaba una de esas actividades. A todas, incluyéndote, Zafiro.

Zafiro se ruborizó y bajó la cabeza avergonzada.

—Sin embargo, yo sigo esperando las clases —refunfuñó Esmeralda incapaz de contenerse.

Topacio sonrió tras su copa, ya empezaba el espectáculo. La gente era tan predecible a veces.

—Ya te dije, duende, que tendrás que esperar a que termine la temporada y regresemos al campo. Londres no es el lugar idóneo para eso.

—No me llames duende —replicó la chica exasperada—. Aún falta mucho para que termine la temporada, además, necesito aprender defensa personal ¿o es que acaso olvidaron lo que pasó días antes de la boda de Rubí? ¿No podemos ir una semana al campo en estos días? —preguntó mirando esperanzada a Rowena.

—¡No! —sentenció ella— y tú, seguramente, no quieres aprender esas actividades, ¿verdad querida?

La mirada de Rowena le advertía que desistiera del tema, al menos durante la cena, pero la chica no hizo caso y se dirigió a James.

—¡Oh!, está bien, esperaré, pero prométeme que me enseñarás.

—Ya te dije que sí.

—Pero prométemelo —insistió ella—. Todos los años dices lo mismo y nunca lo haces, quiero tu promesa exigió.

James soltó un gruñido de exasperación y Topacio sonrió porque el hombre no se había dado cuenta de que la chica solo bromeaba con él olvidándose de que tenían invitado.

—¿Acaso dudas de mi palabra? —replicó.

Esmeralda se encogió de hombros.

—Prefiero tu promesa, al menos te la podré recordar si dices luego que no.

—No diré que no.

—Eso no lo puedo saber. Quiero tu promesa. Si no me la das, tendré fundamentos para afirmar que no me quieres enseñar.

—¡Está bien! —gruñó— te lo prometo. ¿Contenta ahora?

Esmeralda asintió.

—Sabía que me lo prometerías.

James, que en ese momento pareció darse cuenta de que fue víctima de una broma, sonrió preparando la batalla.

—Como no hacerlo, será divertido ver a alguien tan pequeña como tú sosteniendo una pistola. Imagínense la escena. Un duende con pistola.

Esmeralda enrojeció de rabia.

—Cuidado, los duendes suelen ser criaturas impredecibles, es posible que este duende pueda darte un disparo en el brazo.

James sonrió.

—Si lo hace, te quedarás sin instructor.

—Me encargaría de hacerlo cuando ya estuviera entrenada, no creas...

Siguieron discutiendo como si no hubiera nadie más en la mesa y Topacio vio con satisfacción cómo Rutland movía de un lado a otro la cabeza intentando llevar la conversación o tan solo tratando de comprenderla. Topacio sonrió disimuladamente, si sus cálculos no fallaban, la otra parte de su plan hablaría en 3..., 2..., 1...

—¡Ya basta! —estalló Zafiro incapaz de soportar tanto escándalo—. ¡Dejen de discutir! Me están crispando los nervios. ¡Calléense ya!

Zafiro podía ser muy sensata, pero tenía un defecto y es que las discusiones y los gritos solían alterarla con facilidad.

Todas las miradas se posaron en ella y Zafiro se dio cuenta muy tarde que había cometido una imprudencia. Demasiado furiosa para recordar la visita, fulminó con la mirada a los causantes de su ataque.

—¡¿Ven lo que han logrado?! He perdido el control por su culpa.

—No es mi culpa que tengas los nervios tan frágiles— dijo James negándose a sentirse culpable.

—No tengo los nervios frágiles —replicó ella.

—Sin embargo, igual has explotado... —comenzó Esmeralda, pero ella la interrumpió.

—No he explotado, simplemente he...

Y comenzó otra discusión.

“Eso está saliendo mejor de lo que esperaba”, pensó Topacio viendo a su familia discutir; y pensar que todo se había iniciado con un simple comentario sobre la caza. Miró hacia Rowena que intentaba detener la discusión tratando de llamar su atención, mirando de vez en cuando a Rutland con la disculpa presente en la mirada. William seguía comiendo como quien estaba acostumbrado a ese tipo de espectáculos y Rutland..., Rutland miraba

la escena con el ceño fruncido. Se debía estar preguntado con qué familia se emparentaría. Genial.

Se oyeron unos cuantos sonidos, entre ellos ¿un plato roto?. Con el fin de acabar bien la cena, Topacio aprovechando la distracción de Rutland, deslizó la copa de vino hacia él, que estaba a su lado y, cuando esta iba a caer accidentalmente en el regazo del duque, le fue arrebatada.

Topacio frunció el ceño y miró al causante de que fallara su broma. William, sentado a la derecha del duque, en la cabecera de la mesa, negó con la cabeza y ella se cruzó de brazos enfurruñada por no poder mandar a Rutland a casa con la ropa manchada, ¿Qué gracia tendría, entonces, la cena si no hacía ella algo malo? ¿Para qué serviría la distracción si ella no lograba hacerlo enfadar con algo? Buscó con la mirada algo más para lanzarle encima y, justo cuando sopesaba la posibilidad de tirarle sin disimulo el contenido de su plato encima, su tutora arruinó sus planes diciendo:

—¡Muchachos! —gritó Rowena exasperada consiguiendo por fin llamar la atención— ¡Compórtense! ¡Oh, excelencia!, lo lamento tanto, esto no es así normalmente ¿Verdad, muchachos? —Todos los involucrados, menos James y Topacio se ruborizaron y asintieron.

—Sí, es así —afirmó Topacio— e incluso es peor, somos algo peculiares.

Adam tardó un momento en salir de su asombro. Esa debía ser, sin lugar a dudas, la cena más extraña que había presenciado en su vida, pero supuso que, para tantos años cenando solo, era un cambio... ¿agradable?, no, no era para tanto, digamos solo que era un cambio. Miró a Topacio y se dio cuenta de que había un brillo de triunfo en sus ojos y, entonces, lo entendió todo. Ella de alguna forma todavía desconocida había propiciado todo eso sabiendo que el resultado sería del todo desastroso. Sabía que la escena que se presentaría conseguiría que cualquiera con un poco de sentido común se alejara de esa familia. Para su desgracia, si él tuviera sentido común, nunca se hubiera metido de espía.

—No se preocupe, milady —dijo dirigiéndose a la duquesa—, ha sido una cena de lo más peculiar, pero agradable, sin duda. La comida es maravillosa y estoy seguro de que el postre también lo será.

Vio cómo Topacio fruncía el ceño y casi podía ver cómo su mente analizaba lo que había salido mal en el asunto, además de la copa que había visto que Richmond le arrebatara antes de que, probablemente, se la derramara encima. Topacio Loughy tendría que elaborar algo más explícito si

en verdad quería espantarlo y tendría tiempo de pensar en ello, porque ella ya había atacado, y ahora le tocaba a él. «Y lo haré esta misma noche», pensó mientras una sonrisa malvada se formaba en sus labios.

## CAPÍTULO 9

Topacio subió a su habitación sin dejar de gruñir porque su plan había fracasado. ¿Qué había fallado? Planeó todo meticulosamente y todo salió como quería; entonces, ¿por qué rayos seguía comprometida? Y no solo eso, sino que el hombre no parecía estar ni siquiera un poco disgustado, al contrario, parecía hasta encantado. ¡Eso no estaba bien!

Con rabia contenida, se quitó el vestido sin molestarse en llamar a su doncella y se puso el camisón. Tendría que empezar a planear algo más para espantarlo, algo que diera mejores resultados. Su mente divagó por un buen rato, hasta que se cansó. No tuvo más ideas ese día, pero algo se le ocurriría. No se iba a casar y punto. Ella no pasaría a ser propiedad de ningún otro, y mucho menos de ese, que le hacía sentir cosas tan extrañas de las que tenía que alejarse si no quería cometer el peor error de vida: confiar.

*Los disparos sonaban y sonaban sin que hubiera algún indicio de que se detuvieran. Topacio veía cómo su padre peleaba con ese que decía llamarse su tío; se alejaron de su campo de visión y un disparo sonó. Su padre fue hacia el cuerpo de su madre y un hombre le disparó por la espalda. Topacio quería gritar pero en eso el cuerpo de su tío apareció frente así. Estaba cubierto de sangre y tenía un arma que apuntaba hacia ella.*

*—¡No!, ¡no! —empezó a gritar, pero el hombre seguía acercándose con la pistola en la mano— ¡No! —volvió a gritar y él levantó el arma y apuntó.*

*—¡No!*

Una sacudida la trajo de vuelta a la realidad. Topacio abrió lentamente los ojos y lo que vio casi la hace gritar de nuevo. Parpadeó varias veces solo para asegurarse de que la luz de la chimenea no la estaba engañando.

*—¿Usted qué hace aquí? —su voz sonó casi chillona y se pellizcó para*

comprobar que no seguía dormida y la pesadilla solo había cambiado.

Adam no respondió de inmediato, en cambio, se la quedó mirando como si evaluara qué tan mal estaba.

Topacio debía presentar el mismo aspecto que tenía cada vez que esas pesadillas la embargaban. Pelo revuelto, sudorosa y con la respiración agitada.

—¿Con qué soñabas? —le preguntó él.

Ella lo miró furiosa.

—¿Qué hace aquí? ¿Pero qué digo? ¡¿Cómo rayos entró?! —preguntó casi a voz de grito.

Él señaló la ventana.

—Deberías cerrarla cuando duermes, cualquiera puede entrar —advirtió.

Topacio respiró hondo para poder calmarse. Miró a la ventana y se preguntó cómo se las había ingeniado para llegar ahí ¡Estaban en el tercer piso! Además, recordaba haberla cerrado. Decidió no pensar mucho todavía en el asunto, en cambio, se fue arrastrando poco a poco hasta el final de la cama mientras respondía.

—Perdone usted mi descuido, en doce años es la primera vez que se mete una alimaña por la ventana, pero ya me encargaré de sacarla.

Se giró para tomar de la pequeña mesa al lado de su cama la pistola que siempre dejaba ahí, pero comprobó que no estaba. Tanteó el lugar por si se había caído, pero no, no se encontraba en su sitio.

—¿Busca esto? —dijo él mostrándole la pistola que se hallaba ahora en su mano.

Se había sentado en la cama y jugaba con el arma mientras la miraba con una sonrisa.

«Esto no está bien», se dijo Topacio. No estaba bien que él estuviera ahí pero, sobre todo, no estaba bien el hecho de que no se sintiera en absoluto en peligro; decidió achacarlo al hecho de que se encontraban en su casa y que alguien vendría si gritaba.

—Debo admitir —prosiguió él— que dormir con una pistola al lado de la cama es una buena medida de seguridad, yo también suelo hacerlo.

Topacio ignoró el comentario y lo miró furiosa.

—¿Qué hace aquí? —repitió.

—¿Con qué soñabas? —volvió a preguntar él haciendo caso omiso de su pregunta—. Parecía una fea pesadilla, mascullabas mucho la palabra “no”.

A pesar de lo incorrecta de la situación y que debería estar de lo más histérica en ese momento, ella consiguió sonreír cínicamente y responder.

—Soñaba en que me casaba con usted; Sí, fue una fea pesadilla.

Adam sonrió.

—Esa fue buena, lo admito, pero en verdad, ¿qué soñaba?

—¿Qué le interesa! —exclamó ella—. Lárguese de aquí.

—Pero acabo de llegar —se quejó el hombre olvidando el tema del sueño.

—Lárguese o empiezo a gritar.

—Puedes hacerlo, en ese caso pueden suceder dos cosas: saldré antes de que alguien llegue, o me quedaré y presenciare la divertida escena que se formará.

“Tranquila, Topacio, tranquila”, se dijo pero sus palabras no parecían surtir efecto, se estaba exasperado cada vez más.

—¿Qué hace aquí? —volvió a preguntar entre dientes.

—Vine a verte.

—A medianoche —dijo como si todavía no lo creyera.

Él se encogió de hombros.

—En realidad, creo que deben ser la una y algo —respondió como si fuera lo más normal del mundo.

—Una hora de lo más correcta para las visitas —respondió sarcástica.

Una sonrisa felina se formó en los labios de él.

—Para mí lo es, no hay nadie vigilándonos.

Esa declaración surtió un efecto extraño en ella. No era miedo, pero tampoco era tranquilidad. Tenía que sacarlo de ahí.

—¡Lárguese! —ordenó, pero él no se movió.

—¿Si no lo hago qué? —la provocó.

Topacio miró a su alrededor en busca de algo con qué sacarlo de su habitación.

Agarró el candelabro, quitó la vela que había ahí, y lo alzó como arma.

—Lárguese o se lo pego por la cabeza, luego gritaré y, cuando alguien venga, diré que se coló en mi habitación con malas intenciones.

—¿Sería divertido para usted, cierto? Pero creo que le quitaría ese candelabro antes de que lograra tocar mi cuerpo.

Sin previo aviso, ella alzó la mano y luego las descendió con todas sus fuerzas hacia el hombre, pero él la detuvo a medio camino y la retorció un poco para hacer que lo soltara. Al ver que no lo hacía, y no queriendo hacerle

daño, soltó el arma que tenía en la otra mano y la usó para poder arrancarle el candelabro. Grave error, soltó el candelabro, pero se abalanzó de inmediato contra la pistola que apenas logró agarrar un segundo antes que ella. Vaya que era una mujer con la que había que tener cuidado.

—Tú, mi querida señora —le dijo— eres un peligro potencial para cualquiera.

—Téngalo presente y consígase otra prometida.

—No obstante —continuó él ignorándola— yo adoro el peligro.

Topacio gruño y lo fulminó con la mirada.

—Y, con tanta pelea, casi me has hecho olvidar los motivos que me trajeron aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son los motivos de tan horrible visita?

Él dejó el candelabro y el arma en el piso a su alcance. Se inclinó hacia ella que se negó a retroceder y sus caras quedaron muy cerca.

—Primero quería decirte que esa escena, que todavía desconozco como armaste, a pesar de ser de lo más interesante, no logró su objetivo.

Su cara estaba tan cerca que Topacio podía sentir su respiración, pero no dejó que eso la afectara cuando respondió:

—Soy consciente de ello —imprimió en su tono toda la decepción que sentía por ese hecho—. Dígame lo otro para que se vaya de una vez.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa pícaro. Se inclinó más hacia adelante por lo que a ella no le quedó otra opción que retroceder hasta quedar técnicamente recostada en la cama, con él encima de ella acorralándola con su cuerpo.

—El otro motivo —susurró— es volver a probar esos labios que me provocan noches en vela.

Antes de que ella pudiera siquiera reaccionar, los labios de él habían tomado posesión de los suyos. “Otra vez no”, dijo algún lado de su mente cuando las sensaciones de la primera vez volvían a embargarla. Esa necesidad de corresponder, de rendirse ante lo inminente se apoderó de nuevo de ella, hasta que ya no pudo seguir resistiéndose y correspondió, pues se le hacía imposible no hacerlo, esa divina sensación de sus labios sobre los de ella era tan exquisita que resistirse a ella parecía pecado. Lo besó olvidándose un momento de quién era él, de sus objetivos, e incluso de su desconfianza. En ese momento no existía nada más que sus labios unidos y las sensaciones que eso provocaba.

Volvió a la realidad cuando él se separó y se la quedó mirando a los ojos. Luego bajó su vista por su cuello cubierto por el camisón y frunció el ceño.

—Ese camisón está horrible. Que aún haga un poco de frío de invierno, no justifica prenda tan horrenda. Cuando nos casemos, déjalos todos botados aquí —dijo y se apartó antes de que la rodilla de ella diera con su objetivo.

—¡Lárguese! —exigió sintiendo cómo perdía la paciencia—. ¡Lárguese! —dijo un poco más fuerte y tomó una almohada para golpearlo con ella—. ¡Váyase inmediatamente!

Adam esquivó con agilidad cada golpe de la almohada y logró llegar hasta la ventana, por donde se escabulló ante la sorprendida mirada de Topacio. Esta se acercó de inmediato a ella y vio con sorpresa cómo el hombre bajaba ágilmente por las ramas del árbol que quedaba cerca, para luego aterrizar en el piso de pie como un gato e irse después de hacerle una reverencia burlona.

Mantener la boca cerrada le costó un asombroso esfuerzo, y es que en su vida había visto semejante habilidad. Incluso parecía que estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, por Dios, si ni siquiera sabía cómo se había enterado de cuál era su habitación.

Volvió a la cama molesta con él y consigo misma por haberse rendido una vez más en sus brazos. Condenado hombre. Tal parecía que no tenía intenciones de dejarla en paz, pero no pensaba ponérsela tan fácil. La cena no había funcionado para ahuyentarlo, pero se le ocurriría en algo más. Se libraría de él de cualquier forma.

Se acostó y miró por un rato al techo. ¿Cuándo en su perfecta y organizada vida habían surgido tantas complicaciones? Ella tenía todo planeado. No se casaría. Viviría de la dote de sus padres cuando la recibiera a los veinticinco y sería feliz el resto de su vida sin estar atada a nadie. ¿Quién se creía él para venir a interferir en su mundo? Pero no se lo permitiría, no lo haría. Se durmió después de decidir que al día siguiente pensaría en nuevas estrategias para su batalla.

Adam llegó a su casa contento de haber cumplido su misión y salir vivo de ella. Había sido una noche excelente y el beso solo bastó y consiguió que terminara de forma magistral. Aunque, pensó con una sonrisa que para Topacio quizás no había sido una noche tan buena como para él. La mujer estaba empeñada en espantarlo y tenía una mente maquiavélica capaz de

crear muchas ideas para lograrlo. Tendría que andarse con cuidado, pues ella se había declarado oficialmente su enemiga, y, con lo que la conocía, sabía que no era bueno tenerla en esa categoría. Sabía que ella en realidad no era mala, solo debía estar buscando conservar su soltería por motivos desconocidos. Sin embargo, él veía como un desperdicio que una mujer así terminara de agriarse el carácter quedándose sola. No, ella necesitaba a un hombre, y no para que valiera por ella, porque estaba más que claro que podía hacerlo por sí sola, sino para que estuviera con ella, para que la ayudara a sobrellevar algo que sabía que la atormentaba, porque algo lo hacía, lo confirmó esa misma noche.

Cuando había entrado en su habitación esa noche, después de conseguir por medio de una de las criadas disimuladamente la ubicación, él esperaba encontrarla dormida, pero lo que encontró lo había dejado petrificado. Ella se retorció en la cama como si intentase liberarse de algo. En su rostro estaba impresa la angustia y el sufrimiento. De su boca salían murmullos desesperados. Supo entonces que no era una simple pesadilla la que la atormentaba. La imagen que presentaba lo delataba, era algo más. Incapaz de seguir viendo como sufría, se había acercado y la había sacudido hasta despertarla, no sin antes agarrar la pistola que había visto en la mesa al lado de la cama, por si acaso.

Comprendió que existía algo que ella ocultaba y que la estaba comiendo por dentro. Comprendió también que él deseaba ser el hombre que estuviera con ella, aunque no entendió por qué. Apenas la conocía y no entendía cómo la mujer pudo llegar a meterse tanto dentro de su cabeza, pero algo en ella hacía que él deseara ser el hombre que estuviera a su lado, y lo sería, estaba completamente convencido de ello.

La gente llamaba a Topacio Loughy bruja, y podía tener la certeza de que era cierto, ya que su comportamiento hacia ella no podía justificarse con ninguna razón lógica. Parecía que en verdad había sido hechizado, y no por su belleza, como debía de pasarle a muchos, sino por su carácter. Además de todo lo que pensaba de ella, existía algo verdaderamente interesante en esa mujer, y él lo descubriría. Aunque intentase alejarlo, él permanecería firme.

La dejaría unos días para que pensara en su próxima estrategia, ya que él tenía que resolver unos asuntos en una de sus propiedades de campo; después todo, no se podía uno ausentar dos años y esperar que al regresar todo se encuentre en perfecto estado. Su administrador era muy competente y leal,

pero había cosas que necesitaban de su supervisión. Se ausentaría unos cuatro o cinco días y luego regresaría con todo. Topacio Loughy podía dar la batalla por perdida.

## CAPÍTULO 10

Cuando Damián regresó a su casa, encontró a su esposa retorciéndose en el piso. Se acercó preocupado y fue cuando se dio cuenta de que las contorsiones se debían a un ataque de risa.

—¿Rubí? —dijo con el ceño fruncido.

Ella lo miró, pero la risa impidió que pudiera pronunciar palabra. Se rio por varios minutos hasta que pudo calmarse lo suficiente para levantarse y entregarle la carta que sostenía en la mano.

Damián empezó a leer la carta en voz alta.

Querida Rubí:

Ni siquiera podrás imaginarte lo que ha sucedido. Es algo que, conociéndote como te conozco, probablemente te cause gracia, aunque no es así con Topacio. ¿Puedes creer que se va a casar? Sí, y bajo circunstancias de lo más extrañas. El amigo de tu esposo, el duque, ha conseguido de alguna manera todavía desconocida que el príncipe ordene su matrimonio. Decir que Topacio está furiosa es poco, de hecho, me sorprende ver a Rutland con vida aún. No obstante, el hombre no parece muy afectado por la poca disposición de la novia que, estoy segura, trama algo. He visto en su cara hoy esa mirada que me lo confirma y tengo la impresión de que la cena de esta noche no será tan agradable para Rutland como él debe suponer.

En fin, creo que me estoy alargando innecesariamente. Ya cumplí con informarte. Es posible que para cuando esta carta llegue y reciba tu respuesta, tendré más cosas que contarte.

Zafiro.

—Se ha vuelto loco —afirmó Damián cuando terminó de leer—. Quizás

recibió un golpe en la cabeza cuando estuvo fuera, y eso ha afectado su capacidad de raciocinio.

Rubí dejó de reír y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Insinúas que Topacio no sería una buena esposa?

—Solo digo que tiene un carácter un tanto peculiar.

—Tal vez eso atrajo a tu amigo.

—O se volvió loco —repitió.

—No pienso discutir eso contigo. ¡Oh!, esto es genial, me encantaría ver la cara de Topacio.

—Yo no pienso regresar a Londres en al menos un mes.

—Nunca he dicho que yo quisiera regresar —dijo Rubí con una sonrisa pícara—. Simplemente mencioné que sería divertido ver lo que hará para espantar al duque.

—¿Espantarlo? —dijo Damián con tono incrédulo.

—Por supuesto, ella no se quiere casar y no dejará que él arruine sus planes. Puede ser más persistente que yo.

Damián sonrió.

—Pongo en duda eso último —dijo y se ganó una mirada fulminante de su parte—, pero créeme, si hay alguien más persistente que tú y yo juntos, ese es Adam. Si ella cree que puede espantarlo, es porque no lo conoce bien. Dudo que a ese hombre lo asusté algo. Creo que la bruja de tu prima puede ir preparando el vestido de novia.

—En realidad, a mi me gustaría que lo preparara —comentó Rubí—. Tu amigo me pareció una buena persona. ¿Lo es, cierto?

—Puede decirse que sí —respondió él como si no estuviera muy convencido.

—Damián...

—¡Oh!, está bien, sí, lo es, al menos en lo que lo conozco, aunque, si me permites decir mi opinión, uno terminará matando al otro antes de llegar al altar.

—No digas tonterías —reprendió—. Tengo la certeza de que pronto estaremos asistiendo a otra boda.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello? —preguntó arqueando una ceja.

Rubí se encogió de hombros.

—No lo sé, solo lo presiento. Puede que no tenga el instinto más confiable de todos, pero esta vez puedo asegurar que esto terminará en boda.

Topacio contuvo un gruñido cuando vio al causante de sus desgracias a pocos metros suyos, en la otra esquina del salón de baile. Cinco días de santa paz libre de su compañía habían sido muy buenos para ser verdad y la ilusión de que fuera una buena señal había sido también absurda.

Apenas la vio, se acercó a ella y Topacio soltó un bufido. En esos días su malvada mente no había ideado nada con qué espantarlo, ¡Nada! y eso no le gustaba.

Rowena le dio un codazo de advertencia y sonrió al duque cuando llegó. Topacio también notó, que Zafiro, como chica inteligente, había desaparecido disimuladamente, y ella hubiera hecho lo mismo si la duquesa no la hubiera retenido del brazo.

—Excelencia, qué alegría volver a verlo. ¿Pero dónde ha estado? ¿No ha ido a visitar a Topacio en estos días? —preguntó lady Richmond.

—Para mi buena fortuna —dijo ella—. No lo hagas ver como algo malo, Rowena.

La duquesa la ignoró.

—No sabíamos nada de usted —continuó.

—Les debo una disculpa, surgió un inconveniente en una de mis propiedades del campo y tuve que viajar allá a solucionarlo. Fue imperdonable no decírselos, lo sé, pero su agradable cena hizo que me olvidara del asunto.

Rowena frunció ligeramente el ceño al escuchar la palabra “agradable” y lo miró como si intentara descubrir si hubo una nota de sarcasmo que le pasó desapercibida.

—Se hubiese quedado por allá, excelencia —dijo Topacio—. Le aseguré que no se lo extrañó, de hecho, me hubiera hecho la mujer más feliz del mundo si no hubiera vuelto.

—Topacio... —la voz de Rowena era una clara advertencia a que mantuviera la boca cerrada, pero ella la ignoró.

—Pero ya veo que era mucho pedir —comentó con un tono que esperó que sonara lo suficientemente lastimero.

Adam sonrió ante su actuación.

—Lamento decepcionarla, entonces, pero temo que no podía estar más tiempo alejado de usted —contestó—. ¿Me concede este baile? —preguntó al

ver que la orquesta empezaba a tocar la primera melodía.

—Sí —respondió Rowena antes de que ella se negara—. Le encantará bailar con usted.

Topacio la miró con cara de pocos amigos.

—Me ha preguntado a mí —recordó.

—Y yo te he ahorrado el trabajo de responder —respondió ella.

—Pues no —se empecinó—. Si la que va bailar soy yo, la que debe aceptar soy yo.

—Ahí está, acabas de decir que vas a bailar, no veo por qué tanta queja.

Él la arrastró hasta la pista de baile antes de que ella pudiera decir algo, entonces Topacio comprendió por qué la insistencia de Rowena. Eran el centro de atención.

Desde todos los puntos del salón, la gente los miraba con curiosidad mal disimulada que se alternaba entre envidia e incredulidad según la persona. Las jóvenes casaderas la miraban con envidia, mientras las matronas debían estar preguntándose el motivo por el que el duque se había comprometido con ella. Topacio llegó a la conclusión de que la información de que el matrimonio había sido ordenado no era de dominio público, aunque eso no importaba, detestaba ser el centro de atención.

—Usted debe ser, sin duda, el peor canalla que ha pisado Inglaterra —comentó Topacio mientras bailaban.

La pieza era un minué, por lo que la conversación no podía ser mucha, ni tampoco muy privada y, lo peor de todo, había pocas posibilidades de que pudiera pisarlo como castigo a su insistencia.

—¿Comienzo a contar los insultos de la noche? —replicó él cuando daban una vuelta.

—No son insultos, son solo verdades que, al no ser aceptadas, la gente toma como insultos.

—Interesante teoría señorita Loughy.

No pudieron hablar más durante el resto del baile, y al final ella se escabulló antes de que él pudiera llevarla de regreso.

Topacio fue directamente a la parte donde las solteras solían permanecer, sabiendo que nadie notaría su presencia ahí, y observó el salón. El lugar estaba vacío, supuso que Lady Dacre no había invitado a muchas personas o solo era temprano y no habían llegado. Desde ahí, se le presentaba una magnífica vista de todo el salón.

Algunas parejas jóvenes bailaban. Las matronas estaban dispersas en diferentes grupos cuchicheando y mirando alrededor como buitres en busca de sangre fresca.

Topacio suspiró y pensó en lo que eran todas esas personas. En esos momentos unas matronas se acercaron a Rutland para ofrecerle sus felicitaciones por el compromiso, pero ella estaba segura, y sabía que él también lo estaba, de que apenas se alejara empezarían a criticar y a decir todo lo malo que se les viniera a la cabeza.

Cuando uno ve un mundo así, se ve tan difícil encontrar a una persona honesta; sin embargo, tenía que admitir, a regañadientes eso sí, que Rutland era diferente. Podía ser un granuja, un canalla, un desgraciado arrogante, y muchas cosas más, pero no era un hipócrita; ese adjetivo sería posiblemente uno que jamás podía adjudicarle. Él podía ser fastidioso e insoportable, pero esa era su personalidad, aunque fuera una personalidad irritante. No obstante, que admitiera que poseía la valiosa cualidad de la sinceridad, no significaba que estuviera más predispuesta a casarse. Ella apreciaba su libertad y la mantendría... de algún modo que tendría que pensar.

Estaba tan concentrada pensando en lo que podría ahuyentar al hombre, que no sintió los pasos que se acercaban a ella hasta que fue muy tarde.

—Buenas noches, señorita. Loughy.

La voz de lord Frederick la puso alerta. Se giró lentamente hacia él, mostrando en su cara el mismo semblante indiferente que había usado la última vez; necesitaba demostrarle que no le tenía miedo y, en realidad, no lo tenía, ya había visto que el hombre era un cobarde en toda regla.

—Eran buenas hasta que llegó usted a arruinar mi paz — replicó ella tranquilamente.

—¿Así que se ha comprometido con Rutland? No pierde usted el tiempo.

—Lo estoy perdiendo aquí con usted, pero corregiré ese hecho ahora mismo —. Empezó a caminar para irse, pero él la agarró del brazo cuando no había dado ni dos pasos.

—Baile conmigo —dijo el hombre.

El brillo de odio en su mirada puso sobre aviso a Topacio.

—No lo creo milord —dijo dándole un puntapié, pero el hombre no se inmutó.

—Yo creo que sí —dijo él y empezó a arrastrarla por el brazo agarrándola con más fuerza de la necesaria.

—Y yo creo que no. —Topacio vio a los lados y, después de asegurarse de que nadie veía, tomó su ridículo con firmeza y le dio un fuerte golpe en el brazo.

Ya que el ridículo tenía adentro su adorada pistola, el golpe fue bastante fuerte para que la soltara.

—Esto no se quedará así, Topacio Loughy —amenazó el hombre mirándola con rabia—. Me pagarás esta y todas y cada unas de las humillaciones que me has hecho —juró.

Topacio sonrió.

—Tiemblo de miedo lord Frederick —dijo con burla.

No supo si fue que las luces de las velas le jugaron una mala pasada o lord Frederick enrojació de rabia. La veía con un odio impresionante que le produjo un escalofrío involuntario.

—Me has hecho perder una gran cantidad de dinero, arpía, y me las pagarás.

Antes de que ella pudiera idear una réplica ingeniosa, su salvación apareció en forma de mellizas de pelo castaño y ojos verdes ¿Cómo se llamaban? ¡Ah!, sí, las Bramson. Adriana y Amber Bramson.

—Señorita Loughy, queríamos felicitarla por su compromiso —dijo Adriana ¿o era Amber? No, era Adriana, sí, su tono era más entusiasta.

Las mellizas simularon no darse cuenta de que lord Frederick inmediatamente desapareció de su campo de visión. Benditas fueran esas gemelas.

—Debo admitir que fue un poco... sorprendente, pero nos alegramos mucho —continuó la mujer—. ¿Verdad Amber?

—Por supuesto—confirmó ella asintiendo efusivamente con la cabeza.

Topacio las miró y se dijo que esas eran las felicitaciones más sinceras que escucharía. Lástima que ella no estuviera tan contenta como se veían las mellizas. A pesar de que muy pocas veces mentía para ocultar algo, Topacio prefirió no decir nada grosero en ese momento y asintió en repuesta incapaz de decir: «Gracias». El encuentro con lord Frederick la había dejado... cansada.

—Tal vez sea un poco impertinente de mi parte, pero me encantaría saber los pormenores. Es que la noticia es muy interesante y soy curiosa por naturaleza.

—Chismosa diría yo —murmuró Amber Bramson en voz casi inaudible,

pero lo suficiente para ganarse un codazo de su hermana.

—Curiosa, Amber, cu-rio-sa —replicó Adriana—. Hay una gran diferencia. Entonces, señorita Loughy, ¿me los dirá?

—Me temo, señorita Bramson —respondió Topacio— que si sería impertinente de su parte.

Adriana, en vez de sentirse ofendida, como hubiera hecho otra, pareció decepcionada. Al final se encogió de hombros.

—Bien, supongo que me quedaré con la duda, al igual que todos.

Topacio miró a su alrededor y vio que la gente seguía cuchicheando.

—¿No se habla de otra cosa? ¿No es verdad? —preguntó a las mellizas.

Ellas se miraron, y como si decidieran que no había nada de malo en decir la verdad, asintieron al unísono.

—No se habla de otra cosa —confirmó Adriana.

—Pero no se aflija —se apresuró a añadir Amber— la gente siempre habla, pronto comentaran algo más.

A Topacio le divirtió que la muchacha pensara que ella podía afligirse por algo así, pero no se sorprendió, la gente rumoreaba que Amber Bramson era demasiado amable para herir a alguien o decir algo grosero.

—Sin embargo, señorita Loughy, creo que estoy a punto de robarle involuntariamente el protagonismo.

El tono de Adriana se había vuelto de repente más agrio y Topacio vio que su vista estaba fija en la puerta de entrada. Desvió su mirada hacia allá y vio que un hombre cuyo nombre desconocía entraba con una mujer que supuso que era su esposa. Topacio no necesitó ser adivina para saber que ese era el hombre que había dejado a la melliza casi en el altar. Había huido con otra a solo dos días de la boda y había dejado a la muchacha en boca de todos. Topacio no podía hacer más que admirar el coraje de la mujer, que a pesar de todo iba a las fiestas y actuaba como si nada, aun sabiendo que la gente no tenía piedad al respecto; cualquier otra, se hubiera refugiado en el campo por un tiempo para evitar ese tipo de encuentros. Según tenía entendido, esa era la primera vez, desde que ocurrió el incidente hacía dos meses, que los dos coincidían en una fiesta.

Vio que Adriana tenía la mandíbula apretada por la rabia y miraba al hombre como si deseara asesinarlo. La comprendía y por un momento pensó en ofrecerle su pistola, pero al final cambió de idea, en su opinión no valía la pena malgastar una bala en alguien como él, y así se lo dijo.

—No vale la pena, muchacha, no vale la pena rabiar por alguien así.

La señorita Bramson la miró y Topacio pudo ver en sus ojos el dolor que tanto intentaba disimular.

—Hay que haber estado enamorado para saber que no se puede evitar.

Topacio se encogió ligeramente de hombros.

—Tú no estás enamorada —afirmó y ante su ceño fruncido explicó— mi padre solía decir que el corazón nunca se equivoca cuando se enamora, que era un sentimiento muy lindo para ser dado a una mala persona, por ello, si se cree enamorado de la persona equivocada, en realidad no se está enamorado, simplemente se está engañando, es como si fuera una especie de ilusión.

Adriana frunció el ceño.

—No entiendo... ¿Usted lo cree?

Topacio volvió a encogerse de hombros.

—Sinceramente no creo en el amor, pero ese era el consejo de un hombre sabio, haría bien en ponerlo en práctica —dicho eso se fue dejando a Adriana pensativa.

Cuando iba caminando sin rumbo alguno, su camino fue interrumpido por Adam que la sujetó disimuladamente del brazo y empezó a guiarla a sabrá Dios dónde.

—¿A dónde se supone que me lleva?

—A un lugar donde podamos hablar tranquilos.

En esos momentos Topacio solo deseaba irse a su casa, dormir y olvidarse de todos sus problemas por un rato. No opuso resistencia porque mientras más rápido él terminara de decir lo que fuera que fuera a decir, la dejaría en paz. El hombre la guió por un pasillo y luego la hizo entrar en la biblioteca de su anfitrión. Cuando estuvieron dentro, ella arqueó una ceja en forma de pregunta.

—¿Y bien? —insistió al ver que él no hablaba— Qué es eso que amerita el hecho de haberme arrastrado por medio salón hasta aquí siendo una acción de lo más inapropiada, se lo recuerdo por si desconocía el hecho.

Adam no respondió ante el sarcasmo y Topacio notó que el hombre no llevaba en su cara su natural sonrisa. Sus rasgos estaban serios y sus facciones distorsionadas por lo que parecía rabia. Su mandíbula estaba tensa y sus ojos tenían un brillo que en verdad le dio miedo.

Por un momento creyó que tenía que volver a preguntar, pero él al final habló.

—Quiero que me diga de una vez por todas que tiene ese tal lord Frederick contra ti, y qué le hiciste para que te amenace de esa forma. ¡Ah!, y si puedes incluir el relato de la noche en que te conocí, estaría bastante agradecido.

Su voz era helada, llena de rabia contenida, y ella tuvo la certeza de que de alguna forma había escuchado su conversación con el hombre y eso no lo había puesto nada contento. Su mirada dejaba claro que esperaba una respuesta, y Topacio temía que no pensara irse sin obtenerla.

## CAPÍTULO 11

Topacio examinó el rostro del hombre intentando deducir qué tan molesto estaba y cuáles eran las posibilidades de salir de ahí sin decir nada. La cara de él se volvía más tensa por cada minuto que ella pasaba en silencio, por ello llegó a la conclusión de que tal vez tendría que usar el arma, pero primero debía intentar razonar, aunque, dado que ella también estaba molesta por el hecho de que el hombre hubiera escuchado una conversación que no era de su incumbencia, no pudo evitar decir:

—Además de entrometido, chismoso, ¿No le han enseñado que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

El hombre empezó a respirar con más dificultad y ella se dio cuenta de que su comentario no le había caído en gracia. Involuntariamente, dio un paso atrás.

—No estoy para juegos, Topacio, quiero saber qué pasa y quiero saberlo ahora —su tono decía que esperaba no ser contradicho.

Ella alzó el mentón y lo miró desafiante.

—No es de su incumbencia.

“Uno, dos, tres, cuatro...”. Desde joven se había dado cuenta de que cuando uno estaba molesto, lo mejor era contar hasta diez para recuperar la calma, sin embargo, estaba seguro de que esa vez ni contando hasta cien se calmaría. Adam observó cómo Topacio lo miraba de esa forma que decía claramente que no iba a contarle nada y hasta ese punto no sabía qué le molestaba más, si el hecho de haber escuchado (por casualidad) cómo ese imbécil la amenazaba, o el que ella no deseara contarle nada. ¿Es que no se daba cuenta de que podía estar en peligro? El tono de voz y la expresión con que amenazaba podía delatar qué tan dispuesta estaba la persona a cumplirla y, aunque no vio la cara de lord Frederick, sí pudo distinguir esa rabia pura en

su voz. El hombre no estaba jugando, en verdad quería vengarse, y ella podía estar en peligro. Pero él no lo permitiría, no se iría de ahí sin saber todo.

—Topacio —dijo en un tono que intentó que sonara tranquilo—, el hombre te amenazó— recordó como si ella no lo hubiese entendido.

Topacio se encogió ligeramente de hombros.

—Solo intentaba asustarme, no hará nada —aseguró.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Es un cobarde.

Adam asintió con la cabeza en conformidad, pero eso no significaba que estuviera tan seguro como ella.

—¿Y qué has hecho para ganarte semejante declaración de rabia, entonces?

Los labios de ella formaron la típica sonrisa cínica.

—Eso no le interesa... ¡Entrometido! —intentó dirigirse a la puerta, pero el le bloqueó el paso.

—Permítame disentir, resulta que sí me interesa, bastante. —La tomó de los hombros y la arrastró hasta el lugar más distante de la puerta, lejos de oídos indiscretos que pudieran pasar por ahí.

—Mire, si llega a surgir algún problema, tenga por seguro de que puedo manejarlo sola —afirmó tajante.

Adam decidió cambiar de táctica.

—No lo dudo, sin embargo, ¿no cree que sería más sencillo deshacerse de dicho inconveniente si la ayudo?

Topacio negó con la cabeza.

—Ni siquiera ha surgido aún, y estoy segura de que no sucederá.

Topacio sabía que se estaba mintiendo a sí misma. Presentía que habría problemas, pero primero muerta que admitirlo ante él, cualquier cosa que surgiera, ella lo manejaría sola; no necesitaba a nadie, y mucho menos a ese entrometido.

Adam la miró a los ojos y supo que mentía. Era sorprendente su capacidad de hacerlo, sin titubear, sin mostrar ninguna expresión en su rostro que la delatara, pero él sabía que lo engañaba, sabía que ella era consciente de que las cosas no serían tan sencillas como se las estaba planteando, solo que no era capaz de recibir ni de pedir ayuda. Pero él no estaba dispuesto a dejarla a merced de los problemas.

—Confía en mí, Topacio —pidió casi con ternura—. Si surge algún problema yo puedo ayudarte.

La frase surtió en ella el efecto contrario al esperado. El cuerpo de la mujer se tensó apenas la palabra «confía» salió de su boca. Sus ojos se entrecerraron y lo miraron con recelo y sus facciones se endurecieron. Adam supo que había cometido un error, aunque todavía no podía averiguar cuál.

—Yo no confío en nadie —aseguró la mujer demasiado tensa para darse cuenta de lo que podían significar sus palabras—. A veces, excelencia, la confianza puede ser mortal.

Sin que él pudiera detenerla, ella salió de ahí dejándolo pensativo.

“La confianza puede ser mortal”, había dicho. Era una frase demasiado fuerte para ser tomada a la ligera. Era una frase que encerraba muchos significados ocultos ¿Qué habría sucedido en la vida de Topacio Loughy para que le fuera imposible confiar? Una pregunta sin duda interesante, pero que se quedaría sin respuesta por ahora. Necesitaba enfocar sus pensamientos y análisis en orden de importancia, y primero habría que averiguar lo que planeaba el tal lord Frederick y el motivo de su odio hacia su prometida. No le podía sacar él mismo la información al hombre, pero tenía a alguien que podía ayudarlo. Sonrió, esa misma noche lo planearía todo.

Topacio tuvo que convencer a Rowena de que la dejara irse de a fiesta antes de que fuera muy notable que esa noche andaba de peor humor que las otras. Si supieran todo, no la culparían, pero no lo sabían, y como no tenía intención de despertar más habladurías comportándose más grosera de lo común, lo mejor sería irse.

Habían sido muchos acontecimientos juntos para no ser ni media noche. Primero, el canalla de lord Frederick y sus absurdas amenazas. Segundo, su fastidioso prometido y sus preguntas eran las que la habían dejado más estresada. Si quería meterse en la vida de alguien, que no fuera en la de ella. Ese hombre terminaría por volverla loca si no se deshacía ya de él. «Confía en mí» ¡Se había atrevido a pedirle que confiara en él! ¡Ja! Las personas en las que confiaba se podían contar con los dedos, eran muy limitadas y ella no pensaba meterlo a él en el grupo. ¡Si apenas lo conocía! Podía dar la impresión de ser buena persona, podía hacer que se estremeciera cuando estaba cerca, podía lograr hacerla perder el sentido con un simple beso, pero no conseguiría que confiara en él, eso jamás. Ella no confiaría nunca en nadie más que en las personas ya antes mencionadas. Sí, lo mejor sería buscar la

forma de hacerlo desaparecer de su vida lo más pronto posible.

—¿Topacio? —la voz de Rowena interrumpió sus pensamientos—. ¿Me estás escuchando?

—No —respondió ella—. Sinceramente, no.

A Rowena no le sorprendió.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó examinándola con la mirada.

Topacio solo pudo agradecer que no pudiera verla bien en la oscuridad.

—Todavía me duele la cabeza —mintió—. No tenías que acompañarme, podías haberme mandado sola.

—Tonterías —replicó Rowena—. Además, quería hablar contigo.

Topacio suspiró, ya parecía demasiado extraño que la duquesa haya querido abandonar la fiesta solo por acompañarla a casa. Hasta había dejado a Zafiro sola, alegando que su querida amiga Lady Carrick se encargaría de vigilarla y de traerla a casa, aunque Topacio sabía que Rowena tenía plena confianza en que Zafiro no haría ninguna estupidez.

—Dime —instó aunque sabía que no le haría gracia lo que escucharía.

La expresión de Rowena se ablandó.

—Cariño, yo sé que tú no quieres casarte, no sé porque, pero sé que no deseas hacerlo.

Topacio frunció el ceño y la miró acusadora.

—¿Lo has sabido siempre?

Rowena asintió.

—Y aún así me has arrastrado a todos esos bailes y presentado a miles de candidatos sabiendo que yo no deseaba casarme.

Rowena no expresó ningún arrepentimiento.

—Yo sé que en el fondo, lo mejor para ti es casarte —aseguró—. Y pronto me darás la razón. El duque me parece un buen hombre.

—Para ti todos son buenos, Rowena, no puedes ser tan confiada.

—Y tu no puedes ser tan desconfiada —replicó ella—. No toda la gente es mala.

—Sin embargo, a mi nadie me garantiza que él lo sea —contradijo Topacio.

—Topacio, mírame —ordenó Rowena.

Ella le hizo caso, no es que pudiera ver mucho en el encerrado lugar, pero sus ojos no tuvieron dificultad para encontrar los ojos azules de la duquesa.

—¿En verdad crees que es un mal hombre? Dime, tú que siempre afirmas no equivocarte juzgando a las personas ¿En verdad lo crees?

Topacio suspiró, no podía seguir mintiendo.

—No —se rindió—, pero no cambia el hecho de que no quiera casarme con él.

Rowena soltó un gruñido muy poco femenino.

—Eres muy testaruda ¿Por qué no quieres casarte con él?

«Porque es un muy peligroso para mí», se dijo. «Y no puedo permitirme confiar». Pero eso no podía decírselo, así que se limitó a encogerse de hombros.

Rowena suspiró.

—Prométeme que le darás una oportunidad, que serás amable con él —pidió.

—Si te prometo eso, no podré espantarlo a tiempo.

—Pero si intentaras conocerlo...

—Olvídalo —dijo tajante.

Rowena soltó un suspiro afligido y, aunque se odió por ello, no pudo evitar mirarla a la cara. Su semblante se veía tan afligido que Topacio apretó los puños a los costados. La estaba manipulando, lo sabía, pero ¡oh!, no podía dejarla así, al fin y al cabo, ella solo lo hacía porque creía que era lo mejor.

Con un gruñido dijo:

—Una semana, Rowena, te prometo que desistiré de mis intentos solo por una semana, pero luego de ese tiempo, volveré a lo mismo.

Rowena sonrió satisfecha.

—Ya verás —dijo dándole unos golpecitos en la mano— que si lo conoces mejor, cambiarás de idea.

Topacio asintió solo para que la dejara en paz y volvió a mirar por la ventanilla. No debió acceder a ese absurdo, solo faltaban tres semanas para la supuesta boda, entonces, con esa semana de tregua solo le quedaban dos para ahuyentarlo, sino tendría que casarse.

Rowena siguió hablado sin cesar, pero ella no le prestó atención, al menos hasta que dijo:

—Me comentó lady Pembroke que los gitanos andan cerca de aquí, estaba muy molesta porque esa gente llegara siquiera a pisar suelo londinense e importunarlos con su presencia. Sinceramente, nunca he entendido el motivo de tanto odio hacia esas personas, es decir, cada quién tiene derecho a ser

como es. Yo no creo que sean ladrones...

Topacio había escuchado solo hasta la palabra gitanos. Los gitanos andan cerca. Una idea empezó a formarse en su cabeza mientras su boca embozaba esa sonrisa maliciosa. La gente solía afirmar que ciertas gitanas leían el futuro; pudiera ser que en ese grupo de gitanos que andaba cerca hubiera una que le confirmara que no se iba a casar y, si tenía suerte, le diría cómo ahuyentar al hombre; así, cuando terminara la semana de tregua, ella podría actuar. Solo tenía que averiguar un poco más.

Con una expresión de inocente curiosidad empezó a hacer preguntas sobre el tema, y Rowena, siempre bien informada, empezó a contestarlas sin percatarse del brillo travieso en sus ojos. Cuando llegaron a su casa, la mente de Topacio ya había elaborado su plan, solo tenía que esperar unos días para llevarlo a cabo.

—¡Julián!

El hombre de cabello castaño oscuro dio un respingo por la sorpresa. Colocó su copa de whisky al lado de los papeles que revisaba y alzó la mirada para ver al hombre que acababa de entrar por sabrá Dios dónde.

—¡Adam! Qué sorpresa verte, me enteré de que regresaste hace poco; no sé si sabes, pero hay un invento muy útil que se llama puerta. La gente ahora suele entrar por ahí —dijo con sarcasmo al ver la ventana de su estudio abierta. ¿En verdad había entrado por ahí y él no lo había escuchado?

Adam sonrió y se sentó frente a él.

—Llamé, pero nadie respondió, así que no me quedó otra alternativa. Hubiera sido peligroso que alguien me viera forzando la cerradura de la puerta principal.

—Despaché al mayordomo hace unas horas —explicó—. Ya sabes, es poco probable recibir visitas a las... —sacó su reloj de bolsillo y lo miró— once y cuarto de la noche, así que no vi necesario seguir desvelándolo.

Adam ignoró el sarcasmo de la frase y observó a su viejo amigo. Aparte de Damián, él era el único en el que podía confiar para que lo ayudara.

—Necesito tu ayuda —le dijo.

Los ojos verdes de Julián lo miraron con burla.

—Ya me parecía raro que vinieras solo con la intención de saludar a un viejo amigo después de tanto tiempo fuera.

—He tenido muchos asuntos que atender y poco tiempo —se excusó—. Por cierto, me enteré de la muerte del conde, lo siento.

—Yo no —contestó él sin una pizca de sentimiento—, o tal vez sí; si él no hubiera muerto, no estaría yo aquí quemándome el cerebro intentando librarme de todas las deudas que me dejó. Saldar deudas ajenas no fue lo que había esperado que sucediera cuando heredara el condado.

Adam observó detenidamente a su amigo y se dio cuenta de que su rostro estaba más demacrado que antes. Aparentaba más de los veintinueve años que tenía. Las ojeras bajo sus ojos eran un claro ejemplo de su falta de sueño y el estrés al que debía estar sometido. A Adam no le gustaría estar en sus zapatos. Tenía que mantener a una hermana que debería ser presentada en sociedad el año siguiente, además de tener dos hermanos menores recién salidos del Cambridge que seguramente debían estar tan desesperados como él por encontrar una solución al problema, eso sin contar a los mellizos, que eran unos pequeños monstruos.

Si no lo conociera tanto, Adam no hubiera dudado en ofrecerle su ayuda. Siempre consideró a Damián y a Julián como aquella familia de la que siempre careció. No solo eran compañeros de juergas y aventuras, eran como hermanos para él. Sin embargo, sabía que la principal característica de Julián era el orgullo, no aceptaría su ayuda ni aunque se estuviera ahogando en deudas, no mientras pensara que pudiera hacerlo por su propia cuenta. Cualquier intento de Adam por ayudar sería recibido como un insulto.

No sabiendo que decir, optó por aligerar la tensión.

—Y por ello has decidido hundirte en el alcohol —se burló señalando la copa y la botella que estaba al lado—. Eso sí que es una sorpresa, creí que no te gustaba emborracharte, solías decir que te quitaba la capacidad de raciocinio.

Julián encogió sus robustos hombros.

—Quería descubrir si es tan bueno para hacer olvidar problemas como se cuenta, pero no creo que me atreva a emborracharme, necesito toda mi mente sobria para lo que se me viene delante, mejor dime —cambió de tema— ¿en que puedo ayudarte?

—Supongo que te has enterado de que estoy comprometido —le dijo.

Él asintió.

—¿Quieres que te felicite o te de mis condolencias?

Adam simuló pensarlo.

—Las felicitaciones —dijo al final.

—Pues te felicito, ahora ve al grano y dime ¿en que pudo ayudarte?

Adam empezó a contar su plan y al final del relato Julián tenía una sonrisa de anticipación en los labios.

—Eso será interesante, cuenta conmigo.

—Genial. —Adam se levantó y le tendió una mano que él aceptó—. Gracias.

—No tienes nada que agradecer; sinceramente, he estado un poco estresado estos días, esto es lo que necesito para salir del tedio.

—Muy bien, entonces, me alegra haberte ayudado con tu aburrida vida —se burló Adam—. Te mandaré a avisar cuándo será todo; si tenemos suerte, mañana tendré la información deseada.

Julián asintió.

—Hasta luego —se despidió Adam dirigiéndose a la ventana.

—Adam —lo detuvo—, la puerta está por allá— dijo su amigo señalando la salida de su estudio—. Sé que conoces el camino.

—Pero que gruñón te has vuelto —se quejó él—. ¿Dónde está ese amigo mío que se vivía metiendo en problemas?

—Yo no vivía en problemas. Esos eran tú y Damián.

—No lo creo, nosotros éramos libertinos, pero prudentes. Tú vivías siempre en un lío, aunque es de esperar, eres un Allen; la sociedad no sabe si ustedes buscan los problemas, o si los problemas los buscan a ustedes. Por ejemplo, cuando te batiste a duelo con lord Murray porque te encontró en la cama con su mujer.

Julián resopló

—Más de la mitad de los caballeros de Londres han estado con lady Murray.

—Pero tú fuiste el único imbécil al que cacharon, agradece que el viejo tenía mala puntería y te perdonó rápido.

Julián decidió omitir el insulto.

—Lárgate, Adam —le ordenó.

Adam no le hizo caso y siguió hablando, levantando un segundo dedo como si estuviera contando.

—Cuando aquel vizconde te cachó con su hermana encima de ti en aquella velada de... ¿lady Derby? Sí, lady Derby.

Julián compuso una mueca.

—Ella me siguió y se me tiró encima, estaba muy sorprendido para reaccionar a tiempo— se defendió.

—No sé ni cómo te libraste del altar en esa ocasión.

—La muchacha confesó.

—¡Ah!, cierto, y aquella vez cuando...

—¿Acaso has venido aquí para contar mis pecados? —preguntó exasperado.

—Si fuera así no me iría en toda la noche, y eso porque me centro en ti y no en tus hermanos.

Julián se levantó ya cansado.

—Será mejor que te vayas —dijo dándole un leve empujón por la espalda para guiarlo a la puerta.

—¿Me corres? —preguntó ofendido—. ¿No es eso de mala educación?

—Sí —afirmó—. Vete y luego me dices cuándo haremos todo.

—Hombre, pero ya te convenciste de que eras tú el que siempre se metía en líos. Empiezo a creer que eso que dicen del apellido Allen es cierto, que llevan los líos y el escándalo en la sangre.

Julián siguió guiándolo a la puerta mientras decía:

—Me compadezco de tu futura esposa.

—Solo porque no la conoces.

—Hasta luego, Adam —dijo abriéndole la puerta y haciéndolo salir.

—Saludos a Angelique, a Alec, a Richard, a Edwin... —contó con los dedos para asegurarse que no le faltaba nadie— y a Clarice— dijo antes de que le cerraran la puerta en la cara.

Adam se encogió de hombros ante la mala actitud de su amigo y fue hacia su carruaje; si todo iba a su favor, mañana tendría las respuestas a todas sus preguntas.

## CAPÍTULO 12

Al día siguiente, Topacio ya estaba arrepentida de haber accedido al absurdo pedido de Rowena. Perdería una valiosa semana intentando ser, aunque sea un poco amable con un hombre con el que no tenía intención de casarse; y al menos que lograra posponer la fecha de la boda (cosa que dudaba) solo tendría dos semanas para idear algo realmente efectivo y... ¿a quién engañaba? Había tenido suficiente tiempo para saber que el hombre no se echaría para atrás, y que las posibilidades de que ella lograra su objetivo eran una entre cien. Sin embargo, mientras existiera esa posibilidad, se aferraría a ella, y no solo porque quisiera mantener su independencia, sino porque quería demostrarle a ese hombre que ella no pensaba doblegarse a su voluntad así porque sí. Si llegaba al altar, al menos tendría la satisfacción de haber luchado pero, de preferencia, no llegaría al altar y, si lo hacía, que Dios se apiadara de Rutland.

Cuando el mayordomo le informó que el duque había ido a verla, Topacio no estaba segura de poder cumplir su promesa. Al menos que le conviniera, no era dada a hipocresías, y no estaba convencida de poder intentar conocer a una persona que no deseaba conocer, pero ¿en verdad no quería saber más de él? Si era sincera consigo misma, y siempre lo había sido, tenía que admitir que el hombre resultaba interesante, es decir, tenía todas las actitudes de un granuja, pero había algo en él que era diferente. Tal vez era la paciencia con la que aguantaba todos y cada uno de sus insultos lo que la sorprendía. O el hecho de que nada parecía afectarlo, casi siempre andaba con una sonrisa como si nada pudiera perturbarlo. Quizás lo que le había causado curiosidad era el verdadero enojo que había mostrado cuando escuchó las amenazas de

lord Frederick. En verdad pareció afectado por un asunto que solo le concernía a ella, y todavía le daba vueltas al tema ¿Estaría en realidad preocupado? ¿O simplemente hizo esa escena porque ya la consideraba de su propiedad? Aunque le hubiera gustado pensar que era esta última opción, para así tener un motivo por el que molestarse, lo que Topacio pudo ver ese día en sus ojos era verdadera preocupación por su seguridad. No recordaba la última vez que alguien se había preocupado así por ella, todos siempre sabían que era capaz de resolver sus propios problemas, por lo que nadie nunca mostraba angustia por sus asuntos. Pensó que quizás él solo tenía miedo de quedar viudo antes de la boda y tener que buscar otra candidata. Sí, seguro era eso... bien, no creía que fuera eso, pero tampoco pensaba analizar mucho el tema o terminaría con dolor de cabeza. Cumpliría en lo que pudiera su promesa y luego volvería a su plan original.

Con esa idea, bajó hasta el salón de visitas donde estaba el duque hablando con Rowena.

—¡Oh, ahí estás! —exclamó ella—. Bien, iré a buscar a Molly.

—¿A Molly? —preguntó, pero Rowena ya había salido.

Se giró hacia Rutland y estuvo a punto de soltar un comentario como “Usted no tiene más nada que hacer” pero se contuvo a tiempo y simplemente dijo:

—Buenos días.

Rutland frunció el ceño como si no se esperase el saludo.

—Buenos días —respondió con cautela, temiendo caer en un trampa.

—Rowena me hizo prometer que no me comportaría de forma grosera durante esta semana —explicó para que no creyera que era amable por decisión propia.

—Ya veo... —una sonrisa pícaro que a Topacio no le gustó nada se formó en sus labios—. Eso es maravilloso, porque justo le estaba diciendo a la duquesa que es un día espléndido para pasear por Hyde Park. ¿No crees?

Topacio se encogió ligeramente de hombros.

—Conque para eso iba a buscar a Molly...

Astuta como una ardilla. Esa era la forma en que se debía de describir a Rowena. Molly era la doncella más distraída y manipulable que había en esa casa; si alguien los perdería de vista antes de llegar al parque, esa sin duda sería ella.

En el pequeño salón se instaló un silencio algo incómodo. Topacio se

mordió la lengua para evitar soltar una que otra frase cortante. Cumplir esa promesa sería más difícil de lo que lo había imaginado en un principio. Tal parecía que le era imposible alejar de su boca cualquier comentario viperino.

Justo cuando sentía que no podía soportar más el silencio, entró Rowena. Sola.

—Acabo de recordar que le he dado el día Molly y a todas las doncellas. Bien creo que no habrá problemas en que vayan solos, después de todo, se casaran pronto, y Hyde Park es un lugar público...

Topacio fulminó con la mirada a Rowena. Así que le había dado el día libre a todas las doncellas, pero qué causalidad.

—Pero, Rowena —dijo en un tono aparentemente inocente—, ¿qué hay de mi reputación? Habrá habladurías si nos ven solos.

—A ti nunca te ha importado tu reputación —replicó la duquesa.

—Bien, es cierto, pero hoy he amanecido con inexplicables ganas de no escandalizar a nadie.

Rowena la miró con esa cara que decía “Recuerda tu promesa”, pero Topacio la ignoró, eso no entraba en el trato.

—¿Puedes llamar a Zafiro para que nos acompañe? —sugirió.

—No está.

—La vi en la biblioteca cuando venía para acá.

—Acaba de salir.

Topacio frunció el ceño. Empezaba a creer que su tutora quería verla arruinada.

—No nos puedes mandar solos. Va en contra de todas las reglas del decoro —recordó.

—No pasará nada si se rompen un solo día —aseguró.

Topacio se dio por vencida, pelear con Rowena era demasiado, hasta para ella.

—Voy por mi sombrero —dijo y se fue sin girar, ya que sabía que encontraría a Rutland con una sonrisa en la cara.

A los pocos minutos, se encontraba sentada a su lado en su tálburi ya que, al no llevar compañía, bien podían hacer el viaje ahí.

—Esta situación le debe estar divirtiéndole bastante, ¿no es verdad? —le preguntó cuando se ponían en camino.

—No puedo negarlo —admitió—. Lady Richmond me agrada.

—Sin embargo, en estos momentos a mi me está cayendo bastante mal —

gruño ella—. ¿Sabe las escasas ocasiones en que rompe alguna regla de sociedad?

—Tengo suerte, entonces —declaró él sonriendo.

No hablaron durante el resto del camino a Hyde Park, que no fue mucho ya que les quedaba relativamente cerca. Topacio se dedicó a mirar alrededor preguntándose de nuevo cuál de todos sus pecados estaría pagando en esos momentos.

—¿Sabes conducirlo? —oyó que le preguntaba él.

Ella entendió que se refería a si sabía manejar a los caballos, así que asintió. Para su sorpresa el le dio las riendas.

—Me gustaría ver cómo lo haces.

—¿Pone su vida en mis manos? —preguntó arqueando una ceja burlona, mientras tomaba las riendas con maestría.

—Bien, si llegamos a sufrir algún accidente, me queda el consuelo de que las posibilidades de que yo muera serán las mismas de que lo hagas tú. Además, me gusta el peligro —declaró.

—¿Entonces, admite que cree estar en peligro conmigo a las riendas?

—No es común que una mujer sepa manejar un tálburi. Digamos que el sentirme en peligro es una reacción inconsciente.

—No tiene mucha ciencia —admitió ella—. No veo por qué se nos priva de esa clase de educación; si recibiéramos la misma que los hombres, podríamos hacerlo todo mejor que ustedes, de hecho, si realizáramos la mitad de sus actividades, las haríamos mucho mejor.

Adam sonrió.

—Por lo que escucho, debes ser una fiel seguidora de Mary Wollstonecraft. Topacio también sonrió.

—Efectivamente. ¿Algún problema con ello?

Él negó con la cabeza.

—Ninguno.

Topacio frunció el ceño.

—¿Seguro?

Tenía que estar mintiendo. De todos los hombres en Inglaterra, no debía haber ni diez que apoyaran las ideas de esa autora. Para la mayoría, la mujer era y siempre sería, inferior al hombre.

—Aunque no lo creas, no necesito degradar a nadie solo para sentirme superior, y mucho menos a una mujer, estoy aquí por una después de todo.

Topacio jamás había escuchado ese tipo de comentarios de la boca de un hombre que no perteneciera a su familia y, aunque no le gustó sentirlo, no pudo evitar que naciera cierta admiración hacia él. Pero eso no significaba que se casaría con él.

—Sin embargo, aún así obliga a una dama a casarse.

El diablillo de alguna parte de su mente la obligó a hacer ese comentario antes de que pudiera pensarlo bien. Pero, él se limitó a encogerse de hombros y mirarla con burla.

—No habías prometido comportarse amablemente durante una semana.

—Es difícil ir contra mi naturaleza. Tendrá que acostumbrarse, excelencia —admitió.

—Llámame Adam —pidió.

—No —se limitó a responder ella centrando su atención en las riendas del carruaje, haciendo caso omiso de las miradas sorprendidas de la gente.

—¿Por qué no?

—Porque no —respondió simplemente.

Adam gruñó.

—Empiezo a pensar que esa es tu frase favorita cuando no tienes ninguna explicación que respalde tu negativa.

Ella se encogió ligeramente de hombros como signo de indiferencia.

—O tal vez no deseo perder mi tiempo explicando mis motivos..., excelencia.

—Ahora solo deseas molestarme —concluyó en tono calmo.

—Es posible.

—Sin embargo, siento especial interés por saber el motivo que te impide llamarme por mi nombre.

—Claro que debe sentir interés, los entrometidos suelen sentir interés por todo aquello que no les interesa.

—Ese no fue un comentario muy amable —le hizo notar.

—Bien, Rowena no tendrá queja, estoy haciendo mi mayor esfuerzo.

—¿Según quién?

—Según yo; he reprimido al menos una docena de comentarios mordaces en la última media hora, eso es bastante.

—Entonces, la duquesa debe sentirse afortunada por que hayas hecho semejante esfuerzo por ella, debes quererla mucho.

El semblante de Topacio se ablandó.

—La adoramos, aunque no se lo digamos muy seguido, pero la adoramos.

El tono de su voz delataba todo el cariño que sentía por la mujer, y no era para menos, por lo que le había contado Damián, fue ella quién las recogió cuando más lo necesitaban. Las crio sin importarle que no fueran de su sangre y Adam también notó que el cariño que las muchachas le tenían era recíproco.

De pronto, sintió la necesidad de indagar más sobre esa tragedia, de enterarse de los detalle y saber si tenía algo que ver con el tormento que la acongojaba, pero se reprimió de plantear cualquiera interrogante, pues ese día ella ya no parecía tan a la defensiva, parecía más relajada y solo un poco menos dispuesta a dar pelea, y él no tenía intención de arruinar el momento con preguntas indiscretas, ya llegaría la hora.

Observó la destreza con la que la mujer manejaba los caballos y vio con diversión cómo la gente no les quitaba la vista de encima. Muchos fruncían el ceño al ver a Topacio con las riendas del carruaje y luego lo miraban a él como preguntándose si estaría loco para dejar que una mujer manejara. Él se limitó a sonreír y saludar con una inclinación de cabeza a cualquier conocido. A veces le era tan divertido escandalizar a la sociedad. Se giró hacia Topacio y vio que ella también sonreía, si no se equivocaba, debía estar pensando lo mismo que él.

—Qué vergüenza señorita Loughy —dijo en tono burlón—. ¿Acaso está disfrutando viendo como estas respetables damas se escandalizan? —Hizo un ademán con la mano para señalar a toda la gente que los miraba en ese momento sin disimulo— ¿No dijo usted hace poco que hoy amaneció con inexplicables ganas de no escandalizar a nadie?

Topacio soltó la primera carcajada sincera que él le había escuchado desde que la conocía.

—En algún punto del camino se me han quitado esas inexplicables ganas.

—Ya, parecían bastante extrañas.

Ella volvió a sonreír de forma sincera y Adam no pudo hacer otra cosa que admirar la belleza de esas facciones cuando lo hacía, era como si cambiaran totalmente. La desconfianza desaparecía de ellas y Adam casi podía ver a la persona que había sido antes que, lo que fuera que haya sucedido, la marcara.

—Pero —continuó él— sinceramente este paseo ya me está aburriendo, vamos demasiado lento, ¿por qué no acelera un poco la velocidad?

—¿Está usted loco? El lugar se encuentra abarrotado, podríamos atropellar

a alguien.

—Vamos por allá, entonces. —Señaló un camino hacia atrás que no estaba tan aglomerado—. Me gustaría ver qué tanto puede hacer correr estos caballos. ¿No tendrá miedo, verdad?

La sonrisa de Topacio Loughy fue la clara demostración de su adoración hacia los desafíos. Con la destreza del mejor de los conductores, hizo girar a los caballos y cuando vio todo el camino despejado, los azuzó para hacer que alcanzaran su mayor velocidad.

La adrenalina del peligro se apoderó de ambos mientras sentían cómo el viento les golpeaba la cara. Pasaron al lado de muchos transeúntes asombrados y ella solo redujo la velocidad cuando vio que el camino recto finalizaba y era mejor detenerse antes de que terminaran matándose.

—Eso fue genial —comentó Topacio devolviéndole las riendas a Adam— creo que mañana daremos mucho de qué hablar —dijo mirando a la gente que los veía como si se hubiesen vuelto locos.

—Bien, así la duquesa tendrá la seguridad de que estuvimos rodeados de gente y, por ende, mi comportamiento fue el de todo un caballero.

Topacio puso los ojos en blanco, pero no borró la sonrisa de su cara hasta que ya estaban casi llegando de nuevo a su casa. No hablaron el resto del camino, y solo cuando se estaban despidiendo, Topacio fue consciente de dos cosas. La primera, que no recordaba la última vez que se había divertido de esa forma, es decir, siempre había disfrutado escandalizando a la gente, pero era la primera vez que alguien la ayudaba, además, hacía tiempo que no sentía esa excitación que la aventura le provocaba. La segunda cosa de la que se había dado cuenta era de que había bajado la guardia. Sus defensas no estaban igual de altas que los otros días y eso podía ser un error grave. No podía confiar en él, a pesar de que parecía un hombre muy distinto a los demás. A pesar de que no se mostró escandalizado en lo más mínimo cuando le habló de que era fiel seguidora de Mary Wollstonecraft, y eso ya era decir mucho, no podía confiar del todo en él, y no porque pensara que fuera a matarla o algo por el estilo, pero había muchas maneras de traicionar y ella no estaba dispuesta a arriesgarse. Eso, y que no deseaba darle el gusto de que pensara que podía manejar su vida a su antojo sin que ella hiciera nada al respecto, solo que tendría que esperar a la semana siguiente si no quería romper su promesa.

No debió mencionarle el asunto del juramento al duque, algo le decía que

sabría cómo aprovecharse de ella.

El golpeteo de la bota de Adam contra el piso del carruaje era lo único que rompía el silencio de la noche; eso y alguno que otro grito de borracho que lograba atravesar los varios metros que lo separaban de la cantina de mala muerte en donde se encontraba, en esos momentos, Julián sacándole la información deseada al tal lord Frederick.

Averiguar los planes que tenía el joven para esa noche no le fue difícil, esa mañana había puesto a un hombre a vigilar su residencia de soltero; cuando salió, su hombre lo siguió y luego fue a informarle de su paradero. Supo que la suerte estaba a su favor cuando descubrió que el hombre no se dirigió a ninguno de los clubs de caballeros, sino que fue a una cantina ordinaria, seguro buscando una prostituta con la que pasar la noche. El lugar no era del todo malo, aunque no era precisamente de los sitios que un caballero frecuentaría, pero tampoco era un lugar de marineros borrachos y trabajadores.

El repiqueteo de su bota contra el suelo iba en aumento, igual que su impaciencia. Controló, a duras penas, las ganas de irrumpir en el local para enterarse de una vez por todas de lo que sucedía, y recordó que lord Frederick no podía verlo porque sino no diría nada o, al menos, no la verdad.

Cuando creía que no podía esperar más, Julián abrió la puerta del carruaje y entró. Se quitó el sombrero que había usado para hacer menos visibles sus rasgos y se acomodó mejor en asiento.

—¿Y bien? —apuró Adam—. Cuéntame que has averiguado.

—¿Además de que tu futura esposa es una insensata con la que hay que tener cuidado? ¿Puedes creer que apuntó a lord Frederick con una pistola y amenazó con matarlo?

Adam frunció el ceño, eso empezaba a coger lógica y parecía que la historia prometía ser cómica.

—¿Te confesó que una mujer lo había amenazado con una pistola? ¿Cuánto lo emborrachaste para que admitiera eso?

Julián se encogió de hombros quitándole importancia.

—No podrá levantarse sin ayuda, tomó bastante, al fin y al cabo, le dije que yo invitaba; me pregunto qué cara pondrá mañana cuando le hagan llegar la cuenta. —Sonrió de solo pensarlo y prosiguió al ver la cara de impaciencia de

Adam—. Bien, como te decía, el hombre me confesó que intentó enamorar a la señorita Loughy con el fin de ganar una apuesta que hizo con dos amigos. La cortejó durante un tiempo seguro de que lograría domar a la fiera y, cuando creyó que ya era suficiente, la citó en una calle poco transitada de Grovensor Square. No sé si la mujer es insensata o adicta al peligro como tú, pero el hecho es que asistió. Cuando lord Frederick le contó sus planes, ella se negó a acostarse con él, y él admitió muy tranquilamente que había llevado a sus dos amigos consigo para conseguir su objetivo. Tu prometida sacó una pistola y amenazó con matar a dos de ellos si se acercaban; los hizo retroceder y luego echó a correr.

Adam analizó el significado de toda la historia solo para comprobar que todo encajaba a la perfección con lo sucedido esa noche. Con la huida de ella, con la pistola encontrada, con la dirección en donde tropezaron... Sí, todo encajaba a la perfección.

Unas ganas asesinas empezaron a apoderarse completamente de él. Desgraciado era poco para definir al lord Frederick, el hombre era un animal o, peor que eso, era una alimaña. Pensó entonces en todas las formas en que una persona podía morir sin que se descubriera al culpable pero, aunque la tentación era grande, decidió no hacer nada todavía. Sobre Topacio, sí, era una insensata. ¿Pero a quién se le ocurre salir a medianoche a encontrarse con un hombre? Puede que Julián tuviera razón y le gustara el peligro tanto como a él, de hecho, lo había comprobado ese mismo día, solo que después de ese relato esa característica ya no le estaba gustando mucho.

—¿Eso fue exactamente todo lo que te dijo?

Julián hizo una mueca.

—No exactamente pero, si te lo digo tal cual, el hombre muere esta misma noche, así que tendrás que conformarte con mi explicación.

Adam prefirió no insistir en el asunto.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su amigo—. El hombre parecía especialmente interesado en cobrarse esa humillación.

—Por ahora nada; tal vez le envíe un discreto mensaje al marqués, diciéndole que vigile más a su hijo, espero que funcione; tengo entendido que es un hombre honesto y severo. Contrataré, de todas formas, a algunas personas para vigilarlo y que me informen de todos sus movimientos, así estaré pendiente. Juro que si me llego a enterar que anda en algo extraño...

Julián decidió no preguntar.

—Gracias —dijo Adam dándole una palmada amigable en la espalda—. Me has sido de mucha ayuda.

—Al contrario, gracias a ti por sacarme de la monotonía.

Viajaron unos minutos en silencio hasta que Adam se atrevió a decir,

—¿Por qué no empeñas las joyas de la familia, Julián? Estoy seguro de que ese inteligente cerebro tuyo sabrá la mejor forma de utilizar el dinero que te darán por ellas a cambio. Sé que son unas reliquias y muy especiales para la familia...

—No las tengo —confesó Julián.

—¿No me digas que tu padre las vendió?

Julián negó con la cabeza.

—Peor, se las dio a su amante, o ella se las robó. No estoy seguro, solo sé que ella las tiene y no tiene intención de devolverlas.

Adam analizó el asunto.

—Pero ¿cómo?

—El conde murió en la casa de su amante. Sé que ella tiene las joyas porque ese día fui a visitarlo y llegué justo cuando salía de la casa con el cofre en la mano. Él no me vio, se montó en el carruaje y se fue. Después nos enteramos de su muerte y dónde sucedió. Cuando enfrenté a la mujer, no me negó que tenía las joyas y aseguró que ahora eran de ella y no pensaba devolvérmelas. ¡¿Puedes creerlo?!

—¿Y piensas dejar que se las quede? Si quieres, puedo infiltrarme en su casa y...

—No —cortó Julián—, no harás eso, no permitiré que se las quede, pero tú no intervendrás, yo lo haré solo.

Adam iba a replicar pero, sabiendo que era inútil, no habló más al respecto. Julián no aceptaría su ayuda ni la de nadie hasta que no estuviese verdaderamente desesperado y, por lo visto, todavía creía que él podía solucionar el asunto y Adam no pensaba contradecirlo. Solo esperaba que pudiera recuperar las tan famosas joyas que con tanto orgullo lucían todas las condesas de Granard. Las prendas consistían en un collar, unos aretes, un anillo y un brazalete; todas de oro con incrustaciones de zafiros y diamantes. Valían una fortuna, que bien podía sacarlo de apuros.

No insistió más en el tema y dejó a Julián en su casa. Cuando llegó a la suya, estaba completamente satisfecho con los resultados del interrogatorio. Era mejor encontrarse preparado para cualquier cosa y mantenerse

informado, sin duda, sería útil.

Una vez en su cama sonrió y se durmió. Su reacia prometida había jurado portarse relativamente bien con él esa semana, y esa era una oportunidad que no podía permitirse desperdiciar.

## CAPÍTULO 13

Era la oportunidad perfecta, pensó Topacio cuando esa mañana Rowena les indicó que en la noche irían a la velada de lady Grofto. Solo que ella no iría a esa velada. Fingiría estar enferma y luego de que todos se fueran y los criados se retiraran, ella se escabulliría y viajaría hacia el terreno que limitaba Surrey con Londres, que era donde se habían asentado los gitanos.

Había mandado a su doncella a investigar el día anterior y ella, después de hablar con unos conocidos, le confirmó que alguien había comentado la presencia de una adivina en ese grupo de gitanos. No era que creyera fervientemente en ese tipo de cosas, pero no perdía nada intentándolo, al contrario, ganaba una experiencia excitante que, a diferencia de la última, esperaba que saliese bien.

No obstante, antes de poder llevar a cabo su aventura, tendría que soportar otra salida con Rutland que, tal y como había predicho, no perdería oportunidad esa semana. Topacio se encontró pensando si Adam no tendría nada que hacer; uno creería que como duque debería tener responsabilidades que requirieran de su atención y, por ende, no tener todos los días libres para ir a visitar a una señorita que buscaba en esos momentos la mejor forma de librarse de él. Quizás había pospuesto todas sus obligaciones para aprovechar esa promesa que no debió mencionarle.

—Última vez que te hago ese tipo de promesas, Rowena —le dijo a la duquesa cuando ella fue a informarle personalmente que el duque quería verla.

—Tonterías, estoy segura de que se la pasarán bien.

Topacio no mencionó nada. El día anterior habían disfrutado de un agradable momento, tenía que admitirlo, pero eso no significaba que podía seguir bajando la guardia de esa manera.

Cuando llegaron al vestíbulo, el duque se encontraba hablando con James. Esmeralda estaba un poco más cerca de la chimenea con una novela en la mano, ajena a cualquier conversación.

Rutland se levantó cuando ellas entraron y tomó la mano de Topacio para depositar un casto beso como saludo.

—Buenos días —dijo y después de todos los saludos protocolares comentó—: Pensé que quizás hoy podíamos ir a Gunter's.

Los ojos de Esmeralda se apartaron inmediatamente del libro y se posaron en la pareja. Antes de que Topacio elaborara una respuesta que no fuera ni tan cortante ni tan amable, ella intervino:

—Yo quiero ser la carabina —se ofreció y solo le faltó levantar la mano para hacerse ver—. Prometo sentarme incluso en otra mesa, siempre y cuando me inviten un helado o alguno de esos deliciosos postres.

Topacio rio y Rowena puso los ojos en blanco. Esmeralda Loughy tenía una única cosa en común con Rubí, y es que morían por un buen postre, cualquiera creería que su madre había abusado del azúcar en los embarazos.

—No creo que sea necesario, carabina querida, es un lugar igual o más público que Hyde Park, no habrá problema, disfruten de la salida —dijo Rowena que posteriormente desapareció por una de las puertas.

Lo último que vio Topacio antes de salir fue cómo Esmeralda hacía un gesto enfurruñado por la decepción.

No cruzaron palabra en todo el camino, y una vez en Gunter's pidió un helado de piña y degustó su sabor, contraste entre ácido y dulce. Rutland prefirió comer uno de la mucha variedad de postres que el lugar le proporcionaba.

Sin querer decir nada que arruinara la paz que parecía haberse instalado en el lugar, Topacio miró a su alrededor. El lugar situado en el 7-8 de Bekerly Square estaba lleno de gente. Algunas eran parejas como ellos, que disfrutaban de un helado sin carabina, pues ese era uno de los pocos lugares en el que una joven soltera podía ser vista en compañía de un caballero que no fuera familia sin causar escándalo; tal vez por eso Rowena no dejó que la pobre Esmeralda los acompañara, aunque conociéndola, se hubiera devorado todo lo que ofrecía el lugar. Por otro lado, había algunas familias, institutrices con niños, damas de clase alta cuchicheando el último chisme. Todos parecían pasarla bien, todos menos ella, que no sabía muy bien qué decir; en el fondo no deseaba decir nada, ni siquiera debía estar ahí, debería estar en su

casa planeando su próxima aventura. Una semisonrisa se formó en sus labios al imaginarla, sí sería interesante.

—Una libra por tus pensamientos.

La voz de él la hizo volver a la realidad. Se giró para mirarlo y vio que tenía una sonrisa en su cara... como siempre.

—No creo que mis pensamientos valgan tanto —respondió ella tranquilamente llevándose una cucharada de helado a la boca.

—Yo creo que sí —afirmó él— ¿Qué estás tramando?

Topacio intentó que la sorpresa ante su pregunta no se reflejara en su cara. ¿Leería la mente?

—Yo nada, excelencia —dijo con la cara más inocente que pudo poner.

—Así que no tramas nada... —su tono le decía que no le creyó—. Entonces, debí imaginarme ese brillo travieso en tus ojos.

Topacio sonrió.

—¿Traviesa? ¿Acaso afirma que soy una persona traviesa? —se mostró ofendida—. Eso es una ofensa, excelencia, yo soy una santa.

—Y yo Napoleón Bonaparte —contestó sarcástico—. Yya, en serio, qué tramas ¿Algo con qué espantarme la semana que viene?

Ella se encogió de hombros.

—Desconozco de lo que habla —replicó ella—. Yo no tramo nada, y déjeme decirle que eso de ver brillos traviosos en los ojos es de lo más extraño, empezaré a pensar que esta mal de la cabeza.

Adam solo sonrió y a Topacio le dio la impresión de que lo hacía de forma ¿traviesa? Bien, quizás ella también estuviera mal de la cabeza.

—Quizás, o quizás sé reconocer esa expresión pícara cuando la veo.

Ella prefirió no preguntar dónde la había visto y se dedicó a comer su helado.

Al contrario de lo que creyó, él no intentó sacarle conversación, se dedicó solamente a mirarla como si pudiera descifrar cada uno de sus pensamientos tan solo haciéndolo. El escrutinio empezaba a ponerla incómoda y, como no le gustaba esa sensación, decidió hablar para romper el momento; sin embargo, antes de que pudiera decir algo una voz se le adelantó. Una despreciable voz.

—Buenos días, Rutland, señorita Loughy.

Topacio no se molestó ni siquiera en intentar que una expresión amable se formara en su rostro. Miró al recién llegado con desprecio y se dio cuenta de

que no venía solo, las otras dos alimañas venían con él. Lord Marcus y lord Chase estaban a ambos lados de lord Frederick como si de sus vigilantes se tratase. Lamentó no haberse llevado su pistola cuando salió; pero, vamos, ¿quién carga una pistola cuando va a comer helado? Eso era exagerado hasta para ella. De todas formas, no se sentía insegura como debería sentirse y, aunque le costara admitirlo, se debía al hombre que la acompañaba. No es que pensara que lord Frederick y sus amigos pensasen en hacerle algo en un lugar abarrotado de gente, que incluso miraban curiosos hacia ellos; pero, aunque tuvieran tan poco sentido común como para intentar algo, ella sabía que Rutland no los dejaría.

No le agradaba mucho la idea de depender por completo de él en esos momentos, pero era su única opción. Había pensado detenidamente en los últimos días sobre la amenaza que el hombre le propinó, y llegó a la conclusión de que quizás no debería tomarse tan a la ligera las amenazas de lord Frederick: podía estar desquiciado y ella en problemas, no podía confiar del todo en que no haría nada solo por cobardía.

Le lanzó una mirada a Rutland y vio que él no tenía mejor semblante que ella con respecto a la invasión, de hecho, parecía más molesto incluso que aquel día cuando escuchó las amenazas de lord Frederick hacia ella. Topacio llegó a temer que le cayera a golpes al hombre en ese mismo momento, pues su expresión dejaba ver una rabia que a duras penas podía contener. Ella no supo cómo interpretar eso y, por lo visto, lord Frederick tampoco, porque el desconcierto brilló en su cara al ver el semblante de Rutland que podía haber espantado hasta al más gallardo y valiente de los caballeros. Topacio diría que a los únicos que esa mirada no espantaría sería a los más estúpidos, y eso debía ser lord Frederick porque, sin autorización, se sentó en una silla disponible al lado de ella.

Lord Marcus y lord Chase fueron más prudentes y, luego de murmurar una disculpa, se fueron como los cobardes que eran.

—Adelante, lord Frederick, siéntese, le damos nuestro permiso —dijo Topacio sarcástica con el fin de hacerle notar su falta de educación.

El hombre ignoró el comentario.

—Permítanme felicitarlos por su compromiso —dijo el hombre tranquilamente.

A pesar de que la cortesía dictaba que ambos respondieran con un “gracias”, Topacio no pensó siquiera en responder. Muchas personas solían

confundir la hipocresía con la cortesía, y por confundir se refería a que disfrazaban a la primera de la última (como hacía lord Frederick en ese momento) y, aunque para muchos era una muestra de educación, ella no pensaba igual. Así que, se giró hacia Rutland esperando que él diera la respuesta que lord Frederick deseaba; solo que Rutland tampoco parecía muy predispuesto a dar esa respuesta, al contrario, miraba al hombre con rabia mal disimulada y luego hizo un breve recorrido con la vista hacia las personas que estaban a su alrededor mirando sin disimulo, como si evaluara qué tantas posibilidades había de golpear al hombre y no formar escándalo. Era absurdo, por supuesto, ni siquiera podía entender por qué se veía tan molesto, es decir, escuchó cuando el hombre la amenazó, pero ese no era motivo para que lo viera como si el que quisiera matarlo fuera él. ¿Verdad? No tendría por qué; el hombre era problema de ella, no de él, y no tenía que meterse donde no lo llamaban...pero claro, era un entrometido.

El silencio se apoderó de la mesa y Topacio, aunque no se molestó ni siquiera en voltear, era consciente de que todas las miradas estaban puestas en ella. Naturalmente a la gente le parecía interesante ver el encuentro entre el hombre que antes la cortejaba y el que era su actual prometido, y ya que ella también estaba en escena, la obra que representaban de forma inconsciente se volvía más atractiva. Que Rutland siguiera sin quitar de su cara toda expresión asesina, no ayudaba mucho, y no es que le interesara, pero era probable que al día siguiente fuera el tema de conversación de todo el mundo. ¿Por qué Rutland seguía mirando al hombre como si pensara la mejor forma de asesinarlo? Si no supiera que era imposible, incluso llegaría a pensar que Adam sabía todo el asunto. Pero eso no podía ser, nadie sabía de ello, solo lord Frederick, sus secuaces y ella y, si era sincera, Topacio sabía que ninguno de ellos hablaría del tema por propia voluntad, pues no existía hombre en la tierra que confesara haber sido amenazado y vencido por una mujer; por ende, era imposible que Rutland lo supiera.

Lord Frederick, que terminó concluyendo que no obtendría respuesta, dijo:  
—Debo decirle, Rutland, que se va a casar usted con una mujer un tanto... peculiar. ¿Está seguro de lo que va a hacer? —El tono en que lo dijo daba a entender a cualquiera que escuchara que se trataba de una simple broma, pero ella sabía que no era así, y por la expresión del duque, supuso que tampoco lo vio de esa manera.

Su expresión se volvió aún más pétrea, y Topacio empezó a sentir un

sentimiento desconocido desde hacía años. Miedo, miedo de presenciar otro asesinato. Está bien, quizás exageraba un poco, pero prefería no arriesgarse, no era tan mala para dejar que lo matara, y luego lo llevarían a la horca, aunque esa tal vez fuera posiblemente la única forma de librarse del hombre.

—Creo que será mejor que nos vayamos —le dijo a Rutland, pero él pareció no escucharla, ya que estaba inmerso en un duelo de miradas con lord Frederick.

No gustándole cómo se sentía al ser ignorada, jaló de su brazo a través de la mesa haciendo caso omiso de las miradas reprobadoras a su alrededor.

—Quiero irme —repitió cuando estuvo segura de que tenía su atención.

Rutland reaccionó y se levantó.

—Hasta... luego, lord Frederick —se despidió mientras se levantaba.

Estuvo tentado de decir hasta nunca, pero prefirió no arriesgarse a que alguien lo oyera y se formara más escándalo del que seguro causaría su mirada asesina, y es que no pudo evitarlo. Siempre se había jactado de su autocontrol y de no denotar ninguna expresión cuando era necesario, pero en este caso le fue imposible mantener un semblante neutral ante el hombre. La rabia que lo había embargado al verlo parecía incluso sobrenatural, y tampoco tenía muchas ganas de ocultarla. Si el hombre era listo, se habría dado cuenta de que no era de su agrado y, si era inteligente, se mantendría alejado de él y de Topacio.

—¿Se van tan pronto? —intervino lord Frederick, y Adam llegó a la conclusión de que no era un hombre listo—. La Señorita ni siquiera ha terminado de comerse su helado.

Topacio agarró la copa donde estaba servido su helado y pareció examinarlo.

—Ya casi se ha derretido —concluyó—. No vale la pena—. Hizo un encogimiento de hombros torciendo los brazos lo suficiente para que el contenido de la copa fuera a parar al regazo de lord Frederick.

El hombre se levantó y observó atónito el líquido que se escurría por sus pantalones. La miró con rabia, pero Topacio lo ignoró.

—Ups —mencionó y miró con inocencia a su alrededor—. No sabe cuánto lo lamento, lord Frederick, en verdad me siento muy avergonzada —dicho esto se giró para irse y Adam la siguió.

La gente empezó a murmurar a su alrededor y Topacio no les hizo caso. Tal parecía que su reputación nunca podría estar intacta ni por un solo día. Bien,

mejor así, sería muy aburrido perder su fama.

Cuando ya estaba un tanto alejada de la gente e iban de camino a su casa, Topacio se giró hacia Rutland. Su semblante se había ablandado bastante e incluso parecía estar divirtiéndose con la situación que pasó. Definitivamente era un hombre bastante extraño, cualquier otro ya la hubiera tachado de loca y hubiera roto el compromiso, solo que él no era cualquier otro y, por ende, ella no tenía tanta suerte.

Suspiró, ahuyentarlo parecía que iba a ser más difícil de lo que se imaginó en un principio.

Cuando llegaron a la casa, él no entró, se despidió con un beso en la mano y azuzó a los caballos para irse. Parecía por su rostro que tenía algo muy importante en lo que pensar.

Ella entró en su casa y subió a su habitación antes de que Rowena la interceptara. Cuando iba de camino, unas risas en la habitación de Zafiro la hicieron detenerse y acercarse con curiosidad al lugar. La puerta estaba abierta, así que cuando entró se encontró con una agradable sorpresa. O más bien desagradable, pensó cuando vio la sonrisa burlona con la que la recibía la sorpresa.

Genial.

## CAPÍTULO 14

—Te atreves a reírte, Rubí Loughy, y me olvidó que eres familia.

Rubí se mordió el labio y respiró hondo para evitar estallar en carcajadas. La cara de Topacio era verdaderamente amenazante, si no la conociera tanto, incluso hubiera sentido miedo.

—Ya no soy Loughy —fue lo único que pudo decir para evitar que su prima estallara—. Ahora soy Rubí... —frunció el ceño como intentado recordar el apellido de su esposo; después de varios segundos, Topacio estuvo segura de que no lo sabía—. Bien, creo que Rubí Loughy está bien.

Topacio soltó una carcajada.

—¿Acaso en tres semanas de casada no le has preguntado el apellido a tu esposo? —se burló incapaz de contenerse—. Me pregunto qué te habrá mantenido tan ocupada para haber olvidado ese detalle.

—No es mi culpa que todo el mundo lo llame Aberdeen —se defendió y luego sonrió—. Y sobre lo que me mantiene ocupada... lo descubrirás cuando te cases.

Topacio fulminó a sus primas con su mirada. Zafiro había enrojecido, pero eso no impidió que el asunto le diera gracia porque se estaba mordiendo el labio para no reír.

—No me casaré —afirmó.

—Te daré el mismo consejo que me diste a mí. Resígnate.

—Creo recordar que, aunque te di el consejo, afirmé que yo no lo seguiría si estuviera en una situación similar, y también me acuerdo que tú tampoco lo seguiste.

Rubí se encogió de hombros.

—Pero aún así estoy casada. Eso demuestra lo poco que se puede luchar contra el destino.

—Estás casada gracias a mí —recordó—. No por el destino.

—Bien, por ello tú sí te casarás, sería injusto que no lo hicieras; después de que causaste mi matrimonio sin mi consentimiento, como afirmas, es justo que el destino se la cobre y elabore el tuyo sin tu consentimiento. La vida me está vengando —aseguró.

—Te hice un favor —se jactó Topacio—. Esta situación es de lo más injusta.

—¿Cómo puedes estar segura de ello?

—Lo estoy.

—Ya deberías saber, Rubí —intervino Zafiro cansada de seguir su discusión—, que Topacio es más terca que tú; no se dejará convencer de desistir de sus planes aunque esté pronunciando los votos frente al altar.

Topacio ignoró el comentario, más no así Rubí.

—Yo no soy terca, solo soy perseverante.

La otras Loughy rieron y Rubí las miró con el ceño fruncido.

—Cariño, si tú no eres terca, yo soy un ángel y Zafiro es una amante de la aventura.

Esta vez fue Zafiro la que frunció el ceño.

—¿Insinúas que soy aburrida?

Topacio asintió sin ningún remordimiento.

—No soy aburrida —dijo, aunque ni ella misma parecía muy segura— simplemente soy sensata y hago lo correcto. Tú deberías seguir mi ejemplo, si fueras aunque sea un poco sensata, no estarías todavía intentando librarte de una boda que es claro se va a realizar —ignoró la cara de fastidio de Topacio y siguió hablando—. Vamos Topacio, sabes bien que es así aunque te cueste admitirlo. No puedes desafiar una orden real, y si él no ha cambiado de opinión respecto a ti luego de la desastrosa cena que presenció y después de seguramente las muchas ofensas que ha soltado tu lengua, no cambiará de opinión ni ahora ni en lo que resta antes de la boda. Yo ya me estaría resignando.

—La peor batalla es la que no se libra —argumentó.

—Para mí ya la tienes perdida. No entiendo por qué tanta queja y problema con ustedes dos. Las cosas hubieran sido mucho más fáciles para Rubí si desde un principio hubiera admitido que la boda con Aberdeen era la única solución, y serían más sencillas para ti si también admitieras que no tienes otra opción. Así de simple, te estás complicando la vida, Topacio.

Topacio admitió a regañadientes que ella tenía razón; en el fondo sabía que la bendita boda se terminaría realizando, pero eso no quitaba el hecho de que el hombre la estuviera literalmente obligando, no importaba que a él también lo estuvieran obligando, lo que le interesaba es que él sabía que ella no quería casarse y aún así la había escogido. ¿Dónde quedaría su orgullo si no daba batalla?

—Eso lo veremos —dijo al final pensando en su plan de esa noche.

Algo en su mirada debió delatar sus intenciones porque dos pares de ojos la miraron con recelo.

—¿Qué estas tramando, Topacio Loughy? —preguntaron al unísono.

Topacio solo se encogió ligeramente de hombros y con una sonrisa salió de la habitación, dejando a las otras Loughy con una cara que decía: “Habrá problemas”.

Topacio vio con satisfacción, desde la ventana de su cuarto, que el carruaje donde iban Rowena, William, James y Zafiro se alejaba por las calles de Mayfair. Cuando estuvo fuera de su vista, empezó a vestirse con la ropa de hombre que le había robado hacía tiempo a James y esperó a que los criados y todos los demás se fueran a descansar. Rowena siempre daba ordenes de que no la esperaran despierta y los criados solían irse a dormir temprano, solo quedaban las doncellas que esperaban a sus señoras. Cuando hubo pasado una media hora, salió silenciosamente del cuarto y empezó a caminar por los pasillos sin que sus pisadas produjeran el más mínimo ruido.

Estaba a punto de bajar el primer peldaño de los escalones cuando una voz la interrumpió.

—¿A dónde vas, Topacio?

Topacio maldijo por lo bajo y se giró para enfrentar a Esmeralda.

—¿No deberías estar durmiendo?

Esmeralda se encogió de hombros.

—No tenía sueño y tú, ¿no deberías estar descansado de tu dolor de cabeza?

Topacio sonrió al pensar en la excusa que le había dicho a Rowena para no asistir.

—Tengo algo más interesante que hacer esta noche que ir a la fiesta de lady Graftor —informó.

Los ojos verdes de Esmeralda brillaron con curiosidad.

—¿Qué?

Topacio miró alrededor como si quisiera asegurarse de que no hubiera nadie.

—Voy al campamento gitano que esta en las afueras de Londres —susurró—. Dicen que hay una adivina muy buena y necesito hacer una consulta.

Esmeralda frunció el ceño.

—¿Crees en esas cosas? —le preguntó.

Topacio se encogió de hombros.

—No tengo nada que perder, además, tengo sangre gitana, ¿recuerdas?

Esmeralda asintió, permaneció callada por unos segundos y luego dijo:

—Quiero ir contigo.

Topacio soltó un gruñido, debió esperarse eso.

—No —negó—. Olvídalo.

—Por favor, —rogó la muchacha—, quiero ir. ¿Por qué toda la diversión tienes que llevártela tú? Además, me gustaría saber si encontraré al amor de mi vida.

Ella puso los ojos en blanco y luego se enfrentó a Esmeralda.

—Está bien —accedió—, pero no te separarás de mí y tendrás que cambiarte —dijo viendo el camisón de Esmeralda—. Tengo otros pares de pantalones y camisas en mi cuarto, vamos.

Esmeralda sonrió triunfante y la siguió.

En el cuarto, Topacio rebuscó en el fondo de su armario y sacó otro par de pantalones y una camisa.

—Te quedarán inmensos —le informó a Esmeralda—, pero no hay más.

—¿Por qué no puedo llevar uno de mis vestidos?

Topacio la miró como si fuera estúpida.

—Nos iremos en el tálburi, yo lo manejaré; se verá menos sospechoso que lo manejen un par de personas que parecen hombres, a que lo manejen unas mujeres. Si alguien voltea y nos ve, lo más probable es que pasemos desapercibidas; en cambio, si ven a unas mujeres, ¿qué crees que podría pasar?

—Se formaría un escándalo —concluyó Esmeralda—. ¿Pero si mejor nos llevamos uno de los carruajes cerrados? Yo voy dentro y tú manejas. Es imposible que me quede esa ropa, a ti te queda grande, a mí me va a quedar como un saco.

Topacio gruñó.

—Está bien —accedió a regañadientes—. Nos llevaremos uno que no tenga escudo, solo espero poder pasar por un cochero de familia adinerada —dijo mirándose el vestuario que distaba mucho de ser el de un campesino—. Ve a cambiarte y apúrate, es al menos una hora y media de camino, si tenemos suerte, y tenemos que regresar antes que los demás.

Esmeralda asintió y se fue corriendo a su cuarto a cambiarse, llena de emoción.

Topacio reconsideró la idea de irse y dejarla ahí, pero no fue capaz, se veía demasiado emocionada y no era tan cruel como para negarle la aventura a alguien que estaba deseosa de probarla. En ese aspecto era parecida a Rubí, no le interesaban los riesgos si conseguía lo que quería, y lo que quería era saber si encontraría al amor de su vida. Un deseo de lo más absurdo a su parecer, pero así era Esmeralda.

La joven regresó pocos minutos después, se había puesto un vestido verde claro y Topacio le dio uno de sus oscuros abrigos para que se cubriera. Hacía frío afuera.

Después de acomodarse su propio abrigo (que había robado esa misma mañana del armario de James) le hizo un gesto a Esmeralda para que la siguiera. Mirando a ambos lados para asegurarse de que no había nadie, salieron de la casa y se dirigieron a los establos, donde engancharon, a duras penas, a los caballos a uno de los carruajes. Esmeralda se metió en él y Topacio salió rogando en silencio que el relincho de los animales no despertara a los lacayos. Tuvo suerte, nadie pareció darse cuenta de su salida y fue cuando se encontró pensando que tenían gente muy negligente trabajando con ellos, si alguien se metía a robar, probablemente no se darían cuenta hasta muy tarde, aunque ella no pensaba comentar nada, claro, ahora esa negligencia le convenía.

Logró salir sin ningún inconveniente y respiró tranquila cuando ya se alejaba de la casa, sin percatarse de los ojos azules que la miraban con asombro desde una de las ventanas de arriba.

Zafiro Loughy se tragó un sinfín de comentarios obscenos impropios de ella y se apresuró a salir del cuarto directo a la habitación de Topacio con una vela en la mano.

Lo sabía. Sabía que Topacio planeaba algo cuando aseguró sentirse mal. Ja. Ella nunca se sentía mal, así que, sabiendo que existían altas posibilidades de que hubiera un problema, Zafiro convenció a Rowena de quedarse por si

surgía alguna complicación, alegando que Topacio raramente se sentía mal y en verdad debía estar muy enferma si decidió quedarse. Rowena no le había creído, por supuesto, y no solo porque mentía mal, sino porque tampoco le creyó a Topacio cuando dijo que le dolía la cabeza. Desconocía el motivo por el que había permitido que ambas se quedaran en lugar de ir a la fiesta, pero lo había hecho, y ahora, su prima se había escapado a sabrá Dios dónde; siendo lo peor del caso que se había llevado a Esmeralda consigo. ¿Es que se había vuelto loca?

Cuando llegó a la habitación de Topacio, la puerta estaba, para su fortuna, sin cerrojo. Entró y lo primero que observó fue el pantalón y la camisa tirados en el piso. Sin saber muy bien qué hacía, empezó a cambiarse mientras su mente intentaba deducir a dónde podían haber ido ese par de insensatas. Desde esa mañana Topacio se encontraba extraña, y desde la conversación con Rubí supo que planeaba hacer una de las suyas, solo que la pregunta era ¿qué?

Su cerebro trabajaba a toda velocidad mientras se acomodaba la camisa. No se le ocurría nada y eso empezaba a preocuparse. Estaba a punto de darse por vencida cuando recordó que una vez Rowena mencionó algo sobre gitanos que se establecieron en las afueras de Londres... Dios, ¿sería posible?

Estaba cometiendo una insensatez, lo sabía, pero mientras se dirigía a los establos se dijo que tenía que averiguarlo. Podía ser que no hubieran ido ahí, podía ser que ella se estuviera arriesgando por nada, pero algo le decía que tenía razón; ir allá y tener la posibilidad de sacarlas del posible lío en el que se meterían era mejor que quedarse sin hacer nada sabiendo que pudo haber hecho algo.

Con esa determinación, montó un caballo y salió sin que nadie se percatara de su presencia, confiando en que su memoria fuera lo suficientemente buena para recordar el camino hacia Surrey.

Adam observó con sospecha cuando la duquesa entró en el salón con la única compañía de su esposo y su hermano. No había rastro de las Loughy por ningún lado, o al menos de la Loughy que le interesaba a él. Eso hizo que sospechara. En la mañana Topacio Loughy tenía ese brillo en el rostro que indicaba que planeaba algo, y el instinto le decía a Adam que lo que sea que estuviera planeando, lo llevaría a cabo esa noche.

No queriendo sacar conclusiones precipitadas, se acercó a la duquesa y la saludó. Ella, con una sonrisa, le informó que Topacio se sentía indispuesta y por eso no había asistido, aunque Adam supo de inmediato que ni ella se había creído esa historia. Las dudas empezaron a embargarlo hasta que decidió desaparecer de la fiesta y averiguar que tan enferma se encontraba la señorita que esa misma mañana estaba lo suficientemente bien para lanzarle el helado a lord Frederick. Además, había ido a ese baile nada más porque sabía que ella iría, y si ella no estaba, a él no le interesaba estar ahí.

Se escabulló de la velada sin mucha dificultad, y poco después iba de camino a la casa Richmond. Cuando iba llegando, Adam no pudo sorprenderse menos cuando divisó lo que aparentemente era un muchacho, saliendo a caballo de la casa.

Con la certeza de que tenía razón, ordenó a su cochero que lo siguiera. Esa noche prometía ser interesante.

Los ruidos de voces y canciones le indicaron a Topacio que había tomado el camino correcto y el campamento gitano estaba cerca. Era un alivio saberlo, pues por un momento pensó que se había perdido. Una cosa era que supiera manejar carruajes y tálburis, y una muy diferente que supiera con exactitud los caminos. Pero al final todo había salido bien.

Cuando ya estaba cerca, Topacio observó lo que tenía alrededor. Había un gran fuego encendido en lo que parecía la mitad del campamento. Mujeres vestidas con blusas y largas faldas en llamativos colores bailaban alrededor de la fogata como si de un ritual se tratara. La caravana donde viajaban estaba un poco más alejada, aunque los llamativos colores de las carretas que la conformaban hacían que fueran fáciles de distinguir. También había una que otra carpa en el lugar. Varios caballos se encontraban atados y Topacio podía escuchar, además de voces, una que otra risa femenina.

Ella era consciente de que muchas de las personas que decían odiar a los gitanos, sobre todo los caballeros, eran los primeros que visitaban esos campamentos con fines inapropiados. También sabía que si alguien las veía ahí estarían completamente arruinadas; pero si no había aunque fuera un poco de peligro, ¿dónde estaba la diversión?

Abrió la puerta del carruaje para que Esmeralda saliera y le indicó que se cubriera la cabeza con la capa. Ella por su parte, corriendo más riesgos de los

necesarios, se quitó el sombrero porque le molestaba y lo dejó dentro de coche.

—Topacio, ¿y si nos roban el carruaje? —preguntó Esmerada cautelosa mirando alrededor con curiosidad.

Topacio, que no había pensado en eso, se acercó a un hombre que estaba a unos metros suyo.

El hombre gitano vestía unos pantalones holgados, con piernas de corte recto y ceñido a la cintura, y una camisa con mangas anchas de color azul rey. El gitano al verla la examinó meticulosamente deteniéndose en su cara como si deseara comprobar que era una mujer la que se acercó.

—¿Puede cuidarnos el coche? —pidió Topacio—. Le pagaré por ello.

Se verían metidas en un buen lío si en verdad le robaban el carruaje, debió haber pensado eso antes de ir hacia allá. Pero ya estaba allí y no tenía ni la menor intención de echarse para atrás. Si no hubiese ido Esmeralda, se hubiera ido a caballo.

El hombre no le respondió, en cambio, giró su cabeza y gritó algo en un idioma desconocido. De inmediato, un hombre mayor, de unos cincuenta años y vestido semejante al otro, apareció frente a ellas. El recién llegado la examinó tan meticulosamente como el primero y Topacio, que ya estaba perdiendo la paciencia con tanto escrutinio, estuvo a punto de soltar un comentario mordaz, solo que el gitano se adelantó y lo que dijo la dejó petrificada.

—¿Eres tú, Tamara?

## CAPÍTULO 15

Por primera vez en su vida, Topacio se había quedado sin palabras. Tamara, el hombre acababa de llamarla Tamara. Ese era el nombre de su madre. ¿Sería una coincidencia? Ella nunca había creído en eso, pero esta sin duda debía ser una, pues de otra manera no podría explicarlo. Sabía que se parecía a su madre físicamente, pero ese hombre no podía saberlo. Quizás la había confundido con alguien más, sí, eso debía ser.

El hombre parpadeó varias veces y se acercó un poco más a ella y, luego, como si comprobara que se había equivocado, dijo:

—Disculpe, la he confundido.

Topacio asintió, pero que la expresión de sorpresa siguiera grabada en la cara del hombre no la dejaba nada tranquila, aunque se obligó a centrarse en el tema que las había llevado hasta allí.

—Escuché que en este grupo hay una adivina muy buena —habló—. Quisiera platicar con ella.

El hombre mayor asintió y señaló una carreta pintada en rojo y dorado que estaba atrás de él.

—Carlota se encuentra allá.

—¿Pueden cuidarnos el carruaje? —preguntó.

—Al contrario de lo que muchos piensan, no somos ladrones, señora —afirmó el hombre más joven.

—No he afirmado tal cosa —respondió Topacio altanera—. Simplemente deseo que cuiden mi carruaje.

—Estará aquí para cuando regresé —afirmó el hombre mayor.

No supo por qué, pero Topacio se quedó conforme con esa declaración, su instinto le decía que eran gente de fiar.

Le hizo una señal a Esmeralda para que la siguiera y juntas se dirigieron a

la carreta indicada. La puerta de esta estaba abierta, pero Topacio igualmente tocó para hacerle saber a los de adentro de su presencia.

—Adelante— se oyó la voz de una anciana.

Topacio entró seguida de Esmeralda a la carreta. Era una pequeña estancia con pocos artilugios. Contaba de una simple cama, pegada a la pared, una cómoda y, en una esquina, una pequeña mesa con dos sillas.

Una anciana de cabellos grises estaba sentada en una de las sillas. La mujer llevaba una falda roja y una blusa amarilla. Unos aretes de oro adornaban sus orejas y un chal cubría sus hombros. Cuando entraron, la mujer levantó la vista y sus ojos negros se llenaron de indudable sorpresa cuando su vista se posó en Topacio. Sin embargo, fue una emoción que desapareció tan rápido como vino y no estaba segura de que hubiera sido real.

—Buenas noches —saludó Topacio—. Me dijeron que usted es muy buena adivinando el futuro y yo quisiera... quisiéramos —se corrigió ante el codazo de Esmeralda— una consulta.

La anciana les hizo un gesto para que se acercaran a donde ella estaba sin quitarle la vista de encima a Topacio.

—¿Quién va a ser la primera?

—¡Yo!

Esmeralda y Topacio intercambiaron miradas de incredulidad cuando se dieron cuenta de que habían hablado al mismo tiempo.

La anciana sonrió un poco y señaló a Esmeralda.

—Vamos contigo primero, jovencita.

Esmeralda sonrió alegre y se sentó en la otra silla mientras Topacio permaneció de pie mirando.

—Me gustaría saber si encontraré al amor de vida —dijo la joven inmediatamente— ¿Podría averiguarlo?

La anciana sonrió y asintió.

—Eso espero, primero dime tu nombre.

—Esmeralda Loughy.

—Vamos a ver, Esmeralda Loughy —le tomó la mano entre las suyas y cerró los ojos, luego los abrió y observó atentamente la mano de Esmeralda—. Eres una joven muy romántica, Esmeralda, y el destino te tiene la pareja ideal reservada.

Los ojos verdes de Esmeralda brillaron con alegría.

—¿Eso quiere decir que sí lo encontraré? —Cuando la anciana asintió ella

sonrió— ¿Quién será? ¿Cómo me enamorará?

La anciana negó con la cabeza haciéndole saber que eso no podía adivinarlo.

—No puedo ver eso, lo que si te puedo decir es que él no te enamorará a ti, tú lo enamorarás a él.

Esmeralda frunció ligeramente como analizando las palabras y luego se encogió de hombros y sonrió.

—¡Oh!, bueno, lo encontraré y eso es lo importante. ¿Ves, Topacio? ¿No es genial?

Topacio puso los ojos en blanco como toda respuesta, pero Esmeralda la ignoró.

—Ella no cree en el amor —explicó a la anciana.

—¿Por qué no? —preguntó la mujer curiosa.

Topacio bufó y le lanzó una mirada reprobatoria a Esmeralda.

—No es que no crea en él, simplemente no deseo encontrarlo. Me toca a mí.

Esmeralda se levantó de la silla y Topacio se sentó.

—Me llamo Topacio Loughy —le dijo a la mujer y extendió su mano—, y me gustaría saber si me libraré de cierta persona indeseada que no me deja en paz.

—A mí Rutland me parece buena persona —intervino Esmeralda—. No entiendo por qué te quieres librar de él, yo creo que te quiere.

—Si me quisiera, no me hubiese involucrado en un matrimonio que sabía que no deseaba.

—Tal vez está locamente enamorado de ti. —La joven se encogió de hombros—. Y por eso quiere que seas su esposa.

—Le diré a Rowena que no te compre más novelas románticas, te está afectando la cabeza.

—¿Por qué no quieres enamorarte, muchacha? —preguntó la anciana—  
¿Acaso tus padres no están enamorados?

A Topacio se le encogió el corazón al recordarlos. Siempre le hacía daño recordar.

—Lo estaban, están muertos.

Vio cómo algo que se asemejó al dolor pasaba por los ojos de la anciana, pero desapareció nuevamente rápido.

—Ya veo. —Le tomó la mano—. Vamos a ver qué te depara tu futuro,

Topacio Loughy. —Hizo lo mismo que había hecho con Esmeralda y examinó su mano—. Estás metida en lo que crees un problema, muchacha, pero no es así.

—¿Ah, no?

—No. Veo una unión que se llevará acabo pronto.

—¡No! —dijo Topacio en tono lastimero.

—Sí —afirmó la mujer ignorando su lamento—, pero no tienes por qué estar mal, te aseguro que el destino no te tiene preparado nada malo. Al contrario, eres una buena persona, muchacha, y a las buenas personas la vida les depara cosas buenas.

—Si es así, no me estaría diciendo lo que quiero oír, que no me casaré.

La anciana me negó con la cabeza.

—A veces lo que queremos oír no es lo que más nos beneficia. Créeme, esta unión es lo que más te conviene. Una herida muy grande será sanada con ella y todo rastro de dolor desaparecerá de tu alma. No puedes cambiar lo que está escrito en el libro del destino, Topacio, por más que lo intentes no lo lograrás. —Topacio hizo ademán de retirar la mano, pero la anciana no se lo permitió—. Cuídate, Topacio Loughy, cuídate mucho que el peligro te asecha. Cuídate de la mujer de cabellos negros —advirtió casi en un susurro antes de soltarle la mano.

Topacio no supo qué decir, así que prefirió quedarse callada. Eso no podía ser cierto, seguro era palabrería barata para ganarse el dinero, no debió haber ido ahí. «El destino no decide por mí, yo escribo mi propio destino», se dijo, pero no se logró convencer del todo. Un escalofrío la recorrió al recordar las últimas palabras de la anciana. «El peligro te asecha». ¿Sería posible? ¿Y quién era esa mujer de cabellos negros? Si le hubiese dicho un hombre rubio hubiera sonado más lógico, pero ¿mujer de cabellos negros?

—¿Cuánto le debo? —le preguntó a la mujer para alejar los pensamientos, pero ella negó con la cabeza.

—No es nada.

—¿Cómo que no...? —No terminó la frase, pues una persona familiar entró en ese momento en la carreta.

—¿Es que las dos han perdido el juicio? —exclamó Zafiro—. ¿Cómo se les ocurre venir aquí? ¿No se dan cuenta de a lo que se exponen? Si alguien las ve...

—¿No deberías estar en la velada con Rowena, Zafiro? —interrogó

interrumpiendo el regaño.

Zafiro la fulminó con la mirada.

—¿Y tú no deberías estar descansando?

Topacio se encogió de hombros.

—Decidí emprender una pequeña aventura y venir a ver qué me depara el futuro.

—¿Crees en esas tonterías? —preguntó estupefacta.

—No son ningunas tonterías, muchacha —intervino la anciana—. Les aseguró que mis predicciones son ciertas.

Zafiro pareció percatarse entonces de la presencia de la anciana.

—Lo lamento, señora, pero esa es mi opinión.

—Yo creo que todas esas cosas sí son reales —afirmó Esmeralda.

—Porque tu si has escuchado lo que querías oír —replicó Topacio—. En estos momentos estoy de acuerdo con Zafiro.

Una media sonrisa se dibujó en la cara de la rubia.

—¿Así que no has escuchado lo que quería? ¿Que te dijeron, entonces?

Cuando Topacio se quedó en silencio fue Esmeralda la que respondió.

—Le dijeron que no habría nada que impidiera que se casara con Rutland.

Zafiro sonrió.

—Bien, puede que después de todo, no sean estupideces.

—Entonces, atrévase a una consulta, señorita —la animó la anciana—. No pierde nada con ello.

Zafiro frunció el ceño pensativa, considerando si en verdad valdría la pena perder su valioso tiempo en una consulta; al final, sin saber qué la impulsó a hacerlo, accedió.

—Bien —dijo sentándose frente a la mujer mayor— ¿Qué tengo que hacer?

—Solo dame tu mano, Zafiro ¿Loughy no? —Zafiro asintió—. Bien. —Le tomó la mano, cerró los ojos y luego los abrió observando su palma—. Eres una persona muy sensata, ¿verdad, muchacha? —Zafiro volvió a asentir cautelosamente no segura de cómo interpretar ese acierto— ¿Y si yo te dijera que una insensatez marcará tu vida?

—No le creería—respondió ella con rapidez.

—A veces, muchacha, situaciones desesperadas nos llevan a tomar decisiones apresuradas que no pensamos bien; recuerda eso, aplica para ambos casos, pero no te aflijas, que ese acto desesperado traerá consecuencias buenas; aunque al principio te llegues a reprender por esa

locura cometida, no te arrepentirás de ella. Este anillo—acarició el anillo de Zafiro en su mano—, estos anillos están benditos —declaró echando una mirada a los respectivos anillos de Topacio y de Esmeralda—, indican el comienzo de algo nuevo, y este —dio unos golpecitos en el zafiro— te meterá en un buen lío, muchacha. Tu vida será un caos en un futuro próximo, y es bueno que seas una persona con mucha paciencia, porque la necesitarás.

Zafiro quitó la mano como si le quemara.

—Creo que esta usted equivocada, señora, ¿en que situación desesperada me podría encontrar? ¿Y por qué mi vida será un caos? Eso es absurdo.

—Ahora te lo parecerá, pero luego no.

Zafiro negó con la cabeza como si quisiera sacarse eso de la mente.

—Será mejor que nos vayamos antes de que Rowena regrese.

Topacio asintió.

—Creo que Esmeralda es la única que ha salido contenta con esta consulta, señora —le dijo a la gitana—. Esmeralda... —no terminó la frase al darse cuenta de que Esmeralda no estaba en la carreta. —¿Dónde está Esmeralda?

Zafiro recorrió con su vista el lugar solo para comprobar lo obvio.

—¿En dónde se habrá metido esa muchacha? —preguntó aún sabiendo que no obtendría respuesta.

—Debe estar afuera, vamos a buscarla —dijo Topacio, pero antes de salir se acercó a la anciana y le entregó unos peniques que sacó del pequeño bolsillo del pantalón.

La anciana le cerró la mano con los peniques negándose a recibirlos.

—Ya le he dicho que no es nada.

—Pero...

—Solo cuídate, muchacha, me conformó con eso.

Topacio asintió con recelo y se guardó el dinero mientras se dirigía a la puerta, sin dejar de ver a la anciana que le causaba cierta empatía, cuando casi llegaba a esta, Esmeralda entró corriendo.

—Creo que estamos... no, mejor dicho, Topacio creo que estás en problemas.

Antes de que Topacio pudiera preguntar a qué se refería, su respuesta entró en ese momento en la carreta. Vestido con traje formal, Rutland apareció en la entrada bloqueándose, se cruzó de brazos y la miró arqueando una ceja.

Topacio se encontró entonces reprochando su mala suerte.

## CAPÍTULO 16

No las dijo en voz alta, pero Adam podría jurar que una serie de maldiciones e improperios pasaron por la cabeza de Topacio Loughy en el momento exacto en que lo vio. Su rostro reflejó toda clase de muecas y expresiones que delataban su desagrado al verlo ahí y al final lo miró de forma desafiante, como si lo retara a que dijera algo. Él no sabía muy bien qué decir. Cuando empezó a seguir a la figura a caballo, estaba seguro de que se trataba de Topacio, y solo cuando habían llegado al campamento descubrió que la persona era Zafiro Loughy. Por un segundo creyó que había cometido un error, pero luego entendió que Zafiro Loughy jamás haría nada incorrecto como salir sola de noche, al menos que estuviera persiguiendo a alguien que sí se atreviera a hacerlo, como Topacio, por ejemplo.

Al darse cuenta de que el lugar en el que se encontraba era un campamento gitano, casi se queda con la boca abierta creyéndolo imposible. ¿Qué iba a hacer Topacio Loughy en un campamento gitano? «Tengo que descubrirlo», se dijo, pues suponer algo en lo que tuviera que ver esa mujer era una apuesta perdida, ella era impredecible. En el tiempo que tardó en atar su caballo a un árbol y pedir a un hombre que lo vigilara, Zafiro Loughy había desaparecido de su vista, así que le preguntó al hombre que estaba ahí si había visto a dos mujeres vestidas de hombre; no obstante, antes de que él le respondiera, su respuesta se vio materializada en una pequeña joven de cabellos rubios que se metía en una carreta decorada en rojo y dorado. Había sido sencillo reconocer a Esmeralda Loughy, y no solo por el cabello rubio poco común entre gitanos, sino por la estatura que la caracterizaba. Así que la había seguido y había entrado a la carreta donde se encontró a todas las Loughy; Topacio era la única que parecía molesta por su presencia. Él debería ser el que estuviera molesto. ¿Cómo era posible que se hubiera aventurado sola a ese lugar? ¿Qué

no era consciente de a todo lo que se exponía? Era consciente de que Topacio era una mujer que sabía defenderse, pero eso no quitaba el hecho de que fuera solo una mujer que no podría hacer nada si varios a salteadores de camino la asaltaban, y esa era una de las muchas cosas que podían sucederle. Estaba loca.

Por varios minutos, no hicieron más que verse a los ojos. Se retaban en silencio con la mirada como si de una guerra se tratara. A su alrededor, nadie hablaba. La tensión llenaba el lugar hasta que fue Topacio la que rompió el silencio.

—¿Qué hace aquí, excelencia? ¿No me diga que es de esas personas que visitan campamentos gitanos con motivos indecorosos? Debería decir que es una sorpresa, pero creo que no lo es.

Los labios de Adam formaron esa sonrisa que ella tanto despreciaba.

—No tengo esos intereses, querida, creo que soy de los que prefiere perseguir a prometidas para ver qué andan tramando.

—¡Ah!, claro, cómo no lo pensé antes, no debí esperar menos de una persona tan entrometida como usted.

—Tú lo llamas intromisión, yo lo llamo curiosidad. Sabía desde esta mañana que planeabas algo, no podía quedarme con la duda de qué era.

—¿Y me ha seguido hasta acá?

—En realidad la seguí a ella —dijo señalando a Zafiro—, pero eso no importa, me encantaría saber el motivo de su venida hacia aquí.

—Pero resulta que no deseo decírselo, y no solo porque no es de su incumbencia, sino porque no me apetece.

—¿Acaso has venido a ver tu futuro? —preguntó viendo a la anciana sentada en la mesa, que observaba toda la escena con curiosidad.

Topacio no respondió.

—Sí es así, me encantaría saber si estoy en él.

La risita sofocada de Esmeralda fue toda la respuesta que necesitó. Topacio la fulminó con la mirada, pero ella no resistió la tentación de asentirle a Rutland en respuesta.

—Bien, si es así, déjeme decirle, señora —dijo dirigiéndose a la gitana—, que tiene usted un maravilloso don, porque ha acertado.

—Eso está por verse, Rutland —se acercó a la gitana y le dijo en voz baja —: ¿Usted está segura de que no se puede hacer nada para espantarlo? Una poción, algo.

La gitana sonrió.

—Soy adivina, querida, no bruja.

—¿Entonces, no sabe dónde encuentro a una? Estoy desesperada y dispuesta a probar cualquier cosa.

—¡Topacio! —exclamó Zafiro horrorizada.

—Bromeaba —dijo, pero se puso una mano en la barbilla como si lo considerara.

Rutland se carcajeó

—Ahora tengo que cuidarme de un posible envenenamiento —dijo él—. Creo que será mejor que nos vayamos.

Topacio no dijo nada y pasó de largo directo a la salida. Nada esa noche había salido como esperaba y a ella no le gustaba que las cosas no le salieran como quería.

Rutland siguió a Topacio y la otras Loughy también Esmeralda fue la única que se despidió de la anciana al ser la única que había obtenido un pronóstico favorable.

La gitana vio cómo todos salían de la carreta y solo después de que estuvo sola se atrevió a derramar las lágrimas contenidas. El hombre de antes entró en la carreta y se sentó en la silla frente a ella, le tomó las manos entre las suyas como gesto de consuelo y estuvieron en silencio durante un rato.

—¿Era la hija de Tamara? —preguntó suavemente el hombre y la anciana asintió.

—Mi hija esta muerta, Herald, muerta —sollozó la mujer.

El hombre le dio unas palmaditas en la mano intentando reconfortarla.

—Pero eso ya lo presentías, Carlota, tantos años sin que viniera a verte te hicieron sospecharlo. Además, tú misma se lo advertiste.

—Pero tenía la esperanza... tenía la esperanza de que se hubiera cansado de venir, tenía la esperanza de haberme equivocado. Nunca deseé que en verdad estuviera muerta.

—Lo sé, lo sé, Carlota, pero tienes que resignarte. Esa muchacha, ¿se lo dijiste?, ¿le confesaste que eras su abuela?

Carlota negó con la cabeza.

—Es mejor que no lo sepa.

—Pero...

—No se enterará, Herald, y esa es mi última palabra.

El hombre solo asintió y siguió consolando a la mujer. En unos días se irían

de ahí, y sería para siempre; ya que Tamara estaba muerta, no había motivo para regresar al mismo lugar todos los años.

Topacio observó con coraje el carruaje que las perseguía. El hombre no solo las había seguido hasta allá, sino que ahora las acompañaba hacia la casa. ¿Cuándo aprendería a no meterse en donde no lo llamaban? No intentó convencerlo de lo contrario porque sería misión imposible, así como tampoco intentó perderlo porque sería exactamente lo mismo, por lo que optó por soportar su no deseada protección.

Cuando llegaron a la casa, las Loughy suspiraron con alivio al ver que Rowena aún no había llegado. Después de colocar los caballos y el carruaje en su lugar, entraron en la casa y subieron a sus respectivas habitaciones. Había sido un largo viaje y Zafiro no parecía tener ánimos de hacer el reproche que esperó. Ya en su cuarto, Topacio avivó el fuego de la chimenea y después de asegurarse de que la ventana estuviera cerrada (lo hacía desde aquella noche en que Rutland se había colado en su habitación), empezó a cambiarse. Se sentó en la silla de la cómoda para quitarse las botas mientras sus pensamientos vagaban hacia lo dicho por la anciana. No estaba muy contenta de confirmar sus sospechas de que terminaría en el altar, pero eso no era lo que más le importaba ahora. Su mente estaba concentrada en sus últimas palabras. «Cuídate, que el peligro te asecha; cuídate de la mujer de cabellos negros». ¿Quién rayos sería esa mujer de cabellos negros?, ¿en verdad correría peligro o solo fue un invento de la mujer? Un escalofrío le recorrió el cuerpo de solo pensarlo. No creía que hubiera sido un invento, ella parecía muy preocupada para que lo fuera, su advertencia era genuina, lo presentía, pero el hecho de hacerlo la ponía inquieta. Tal vez se había equivocado, sí, eso debía ser, ella no conocía a ninguna dama de cabellos negros, al menos, no a alguna que quisiera hacerle daño. La mujer debió haberse confundido.

Decidió no pensar más en el asunto y terminó de quitarse las botas que también le había robado hacía años a James. Cuando estaba a punto quitarse la camisa, una voz la detuvo.

—No creo que quieras hacer eso. A mí me encantaría, pero no creo que quieras hacerlo.

Topacio soltó entonces todos los improperios que conocía en voz alta, ¿Cómo rayos había entrado él? ¡De nuevo! Pensó que quizás la misteriosa mujer de cabellos negros debía ser familia de Adam, que la perseguiría

buscando venganza después de que Topacio lo asesinara.

Los ojos azules de la mujer observaron con repulsión lo que había a su alrededor. Hombres borrachos, hedor a alcohol y prostitutas algo finas que andaban de un lado a otro. No esperaba que el hijo de un marqués frecuentara ese tipo de lugares teniendo clubs como White's, Brook, Boodle, a su disposición; pero se alegraba por ello, ya que si estuviera en algún otro club, no habría podido entrar y contactarlo.

Encontró al hombre rubio en una mesa al fondo con una prostituta sirviéndole más bebida en la copa mientras se inclinaba mostrando sus generosos pechos. Se ajustó más la capucha y se acercó a donde estaba justo cuando la mujer se iba después de haberle guiñado un ojo al hombre. Se sentó en la silla frente a él y esperó y que su cerebro embobado por alcohol procesara que ya no estaba solo. No tardó mucho, así que supuso que no debía estar tan borracho. Lord Frederick la miró con el ceño fruncido al comprobar que era una prostituta y pareció quedarse sin palabras.

—Iré al grano, lord Frederick —habló la mujer con un claro acento francés—. Me he enterado que tienen usted una cuenta pendiente con Topacio Loughy. ¿No es así?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Eso no importa —replicó la desconocida—. El hecho es que vengo a ofrecerle la oportunidad de venganza.

—¿Ah, sí?

Ella asintió.

—Y ¿cómo?

La mujer sonrió de forma malvada y le contó su plan.

—¡Yo no soy un asesino! —exclamó lord Frederick sin importarle quién pudiera oírlo.

—Creí que quería vengarse.

—Lo quiero, sí; quiero humillarla, quiero acabar con su orgullo, pero no quiero matarla, eso no me daría la satisfacción que deseo.

—Puede hacer que se humille cuando ella le ruegue que no la mate —sugirió la mujer.

El hombre pareció pensarlo, pero luego negó con la cabeza.

—No lo sé... es muy peligroso.

—Ella no tuvo ningún reparo en apuntarlos a usted y a sus amigos y amenazarlos de muerte— le recordó ella con voz aterciopelada.

—¿Cómo ha sabido eso?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo mis métodos, pero esa no es la cuestión, piénselo, lord Frederick, no hay nada mejor que la satisfacción de una venganza cumplida.

—¿Qué le ha hecho Topacio Loughy a usted?

—Ella nada, pero digamos que alguien cercano a ella tiene una cuenta pendiente conmigo y me la cobraré. Piénselo lord Frederick, piénselo.

Con esas palabras, se levantó y se fue por donde había llegado.

Una vez en el carruaje de alquiler de camino a la posada donde se hospedaba, la mujer se quitó la pesada capa y acomodó los mechones de cabello negro que se habían soltado de su recogido. El hombre cedería, lo sabía, al final la necesidad de venganza sería mayor a cualquier escrúpulo que pudiera tener. Topacio Loughy moriría, y así la cuenta con Adam estaría saldada. Vengaría a su difunto esposo acabando con la esposa de él y obtendría la satisfacción que le daría la venganza.

“Uno, dos, tres, cuatro, cinco...”, contó Topacio para no perder los estribos. Observó al hombre que estaba acostado en su cama como si fuera la suya, con los brazos detrás de la cabeza y los pies cruzados, con esa irritante sonrisa de alguien que estaba muy seguro de sí mismo. La miraba con un brillo divertido en esos ojos negros como quién disfruta de una obra especialmente graciosa e interesante.

No sabía qué la molestaba más en esos momentos, si el hecho de que se hubiera colado otra vez en su habitación sin que ella se diera cuenta, o el que tuviera esa pose que indicaba que no se iría pronto.

—Sabe, excelencia, no sé cuáles son las costumbres de los países que visitó, pero aquí en Gran Bretaña, se considera terriblemente inapropiado que un supuesto caballero entre de manera furtiva a la habitación de una dama soltera.

—Bien, mi lado granuja es el que hace eso.

—Su lado granuja tiene especial interés en morir, porque yo estoy sintiendo cierta necesidad de matarlo. ¿Se puede saber que rayos hace aquí? ¡Otra vez!

—exclamó acercándose a la cama.

Adam se puso serio.

—Quiero hablar contigo.

—¿Viene a cancelar el compromiso? —preguntó esperanzada.

—No.

—Entonces, no me interesa oírlo. ¡Lárguese por donde sea que haya venido y, si tiene decencia, no regrese!

Adam ignoró el comentario y se incorporó en la cama, luego hizo una seña para invitarla a su lado.

—Prometo que me iré después de que hablemos.

—Si no se fuera, lo golpearía y lo lanzaría por la ventana.

Adam hizo una mueca.

—¿Quieres un esposo que no pueda caminar?

—Quiero quedar viuda antes de la boda.

—Ya, en serio, Topacio, vamos a hablar. Después me iré y prometo no volver a entrar furtivamente a tu cuarto.

Ella pareció conforme con la promesa, así que se sentó a cierta distancia de él.

—Bien, ¿qué quería decirme?

—Quería preguntarte si tenías alguna idea de a lo que te expusiste y expusiste a tus primas saliendo de noche hacia el campamento gitano.

Topacio cruzó los brazos en gesto altivo y lo miró desafiante.

—No ha venido a hablar, milord, ha venido a regañarme, pero déjeme informarle, que a mis veinte años no tengo ganas de recibir regaños de nadie, y menos de alguien como usted.

—No quiero regañarte, muchacha, simplemente hacerte entender. ¿Qué hubiera pasado si un grupo de salteadores las hubieran asaltado? ¿Si las hubieran secuestrado? ¿Qué hubieran podido hacer para evitarlo o para defenderse?

—Sé cuidarme sola.

—No lo pongo en duda, pero ¿si hubieran cinco hombres armados contra ustedes dos? ¿Cómo te las hubieras arreglado?

—Si hubieran sido cinco hombres armados que nos iban a robar, el resultado hubiera sido el mismo que si hubiera llevado a un cochero y a un lacayo: nos hubieran robado.

Adam contuvo un gruñido.

—¿Alguna vez piensas en las consecuencias de tus acciones?

—Al contrario de lo que pueda pensar, excelencia, no suelo embarcarme en aventuras si no tengo la certeza de que saldré ilesa de ellas.

Adam dudaba eso.

—¿Y cómo se supone que tienes la certeza de que saldrás ilesa?

Topacio sonrió.

—Tengo instinto gitano, excelencia. ¿Acaso olvidé mencionarlo? Mi madre era mitad gitana.

Adam analizó un momento las palabras antes de decir:

—¿Y ese instinto que tanto presumes no te advirtió peligro aquella noche en que nos conocimos? Cuando venías huyendo de lord Frederick.

Lo había hecho, solo que ella lo había ignorado, pero no pensaba decirle eso.

—Ya le dije que ese tema no es de su incumbencia. ¿Por qué le importa tanto? Deje mi vida en paz. —Hizo énfasis en las últimas palabras como si así pudiera hacerlo entender.

Adam suspiró y se recostó en la cama cubriendo su cara con sus manos. Iba a ser más difícil de lo que pensó hacerle ver lo peligros que había corrido. Él no quería dominarla, no deseaba romper su espíritu aventurero, pero tampoco deseaba que anduviera por la vida corriendo riesgos como si fuera inmortal. Sí, él andaba por la vida así, pero era distinto; si él moría, no existía nadie que realmente lo lamentara, sus amigos como mucho; en cambio, si a ella le pasaba algo, no solo su familia lo lamentaría, él también lo haría. Esa muchacha estaba cada vez más metida en su vida y en sus pensamientos. Por una cosa u otra siempre terminaba pensando en ella, era como una enfermedad sin cura. No sabía si era debido a su carácter, a su personalidad, pero le atraía sobremanera y no podía sacársela de la cabeza. Había llegado a preocuparle a tal punto que incluso esa simple acción de escaparse en la noche para ir a un campamento de gitanos lo volvía loco, y no es no corriera peligro al ir allá, porque podía enumerar unos cuantos, pero podría apostar a que ella había hecho cosas peores que esa y había salido ilesa de la situación. Quizás ella tenía razón y ese instinto sabía advertirle cuándo algo saldría mal, parecía sincera al decirlo, y él le creía, pero le creía solo porque era la única forma de que no se preocupara tanto cada vez que Topacio cometiera alguna locura.

La miró para comprobar que ella también lo observaba. Pasaron así varios minutos, observándose sin decir nada. Entonces el recordó que ella le había

hecho una pregunta.

—Me importa porque me preocupas —respondió con sinceridad—. No quiero que algo te suceda.

Ella pareció no comprender el significado de sus palabras. Frunció el ceño y lo miró con desconfianza como si quisiera comprobar si le mentía o no.

—Usted lo que no desea es tener que buscarse a otra esposa, pero no se preocupe, le aseguro que no será tan difícil como cree.

Adam gruñó.

—¿Por qué siempre ves el lado negativo a una afirmación? ¿No puedes simplemente creer que en verdad me preocupas? ¿Por qué creer que hay intenciones ocultas tras un gesto de afecto?

—Porque siempre las hay —respondió ella seca—. Debería saberlo, nunca se puede confiar en las buenas intenciones de alguien —comentó sin pensar en que esa frase acababa de avivar la curiosidad en Adam.

—¿Por qué, Topacio? —preguntó incorporándose y acercándose a ella hasta que sus caras quedaron a unos centímetros de distancia para poder ver qué tan sincera sería su respuesta—. ¿Por qué no se puede confiar en nadie? ¿Por qué eres tan desconfiada?

Ella abrió la boca en un intento de hablar, pero la cerró casi inmediatamente después, como si se diera cuenta de que iba a cometer un error. Lo miró de forma altanera y alzó el mentón en desafío.

—Simplemente tenga siempre presente mis palabras, excelencia, quién sabe y algún día le salven la vida.

Adam decidió que más tarde analizaría con precisión esa frase. Esas palabras estaban cargadas de un sentimiento que iba más allá de lo conocido. Esas palabras decían más de lo que en verdad ella quiso expresar, y algo le decía que si descubría el significado oculto, descubriría también a Topacio Loughy.

—Bien, creo que es hora de irme, pero antes ¿qué tal un beso de despedida?

—¿Qué tal un golpe en la cabeza?

—Prefiero el beso —dijo y antes de que pudiera replicar, la besó.

Las resistencias de Topacio fueron derrumbadas antes del primer minuto ¿Para qué resistirse si su cuerpo sabía lo bien que sabían esos besos? Aunque esa situación no estaba para nada bien, no encontró fuerza de voluntad suficiente para resistirse, así que a los pocos segundos se encontró respondiendo al beso con ímpetu y dejándose llevar por la marea de

sensaciones que esto le causaba. No supo cuánto tiempo estuvieron así, besándose, ni tampoco se dio cuenta de cuándo había terminado tendida en la cama, pero no importaba. Cualquier advertencia por parte de su lado racional fue desechada cuando los labios de él empezaron a recorrer su cuello; entonces, cuando pensaba que ya no podría ser consciente de la realidad, unos golpes en la puerta la trajeron esta abruptamente.

Adam se incorporó mascullando una serie de palabras inteligibles al tiempo que la suave voz de Zafiro se escuchaba tras la puerta.

—Topacio, ¿estás despierta?

Ella no respondió, solo vio cómo Adam abandonaba su habitación por la ventana después de murmurar algo que sonó a “Tus primas suelen ser muy inoportunas”.

Topacio cerró los ojos y se negó a responder al llamado de Zafiro que seguramente quería regañarla, y ella lo que menos necesitaba era otro reproche, por lo que esperó a que pasara el tiempo, hasta que su prima, suponiendo que estaba dormida, se fue.

Topacio suspiró pensando en que su ordenada vida ahora era todo un lío. No se podría librar de ese hombre, ya lo sabía, quizás lo supo desde un principio y había tardado en admitirlo, pero ahora estaba convencida, y no solo porque la gitana lo hubiera predicho, sino porque ella también lo sentía. No valía la pena seguir peleando una batalla perdida, al menos, no podía ganarla ella sola. Usaría el último as que tenía bajo la manga, y si no funcionaba, en dos semanas estaría recorriendo el camino al altar.

Gruñó. Eso no era justo y cada vez que lo pensaba la hacía rabiar. Ese hombre se había entrometido en su vida de tal manera que había conseguido llevarla al altar, y ella se lo terminaría permitiendo así de fácil, pero ¿qué más podía hacer? ¿Seguir malgastando esfuerzos en un imposible? Podía decir que le haría del matrimonio un calvario, podía asegurar que lograría que se arrepintiera todos los días de su vida por haberla arrastrado a eso, solo que si hacía eso, ¿quién se amargaría más, él o ella? No le quedaba más que acceder a lo que, según la gitana, el destino le tenía preparado, y ojalá no se equivocara. Pero una cosa podía asegurar, y es que casada o no, nadie conseguiría domarla; puede que no quisiera tomarse el trabajo de amargarle la vida, pero sí le causaría uno que otro dolor de cabeza con sus naturales acciones, ella no pensaba renunciar a nada por él, ni pensaba amargarse por su causa; si se casaba con ella, que se atuviera a las consecuencias, y si el

destino se apiadaba y se le presentaba la oportunidad de vengarse, lo haría. Tampoco confiaría en él, se mantendría tan indiferente como hasta ahora y así su vida transcurriría lo más normal posible. No permitiría que el hombre indagara más allá de lo que ella quisiera revelar. No lo dejaría conocer sus más profundos secretos jamás. Serían un matrimonio como cualquier otro; “bueno, tal vez un poco más pasional”, se dijo recordando sus besos. Puede ser que, después de todo, las cosas no fueran tan malas.

## CAPÍTULO 17

Parada frente a la puerta de la casa londinense de Aberdeen, Topacio esperaba que la abrieran con el fin de jugar su última carta e intentar conseguir aliados en la batalla para no perderla.

No era dada a cobrar favores, más que nada porque casi nunca los hacía, pero una situación desesperada, requería una medida desesperada y ella estaba desesperada. Por ello, cuando el mayordomo abrió la puerta, dio su nombre y pidió hablar con el marqués. No esperó a que él fuera a preguntar, sino que lo siguió e irrumpió en el despacho de Damián antes de que este pudiese siquiera pensar en negarse a recibirla.

Aberdeen no mostró ninguna sorpresa al ver la forma en que entró y despidió al mayordomo.

—Señorita Loughy... qué sorpresa tenerla por aquí.

—No muestre tanto entusiasmo, Aberdeen —se burló sentándose en la silla frente a él—. He venido a pedirle un favor.

—No —se negó.

Topacio frunció el ceño.

—No sabe qué le pediré.

—Quiere que convenza a Adam de que rompa el compromiso.

Y a ella la llamaban bruja ¿Tan predecible era?

—Sí, usted es mi última opción, tiene que ayudarme —exigió en un tono nada adecuado para alguien que pedía un favor.

Damián suspiró.

—Mire señorita Loughy, soy consciente de que le debo varios favores, pero si digo que no la ayudaré, no es porque no desee ayudarla, sino porque tengo la certeza de que no lograré nada y solo perderé mi tiempo intentando convencer a Adam de algo que ya tiene decidido.

—Pero es su amigo, estoy segura de que si habla con él y le comenta todos esos defectos que tanta veces se empeñó en recordarme, lo hará entrar en razón.

—Si cree eso, es porque no lo conoce. Dígame, señorita Loughy, en un escala del uno al diez, ¿qué tan persistente con sus objetivos se considera?

A Topacio no le gustaba el rumbo que iba tomado la conversación, pero aun así respondió.

—Diez.

—Adam es un cien, cuando quiere algo, lo consigue así de simple.

—¿Así de simple? ¿Entonces, yo soy solo un simple objeto que desea conseguir? ¿Un simple capricho?

Él gruñó.

—Yo no quise decir eso.

—Eso ha sido lo que ha dado a entender.

—¡Pero no fue lo que quise decir! —exclamó exasperado—. En ningún momento quise dar a entender que Adam la viera de esa forma.

—¿Entonces, como me ve? ¿No me irá a decir que se ha enamorado, cierto? Mire, no me interesa si está convencido de que no lo logrará, pero aunque sea inténtelo, ¿Qué clase de persona da algo por sentado sin ni siquiera intentarlo? Solo los cobardes ¿Usted no es cobarde, verdad, Aberdeen? ¿No temerá tener una simple conversación con el duque?

Damián contuvo una serie de impropias palabras de exasperación y asintió.

—No le prometo nada.

Topacio pareció quedar conforme porque se levantó.

—Confiaré en su capacidad para remarcar todos mis defectos. Hasta luego.

Topacio salió del lugar dejando a Damián con cara confusa.

Damián se pasó una mano por los cabellos y pensó en que las Loughy debían de tener algún problema mental que venía de familia. “Confiaré en su capacidad para recalcar todos mis defectos”. Rubí había dicho algo similar hacía poco cuando no deseaba casarse y en ese entonces lo de remarcar defectos le había parecido sin duda una de las frases más extrañas dichas por una mujer; ahora, ya no tanto.

Rubí entró en su despacho justo cuando se disponía a salir.

—¿Era Topacio la que acaba de salir?

—Sí.

—¿A qué vino?

—A pedirme una misión imposible —fue lo único que respondió Damián antes de darle un breve beso a su esposa y salir.

Adam miró con una sonrisa en el rostro su nombre escrito en varias de las apuestas del libro del White. Unas aseguraban que cancelaría el compromiso esa misma semana, otros afirmaban que la dejaría plantada en el altar. Algunos decían que la señorita Loughy sería la que cancelara el compromiso, pero ninguno apostaba en que el matrimonio se llevaría a cabo. Bien, sería interesante ver cómo todos perdían, porque se iba a casar en tres semanas y no había dudas sobre ello.

Se sentó en un de las butacas de cuero y miró a Julián que ahora leía el periódico. Le había costado bastante convencerlo de que lo acompañara al White, pero después de decirle que aprovechara el tiempo mientras su suscripción estuviera vigente, accedió. Ahora Adam estaba intentando convencerlo de que aceptara su ayuda para invertir en un negocio, pero no sabía si Julián era demasiado testarudo o estúpido, porque se negó a cualquier apoyo de su parte ¿Pero es que no se daba cuenta de que se estaba hundiendo? No, el gran conde de Granard aseguraba que podía ingeniárselas solo y, cuando se ponía en ese estado de terquedad, era imposible hablar con él, así que para evitar conflictos, decidió dejar el tema en paz, por ahora.

Habían empezado a escuchar los rumores con respecto a su boda y no había podido resistir la tentación de ir a echar un vistazo. Cuando vio los libros, no pudo evitar reírse. Ahora, había decidido leer el periódico cuando vio llegar a Damián.

Damián se acercó a ellos y sus ojos marrones mostraron sorpresa al ver a Julián ahí.

—Hombre, dichosos los ojos que te ven, empecé a creer que estabas muerto y no me había enterado.

—Sabes donde vivo, Damián, si querías verme, podías haber ido a visitarme.

—¿Y toparme con tu hermana? No, gracias.

Julián sonrió

—Le informaré a Angelique en la alta estima en que la tienes. Pobre, y ella que tanto te adora, lloró por un día entero cuando supo que te habías casado.

Damián puso los ojos en blanco.

—¿Y los mellizos? Yo tampoco me arriesgaría a visitarte con Edwin y Clarice merodeando por la casa —dijo Adam—. Nadie en su sano juicio lo

haría.

—Mejor no hablemos de Alec y Richard ¿Siguen tan inmaduros como siempre? —preguntó Damián.

Julián obvió intencionalmente la pregunta y salió en defensa de sus indefendibles hermanos.

—Hablan de mis hermanos como si fueran la peor escoria del país.

—Si no lo son, van por buen camino para serlo; la que sea tu futura esposa deberá tener la paciencia de una santa —añadió Adam y Damián asintió.

—¿Por qué no fuiste a mi boda? —interrogó Damián.

—No sabía que cuando a uno le echaban la soga al cuello se quería que todos presenciaran el evento.

—Cuando se está tan enamorado como lo está él, yo creo que sí.

—Hablas como si supieras qué es estar enamorado, Adam —comentó Julián—. ¿No me digas que te has enamorado de esa prometida tuya?

Adam no dijo nada y Damián tomó asiento junto a ellos.

—Hablando de eso, vengo de parte de tu reacia prometida.

—¿Reacia? —preguntó Julián burlón—. ¿No me digas, Adam, que has encontrado a una mujer que se resista a esos encantos que tanto presumes? Eso sí que es una noticia interesante.

—Y no solo eso, si no que la mujer a recurrido a mí para que te convenza de que rompas el matrimonio, además de pedirme que te recalque todos sus defectos, pero como no tengo todo el día para hacerlo, lo dejaremos en el intento de convencerte.

—No pierdas tu tiempo, Damián, deberías saber que no cambiaré de opinión.

—Intente decírselo, pero la mujer está tan desesperada de librarse de ti que ha insistido y literalmente me ha obligado a venir.

Una carcajada por parte de Julián interrumpió la posible respuesta de Adam.

—Es decir, no solo es una prometida reacia, sino que está desesperada por librarse de ti; hombre, ¿pero que le has hecho a la pobre mujer?

—¿Pobre?! —exclamó Damián con un tono exagerado de incredulidad—. Puedes sentir por esa mujer todo menos compasión, te lo aseguro; yo más bien me preguntaría qué no le ha hecho ella a Adam, y cómo todavía sigue queriendo casarse.

—Ya basta —cortó Adam—. Puedes decirle a Topacio que hiciste todo lo

posible, que te pasaste una hora remarcando sus defectos, si quieres, pero yo no pienso cambiar de opinión.

—¿Por qué, Adam? —interrogó Damián ya serio— ¿Por qué estás tan empeñado en casarte con ella? ¿Por qué cuando hay tantas mujeres dispuestas y deseosas? ¿Por el desafío que representa?

Adam se quedó en silencio unos minutos, tantos, que sus amigos pensaron que no iba a responder, pero al final habló.

—¿Qué dirían si les digo que creo que me he enamorado?

Silencio. Un silencio sepulcral fue lo único que Adam obtuvo por respuesta ante su declaración. Ninguno de los dos parecía saber qué decir y él no los culpaba, él tampoco sabía que había pasado. Era todo tan complicado de explicar; desde que la conoció, Topacio Loughy se había instalado en sus pensamientos y no quiso salir de ellos. Su peculiar personalidad había captado su atención, y su determinación ante lo que deseaba lo había dejado admirado. No había querido ahondar mucho en el asunto, ni pensar en ello, pero las preguntas de Damián y la antigua burla de Julián sobre si se había enamorado lo habían hecho reflexionar hasta llegar a esa conclusión, que era la única que parecía explicar de forma algo lógica todo eso que le sucedía ¿Sería posible? ¿Se habría enamorado? Él creía que ese sentimiento podía existir, Damián era una prueba de ello, pero en sus treinta años de vida nunca esperó encontrarlo. Su vida consistía ir de un lado a otro disfrutando de los placeres que esta le proporcionase. De experimentar aventuras y disfrutar todo lo que pudiese de estas. Casarse nunca estuvo en sus planes a corto plazo, y no esperaba hacerlo completamente enamorado, pero ahora que tenía que llevar a cabo el matrimonio, ¿sería el estar enamorado lo que hacía que la quisiese a ella como compañera y a nadie más? ¿Sería eso lo que provocaba que no quisiera ninguna otra mujer en su vida? ¿Sería que desde la primera vez que la vio se había enamorado? Sin duda tendría que analizar más en el asunto.

Sus amigos seguían sin pronunciar ni una sola palabra, parecía que analizaban el asunto aún más a fondo que él mismo, como si intentase determinar qué tan cierto era. Fue Damián el primero en romper el silencio.

—Bien, si es así, solo estoy perdiendo mi tiempo, al menos lo he intentado —dijo Damián levantándose—. Después de dos semanas fuera, tengo muchas cosas que hacer. Adam, mucha suerte, la necesitarás.

Se marchó tan rápido como llegó.

—¿Por qué hablan de tu prometida como si fuera una bruja? —preguntó Julián curioso.

Adam sonrió.

—Porque esa es la impresión que ella le ha dado a la sociedad.

—¿Y no lo es?

Adam negó con la cabeza. Claro que no lo era, ella era diferente, pero tardaría bastante en descubrir quién era en realidad Topacio Loughy. Lo bueno es que tendría bastante tiempo para averiguarlo. Un poco de remordimiento se empezó a instalar en su cabeza al recordar que ella no quería esa boda. Estaba siendo muy egoísta al obligarla a ello pero, si se tenía que casar, no podía concebir la idea de hacerlo con alguien más; ahora que parecía haberse enamorado, no concebía la idea de compartir su vida con alguien que no fuera ella. Quizás pecaba de egoísta, pero no podía dejarla ir. Tal vez debería aplazar el compromiso, darse más tiempo para conocerse, pero si mal no recordaba, la duquesa ya debía haber mandado las invitaciones, así que eso no sería posible, mejor se esmeraría en aprovechar ese tiempo. La conquistaría a como diera lugar, como que era el duque de Rutland.

Después de regresar de la casa de Aberdeen, Topacio había llegado a la conclusión de que no podía rendirse así de rápido. Era una cuestión de orgullo, quizás el matrimonio fuera inevitable (porque estaba claro que Aberdeen no podría hacer mucho, al menos que obrara un milagro) pero, si se rendía, le estaría dando a entender que podía claudicar fácilmente y ella no deseaba que él la creyera una mujer fácil de dominar; no, tenía que demostrarle que nadie la ofendía sin que ella se vengara. Su objetivo ya no sería espantarlo, ahora sería vengarse, solo que tenía en que pensar cómo lo haría porque su maquiavélica mente estaba privada de ideas ese día. No se le ocurría nada.

No le quedaba mucho tiempo para la boda, pero quién dijo que no se podía vengar después de esta. Tenía que pensar en el plan ideal, pero no podía pensar bien si Rutland la visitaba todos los días. Su mente no parecía trabajar con la misma eficiencia si él estaba cerca. Sus sentidos de defensa parecían bajar porque el hombre le inspiraba una peligrosa confianza que no se podía permitir, era como si su instinto la empujara a rendirse, a confiar en alguien

más por primera vez en su vida, pero no podía, no podía hacer eso. Su instinto nunca le había advertido sobre el tío Mathew como alguien peligroso y el final de la historia ya lo sabía, jamás se podía confiar.

Con ese propósito en mente, decidió que lo mejor sería irse unos días al campo, tendría que planear bien cómo haría para convencer a Rowena, pero definitivamente, sería la mejor opción para pensar en su venganza. Le demostraría a Rutland que no podía manipular su vida sin cargar con las consecuencias.

## CAPÍTULO 18

—Te manda a decir Damián que vayas preparando el vestido de novia.

Topacio suspiró y dejó de mirar el techo para posar la vista en Rubí que entraba en la habitación y, sin ni siquiera pedir permiso, se acostó a su lado.

Topacio no dijo nada, no había que hacerlo, sabía que ese sería el resultado que posiblemente obtendría, así como también sabía que Aberdeen no había puesto su mayor esfuerzo por convencer a su amigo de que cancelara el matrimonio, se atrevería a decir que ni siquiera le mencionó uno de los muchos defectos que según él, ella poseía; pero nada perdía al mandarlo a hablar con Rutland, después de todo había existido la mínima posibilidad de que él entrara en razón, había existido, ya no.

—¿Has venido aquí nada más a decirme eso? —preguntó volviendo a mirar el techo aburrida.

—No, he venido a hablar contigo.

—Si el tema de conversación es Rutland, puedes ir regresando a tu casa.

Rubí frunció el ceño, pero no se dejó intimidar.

—Cuando armaste todo ese teatro para que terminara casada, me dijiste que tenías la certeza de que yo estaba enamorada.

A Topacio no le gustaba el rumbo que tomaría la conversación.

—Y recuerdo —continuó Rubí— que te dije que esperaba que tuvieras la misma capacidad para descubrir cuando te enamoraras.

—Yo no estoy enamorada —afirmó Topacio.

—Pero ¿te desagrada tanto Rutland? Sé sincera Topacio, nunca has sido dada a mentir.

Topacio lo pensó un minuto y luego dijo:

—No, no me desagrada por completo, pero eso no significa que esté dispuesta a casarme con él, y mucho menos después de lo que me hizo.

Rubí le dirigió una mirada irónica.

—¿No es muy agradable sentirse obligada a casarse, verdad?

Topacio ignoró el sarcasmo.

—Lo tuyo era diferente, tú estabas enamorada.

—Y tú puedes enamorarte.

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Es mentira, no puedes saberlo, uno no puede saber cuándo se enamorará.

—Yo sé que no me enamoraré.

Rubí, sabiendo que Topacio podía ser aún más terca que ella, desvió la conversación.

—Sabes, no logro comprender el repentino interés que despertaste en Rutland el día de mi boda. Mostró su interés bailando dos veces contigo, ¡dos veces! Es imposible que no supiera que eso despertaría chismorreos; es como si su interés viniera desde antes.

Topacio no dijo nada.

—¿Se conocieron antes por casualidad? —inquirió Rubí mirándola con curiosidad.

—No seas absurda. ¿De dónde lo iba a conocer yo?

Rubí la miró como si quisiera determinar el nivel de verdad que había en esa frase, pero entre las cuatro Loughy, Topacio era la única que podía mentir sin ser descubierta.

—También me di cuenta de que lord Frederick perdió el interés en ti, supongo que tenías razón cuando dijiste que no planeaba nada serio.

Ella tampoco respondió a eso.

—Bien, ¿te puedo dar un consejo?

—Me lo darás de todas formas.

—No intentes evitar lo imposible.

—No lo haré.

Su rápida claudicación despertó las sospechas en Rubí.

—¿Qué planeas, Topacio Loughy?

Topacio suspiró y se incorporó un poco en la cama para mirarla a los ojos.

—¿Por qué asumir que planeo algo?

—Porque lo haces, estoy segura de ello.

—No estoy planeando nada.

Era la verdad, aún no había planeado nada, su mente seguía falta de ideas malvadas.

Rubí la miró con sospecha, pero no preguntó más nada y se incorporó ella también.

—Bien, pero te lo digo en serio, no se puede evitar lo que el destino ya ha escrito.

Topacio soltó una pequeña risa.

—Hablas como la gitana.

Rubí frunció el ceño y la miró confusa.

—¿Gitana? ¿Qué gitana?

—¿No te lo he contado? Claro, no he tenido tiempo. Fui a un campamento gitano.

Los ojos de Rubí se llenaron de curiosidad.

—¿En serio? ¡Oh!, eso es genial, me hubiera gustado ir contigo —dijo haciendo un puchero con la boca.

Topacio sonrió.

—¿Qué diría Aberdeen si te oyera decir eso? —Rubí se encogió de hombros y ella continuó—. Esmeralda me acompañó en tu lugar.

—¿Te llevaste a mi hermana contigo? —su voz tenía un tono de incredulidad.

Topacio se encogió ligeramente de hombros.

—Ella insistió, también fue Zafiro —ante la mirada de incredulidad de Rubí, se explicó—: nos siguió. —Rubí asintió comprensiva—. El hecho es que la gitana dijo lo mismo que has dicho tú.

Rubí sonrió triunfante.

—Eso quiere decir que tengo razón.

—Eso solo quiere decir que las dos piensan igual, pero no por ello tiene que ser cierto. Aunque esa gitana era de lo más extraña, normalmente los gitanos suelen decir lo que las personas quieren oír, y la única que escuchó lo que quería oír fue tu hermana.

—No me digas, ¿le dijo que encontraría al amor de su vida?

Topacio asintió. Para los que la conocían, Esmeralda Loughy era muy predecible.

—A Zafiro le dijo algo sobre cometer una insensatez. ¿Puedes creerlo? Zafiro una insensatez —bufó—. eEo es imposible, lo que prueba que mintió en sus predicciones.

Rubí pareció pensarlo un momento.

—Creo que solo el tiempo lo dirá —concluyó y se levantó—. Tengo que irme, pero recuerda Topacio, las cosas no siempre salen como se espera y el destino puede ser muy caprichoso cuando se lo propone —fueron sus últimas palabras antes de salir del cuarto.

Convencer a Rowena de que se fueran unos días al campo fue fácil, demasiado fácil, sospechosamente fácil; de hecho, la única condición que puso fue regresar en una semana porque tenía que terminar de planear lo de la boda. Organizar una boda tras otra no parecía suponer ningún inconveniente para ella y estaba más que encantada de hacerlo, por ello, insistir en regresar pronto fue a lo único que le puso pero, mas no importaba, una semana de tranquilidad sería suficiente, o eso esperaba. Le costó un poco más convencerla de salir al día siguiente, y solo lo consiguió al asegurar que mandaría una carta a Rutland avisándole; claro que no lo haría, pero Rowena no tenía por qué enterarse. Si por ella fuera, Rutland bien podía sufrir un pequeño disgusto al enterarse, por William o por James, que ella no estaba, ya que ellos se quedarían en Londres. Aunque siguió pareciéndole sospechoso que no haya tenido ni que decir sus mejores excusas para convencerla, no era estúpida para tentar a la suerte y preguntarle, así que todas las mujeres partirían al día siguiente a la propiedad principal de los Richmond.

Nada, no se le ocurría nada. Llevaba dos días en la propiedad y a pesar de la tranquilidad que el campo le proporcionaba su mente no podía idear la venganza perfecta y eso no le gustaba. ¿Desde cuando había tenido dificultad para vengar una ofensa? Nunca, no obstante, su mente parecía quedar en blanco cuando de Rutland se trataba, no se le ocurría nada que pudiera hacer. Aunque su orgullo se lo reprochaba, estaba pensando que sería mejor dejar las cosas así; si tenía suerte, su propio comportamiento sacaría de quicio a Rutland, pero la parte pesimista de su cerebro lo dudaba; el hombre parecía inmune a cualquier locura hecha de su parte y algunas hasta gracia le causaban ¿Cómo se vengaba una de un hombre que parecía verle el lado bueno a todo? Esa actitud la desquiciaba, seguramente vivía feliz porque nunca había tenido nada por lo que sufrir.

Acostada en medio de la pradera, Topacio observó las nubes y disfrutó del

viento que le azotaba el cuerpo. Había salido a cabalgar esa mañana y se había detenido ahí para descansar un poco. Para pensar y para olvidarse de todo un momento, pero esta última opción parecía imposible, pues sus pensamientos siempre volvían una y otra vez a Rutland, y a su incapacidad de idear una venganza contra él; era como si su mente traicionera no quisiera causarle ningún daño y por ello no quería elaborar ninguna idea que pudiera proporcionárselo, lo que era absurdo, por supuesto, pero eso parecía.

Cerró los ojos y dejó que sus pulmones se llenaran de aire puro, instando a sus oídos a concentrarse solo en el sonido del viento, de los pájaros y los relinchos de su caballo que estaba más allá. Dejó que el sol quemara su cara e hizo lo que siempre hacía cada vez que no quería pensar en algo, cada vez que quería olvidar lo que la aquejaba: se perdió en otro mundo. Se perdió en los sonidos y en el aroma de la naturaleza imaginando que no existía nada más que eso, que el mundo exterior había desaparecido junto con todos los problemas. El aroma de la hierba y las flores se coló por su nariz y la hizo entrar en un estado de completa relajación.

Se quedó así por varios minutos, acostada con los ojos cerrados simulando estar en un mundo donde solo existía ella, donde no tenía que andar siempre a la defensiva, donde nada la preocupaba o la aquejaba, donde podía disfrutar de la felicidad aunque solo fuera por un pequeño período de tiempo.

Cuando estaba a punto de entrar en el mundo del sueño, unas pataditas en su brazo la hicieron volver a regañadientes a la realidad. Poniéndose una mano en la frente como protección del sol, Topacio parpadeó varias veces para poder acostumbrarse a la luz y luego poder ver lo que había interrumpido su tranquilo estado. A su derecha, una niña castaña, de no más de seis años y vestida con ropa humilde, la miraba con el ceño fruncido.

—¿Esta bien, señora? —preguntó la niña observándola con curiosidad—. Parecía muerta.

Topacio soltó una pequeña risa.

—Estoy bien, solo estaba... descansando.

—¿En el suelo? —preguntó frunciendo el ceño.

Topacio se encogió de hombros.

—Es más cómodo de lo que parece. ¿Quién eres?

—Me llamo Sarah, soy la hija del señor Rodrick.

Topacio supuso que debía ser uno de los arrendatarios.

—¿Te has perdido? —le preguntó, era raro ver a los hijos de los

arrendatarios andando por ahí.

La niña negó con la cabeza.

—Solo salí a pasear.

—¿Y tus padres saben que has salido a pasear tan lejos?

La niña volvió a negar y la miró con nervios.

—Se molestarían. ¿No les dirá verdad, señora?

Topacio sonrió.

—No, no les diré nada.

La pequeña pareció relajarse.

—¿Te gustan las galletas, Sarah? —le preguntó Topacio—. ¿O preferirías una tarta de manzana?

—La tarta —respondió rápidamente—. Nunca he probado una.

—Bien, más tarde, vas con tu madre a la casa y le dices a la cocinera que la señorita... Zafiro Loughy te ha mandado por la tarta que yo le diré que haga.

Los ojos de la pequeña brillaron con emoción.

—¡Oh!, gracias, señorita Zafiro, es usted muy amable.

Topacio asintió y se levantó.

—Bien, creo que es mejor que regreses antes de que tus padres se preocupen... —Antes de que terminará la frase, la niña ya estaba corriendo el camino de vuelta a su casa.

Topacio sonrió y negó con la cabeza, lo feliz que podía ser uno de niño cuando nada ni nadie parecía malo y todo el mundo estaba pintado de rosa.

Se sacudió la tierra del vestido y alzó la vista en dirección a su caballo, solo para comprobar que había otro caballo atado junto al suyo y que a unos metros de ella estaba la persona más irritante de Gran Bretaña.

—¿Disfruta de su paseo señorita Zafiro? —preguntó Rutland con una sonrisa.

Topacio se preguntó una vez más qué delito estaba pagando.

## CAPÍTULO 19

—Sabe, excelencia, uno creería que siendo duque, tendría muchas responsabilidades que le impedirían andar detrás de una como un perro faldero.

—Precisamente, he venido a ver qué tal va mi propiedad aquí y he aprovechado para venir a visitarla. ¿Qué? ¿No sabía que la propiedad colindante a esta es mía? ¿La duquesa no lo mencionó?

Topacio respiró hondo una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces con el fin de calmarse. ¡La propiedad colindante era suya. Rowena no había puesto excusas para ir...! ¡Condenada mujer! Ella lo sabía, seguramente pensó que un cortejo en la tranquilidad del campo sería mucho mejor que uno en la ajetreada Londres; con razón no le había recordado ni su promesa de conocer mejor a Rutland. Astuta como una ardilla, esa era Rowena.

Adam observó con regocijo cómo la cara de Topacio pasaba por diversos tonos de rojo y cómo su pecho se inflaba y bajaba en respiraciones hondas con el fin de calmarse, aunque sabía desde un principio que no le haría mucha gracia encontrarlo ahí, pero a él tampoco le había hecho mucha gracia cuando fue a visitarla el día anterior y se enteró, por la boca de un sorprendido James, que se habían ido unos días al campo. Estaban a mano.

Había salido inmediatamente hacia allá y había llegado el día anterior en la noche. Esa mañana decidió visitarla y la duquesa le informó con amabilidad el lugar a donde Topacio solía ir. Llegó ahí y la encontró tumbada en la pradera con los ojos cerrados, entonces no se atrevió a interrumpirla, se veía tan adorable, por primera vez no tenía esa expresión adusta en su rostro, sus facciones estaban relajadas y parecía una diosa que bajó a la tierra a iluminar el lugar con su belleza. Se quedó observándola a distancia por un rato hasta que vio que una niña se le acercaba. Curioso por oír la conversación, se

acercó con paso silencioso hasta que llegó a escuchar como ella le ofrecía que fuera a buscar una tarta de manzana y le decía que le dijera a la cocinera que iba de parte de Zafiro Loughy. ¡Zafiro Loughy! Por instantes creyó haber escuchado mal, pero luego no hubo duda, ella se hizo pasar por Zafiro porque hubiera sido imperdonable que alguien se enterara de que Topacio Loughy había hecho una buena acción, y por la cara de ella, tampoco le hacía mucha gracia que él se hubiera enterado. No obstante, él se alegraba de haberlo hecho, al menos sabía que sería una espléndida madre, y comprobaba su teoría de que era más de lo que aparentaba.

—¿Le hubiese costado mucho dejarme en paz aunque solo fuera una semana? —preguntó ella con tono cansado—¿Es mucho pedir?

Él se acercó a ella.

—Si te dejas en paz, no podríamos conocernos mejor.

—Nunca afirmé que deseara conocerlo mejor.

Él suspiró y se sentó en la hierba.

—Sería un buen inicio para un matrimonio. —Señaló un lugar a su lado para que ella se sentara, pero ella lo ignoró así que siguió hablando—. ¿Qué tal si hacemos una tregua? Dejemos las peleas.

—No puedo —respondió ella simplemente—. No está en mi naturaleza.

—¿No está en tu naturaleza dejar de pelear?

—No está en mi naturaleza perdonar, si hay tregua, significaría que perdonaría lo que me hizo y eso va en contra de mi orgullo.

Adam frunció el ceño.

—¿Ese es el problema? ¿Serviría de algo si te pido perdón?

—No. —Topacio empezó a dirigirse al caballo dispuesta a dejarlo ahí.

—Lo siento —dijo él—. En verdad, lo siento. Verás, la razón por la que te elegí a ti no fue porque deseaba hacerte la vida imposible, ni porque fueras un desafío, si no fue porque me pareciste la candidata ideal aunque no lo creas.

—Esa era, al menos, la razón del principio, ahora lo movían otras razones.

—No lo creo —dijo ella—. Nadie me considera la candidata ideal.

—Y esa es la idea, ¿no?

—¿A que se refiere?

—Eso es lo que siempre quisiste, que nadie te considerara aceptable para que nadie se fijara en ti.

Topacio se quedó petrificada en su lugar.

—No sé de qué me habla.

—No, seguramente, no —respondió él con ¿pesar?—. ¿No me perdonas, entonces?

—No.

—Guardando rencores no es la mejor forma de iniciar un matrimonio.

Topacio se encogió de hombros.

—No tengo ninguna intención de comenzar un buen matrimonio...

Y entonces, con esas palabras, la venganza perfecta se le vino a la mente, no era lo mejor que podía planear, pero le causaría una buena rabieta. Ocultó la sonrisa que pugnó por salir y siguió caminando hacia el caballo.

—Topacio —la llamó él—. Todavía no ha acabado la semana que prometiste que pasarías conmigo sin comportarte de manera grosera, y dado que te has desaparecido dos días, me los debes.

Topacio lo miró furiosa.

—La duquesa sospechará que no cumpliste tu promesa si regresas sola tan pronto.

Topacio apretó los puños, pero poco dispuesta a que viera su rabia, sonrió.

—Bien

Durante los siguientes quince minutos, Topacio solo respondió con tres gestos: asentía o negaba con la cabeza, o se encogía de hombros. La podía obligar a soportar su compañía, pero no podía obligarla a participar en la conversación.

Su acción infantil empezó a dar frutos cuando el hombre empezó a perder la paciencia y la sonrisa que normalmente adornaba su rostro ya no estaba allí.

—¿Te has quedado muda? —le preguntó y ella solo se encogió de hombros y sonrió.

Adam contuvo un gruñido y decidió seguirle el juego.

—Porque si es así, no me podrás negar un beso.

Empezó a inclinarse, pero ella se levantó mascullando una maldición en voz baja.

—¿Entonces si tienes voz?

—Imbécil.

Él volvió a sonreír y miró alrededor.

—Sabes, tengo una propiedad en Surrey, si querías pasar una tarde en el campo podría haber planeado...

—No me gusta Surrey —interrumpió ella tensa.

Adam estuvo a punto de preguntar por qué, pero recordó que ahí fue donde

sucedió aquella tragedia donde murieron sus padres. Incapaz de contener su curiosidad, preguntó:

—¿Qué sucedió? ¿Cómo murieron?

Topacio no necesitó que le especificaran la pregunta, ella sabía muy bien a qué se refería. Su cuerpo se tensó cuando recuerdos de lo sucedido empezaron a llegar a su mente y no pudo alejarlos. Las imágenes de lo acontecido esa noche comenzaron a desfilar ante sus ojos como fantasmas de pasado que regresaban para atormentarla. Las lágrimas amenazaron con salir, pero la vaga consciencia de que no estaba sola hizo que evitara que estas cayeran en cascada por sus mejillas. Se abrazó a sí misma como si quisiera consolarse y obligó a su mente a evocar otros recuerdos para alejar los malos, como siempre hacía cuando eso sucedía.

Adam se reprochó su pregunta en el momento que vio el estado en que se puso. Se veía tan... vulnerable, parecía que fuera a romperse en mil pedazos.

Se levantó y colocó lentamente una mano en su hombro para llamar su atención.

—¿Topacio? ¿Estás bien?

Topacio se alejó de su contacto y lo miró como alguien que salía de un trance y volvía poco a poco a la realidad.

—Por supuesto que estoy bien ¿Porqué no habría de estarlo? —respondió con la voz más altiva que pudo.

Él se sintió aliviado al ver que volvía a ser ella y se volvió a sentar en la hierba.

—Los siento, no debí preguntar. Se me olvidaba que eso era de entrometidos.

—No tiene por qué disculparse, eso ocurrió hace muchos años, ya no tiene importancia.

Él dudaba de que el asunto careciera para ella de importancia, sus gestos la delataban.

—Yo sé lo difícil que es perder a un padre —confesó—. Mi madre murió cuando tenía diez años, se la llevó la tisis —dijo en tono melancólico.

—Pero le quedó su padre —dijo ella sin saber por qué alentaba la conversación.

Al ver que Rutland no respondía, se giró hacia él y lo encontró viendo un punto fijo en el espacio. Le pasó una mano por el frente para llamar su atención y el parpadeó varias veces.

—¿Qué? ¡Ah!, sí mi padre, sí, digamos que sí.

Inconscientemente, Topacio se sentó a su lado.

—¿Fue un mal padre verdad?

— Nunca fue el mejor de todos, pero no distaba mucho de ser el tipo de padre que se considera normal ante la sociedad.

— No me extraña —comentó ella—. La mayoría de los aristócratas son así, creen que mantenerse alejados de un hijo es lo ideal pues, si se encariñan demasiado, pueden llegar a considerarlos débiles; no saben que el mejor regalo que un niño puede recibir es el cariño de sus padres —su voz denotaba el cariño que debió de tenerle a los suyos—. Los aristócratas no tienen sentimientos.

—¿Eso me incluye? —preguntó Adam.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Usted lo ha dicho, yo no.

Se quedaron unos minutos en silencio. Topacio ni siquiera sabía por qué seguía allí. Debería montar en su caballo e irse, pero una parte de sí se negaba a seguir esa orden dada por su cerebro, esa parte de sí sentía una extraña necesidad de quedarse ahí. Sentía las inexplicables ganas de hablar, de liberar su alma del peso que la atormentaba; no lo haría, por supuesto, pero no podía librarse de ese extraño sentimiento.

Estaba a punto de levantarse, pero una pregunta salida desde lo más recóndito de su mente salió sin que pudiera evitarlo.

—¿Tiene más familia?

Adam negó con la cabeza.

—¿Nadie? ¿Abuelos? ¿Primos? ¿Hermanos? ¿En verdad, nadie? —Topacio se sorprendió preguntando eso. ¿A ella qué le interesaba?

—Nadie, fui hijo único y no recuerdo haber tenido más familia que mis padres. Creo que mis abuelos murieron hace años. No conozco a mis primos ni cercanos ni lejanos... no, estoy completamente solo es esta vida —dijo y se acostó en la hierba.

Él no parecía en absoluto afectado por ese hecho, pero Topacio tenía el presentimiento de que no era así, después de todo ¿a quién le gustaba estar solo? Ella tenía a sus primas, y no se imaginaba cómo sería su vida sin ellas, muy triste sin duda, si no estuvieran ellas no sabría si podría siquiera vivir, ellas eran como sus hermanas. Miró a Rutland y se encontró sintiendo cierta empatía por él, cosa que no le gustó, se supone que no debía sentir nada por

él, y mucho menos empatía, pero no podía evitarlo y, aunque seguramente se lo reprocharía más tarde, se recostó a su lado., dándole lo más cercano al consuelo que su boca no se atrevía a dar.

Miraron el cielo por tiempo indefinido. El silencio era lo único que los acompañaba en ese momento. Parecía que ninguno de los dos quisiera hablar por miedo a arruinar el agradable silencio que se había creado entre ellos. Al final, fue Adam quién lo hizo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Su voz trajo a Topacio de regreso a la realidad.

—¿Cuál? —preguntó cautelosa.

—¿Qué significa la frase “el diamante” grabada en tu anillo?

Supo que había sido un error cuando ella volvió a tensarse y se incorporó. Miró su anillo unos momentos y luego lo miró a él. Adam casi podía ver cómo su mente intentaba decidir si responder o no.

—Era el nombre de la hacienda de mi familia —respondió al final.

—¿Y qué pasó con ella?

—¡La...! ¡Qué le interesa! —exclamó cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Se levantó y furiosa consigo misma se dirigió a su caballo. ¿Qué había estado a punto de decir? ¿En verdad estuvo a punto de confesar que su tío la había arruinado como parte de su venganza y que cuando sus padres murieron los acreedores se quedaron con ella? ¿En serio estuvo a punto de contar ese secreto que guardaba con tanto ahínco? ¿Qué tenía ese hombre que la hacía olvidarse de su desconfianza? ¿Cómo podía hacerla bajar las defensas de tal modo? Sabía que no era un hombre completamente malo, pero eso no significaba que podía confiar él. Sin percatarse de si la seguía o no, montó en su caballo y se alejó a todo galope, le importaba un rábano la promesa de conocerlo mejor y portarse amable hecha a Rowena, en esos momentos no estaba de humor para cumplirla.

Adam vio cómo Topacio se alejaba a caballo dejándolo con una sensación de dolor ajeno. Ella sufría, sufría por algo desconocido que la atormentaba, algo que, si no se equivocaba, tenía que ver con aquel trágico suceso, algo que causaba esas horribles pesadillas que interrumpían sus noches. Debió ser horrible lo que debió ver esa noche, lo suficiente para causar un gran trauma en la persona, pero había muchas interrogantes sin resolver ¿El cómo habían ellas sobrevivido, por ejemplo? ¿o el por qué ella era tan desconfiada?

“Nunca se puede confiar en las buenas intenciones de nadie”, le había dicho ella hace unos días, y él había analizado esa frase detenidamente, y había llegado a la conclusión de que eran palabras muy fuertes para ser dichas sin ninguna base. En todo ese rompecabezas faltaban varias piezas y no todas encajaban, había algo que él no conocía y ella sí. Había algo que hacía que Topacio Loughy no quisiera mostrar ese lado tierno que mostró con la niña hacía unos momentos, sino que hacía que se mostrara dura e inflexible ante la gente, pero ¿qué?

La cabeza empezó a dolerle de tanto pensar y decidió que no podía analizar más el asunto sin más información, que no tenía ni idea de cómo obtener. Ella no confiaba en él, no confiaba en nadie y esa desconfianza la estaba carcomiendo por dentro. Esa necesidad de andar siempre a la defensiva y guardar los secretos para sí la volverían loca si no se libraba de ellos. Él tenía que ayudarla, no podía permitir que la mujer de su vida siguiera sufriendo de esa manera, tenía que hacer algo por ella, solo que no sabía qué, pero algo se le ocurriría; él lograría que Topacio Loughy liberara todo el peso que cargaba, conseguiría que volviera a confiar y, si la suerte le sonreía, también lograría que aprendiera a amar.

## CAPÍTULO 20

Se había negado, el muy estúpido se había negado. Juliette nunca esperó que esa parte de su plan fallara, ella estaba segura de que el hombre accedería; si lo que le habían contado sus borrachos amigos era cierto, y él había sido literalmente humillado por esa mujer, ¿quién no querría venganza?

La mujer de cabellos negros golpeó con furia el colchón de la cama de la posada donde se hospedaba mientras intentaba controlar su respiración agitada por la rabia.

Cobarde. Frederick Adrich era un completo cobarde, no solo había ido esa tarde a verla para decirle que no pensaba colaborar con su plan, sino que le aconsejó que debería dejar atrás su venganza. No tenía ni idea de lo que le había sucedido a ese hombre, hacía unos días sus ojos brillaban con venganza y ahora resulta que había perdonado a Topacio Loughy. Pero eso no era lo peor, lo peor de todo era que ahora no solo no tenía aliados, sino que tenía a alguien que conocía sus planes y no sabía si los divulgaría.

La mujer soltó una serie de improperios en francés a la vez que pensaba qué hacer. No podía correr el riesgo de que el hombre hablara, sería el fin de todos sus planes y de su vida probablemente. Tendría que deshacerse de él, pero eso implicaría tener que idear dos muertes y no era tan sencillo como sonaba, requería de mucha agilidad mental y de dinero. Ahora que el hombre había rechazado su propuesta, tendría que financiarlo todo ella y el dinero no le sobraba.

Luego de que su esposo había sido asesinado, no era mucho lo que le había quedado a ella, y lo que tenía lo había invertido en su viaje a Inglaterra y en su estadía ahí; ahora, además, tenía que buscar la forma de financiar su venganza porque, así se quedara en la ruina, Adam sufriría lo mismo que sufrió ella por la muerte de su marido. Le habían llegado rumores de que el

hombre estaba demasiado interesado en la que sería su esposa, a pesar de la mala reputación de ella y, si era así, su venganza no podría ir mejor. La mataría cuando ya tuvieran varios días de casados, para que se encariñaran más y luego Topacio Loughy moriría en un desafortunado accidente, solo que ella sabría que no habría sido un accidente, y Adam también lo sabría, se encargaría de que lo supiera, pero cuando ella estuviera en un barco de regreso a Francia, por supuesto. Todo estaba perfectamente planeado, solo que primero tendría que deshacerse de lord Frederick.

Suspiró, el camino de la venganza era muy agotador y costoso, pero al final valdría la pena.

Topacio se preguntó a qué lugar tendría que irse para ser dejada en paz por el hombre aunque fuera una semana. ¡Una semana! ¿No podía concederle paz mental por al menos una semana? Verlo todos los días le crispaba los nervios y no le dejaba suficiente tiempo para enumerar los motivos por los que debía caerle mal, así como tampoco podía planear bien la manera de ser más odiosa de lo normal. Tal vez si se embarcaba en un viaje hacia América... ¿no podría perseguirla hasta allá, cierto? La idea era bastante tentadora, si no fuera por las circunstancias especiales de compromiso, sería una idea a tomar en cuenta.

Con un gruñido, bajó a recibir a Adam; ella planeaba ir a cabalgar, pero el hombre era un arruinaplanoes experto, nada más había que ver cómo había puesto su vida patas arriba. Al menos, había tenido el tiempo suficiente para convencerse de que la necesidad de hablar que sintió el día anterior había sido solo un momento de debilidad que no se volvería a repetir; solo tenía las defensas un poco bajas por lo que él le había contando de que no tenía familia, pero nada más. Era humana y como todo humano, tenía momentos de debilidad, pero no volvería suceder. Ella era Topacio Loughy y Topacio Loughy jamás se mostraría débil, y mucho menos dejaría que alguien más se diera cuenta de que había algo que la afectaba.

—Buenos días, Topacio —saludó.

Topacio respondió con un gruñido.

—También me alegra verte.

—¿No tiene cosas más importantes que hacer que venir a fastidiarme todos los días?

—Esa es mi actividad favorita. —Sonrió al ver su cara de fastidio y continuó—. Pensé que podríamos dar un paseo, me han dicho que eres muy buena jinete y ya estás vestida para la ocasión.

Topacio se encogió de hombros.

—Si es lo que quiere... —dijo con aburrimiento; le gustaba cabalgar, pero sola.

—Sin embargo, un simple paseo sería muy aburrido, ¿qué te parece una carrera?

Los ojos de Topacio brillaron con interés.

—Eso suena interesante, excelencia, si le gusta perder.

Él sonrió y miró a los lados como para asegurarse de que no había nadie cerca. No entendía por qué, pero hace rato había descubierto que a Rowena le importaba un rábano su reputación y estaba tan desesperada por casarla que si perdía la virtud quizás hasta se alegrara.

—Si está tan segura de su capacidad, ¿qué le parece una apuesta?

El brillo de interés en sus ojos se intensificó, pero cuando respondió lo hizo de manera cautelosa.

—¿Qué clase de apuesta?

Un brillo malicioso apareció en los ojos de él y, a pesar de que eso no presagiaba nada bueno, ella se encontró esperando la respuesta.

—Si usted gana... le prometo que la dejaré en paz por toda una semana.

—¿Y si mejor me promete que me dejará en paz para siempre y cancelará el compromiso? —sugirió esperanzada.

Él negó con la cabeza y ella contuvo un puchero.

—¿Y si usted gana? —preguntó cortante.

—Me dará un beso y me llamará por mi nombre.

Topacio hizo una mueca ante esa penitencia y él casi podía ver cómo analizaba si valía la pena o no aceptar. Seguramente la oferta de dejarla en paz por una semana le parecía muy tentadora, pero lo del beso no tanto o, al menos, no que ella quisiera admitirlo.

—¿Eres acaso una cobarde, Topacio?

Los ojos grises de ella lo miraron con frialdad y Adam supo su respuesta incluso antes de que la dijera.

—Acepto.

Se dirigieron a las caballerizas para que ella buscara su caballo mientras él montaba el suyo. Topacio apareció unos minutos después montando en un

semental en buena forma que tenía aspecto de ser de todo, menos tranquilo.

—Bien, puede ser una carrera hasta la pradera donde estabas ayer. — Cuando ella asintió dijo—: A la cuenta de tres. Uno..., dos..., tr —antes de terminar la frase el caballo de Topacio ya había salido.

“Pequeña tramposa”, se dijo mientras azuzaba a su caballo para darle alcance.

Como había supuesto, el caballo que ella había elegido era un pura sangre bastante veloz, corría a una velocidad sorprendente y ella no parecía tener ninguna dificultad en manejarlo. Pero para su mala suerte, él había escogido ese día uno de sus mejores caballos y no tardó mucho en darle alcance.

La carrera fue reñida y el que Topacio pesara menos que él le concedía cierta ventaja. No obstante, a pesar de haber logrado sobrepasarlo en varias ocasiones, fue Adam quién llegó primero.

Topacio soltó unos cuantos improperios por haber perdido, claramente no estaba acostumbrada a ello, y luego lo miró con furia, aunque él sospechaba que era contra ella misma y no contra él.

—Los tramposos nunca ganan, deberías recordarlo.

—Yo no hice trampas, simplemente tome ventaja —se defendió.

—Por supuesto... bien, eso no importa, quiero mi recompensa.

Topacio se acercó a él y poniéndose de puntillas, le dio un beso en el cachete.

Antes de que él pudiera replicar, ella dijo con una sonrisa:

—Debió especificar donde quería el beso, excelencia.

Adam admiró su ingenio, pero aún le debía algo.

—Prometiste llamarme por mi nombre —recordó y vio con satisfacción que ella fruncía el ceño molesta.

—Vamos, dilo. —Tenía tantas ganas de escuchar su nombre salir de sus labios.

—Lo diré cuando quiera hacerlo —replicó y se sentó en la hierba para recuperar el aliento perdido en la carrera.

Adam se sentó a su lado.

—Sabes —dijo hablándole por primera vez de tú, era un avance—, tengo curiosidad por saber cuál fue el favor por el que el príncipe regente tuvo la magnífica idea de ofrecerte una esposa.

Adam lo pensó un momento dudando si decirle la verdad o no. Eso era un secreto que no podía permitirse divulgar; si bien ya estaba retirado, y no

pensaba volver a ese tipo de vida, había dejado muchos enemigos en Francia que matarían por saber su paradero. No obstante, si él quería que ella le revelara sus secretos, no podía comenzar guardando los suyos. Tenía que confiar en la discreción de Topacio, puede que ella lo detestara, pero Adam podía asegurar que no era una traidora.

—Es... algo delicado ¿Prometes que no mencionarás nada?

Ella asintió y luego una sonrisa burlona se formó en sus labios al ver que él buscaba la mejor manera de decirlo.

—Habla ya. ¿Qué puede ser para que haya tanto secreto? ¿Le serviste de espía o algo así? —Al ver a expresión de él supo que había acertado—. ¡Oh!, bien, eso explicaría cómo entrabas y salías de mi habitación sin ningún hueso roto.

Él sonrió.

—Ese trabajo tiene sus ventajas, sí.

Topacio bufó.

—¿Ventajas? Eso depende del punto de vista de donde se mire; a mí, por ejemplo, me parece una muy mala costumbre eso de entrar en habitaciones de damas decentes sin aviso.

Adam contuvo una pequeña carcajada al pensar qué definición tendría Topacio de decente, pues para la sociedad, una joven que sabía manejar un tálburi, cabalgar más rápido que el viento, y escaparse de su casa a en la noche para visitar un campamento de gitanos, sin contar la salida de la noche en que la conoció, estaba mucho de ser decente.

—Si te hubiera avisado, me hubieras esperado con una pistola en la mano.

Topacio no lo negó.

—Además, ¿no crees que es un gesto romántico que un pretendiente se cuele en la habitación de su amada?

Topacio se echó a reír.

—Sería lo más ridículo que pudiera hacer, un hombre con complejo de Romeo. Creo que puedo asegurar que si la mayoría lo intentara, terminaría en el piso con una pierna rota, tú eres un caso especial. Ciertamente que muchas damas lo apreciarían, pero yo no; Esmeralda tal vez sí, pero yo no —repitió.

—Es una lástima, pero me alegra que no seas fanática de los gestos románticos, porque no soy muy bueno con ellos.

—Si lo fueras sería el colmo de mi mala suerte. Imagínate, un prometido no deseado que es fastidioso, irritante, entrometido, una alimaña, un

sinvergüenza, un maleducado, un granuja, y además cursi.

—Me alegra saber que tengo un defecto menos —dijo él en un tono no tan agradable como esperó; antes no le molestaban esos insultos, pero ahora no le agradaban del todo, no le gustaba que ella en verdad pensara así de él.

—Pero eso no quita que haya más que contar. ¿Cómo era la vida como espía? —preguntó de repente llena de curiosidad.

Si al él le sorprendió el cambio de tema, no lo demostró.

—De lo más interesante. Creo que fueron unos de los mejores años de mi vida. Aunque no lo creas, a veces la adrenalina del peligro es lo que se necesita para darle sentido a una existencia aburrida.

—Lo creo —dijo ella y Adam sonrió.

—Claro, debí suponerlo, dime, ¿cuántas aventuras has tenido en tu vida, Topacio? Además de la escapada al campamento de gitanos.

Topacio lo pensó.

—No muchas en verdad —dijo en tono lastimero como si lamentara ese hecho—. Hace unos meses acompañé a Rubí a las mascarada del Pleasure club supongo que puede tomarse eso como una.

—¿Todavía hacen esas mascaradas? —preguntó y como si se diera cuenta del verdadero problema de la cuestión dijo—: ¿Se puede saber, a que fueron a esa mascarada? —preguntó en tono suave para que ella no se pusiera a la defensiva.

—Rubí quería comprobar ciertos rumores sobre uno de sus pretendientes y yo me ofrecí a acompañarla.

—Qué amable de tu parte —dijo conteniéndose para no decir los posibles riesgos que corrió al ir allá.

Topacio sonrió, como si supiera que él no estaba tan calmado como aparentaba.

—Zafiro lo dijo exactamente con el mismo tono de sarcasmo cuando nos encontró.

—Veo que tu prima tiene la costumbre de seguirlas cuando cometen alguna locura.

Ella asintió.

—Tiene la loca idea de que puede hacernos desistir del plan y regresar a la seguridad de la casa, pero siempre termina quedándose con nosotras aunque solo sea para que escuchemos sus regaños hasta que nos cansemos y decidamos hacer lo correcto.

—Creo que la señorita Zafiro es una mujer sensata —comentó.

—Lo es, y a veces es tan estresante, me gustaría verla algún día cometer una locura.

—¿Quiere llevar a la pobre mujer por el mal camino? —preguntó burlón.

—Lo hemos intentado, pero no se deja, a veces pienso que debería ir a parar a un convento. La adoro, pero es muy aburrida.

—Y eso no va contigo, es bueno saberlo, porque también me caen mal las personas aburridas.

—Lo hubieras mencionado antes y hubiera hecho mi mayor esfuerzo por parecerme a una.

—Creo que hubieras fallado estrepitosamente.

—Yo nunca fallo —presumió ella—. Créeme, hubiera hecho una actuación formidable, lástima que es muy tarde para ello.

—Entonces, me alegro de no haberlo mencionado antes, pues me ha gustado bastante conocer a la verdadera Topacio Loughy.

—Eres la persona más extraña que he conocido, te aseguro que son pocas las veces que alguien me dice eso.

—Tal vez soy una de las pocas personas con buen gusto.

—O una persona completamente loca.

Él sonrió.

—Los locos son los que más se divierten.

Topacio no pudo negar eso.

—Además, estoy seguro de que nos llevaríamos bien si pusieras un poco de tu parte —continuó él—. ¿Por qué no olvidamos todo y empezamos de cero?

—No.

—¿Por qué?

Ella sonrió.

—Porque no. Estás muy seguro de que podemos ser la pareja ideal, pero debería bajar un poco su ego, no todas quieren como esposo a alguien tan arrogante, entrometido...

Adam la detuvo con un ademán de mano.

—No necesito que me recuerde los defectos, creo que ya me los sé de memoria, sin embargo, debo interesarte algo, sino no se tomaría tantas molestias en ponerme tantos apelativos y hacérmelos saber.

Vio con satisfacción cómo ella se quedaba momentáneamente sin palabras, antes de decir:

—Si me tomo la molestia de decírselos, es para que no cometa el error de olvidar los motivos por los cuales no es tan perfecto como cree.

Él amplió su sonrisa y Topacio se exasperó.

—¿Por qué siempre vive riendo? No toma nada en serio.

—Reír es una forma de pasar mejor la vida.

—Si vive riendo, es porque no tiene nada con lo que sufrir —dijo fríamente sin detenerse a pensar en sus palabras.

Adam se puso serio

—¿Y tu, Topacio, vives amargada porque tienes algo por lo que sufrir?

Ella se quedó en silencio unos minutos, como meditando su respuesta.

—No estoy amargada.

—¿Pero tienes algo por lo que sufrir?

—¡No! —exclamó y se levantó dirigiéndose al caballo—. Quiero irme a casa— informó.

Él no replicó, era mucha presión para un día, así que también se dirigió a su caballo y emprendieron el camino de regreso.

## CAPÍTULO 21

Los días pasaban con demasiada rapidez para gusto de Topacio, pareciera que el propio tiempo conspiraba en su contra para que el día de la boda llegara. Antes de siquiera poder darse cuenta, ya solo faltaba un día para su casamiento, y ella estaba ahí, en su habitación, maldiciendo su suerte. Jamás esperó que eso le sucediera y, sin embargo, ahí estaba.

Los días anteriores se puede decir que fueron normales. Su irritante prometido iba a verla casi todos los días y visitaron todos los lugares donde se tiene que dejar ver una pareja comprometida: Hady Park, Vauxhall Garden, e incluso tuvo que soportar, por sugerencia de Rowena, una aburrida obra de teatro en Drury Lane en la que tuvo que hacer esfuerzos monumentales por no quedarse dormida; todo eso para que la sociedad no tuviera duda de que, para su desgracia, habría boda.

La compañía de Adam no era desagradable, sería muy hipócrita si no lo admitiera; con él podía entablar entretenidas conversaciones y lanzar pulla sin obtener rechazos, lo que hacía que sus encuentros fueran de los más interesantes. Era un buen hombre, tenía que aceptarlo, podía tener un sinfín de defectos, pero no era malo. No obstante, eso no significaba que su venganza no siguiera en pie, lo había dicho anteriormente, era una cuestión de orgullo. Dentro de unos días la llevaría a cabo y puede que después de ello pudieran tener una relación un poco normal, si la perdonaba, claro estaba.

El pensamiento de que él pudiera enojarse hasta el punto de no perdonarla era bastante deprimente; se supone que esa era la idea de una venganza, pero ya no le parecía tan gratificante como le había parecido hacía unas semanas. Decidió dejar a un lado los remordimientos, se lo merecía; además, no sería para tanto, era un duque, las cosas no solían afectarle mucho a los duques, ¿verdad?

Paseó por la habitación incapaz de dormir, suponía que a todas las novias les pasaba lo mismo, solo que en su caso no era por lo ansiosa que estaba por la boda, sino por la leve esperanza de que sucediese un milagro que la cancelara, pero ¿en verdad deseaba cancelarla? Esa pregunta rondó por su mente los últimos días sin dejarla en paz. La idea del matrimonio empezó a parecerle no tan mala como en un principio y eso no le gustaba. ¿Qué pasó con lo de conservar su soltería para mantener su independencia? Tenía que recordarse eso cada vez que la absurda idea de que el matrimonio no era tan malo pasaba por su cabeza.

Se sentó en su cama y suspiró, no era la misma desde que había conocido a ese hombre..., corrección, desde que ese hombre se había entrometido en su vida; sentía que algo en ella había cambiado, pero no sabía qué. Sentía que sus defensas bajaban cuando estaba cerca, sentía que su confianza aumentaba, se sentía extraña.

Decidida a dormirse a como diera lugar para no pensar más en ello, se acostó y se arropó y, apenas terminó de hacerlo, unos golpes sonaron en la puerta.

—¿Topacio? ¿Estás despierta?

Era Rowena. ¿Qué quería Rowena a esa hora? ¿Qué quería decirle que no pudo decirle en el transcurso del día?

Puso una mano en su cara cuando una idea le vino a la mente, juraba que si era eso, se tiraría por la ventana.

Reconsideró la idea de no responder, pero la puerta se abrió antes de que pudiera tomar una decisión

—Qué bueno que estás despierta —dijo la duquesa entrando para sentarse a su lado—. Necesitaba hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó casi con temor.

—Bien... mañana te casas y creo que llegó el momento de hablar de la noche de bodas.

Topacio miró hacia la ventana, estaba cerrada, se preguntó cuánto dolería caer de un tercer piso. No podía ser que quisiera hablar de eso, con todas sus preocupaciones ese tema jamás llegó a su mente, hasta ahora.

—No es justo, puedo apostar a que no hablaste de ello con Rubí —se quejó; estaba segura de que no lo había hecho porque su prima pasó gran parte de la noche anterior a su boda besándose con Damián, y no es que tampoco necesitara la conversación.

—¡Oh!, vamos, ambas sabemos que Rubí no lo necesitaba.

Topacio se quedó muda, temerosa de hablar por si había escuchado mal, ¿Rowena no acababa decir exactamente eso?, ¿cierto?

—Una cosa es hacerse la tonta —continuó— y otra cosa es serlo. ¿Acaso crees que no sé que Rubí estuvo esa noche con el marqués en el Pleasure club?

La sorpresa impidió que alguna palabra saliera de la boca de Topacio. ¿Estaría teniendo alucinaciones auditivas, acaso?. ¿O en verdad Rowena dijo lo que acababa de decir?

—P... pero, ¿cómo...?

—¿Cómo lo sé? Bien, cuando aquella columna de chismes mencionó en su columna que una pelirroja había subido a los cuartos del Pleasure club con cierto marqués, lo sospeché, ¿Creían que no iba a ver la columna solo porque se deshicieron de ella? No se habló de otra cosa por semanas, pero no sospeché solo porque el color de pelo de Rubí es muy poco común, sino porque ese mismo día ya había descubierto que dos de mis vestidos habían desaparecido. —Esa debió ser la primera vez que Topacio Loughy se ruborizaba—. Y luego, cuando surgió el repentino interés de Aberdeen en ella, todo quedó claro. Confieso que sentía muchas ganas de asesinarla en ese momento, pues ¿cómo pudo haber cometido semejante locura?, pero tuve que contenerme recordando que Rubí era lo suficientemente mayor para afrontar las consecuencias de sus actos. Por suerte, todo terminó como Dios manda, en matrimonio. Si no hubiese sido así... bien digamos que terminó así y ya.

Topacio no sabía qué decir, eso era sin duda, una de las mayores sorpresas que se había llevado en su vida. Recordó mentalmente jamás, ¡jamás! volver a subestimar a Rowena.

—Pero no he venido aquí a hablar de eso —continuó Rowena ajena a lo anonadada que había quedado Topacio—. Como te dije, he venido hablar de tu noche de bodas.

Con ese comentario, Topacio volvió a la realidad.

—No, gracias, prefiero no tener esa conversación.

Rowena frunció el ceño.

—¿Acaso tu has...?

—¡No! —exclamó antes de que terminara la frase y se levantó—, pero no deseo tenerla.

—Pero...

Topacio tomó a Rowena de la mano y la obligó a callar.

—Sin peros.

—Pero deberías saber...

—Le preguntaré a Rubí mañana —afirmó y la guio hacia la puerta.

Rowena la miró con desconfianza.

—No lo harás.

—No. —La sacó de la habitación—. Buenas noches, Rowena, te quiero —dijo y cerró la puerta.

Genial, ahora tenía otro problema que resolver. Rowena había conseguido que llegara a su boda con ojeras porque probablemente no podría conciliar el sueño.

—Te ves hermosa —dijo Rubí con las mejillas aún sonrojadas después de que Topacio le confesara que Rowena siempre supo todo; era probable que no la pudiera ver a la cara por un buen tiempo—. Lo dejarás con la boca abierta cuando te vea.

Topacio hizo una mueca, ella no quería eso, de hecho, si le hubieran dejado tomar la decisión, se hubiera aparecido en su boda con un vestido negro, en lugar del azul celeste que tenía, así el mensaje hubiera estado claro. Esos días habían sido los peores de su vida, tuvo que soportar citas con la modista y decir un centenar de veces que no le interesaba en lo absoluto las flores que usaría ni la comida que se serviría.

—Serás la novia más hermosa de la temporada —afirmó Zafiro.

—Rutland quedará completamente enamorado de ti, si es que ya no lo está —comentó Esmeralda e hizo que Topacio pusiera los ojos en blanco; encaprichado es lo que estaba.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Rubí.

—Estoy deseando que ocurra un milagro que cancele la boda. La esperanza es lo último que se pierde —añadió al ver la expresión reprobatoria de su prima.

—Deja de quejarte, Topacio, tu destino ya está escrito, ¿recuerdas? —le dijo Zafiro con una sonrisa.

Topacio gruñó al recordar las palabras de la gitana, nunca debió haber ido a ese lugar.

—Si es así, querida prima, me encantará estar ahí cuando cometas esa

insensatez que mencionó.

A Zafiro se le borró la sonrisa de la cara.

—Esas son patrañas.

—Entonces, lo del destino también.

—Si lo fuera, no estaría ahora vestida para tu boda —contestó y antes de que Topacio replicara, Rubí intervino.

—Me hubiese gustado conocer a la gitana.

—Me dijo que encontraría al amor de mi vida —proclamó Esmeralda—. ¿No es genial?

Rubí asintió, desde que ella misma había encontrado el amor, juró no volver a burlarse de los ideales de su hermana, estaba segura de que ella también lo haría.

—¿Ya estás lista? —Rowena entró en la habitación portando un vestido dorado muy elegante— ¡Estás bellísima, querida! —dijo examinándola de arriba abajo.

“Que no se ponga a llorar, que no se ponga a llorar”, rogó Topacio en silencio; el día de la boda de Rubí se había puesto a llorar. Para su mala suerte, los ojos de Rowena se llenaron de lágrimas.

—¡Oh!, estoy tan feliz, ya dos de ustedes están casadas, solo falta Zafiro.

Zafiro dio un respingo como si esa sola frase presagiara desgracias; Topacio no la culpaba, como Esmeralda no había sido presentada en sociedad, ahora ella sería el blanco de todos los ataques casamenteros de Rowena; se compadecía de su prima.

—Bien, creo que es hora de irnos —dijo secándose una lágrima—. Las mujeres podemos darnos el lujo de llegar tarde, pero no demasiado o el novio se impacientará.

Durante todo el camino, Topacio intentó mantener todos sus pensamientos bajo control. No surgió ningún milagro que la salvará de la boda, así que cuando llegó a la iglesia estaba segura de una cosa, se convertiría en la duquesa de Rutland y no habría nada que lo impidiese. Prefirió no analizar si eso era bueno o malo.

## CAPÍTULO 22

La ceremonia fue, sin lugar a dudas, lo más difícil por lo que había tenido que atravesar Topacio.

Cuando recorría el camino al altar, no podía dejar de pensar en que su vida cambiaría en ese momento, así como recordaba que eso no era lo que ella tenía planeado para su futuro. Lo peor de todo vino cuando el cura preguntó si aceptaba a Rutland como su esposo, ahí las palabras se negaron a salir de su boca, y no porque aún esperase que algo interrumpiera la boda, sino porque el cura había dicho específicamente «Aceptas a este hombre como tu esposo y prometes amarlo, respetarlo, obedecerlo y serle fiel». ¡Obedecerlo! Ella no era la más fiel de las creyentes, pero se vio incapaz de prometer ese absurdo frente el altar. ¡Obedecerlo! Era muy injusto que solo a las mujeres las obligaran a decir ese tipo de votos, ella no era obediente por naturaleza, y mucho menos obedecería a un hombre. Tampoco podía prometer que lo amaría, porque no sería así, y ella no era de las que hacían promesas a la ligera; cuando las hacía, tenía intención de cumplirlas en la medida de lo posible. Por todo eso, solo atinó a decir:

—Acepto respetarlo y serle fiel, pero no pienso aceptar lo demás.

No hubo jadeos horrorizados, así que supuso que no debió decirlo en voz suficientemente alta para ser escuchados por la audiencia, pero el cura sí que lo oyó, porqué frunció el ceño y parecía indeciso de cómo proceder. Ella no lo culpaba, esa debía ser la primera vez que alguien le respondía de esa manera.

Como el sacerdote no dijo nada, la gente empezó a sospechar y se empezaron a escuchar murmullos, por lo que Adam le hizo una seña al hombre para que continuara y obviara la extraña respuesta de la mujer. Él continuó, pero terminó la misa con el ceño fruncido.

Después vino la celebración de la boda en la casa de Richmond. Ella no encontraba ningún motivo para celebrar, pero aún así tuvo que soportar un centenar de felicitaciones hipócritas y no pudo evitar blanquear los ojos ante algunas.

Pensó con ironía que la gente parecía más feliz que ella, pero cómo no estarlo, ese era sin duda el evento que les proporcionaría habladorías. Mañana se oiría en todo Londres los comentarios acerca de la boda, lo extraño y prematuro que fue el compromiso, los motivos por el que este fue así; se comentaría que el cura pasó toda la misa con el ceño fruncido y que hubo un momento en que se quedó sin palabras. Tampoco faltarían las críticas hacia su vestido, peinado, actitud, decoración y demás.

—Felicitaciones, lady Rutland.

Todas sus defensas despertaron al escuchar la voz de lord Frederick a sus espaldas. Se giró hacia él con el semblante inexpresivo y le dirigió una fría mirada.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó.

Puede que no se hubiera encargado ella de las invitaciones, pero recordaba haberle dicho claramente a Rowena que no deseaba que ese hombre asistiera.

—Vine a hablar con usted, es urgente.

Nunca imaginó que lamentaría el hecho de no haber podido llevar su pistola a la boda. Decidida a ignorarlo, dio media vuelta dispuesta a irse, pero el hombre la tomó del brazo para detenerla.

—Es importante, créame, ¿podemos hablar en otro sitio?

Ella ni loca se hubiera ido a hablar con él a otro sitio, y mucho menos desarmada, pero algo en la mirada de él hizo que accediera, algo en su interior le decía que el hombre ya no representaba un peligro, así que, muy en contra de todo lo que parecía correcto, accedió, y después de asegurarse de que nadie los veía, lo guio hacia el primer salón vacío que encontró.

—Sea rápido, no puedo desaparecerme mucho tiempo.

—Primero que nada, deseo pedirle disculpas por todo.

Topacio arrugó aún más el entrecejo. ¿Estaría escuchando bien? ¿El hombre le estaba pidiendo perdón?

Examinó su rostro con detenimiento, en busca de cualquier señal que pudiera delatar su mentira. No encontró nada.

—Sé que me he comportado como un canalla —continuó el hombre—. También sé que lo que hice fue imperdonable y no tiene justificación alguna,

así que solo puedo perderle disculpas.

—¿Puedo saber a qué se debe ese cambio de actitud? —preguntó recelosa.

El hombre parecía sincero, en verdad parecía sincero, y ella creía que era sincero, pero nadie podía culparla por desconfiar de un hombre que no hacía mucho había prometido venganza.

—Es un poco largo de explicar; solo digamos que mi padre tuvo algo que ver. A veces, no hay cosa más efectiva que una conversación necesaria y unas amenazas bien dichas para hacerlo a uno reflexionar. Confieso que por varias semanas deseé venganza, e incluso planeé varias formas de obtenerla, y es que debe admitir que a ningún hombre le gusta verse humillado pero... —añadió al ver que ella iba a replicar— soy consciente de que me lo merecía. Por ello, señorita..., perdón, lady Rutland— Topacio hizo una mueca ante su nuevo nombre—, pido disculpas. ¿Podrá perdonarme?

Después de analizar un rato todo el asunto, Topacio decidió creerle. No estaba segura de querer perdonarlo. Siempre había sido muy rencorosa y lo que ese hombre le había hecho no había sido precisamente una ofensa sin importancia; no, había sido algo grave que habría podido terminar en tragedia si ella no hubiera sido capaz de defenderse. Admitía que parte de la culpa había sido suya, pues nunca debió haber asistido a esa cita, pero no podía obviar todo lo que sucedió.

Incapaz de ceder tan rápido, dijo:

—Lo pensaré.

Lord Frederick parecía haber esperado esa respuesta.

—Espere, tengo que decirle otra cosa. —La detuvo antes de que ella saliera—. Tiene que tener cuidado. —Al ver que ella lo miraba arqueando una ceja, se explicó—. Hay alguien... una mujer, no sé su nombre, pero está muy interesada en acabar con usted.

Topacio sintió que la sangre abandonaba su cara cuando las palabras de la gitana hicieron eco en su mente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó esperando haber sonado calmada.

—Ella me contactó, quería mi ayuda para matarla. Admito que por un momento llegué a considerar la oferta, pero al final decliné. Ella no pareció muy contenta, por eso decidí irme un tiempo a Escocia, con unos tíos, por seguridad.

Topacio analizó cada palabra con precisión y nuevamente escrutó el rostro del hombre en busca de alguna muestra de mentira, de engaño. Nada, en su

cara solo había culpabilidad genuina.

—Eso es absurdo —replicó Topacio aún sabiendo que ya no lo era del todo—. ¿Por qué alguien querría matarme?

Lord Frederick se encogió de hombros y se pasó una mano por sus rubios cabellos como si intentara recordar algo.

—Ella mencionó algo sobre una cuenta pendiente con alguien cercano a usted.

Alguien cercano a su familia. La mente de Topacio comenzó a buscar una explicación que pudiera dar lógica a ese absurdo. Después de salir del salón, sin ni siquiera despedirse de lord Frederick, su cerebro comenzó a trabajar afanosamente en analizar la situación. Su única familia eran sus primas y ninguna de ellas tenía enemigos. Los Richmond dudaba que los tuvieran y, aunque fuera así, por qué tomar venganza contra ella, por qué no contra James o contra una de sus primas; no es que quisiera que les pasara algo, solo que no entendía por qué alguien quería hacerle daño específicamente a ella.

Cualquier persona, al no encontrar fundamentos que respaldaran la amenaza, lo hubiera tomado como una broma y hubiera hecho caso omiso, y ella lo hubiera hecho; lo hubiera hecho si las palabras de la gitana no resonaran en su cabeza. Ella nunca creyó en las coincidencias y, aunque esta parecía desde todos los puntos de vista una, algo le decía que no lo era.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al ser consciente de lo que eso significaba. Estaba en peligro. Alguien quería matarla, pero ¿por qué? O, mejor dicho, ¿quién?

Volvió a la realidad cuando un cuerpo tropezó con el suyo.

—Fíjese por dónde camina —le espetó al sujeto y se separó para verle la cara.

El sujeto resultó ser su flamante marido. «Marido», cómo había llegado a encontrarse en esa situación; a veces pensaba que era una de sus pesadillas y que todavía no había despertado, y casi deseaba que fuera así porque, si era una pesadilla, tendría la certeza de que despertaría; en cambio, en la realidad, tendría que enfrentarse a esta, tal y como venía haciendo desde los ocho años, enfrentarse a la realidad conteniendo los deseos de rendirse, de vivir en paz.

—Creo que eso te lo deberían decir a ti, querida; eres tú la que parece no ver por dónde va —observó.

Ella resopló y pasó de largo sin prestarle atención, tenía cosas más importantes en las que pensar que en un marido fastidioso. No obstante, él no

parecía dispuesto a dejarla tranquila.

—¿Dónde estabas? Te estaba buscando.

—No le importa, que estemos casados no le da el derecho de gobernar mi vida. — Alzó la mano para detener el comentario que sabría que diría a pesar de que él estaba a sus espaldas y no lo veía—. Ya sé que la ley le da el derecho, pero yo no se lo pienso otorgar, al menos, no por voluntad propia — dijo y siguió caminando.

Como las zancadas de él eran más largas que las suyas, no tuvo dificultad en alcanzarla y ponerse a su lado.

—No planeo gobernarla, solo preguntaba.

—Solo quería alejarme un poco de tanta hipocresía andante, me cansé de felicitaciones falsas —mintió.

No dijeron más en el camino al salón y posiblemente en toda la fiesta, y si se habían dicho algo, ella no supo qué, ya que sus pensamientos estuvieron todo el tiempo en ¿qué haría? No podía decírselo a alguien, sería absurdo de creer, pero tampoco podía pensar en ello todo el tiempo amargándose la vida. Quizás lord Frederick solo quiso jugarle una broma que misteriosamente coincidió con las palabras de la gitana. Tal vez las casualidades sí existían. Debería olvidarse del asunto. Sí, eso debería hacer, pero no podía. Uno no podía olvidar tan fácil algo así.

Pensó que debería ser precavida y estar atenta a todo, como siempre, solo que un poco más. Sí, eso haría.

No supo cuánto tiempo estuvo sumergida en sus pensamientos, solo recordaba de forma vaga haberse despedido de Rowena y pedirle en casi tono de súplica que no llorara. También recordaba haber abrazado a James, a Zafiro, a Rubí, a William, e incluso Aberdeen la felicitó, solo que ella le había lanzado una mirada fulminante para darle a entender que, literalmente, esto era culpa suya; no solo le había presentado al fastidioso ejemplar que tenía como esposo, sino que no había hecho ni el mínimo intento por disuadir a su amigo o, si lo había hecho, no había sido suficiente.

Ahora, estaba en un carruaje de camino a la casa de su marido (que no pensaba llamar suya) y en la que no se quedaría más de unos días si quería llevar a cabo su venganza.

Solo después de un rato de viaje se dio cuenta de que no iban de camino a

la casa de Adam.

—¿A donde vamos? —le preguntó a él quien la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿En que mundo estás?

—En el mismo que tú, desgraciadamente, ahora; ¿a dónde vamos?

—No lo parece. Te dije en la fiesta que había surgido un problema en la propiedad principal y que debía ir allá de inmediato; te pregunté si habría problema en que nos fuéramos después de la boda y negaste con la cabeza.

Ella no recordaba eso, en verdad debió estar en otro mundo.

—Cierto —mintió—. Lo había olvidado.

El gesto de Adam dejó claro que no le creía.

—¿Sucede algo? —preguntó suavemente.

Ella lo ignoró y volvió a mirar por la ventana.

Él insistió.

—Topacio... puedes... —se detuvo abruptamente antes de que la palabra “confiar” saliera de su boca; la experiencia le había demostrado que cada vez que decía esa palabra frente a ella, alzaba las defensas—. Puedes decirme qué sucede, quizás pueda ayudarte —culminó.

—No sucede nada —respondió, pero no lo miró cuando habló.

—No te creo. ¿Qué sucedió?

—¡Ya déjeme en paz! —gritó mirándolo furiosa y, como si se diera cuenta de que había perdido los estribos, dijo en tono más calmo—: lo siento, es solo el estrés por el ajetreo de la boda; en verdad, no sucede nada. —Y volvió a mirar por la ventanilla.

No le creía, Adam no le creyó ni una sola palabra de lo que ella dijo. Sucedió algo, no había que ser un experto para darse cuenta, ella estaba alterada, toda la boda se la pasó pensativa; Dios, ni siquiera recordaba cuándo había accedido a viajar ese mismo día hacia la propiedad principal en el campo.

Si fuera alguien menos inteligente, podría pensar que su actitud era producto del no deseado matrimonio, pues cualquiera que tuviera ojos se hubiera dado cuenta de que la novia no había estado muy feliz con la boda y no había simulado estarlo. No obstante, había algo más, lo sabía porque a pesar de que la había conocido hacía poco más de un mes, ya la conocía, sabía identificar sus gestos, sus acciones y, si su mal humor se debiera a la boda, no estaría tan alterada, tan preocupada; ni siquiera el día que se le

anunció el compromiso se la vio así. Ella siempre atacaba las situaciones con fría indiferencia, no con la alteración demostrada hacía poco. Algo sucedía, pero precisamente porque la conocía sabía que no obtendría respuesta, al menos no ahora.

Durante el resto del trayecto, Adam intentó sacarle conversación, pero ella evitó que cualquiera de los temas prosperara respondiendo solo con monosílabos. No tardó mucho en rendirse sabiendo que ella no quería hablar con él y se preguntó si era por el asunto que la acongojaba o simplemente era su forma de demostrarle lo poco contenta que estaba con la boda.

Era irónico, para él ese día había sido uno de los mejores de su vida, y había tenido días buenos, solo que nunca imaginó que su boda se incluiría entre ellos. Tal vez era el amor lo que lo hacía diferente. El hecho de saber que la persona con la que se casaba era esa persona especial, que nunca esperó encontrar, era lo que lo hacía feliz; y estaba tan feliz que ni siquiera se molestó cuando Charles le confesó que todo había sido una treta elaborada por él; aunque, sinceramente, sí se reprendió por no haberlo pensado antes, es decir, era obvio, pero se defendía diciéndose que no había pensado mucho en el asunto desde el compromiso, al fin y al cabo, había conseguido lo que deseaba: a ella.

Se prometió que la haría feliz, aún no sabía cómo, pero lo haría. De una u otra forma conseguiría derrumbar sus defensas, lograría que ella confiara en él y que lo amara como él la amaba. Y él, Adam, duque de Rutland, jamás fallaba una misión.

## CAPÍTULO 23

**D**urante todo el camino, la única vez que Topacio habló fue para expresar su negativa cuando Adam le preguntó si deseaba pasar la noche en una posada. El viaje era largo, pero no tanto y, si viajaban toda la noche, llegarían a su destino al día siguiente por la mañana, así que prefirió seguir viajando y detenerse solo para cenar y para que los caballos descansaran un rato.

No cruzaron más palabras en todo el viaje. Él pareció entender que ella no deseaba hablar y Topacio lo agradeció, porque ella no quería platicar, y mucho menos con él, al menos, no por ahora.

Al día siguiente, a eso de las nueve de la mañana, una magnífica mansión campestre se hizo visible antes sus ojos. Ya que había dormido poco, el sueño le impidió detallar con precisión el lugar, y tampoco es que le importase demasiado hacerlo, no se quedarían ahí por mucho tiempo, después de todo.

Cuando llegaron a la mansión, fueron recibidos por un fila de criados encabezada por los que supuso que eran el mayordomo y el ama de llaves. Todos les dijeron sus nombres, pero estaba segura de que tendría que preguntarlos al otro día nuevamente. También la felicitaron y, como su mente no estaba en condiciones de decir alguna mordacidad, solo asintió y pidió que la guiaran a su cuarto. Apenas tocó las sábanas, se durmió, sin ni siquiera tomar un baño.

Debía ser cerca de la hora de la cena cuando despertó, había dormido más de lo esperado y seguro tendría dificultad para hacerlo esa noche pero, recordó, era su noche de bodas, así que quizás no lo hiciese.

Ella no tenía intención de negarle la noche de bodas, pues, después de pensarlo detenidamente, llegó a la conclusión de que sentía curiosidad por saber cómo era eso y, si los besos eran prefacio..., sería interesante.

Su estómago gruñó ante la falta de comida, y justo cuando se disponía a

bajar para preguntar por la cena, alguien tocó a su puerta. Era una criada.

—Excelencia, le cena está lista, ¿bajará a comer o prefiere hacerlo aquí?

Topacio frunció el ceño ante el nuevo trato. Ella siempre había llamado a Rutland así como un modo de burla, y ahora que a ella la llamaran así, era extraño.

Topacio pidió que le subieran la comida. Cenar abajo significaría tener que cambiarse y darse un baño primero, y ella tenía mucha hambre para eso.

Mientras esperaba impaciente, observó la habitación. Estaba decorada en dorado y blanco. La cama de dosel ocupaba el centro de la habitación. Había una cómoda, un armario, un tocador, unos sillones frente a la chimenea y una mesita al lado del lecho. También tenía un baño adjunto, y poseía dos puertas, supuso que una comunicaba a la habitación de Adam.

Se acercó al tocador y se observó en el espejo. Tenía el pelo hecho un extraño revoltijo, el moño que le habían hecho el día anterior estaba más que disuelto. Parecía una loca y, si le importara un poco lo que la gente pensara de ella, se habría preocupado de que alguien, aunque fuera la criada, la hubiera visto así; se soltó el cabello para que no se viera tan desastroso. Su vestido no se encontraba mejor. Estaba todo arrugado, tanto por el viaje como por haber dormido con él; agradeció el hecho de haberse negado a ponerse corsé, pues en su deseo de dormir, se hubiera olvidado de quitárselo y hubiera dormido muy incómoda.

Volvieron a tocar la puerta y Topacio la abrió para que pasaran unos lacayos que traían una pequeña mesa y una silla, y luego entraron unas mujeres con la comida.

Comió como si no lo hubiera hecho en días, después llamó para que vinieran a buscar la bandeja; aprovechó y pidió un baño, debió haberlo hecho antes de comer, pero su estómago se negó siquiera a considerar la idea.

Después de pedir el baño, paseó la vista por su cuarto en busca de su baúl, pero no lo que encontró. «Que extraño», pensó, «debieron haberlo traído ya».

Salió del cuarto para preguntarle a alguien por él. No encontró a nadie, así que bajó informar del asunto directamente al mayordomo, o al ama de llaves; si tan solo recordara cómo se llamaban, hubiera sido más sencillo.

Empezó caminar por los pasillos en busca de la cocina o de alguien que pudiera decirle dónde habían dejado su baúl. Le preguntó a unas criadas que se encontró pero ellas no sabían nada, así que continuó su búsqueda. Mientras recorría un pasillo, unas voces le advirtieron de la presencia de alguien en una

estancia a su derecha. Se acercó a ella para entrar, pero la voz de Adam la detuvo. No supo si fue la curiosidad o un impulso desconocido lo que hizo que se quedara escuchando, pero se acercó a la puerta y pegó la oreja a ella.

En su naturaleza no estaba ser chismosa, de hecho, detestaba el chisme, pero algo le decía que escuchara.

—¡No lo puedo creer! ¡No lo puedo creer! —exclamó una voz femenina que creyó reconocer como la del ama de llaves—. Mes y medio desde que regresaste y, si no es porque surge un problema, no vienes ni siquiera para hacer saber que estás bien.

—Pero si mandé una nota —dijo Adam, y Topacio estaba segura de que tenía una sonrisa en su cara—. Jamás te hubiera hecho pasar angustias, Rose —su voz estaba cargada de afecto, se percató ella.

—Tú siempre me causas angustias —replicó la mujer—, pero no solo no viniste inmediatamente después de tu regreso, sino que además llegaste casado. ¿Puedo saber cómo sucedió eso?

—Es un poco largo de explicar. Lo bueno es que me he casado, ¿no era eso lo que siempre me recordabas que quería mi madre?

—Sí, pero no deja de ser una sorpresa; cuando los vi llegar..., por cierto, eso me recuerda, ¡eres un ser muy desconsiderado, Adam! ¿Cómo has podido traer a esa pobre mujer viajando toda la noche? Si se notaba que apenas podía mantenerse en pie —reprochó la mujer, y Topacio hubiera dado cualquier cosa por ver la cara del duque, que por extraño que pareciese, no se defendió.

—Quería llegar lo antes posible —fue lo único que dijo.

No se oyó nada, pero Topacio casi podía ver a la mujer negando con la cabeza en reprobación.

—Bien, como decía, cuando los vi llegar fue toda una sorpresa. Tu mujer es muy hermosa, si me permites decirlo. ¿Estás enamorado de ella? —preguntó y antes de que Topacio oyera la respuesta de Adam, el ama de llaves continuó — ¡claro que lo estás! —afirmó—. Nada más hay que ver cómo la miras; el que no se diera cuenta sería un tonto.

Topacio esperó que él negara esa afirmación tan absurda y empezó a sentirse extraña cuando él no lo hizo, pero lo haría, lo haría porque él no podía estar...

—Sí, Rose, estoy enamorado de ella.

Topacio sintió un vuelco en el corazón; eso no era verdad, no podía ser verdad. Él no podía estar enamorado de ella. ¿Cómo podía estarlo? Si ella no había hecho otra cosa que tratarlo despectivamente desde que lo conoció. Entonces, ¿cómo rayos se había enamorado?

Pegó el oído más a la puerta impaciente por oír más de la conversación, a este punto, ya no le preocupaba que alguien pudiera verla cometiendo semejante falta de respeto.

—Lo sabía, pero ¿por qué ese tono melancólico? ¿Es que acaso ella no te quiere? —él debió negar con la cabeza por que ella siguió—: ¿Pero cómo es posible? Tú eres una persona encantadora.

Y he ahí uno de los motivos de por qué el hombre tenía la autoestima tan alta.

—Acabas de decir que vivo causando angustias.

—Eso no te quita lo encantador, desde niño lo has sido, y esa sonrisa tuya... esa sonrisa tuya es la perdición de cualquier mujer.

—No de ella.

—Pero...

—Creo que será mejor que dejemos el tema aquí, Rose —dijo y Topacio de alejó de la puerta cuando escuchó el sonido de una silla rodar.

No esperó a oír la respuesta del ama de llaves, sino que corrió de vuelta a su habitación; tendría que pensar, pero tendría que hacerlo más tarde, porque su baño ya estaba listo y una doncella la esperaba para ayudarla.

—¡Oh, excelencia!, lamento lo de su baúl; la persona que lo subió es nueva y temo que se ha equivocado de habitación, pero ya está aquí, y su baño está listo.

Topacio solo asintió y dejó que la doncella la ayudara. El baño fue tan relajante para sus músculos agarrotados... Por esos minutos que duró, se olvidó de todo lo que acababa de escuchar y se concentró solo en disfrutar la agradable sensación. El agua perfumada en esencia de lavanda la ayudó relajarse y deseó poder quedarse ahí para siempre. Pero fue solo eso, un deseo, porque poco después estaba envuelta en uno de sus camiones, dejando que la doncella le cepillara el pelo; cuando ella terminó, Topacio pasó el pestillo a ambas puertas y se sentó frente a la chimenea a pensar.

Eso no podía ser cierto, Rutland no podía haberse enamorado de ella;

seguramente, le había dicho eso a la señora Rose porque eso era lo que quería oír; sí, era del tipo de hombres que decía lo que una mujer quería escuchar. Por qué nunca le había dicho lo que ella quería oír era otra cosa, pero siempre decía lo que una mujer deseaba; además, su voz denotaba afecto hacia la mujer, y eso debió haber influido en su respuesta. Sí, eso era, él no estaba enamorado de ella, simplemente lo dijo para contentar a la mujer; entonces, ¿por qué no se creía esa teoría?

Soltó una serie de juramentos y miró el fuego de la chimenea. Eso lo complicaba todo. Primero, no estaba segura de llevar a cabo su venganza teniendo esa información. Había planeado meticulosamente la forma en que se vengaría de él y había llegado a la conclusión de que era la mejor. Ella lo iba a abandonar. No por mucho tiempo, por supuesto, él podría hacerla regresar si quisiera, pero iba a abandonarlo asegurándose de que la sociedad se enterara. Ninguno de los dos quedaría indemne del escándalo, pero él se llevaría la peor parte. La sociedad se burlaría un tiempo del hombre cuya mujer lo había abandonado unos días después de su boda, y suscitarían muchos chismes al respecto, cada uno peor que otro. Esa había sido la mejor forma que se le ocurrió para demostrarle, primero, que ella no se sometería a su voluntad, y segundo, que siempre se vengaba de una ofensa. Pero ahora, una simple información le impedía llevar a cabo su plan.

—Te estás ablandado, Topacio —se dijo a sí misma, sabiendo que era verdad.

¿Por qué rayos no podía seguir con su plan sin acabar con un remordimiento de consciencia? ¿Por qué saber eso la hacía sentir... diferente? Era él el que se había enamorado, ella no, o... ¡No! Claro que no, ella no se había enamorado, puede que ya no le desagradara tanto como antes y que lo considerara diferente a los otros, pero ella no se había enamorado ni se enamoraría, eso sería, sin duda, el peor error que podría cometer en su vida. No obstante, eso no evitaba lo que él sentía por ella, no podía vengarse después de de lo que había escuchado; ni ella era tan cruel.

Suspiró, aunque su orgullo se lo reprochase, tendría que buscar otra forma de demostrarle que ella no era sumisa, pero eso él ya debía saberlo, así que cualquier cosa que hiciese, conociéndolo como lo conocía, probablemente no le importaría y se reiría de ello, por eso la había escogido, ¿no? Porque era diferente.

Ahora bien, zanjado el tema de su no realizada venganza, se dispuso a

pensar en qué haría con la información; no podía decirle que ella lo sabía, sería arruinarlo todo, pero ¿cómo viviría sabiendo eso? «No debería ser tan difícil», pensó, pero al imaginarse el futuro se dio cuenta de que sí; ella no lo quería y no era justo que él lo hiciera. Podía hacer que se desenamorara, pero ¿era acaso eso posible? Y si lo era, ¿cómo lo haría? Su lengua y comportamiento no funcionaban sin él, y no pensaba cambiar, el panorama se veía complicado.

Soltó otro juramento. Eso le sucedía por andar escuchando conversaciones que no debería escuchar. Moraleja: el andar curioseando no traía nada bueno.

Unos golpes en la puerta, seguido de la voz de Rutland que decía su nombre, la sacaron de sus cavilaciones.

—Lárgate, Rutland, necesito pensar —gritó—, por favor—, añadió en tono más suave.

“Bien, tal vez, todo sí pueda ir con normalidad”, pensó. No debió decirle que necesitaba pensar, porque debía estar preguntándose qué, pero ya lo había dicho y, si tenía suerte, la dejaría para que pensara en paz. La noche de bodas y la curiosidad tendrían que esperar.

Adam no debía de pensar lo mismo pues, pocos minutos después, la puerta que comunicaba los dormitorios se abrió y él entró.

—Debo suponer que los problemas auditivos de Aberdeen son contagiosos. ¿Qué te acabo de decir?

Adam sonrió, no tenía ni idea de a qué problemas auditivos se refería ella, pero eso le causó risa, al menos hasta que recordó por qué había ido.

—¿Qué sucede, Topacio? —preguntó sentándose a su lado en el otro sillón—. Has estado muy rara todo el día.

—No me sucede nada.

Adam decidió no insistir más por el momento, en cambio, paseó la vista por su camisón y frunció el ceño.

—Creí haberte dicho que dejaras todos esos horribles camiones en tu casa. ¿La duquesa no te proporcionó un ajuar mejor?

Como Topacio no empacó su baúl, era probable que su adorada pistola se hubiera quedado en su casa y, lamentablemente, no podría recuperarla hasta que regresaran a Londres, lo que era una verdadera tragedia, ya que la necesitaba, solo para protección claro, no por motivos asesinos ni nada por el estilo, solo protección.

—No me gustó el ajuar —replicó y era cierto, ella ni loca se ponía el

camisón de Rowena le había mandado—. Antes de que se me olvide, usted no tendrá un arma que me proporcione mientras recupero la mía.

Adam soltó una sonora carcajada.

—Buscaré; hablando de eso, ya que estamos aquí, qué tal si nos quedamos unos días y te muestro lo prósperos que son los terrenos de caza.

Los ojos de Topacio se iluminaron.

—Sería estupendo.

Adam asintió.

—Solo recuérdame mantenerme lejos de tu vista.

Esta vez fue Topacio la que soltó una carcajada involuntaria.

—No se lo aseguro, sería interesante ver qué dice la gente si quedo viuda tan rápido.

Él sonrió y se inclinó hacia ella tomándole una mano y llevándosela a la boca.

—Tendré que cuidarme las espaldas, entonces —murmuró contra su mano—. Topacio...

Antes de que terminara la frase, ella se levantó y lo besó. No supo qué la impulsó a hacerlo, o tal vez sí; solo tenía la certeza de que la noche de bodas sí se llevaría a cabo, y no porque sintiera algo por él, no, ella simplemente deseaba conocer el final maravilloso que sus besos prometían. Tenía curiosidad por saber cómo era eso que las damas cuchicheaban y por lo que Rubí casi se arruina. Lo veía como una aventura, y Topacio Loughy — porque no tenía la menor intención de llamarse por otro apellido— jamás le decía no a una aventura. Además, tenía la esperanza de poder olvidar, aunque fuera por un momento, todo lo que le sucedía.

Adam no se hizo rogar, apenas se recuperó de la sorpresa, la estrechó contra su pecho y la colocó a horcajadas en su regazo.

Se besaron con pasión, como si su vida dependiera de cuanto pudieran extraer de los labios del otro.

Topacio se apretó más contra él y enredó las manos en su cabello poseída por una necesidad hasta ahora desconocida. Sus labios se movían sobre los suyos con presteza, con urgencia, urgencia de saber más, urgencia de dejarse llevar por lo que fuera que le estaba recorriendo el cuerpo en esos momentos.

Soltó un gemido ahogado cuando los labios de Rutland abandonaron los suyos para bajar por su clavícula, desatando a su vez los lazos del camisón que se encontraban en sus pechos, para luego bajar las mangas y liberarlos.

Jadeó al sentir sus labios en la unión de su cuello y su hombro, a la vez que una de sus manos acariciaban sus senos profiriendo una dulce tortura a sus pezones endurecidos.

Topacio quitó las manos de sus cabellos, las bajó por su pecho y encontró el obstáculo de su ropa, que le impedía sentir el calor de su cuerpo. Con dedos torpes por la impaciencia, empezó a desabrocharle los botones del chaleco y gruñó de frustración cuando estos no cedían con la rapidez que ella quería.

Adam, viendo su enojo, quitó sus manos y dijo en tono burlón:

—Para ser alguien que vive vestida de hombre, cariño, tienes dedos muy lentos.

Eso le ganó un duro manotazo en el hombro, pero él la besó antes de que ella pudiera decir algo más.

Paseó una mano por sus muslos, acariciando en forma ascendente y descendente hasta llegar a sus rodillas, por donde la tomó y se levantó sin previo aviso. Ella tuvo que colocar las manos en su cuello para no caerse mientras él la llevaba a la cama, en donde la depositó con suavidad mientras se quitaba su propia ropa.

Como nunca había sido tímida, ni dada a ruborizarse, Topacio observó con curiosidad y fascinación cada porción del cuerpo que el hombre dejaba al descubierto y no pudo controlar el deseo que parecía hacerse mayor cada vez que lo veía. No pudo negar que sintió un poco de miedo, pero nada que no desapareciera cuando estuvo encima de ella, besándola nuevamente, haciéndola olvidarse de todo.

No supo en qué momento desapareció el resto de su camisón, solo fue consciente de sus manos sobre su cuerpo y él debía ser consciente de las suyas sobre el de él, porque varios gemidos se escaparon de sus labios, sobre todo, cuando, curiosa, bajó las manos por su abdomen hasta tocar ligeramente su miembro con los dedos. Él gimió y ella lo tomó como un incentivo para seguir haciéndolo, hasta que él susurró cerca de su oído con voz ronca.

—Siempre supe que querías matarme, pero nunca imaginé que fuera de esta forma—dijo y empezó a separarle las piernas.

Topacio sintió cómo su miembro se fue introduciendo lentamente en su interior, hasta que, después de una punzada de dolor que desapareció casi tan rápido como vino, lo sintió por completo dentro de sí y se sintió a su vez llena.

Él empezó a moverse, primero lento, hasta que sus embestidas fueron

aumentando de nivel, haciéndola llegar a un punto donde creyó que iba a explotar, y eso fue lo que hizo o, al menos, lo que pareció que sucedió cuando miles de sensaciones embargaron su cuerpo al mismo tiempo, haciéndola sentir algo tan maravilloso que no podía ser expresado con palabras.

Escuchó vagamente cómo Rutland soltaba algo parecido a un gruñido para después desplomarse encima de ella con cuidado de no aplastarla, luego se retiró y se colocó a su lado. Ambos se quedaron en silencio y Topacio llegó a la conclusión de que podía ser entrometido, irritante y todos los defectos que se le vinieran a la cabeza, pero su arrogancia estaba más que justificada

## CAPÍTULO 24

—Quiero dormir —le dijo Topacio al hombre a su lado una vez que su respiración se normalizó— ¿podrías irte, por favor?

—¿Me corres?— le preguntó Adam, quién sonrió al ver que ella asentía—. ¿Y si no me quiero ir? —la retó.

Topacio pareció pensarlo.

—Me voy yo —dijo simplemente—. Aunque como este es mi cuarto, lo más correcto es que te vayas tú; sería un acto de caballeros, pero como ya sé que no lo eres...

Adam no cayó en la manipulación, en cambio, se acomodó más en la cama.

—Quiero dormir contigo —le dijo.

—Yo no.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Deberías buscar una respuesta mejor que esa.

—Porque me gusta dormir sola —respondió empezando a exasperarse.

—¿Por qué?

—¡Porque sí!

—Bueno, estamos variando, ¿te das cuenta que pareces una niña pequeña cada vez que respondes así? En cambio si te explicarás...

—Simplemente no deseo explicarme —le dijo—, pues siento que no mereces explicación, ahora ¡largo del cuarto! —exigió tomando una almohada y dándole un golpe con ella.

Él sonrió y colocó las manos como protección al siguiente almohadazo.

—Bien, bien, me voy —dijo y se levantó con pereza, dejándole una buena visión de su cuerpo mientras recogía la ropa.

Aunque quería mostrar indiferencia, Topacio se vio incapaz de apartar la

vista de ese cuerpo que acababa de darle tanto placer, y él debía saberlo, porque ella pudo ver cómo sonreía.

—Y yo que juraba que las mujeres estaban de mejor humor después de hacer el amor —comentó él y cerró la puerta antes de que la almohada se estrellara en su cara.

Topacio se acomodó en su cama y cerró los ojos. No fue difícil conciliar el sueño como creyó hacía un rato, pues su cuerpo se encontraba en un estado laxo y cansado. Apenas su cabeza tocó la almohada, Morfeo la acunó en sus brazos.

*La sangre ocupaba cada lugar de lo que antes fue un gran salón. El olor agrio de esta impregnó las fosas nasales de Topacio mientras veía, sin poder ni atreverse a hacer nada, cómo un hombre disparaba a su padre, quién cayó al lado del cuerpo ya inerte de su madre.*

*—¡No!—gritó ella como si esa palabra pudiera negar el hecho de que todos estaban muertos, como si pudiera hacer que no lo estuvieran.*

*—¡Sí! —afirmó la voz del monstruo que tenían por tío—. Están muertos, están muertos y ahora sigues tú.*

*—¡No! —volvió a gritar— ¡Tú estás muerto! ¡No!*

*—Pronto ambos lo estaremos, así como lo están tus padres, como lo está tu familia, y pronto lo estarás tú y no podrás hacer nada, así como no pudiste salvarlos a ellos, no te salvarás tú —dijo con una voz gutural, casi fantasmal.*

*—¡No!*

Y eso fue lo único que recordó antes de ser despertada bruscamente y encontrarse con la cara del hombre que acababa de correr del cuarto.

—¿Por eso no querías que me quedara? Tus pesadillas son frecuentes —afirmó— ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Topacio no tenía ganas en ese momento de nada que no fuera estar sola. Se sentía peor que otras veces; tan mal que creía estar a punto de explotar, sentía que no podía más y unas irremediables ganas de llorar que no podía liberar ahí. Se sentía, por primera vez, en muchos años, sola. Las pesadillas la habían atormentado por demasiado tiempo, y cada una era peor que la otra, pero siempre creyó que sobreviviría a ellas; venían con tanta frecuencia que ya eran parte de su vida, pero esta vez... no sabía qué tenía de especial esta vez, pero sentía unas irremediables ganas de rendirse, de dejar de luchar contra todo, contra la vida, contra sus sueños, tenía ganas de encerrarse para siempre

en un lugar donde nadie le pudiera hacer daño y donde estuviera a salvo de todo.

—¡Lárgate! —le dijo a Adam—. Estoy bien, lárgate.

—No, no estás bien. ¿Qué sucede, Topacio? ¿Qué es eso que te atormenta?

—¡Nada! ¡Lárgate ya!

Topacio no se sentía con ánimos de nada, ya no quería ser fuerte, pero no podía permitirse ser débil. Para empeorar su estado, un trueno sonó a los lejos previniendo a los habitantes del lugar de una inminente tormenta; más recuerdos se agolparon en su cabeza y fue imposible alejarlos. Se puso las manos en la cabeza, como si así pudiera hacer que se fueran, pero no se iban.

—Topacio —dijo Adam con suavidad acercándose lentamente a ella—. Topacio, tranquila, dime qué te sucede, yo te puedo ayudar.

No, no podía, nadie podía, ni siquiera debería necesitar ayuda, había afrontado todo eso durante años sola. ¿Por qué ahora no? Tal vez porque había llegado al límite de su contención.

—Lárgate —repitió una última vez en un susurro que parecía un ruego—. Vete y déjame sola.

—Por Dios, mira como estás, no pienso dejarte sola. —Adam se acercó más a ella y la abrazó pasándole las manos por los hombros.

Ella se resistió, quería estar sola, quería desahogarse en paz, pero al final, como si se le hubieran acabado las fuerzas para luchar, se relajó en sus brazos y recostó la cabeza en su hombro. Al día siguiente ya habría tiempo de arrepentirse de eso.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que las lágrimas bañaron sus manos. En ese momento se odió, se odió por ser débil, se odió por mostrar esa debilidad ante otros, y se odió porque en el fondo siempre lo había sido, siempre había sido débil, cobarde. ¿Por qué si no había visto cómo mataban a todos sin hacer nada? No hubiera podido hacer nada, era una niña, pero si hubiera muerto aquella noche, lo hubiera hecho con el sentimiento de que lo intentó y no viviría ahora con el peso de que se había quedado ahí, viendo todo sin atreverse a mover un dedo por salvar a esas personas que le dieron la vida. Hasta ahora, sus pesadillas que le recordaban de manera distorsionada aquella noche, nunca habían sido tan malas, es decir, siempre aparecía su tío como personificación del mal, pero solo esa noche le había recordado lo que ya sabía, que era una cobarde, que no había podido hacer nada. A veces, solo a veces, pensaba si no hubiese sido más sencillo haber muerto, en lugar de

estar ahí, enfrentado y defendiéndose de una vida llena de maldad.

Adam observó a Topacio y sintió que algo se partía dentro de él al verla así, con las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas cual cascada. Parecía tan vulnerable que solo provocaba abrazarla y consolarla como si fuera una niña. Pero solo la abrazó y esperó hasta que los sollozos disminuyeran, temiendo que, si decía algo, todo podía arruinarse.

Después de que se fue de su cuarto, a Adam le había costado conciliar el sueño, por lo que estaba despierto cuando sus murmuraciones —que luego se convirtieron en gritos— le advirtieron que algo no estaba bien. Al entrar la encontró exactamente como la primera vez, retorciéndose en la cama mientras su rostro mostraba distintas señales de sufrimiento; fue entonces que la despertó, ansioso de acabar con su pesar. Cuando abrió los ojos, vio que ella ya no estaba bien, su expresión era la de alguien que ya había soportado demasiado y se veía incapaz de seguir haciéndolo. Decidió que no se iría de ahí hasta saber la causa de su congoja.

—Topacio —dijo al final casi en un susurro—. Topacio, tranquila. ¿Por qué mejor no me dices que sucede?

El tono tierno con el que lo dijo fue la perdición de ella. Ella quería que fuera malo, que le hiciera recordar quién era y por qué se comportaba como se comportaba. Pero no, el hombre era tierno y le provocaba unas insistentes ganas de desahogarse, pero ella no podía hacerlo, ¿cierto? Ella no podía dejarse llevar por ese impulso, pero es que se sentía tan mal. Era como si cada día hubieran colocado dentro de ella una piedra con la que cargaba, hasta que el peso se había hecho tan difícil de soportar que era menester liberarse de él. La necesidad de hablar, de contar todo lo que la atormentaba se batía en una lucha interior con la conciencia de que, si contaba esa parte de sí misma, se volvería vulnerable antes sus ojos, pero ¿no acababa de hacer precisamente eso ahora mismo llorando frente a él? Antes de que ganara la parte racional de su cerebro, su necesidad tomó voluntad propia y su boca empezó a hablar sin que pudiera detenerla.

—Estábamos jugando —confesó limpiándose las lágrimas que resbalaban por sus mejillas— y yo me escondí en el armario del salón; estaba ahí cuando los hombres llegaron. —Adam tardó un momento en darse cuenta de que ella le confesaba lo sucedido en la noche de la tragedia—. Se empezaron a oír disparos y yo no entendía nada, no sabía qué sucedía, hasta que oí a mi madre gritar. —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y abrazó sus rodillas,

como si quisiera protegerse de algo, como si ya no hablara la mujer, sino la niña—. No pude contenerme y abrí las puertas solo un poco, a tiempo para ver cómo mataban a mi madre.

Ella hizo una pausa y Adam empezó a imaginar todo, sintiendo su dolor como suyo. Ella permaneció callada más tiempo y él temió que no prosiguiera, pero lo hizo; su mirada se perdió en algún punto del cortinaje de la cama cuando continuó.

—Luego apareció mi padre, que peleó con el que había organizado todo. ¿Sabes quién fue? —preguntó, pero no lo veía, hablaba como si le estuviera contando la historia a alguien invisible frente a sí—. Mi tío, mi tío Mathew, el hermano bastardo de mi padre y de mis tíos, él los mató a todos y ¡¿sabes por qué?! ¡¿Sabes por qué?! —dijo y él negó con la cabeza aunque ella seguía sin verlo—. Porque nos odiaba, odiaba a mi familia solo por haber nacido legítima, los odiaba porque ellos eran felices y él no lo era. Y ¿sabes que es lo peor de todo? Que yo lo vi, vi cómo los mataban a todos y no moví ni un dedo por evitarlo. ¡Soy una cobarde!

—¡Por Dios, Topacio! Tú no podías hacer nada, ¿Qué edad tenías? ¿Ocho? ¿Nueve? Hubieras muerto.

—¡Pero tendría el consuelo de que lo intenté, y de que no me quedé sin hacer nada! —gritó como si él no entendiera.

Y él no lo entendía, al menos no del todo. ¿Qué podía hacer una niña de ocho años para detener una masacre bien planeada? Si hacía algo era dirigirse a una muerte segura. Nadie debería vivir eso, y fue cuando lo entendió todo. Entendió el porqué de su personalidad, el porqué de su renuencia a confiar, pues su teoría debía ser que, si no se confiaba en la familia, ¿en quién se confiaba? También entendió que su carácter indiferente y fuerte era tal y como le había dicho William hacía unos días, un mecanismo de defensa, defensa contra el mundo; era como si creyera que, si su carácter espantaba a la gente, nadie se atrevería a hacerle daño, sin saber que vivir en constante estado de alerta solo le hacía daño a sí misma.

La abrazó en silencio por varios minutos, y no fue hasta que sus sollozos se tranquilizaron que dijo:

—No puedes reprocharte algo que no podías evitar, cariño —le susurró cerca de su oído acariciando su hombro—. No podías hacer nada, hubieras muerto y eso hubiera sido una tragedia más. Dime ¿Qué hubieran hecho tus primas si, además de perder a sus padres, te hubieran perdido a ti también?

¿Cómo crees que hubieran vivido sin tu presencia?

Topacio no dijo nada, pero Adam supo por instinto que analizaba sus palabras, así que siguió.

—Damián me contó que lo ayudaste con la boda. Dime, ¿qué hubiera hecho Rubí sin ti, que la hiciste entrar en razón?

Ella permaneció en silencio y Adam casi podía ver su cerebro interpretar sus palabras.

Topacio no había pensado nunca en eso aunque supuso que sus primas podían habérselas arreglado sin ella, claro que podían, ¿o no? Sí, claro que podrían haberlo hecho, solo que... Negó con la cabeza, su cerebro estaba muy confuso en ese momento, y ella no tenía ganas de pensar, no tenía ganas de preocuparse más. Por primera vez en su vida se sentía libre; al llorar y contar todo, lo había conseguido, y ella no quería pensar en nada, ni siquiera en que al otro día seguro se arrepentiría de ello.

Recostó su cabeza en el hombro desnudo de Adam y cerró los ojos, dejándose llevar por lo reconfortante que le resultaba su persona; era como un lugar de apoyo para mantenerse en pie y, solo por esa noche, Topacio quería olvidarse de todas sus defensas y miedos, quería estar en paz.

Cerró los ojos y no tardó en dormirse con la sensación de que le habían quitado un peso encima.

Adam se percató cuando ella se durmió, la acostó con cuidado y luego se recostó a su lado, la abrazó y él también se durmió sabiendo que el que ella confesara había sido un gran paso, pero que todavía quedaba camino por delante y él estaría gustoso de recorrerlo con ella.

## CAPÍTULO 25

Cuando Topacio despertó al día siguiente, lo hizo con una extraña sensación de plenitud. Se sentía bien, por primera vez en años se sentía bien, y entonces recordó todo.

Se enderezó bruscamente en la cama y miró al hombre de bellas facciones que dormía junto a ella. No podía haberle contado todo, en verdad no pudo haberlo hecho, no pudo mostrarse débil frente a él, no... ¿Qué le había pasado? ¿Cómo había bajado la guardia de esa manera? La respuesta era simple: se sintió cansada, se había sentido cansada de todo, del peso que cargaba, de los recuerdos que la atormentaban, de todo, y la necesidad de liberarse la había hecho tomar una decisión que en su estado cuerdo jamás habría tomado. ¿Y ahora? ¿Cómo actuaría frente a él? ¿Qué pensaría él de ella? Fuera lo que fuera, no se quedaría ahí para descubrirlo, tenía que pensar primero antes de volver a verlo.

Con cuidado de no despertarlo, se levantó de la cama y buscó entre su ropa un traje de montar. Se cambió intentando hacer el menor ruido posible y cuando salió de la habitación, Rutland seguía dormido. Tomó un rápido desayuno y fue directo a los establos para pedir que le ensillaran un caballo.

Empezó un trote lento por las tierras hasta que la necesidad le ganó y azuzó el caballo para hacer que ganara velocidad. No le importaba perderse, solo le importaba sentir su corazón latiendo rápido, haciéndola sentir viva. Necesitaba liberar todo su estrés mediante el ejercicio.

No supo cuánto tiempo estuvo corriendo, ni se percató del todo cuándo se detuvo, solo fue consciente de que se sentía mejor. Cuando regresara, actuaría normal; lo de la noche anterior todavía no tenía explicación lógica, pero ya lo había hecho y no había vuelta atrás. Qué la llevó a confiar en Adam de esa manera, lo desconocía y, aunque una parte de ella se

arrepintiera de haberlo hecho, la otra se alegraba, porque el sentimiento de paz interior no tenía precio, y sus palabras... sus pocas palabras habían sido bastante reconfortantes dichas por él, a pesar de habérselas repetido ella misma durante años; que él las dijera le daba un toque diferente, como si fueran creíbles solo por salir de su boca. Él la hacía sentir... extraña.

Más tranquila, intentó recordar el camino de regreso, cuando sintió sus vellos erizarse. El ambiente obtuvo de repente un aura negativa y de tensión, justo antes de que un disparo rompiera el silencio de la mañana. El ruido hizo que su caballo se espantara y empezar a agitarse. Topacio intentó calmarlo y, justo cuando casi lo conseguía, sonó otro disparo que logró que el animal perdiera el control. Este se colocó en dos patas y solo agarrarse de la rama de un árbol a tiempo fue lo que la salvó de una fea caída que pudo haberle roto el cuello.

Topacio vio cómo el animal seguía moviéndose inquieto y paseó su vista por el lugar en busca del responsable. Vio la figura pequeña de un muchacho alejarse corriendo y dio un paso en su dirección, no obstante, se detuvo. No estaba armada, no podía perseguir a alguien que sí lo estaba y que además tenía el firme propósito de matarla, porque eso era lo que quería. Los disparos en sí no estaban dirigidos a ella, si no que estaban destinados a asustar al caballo para que este la tirara y posiblemente la matara, lo que solo quería decir que la persona que quería verla muerta quería que pareciera un accidente.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero al ser consciente de que el peligro en verdad la asechaba. Una cosa era saberlo y otra cosa experimentarlo en carne propia. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Sin duda no podía ir a Bow Street a denunciar el hecho. ¿Qué iba a decir? «Una loca quiere matarme y ya hizo el primer intento, pero nadie más que yo lo sabe», era ridículo, y no solo porque lo contaría una mujer, sino porque no tenía pruebas. Dudaba que alguien hubiese escuchado los disparos, de ser así, ya alguien habría aparecido; por otro lado, el muchacho no se hubiera atrevido a disparar si supiera que alguien pudo haberlo escuchado, debía haberse alejado más de lo esperado.

Logró tranquilizar al caballo y emprendió lo que esperó que fuera el camino de regreso, mientras su mente divagaba en qué hacer. Podría cargar su arma cada vez que saliera como protección, pero tal vez no fuera suficiente. Vivir en constante alerta no era su mejor opción, tenía que deshacerse de la persona

que quisiera hacerle daño de una vez por todas y, aunque le diera riña, sabía que no podía hacerlo sola.

Pedirle ayuda a Adam era sin duda su última opción. Se dijo que jamás lo haría si no fuera desesperada la situación, pero lo era, su vida corría peligro, su instinto se lo decía, como también le decía que él era el la única persona medianamente confiable con la que contaba.

No muy contenta de tener que depender de alguien más que no fuera ella, siguió lo que creyó que era el camino de regreso y por algún golpe de suerte, después de veinte minutos logró divisar la mansión. Dejó el caballo en los establos y entró en la casa pensando en la mejor manera de tratar el asunto. El hombre no se sentiría muy feliz de que ella no se lo hubiera contado antes, pero a Topacio no le interesaba que se enfadara, era su vida y ella decidía qué decir y qué no.

Preguntó a una de las criadas por el duque y ella le informó que estaba desayunando, así que se dirigió a la pequeña sala del desayuno y lo encontró devorando un bollo.

Su presencia le causó más conmoción de la que esperaba, como si algo hubiera cambiado entre ellos. La antipatía hacia él parecía haber desaparecido y Topacio temía que las cosas no volvieran a ser como antes.

—Buenos días —saludó sentándose a su lado.

—Buenos días —correspondió él sin una sonrisa y un brillo en sus ojos—. Es bueno verte, cuando desperté y no estabas, creí que te habías escapado.

«Si supiera», pensó recordando su venganza no realizada.

—Salí a cabalgar —respondió y después de un momento dijo—: tengo que decirte algo.

—Yo también. ¿Qué tal si salimos a cazar en un rato, después de que me ocupe de lo que me trajo aquí? Así aprovecho y te enseño las tierras.

Los ojos de Topacio se iluminaron y asintió efusivamente.

—Estupendo, hacía tanto tiempo que no salía de caza.

—Bien, ¿qué querías decirme?

—Yo... eh... se me olvidó —respondió al final y se levantó saliendo del lugar, sabiendo que el hombre podía leer una mentira rápidamente.

Ella no podía arriesgarse a contarle todo y que él cancelara la propuesta de ir a cazar. Se lo diría luego, decidió; no podía pasarle nada malo estando con él.

Esa afirmación la sorprendió. Con él se sentía segura. Nunca se había

sentido así con respecto a nadie, su única garantía de seguridad siempre fueron sus capacidades y su pistola, nada más. Confiarle a alguien más su seguridad era algo que no sabía si quería experimentar, pero ¿se podía evitar experimentar lo que ya se sentía? Negando interiormente con la cabeza, se volvió a preguntar cuál había sido el momento exacto en que su vida había dado un vuelco completo, ahora solo quedaba averiguar si era para bien o para mal.

Juliette soltó un juramento en voz alta y tiró el sombrero que ocultaba sus cabellos en el piso de la cabaña abandonada donde se refugiaba.

Cuando había quemado una pequeña porción de terreno para atraer a Adam y a su esposa al campo, tenía todo perfectamente planeado. Ellos vendrían, ella los vigilaría y encontraría la mejor oportunidad de llevar a cabo su plan. Al ver a la tal Topacio acercarse sola a los establos, supo que su momento había llegado, así que la siguió, y al final tuvo que seguir las huellas del caballo para encontrarla, pues cuando la mujer empezó a cabalgar le perdió el rastro. Cuando la encontró, observó con satisfacción que se habían alejado lo suficiente de oídos inoportunos. “La suerte está de mi lado”, pensó y disparó al aire. Su idea era hacerla caer del caballo e ir a comprobar si estaba muerta y, en caso de que no lo estuviera, golpearla con su arma hasta que lo estuviera. Todo debía parecer un accidente y todo pudo haber salido bien si ella no se hubiese abalanzado sobre la rama para sostenerse y evitar la caída.

La rabia que le causó su plan fallido había impedido que pudiera huir a tiempo; para cuando reaccionó y corrió, ella ya la había visto, lo sabía pero, si tenía aunque fuera un poco de suerte, no le habría visto la cara y pensaría que era un simple muchacho, que era lo que su disfraz dejaba aparentar. Lo malo de todo era que ella ya estaba sobre aviso de que alguien quería hacerle daño, si no lo estaba desde hacía tiempo. Ese fue otro asunto, no encontró oportunidad de librarse de lord Frederick; el hombre debía saber que ella se vengaría porque no se dejó ver ni un minuto solo ni desprotegido. No supo si había llegado a advertirle de sus intenciones, pero si no lo había hecho, ya lo debería saber, y eso sería un problema. Si se lo llegaba a decir a Adam, todo se complicaría y tendría que tomar medidas más severas y actuar rápido aunque su muerte ya no pareciera un asesinato.

Horas más tarde, unos ruidos de caballos la pusieron en alerta y recargó su pistola. Se acercó a la ventana de la pequeña cabaña y vio a lo lejos unos jinetes que merodeaban el lugar. Genial, tal vez la suerte sí estaba de su lado

después de todo; podía acabar con ella ahí mismo, mientras cazaban; el problema radicaba en saber si podría hacerlo sin ser descubierta. Tendría que averiguarlo y arriesgarse en dicho caso, no se obtenían resultados satisfactorios si no se corrían riesgos. Decidida, salió de la cabaña. Topacio Loughy se reuniría hoy con el Creador.

Topacio bajó del caballo e hizo lo posible por ignorar la sensación de peligro que le inundó cada uno de los poros apenas llegaron al terreno de caza. No podía mostrarse emocionada por ir a cazar y luego echarse para atrás, el hombre pensaría que estaba loca, si no lo pensaba ya. No creía que el asesino intentara un ataque tan pronto, además, se la había pasado muy bien hasta ahora y no pensaba arruinarlo con pensamientos negativos.

De camino hasta ahí, había surgido entre ellos una conversación amena y entretenida, extrañamente sin comentarios mordaces de su parte ni pullas entre ellos; como si de una tregua momentánea se tratara. Topacio tenía que admitir que la pasaba bien a su lado, y el hecho de que la llevara a cazar daba puntos en su favor, por mucho que le costara admitirlo, pues ¿qué esposo llevaba a su esposa a cazar?

Amarraron los caballos y se acercaron caminando al terreno de caza para que el ruido de los caballos no espantara a los animales.

Se separaron un poco para buscar por su lado y Topacio no tardó mucho en divisar una liebre a unos metros de ella. Con precaución, alzó el rifle y apuntó, y cuando su dedo estaba ya haciendo leve presión en el gatillo, un ruido seguido de un escozor en el hombro hizo que su arma callera al piso. El escozor se convirtió en un dolor profundo y el sonido de su nombre fue lo último que escuchó antes de perder el conocimiento.

## CAPÍTULO 26

Adam se acercó con desesperación al cuerpo de su esposa tirado en el piso y su ágil vista pasó de la herida a los alrededores buscando al responsable. No vio nada, pero oyó pasos que se alejaban, y juró por lo bajo al darse cuenta de que ahora no podría perseguir al culpable, no mientras Topacio estuviera inconsciente.

Con cuidado, examinó la herida. La bala había atravesado el hombro derecho y estaba derramando mucha sangre. Desesperado, rasgó el borde del traje de montar de ella y apretó la herida para detener la hemorragia. Luego, la tomó con cuidado de no tocarle el hombro y se las arregló de alguna forma para montarla en el caballo.

Muy en contra de su voluntad, tuvo que ir en un trote lento para evitar hacerle más daño, aunque la desesperación por llegar lo estaba comiendo vivo. La preocupación lo embargaba a cada minuto que pasaba y por cada quejido que salía de su boca, su corazón se detenía. Ella no podía morir, ella no podía dejarlo, ella no.

—Aguanta, mi vida, demuestra esa fortaleza de la que tanto haces alarde —susurró en su oído aún sabiendo que no podía escucharlo.

Cuando llegaron, Adam gritó la orden de que fueran al pueblo a buscar al doctor mientras llevaba a Topacio a la habitación; la recostó con cuidado y esperó pacientemente a que el doctor llegara. Casi juraba que se quedaría sin cabellos cuando él al fin hizo su aparición y le ordenó salir del cuarto para revisarla. Adam se había negado, claro, pero el doctor terminó corriéndolo y pronto se vio en el pasillo, paseando como perro enjaulado que esperaba ser soltado para abalanzarse de sobre su presa.

Cuando el doctor abrió la puerta, Adam literalmente se le lanzó encima y el hombre pequeño empezó a hablar incluso antes de que el duque formulara la

pregunta.

—La bala no parece haber dañado ningún hueso y, sin duda, no dañó ninguna vena, pues aún está viva. Tuvo suerte y se recuperará pronto si la herida no se infecta.

Adam asintió y despidió al doctor, solo agradeciendo que el hombre no preguntara cómo se había hecho Topacio la herida.

Entró en el cuarto y se sentó a su lado. Le acarició suavemente la mejilla mientras sus negros ojos reflejaban toda la tristeza que le causaba verla así. Débil, vulnerable, desprotegida, así era como lucía Topacio en esos momentos, con su rostro pálido, sus ojos cerrados y su piel fría.

Llenó de rabia, su mente volvió al asunto del asesino y solo un nombre se le vino a la mente: lord Frederick Ardrich. ¿Quién más podía ser? Había sido muy tonto de su parte haberlo dejado en paz una vez que obtuvo la información, debió haber acabado con él apenas se presentó la oportunidad y cortar el problema de raíz; pero no, él había sentido que el hombre no era peligroso y lo había dejado en paz; ahora Topacio pagaba las consecuencias de su ineptitud... Sin embargo, pensándolo de forma más lógica, ¿sería posible que él no haya estado involucrado? Es decir, lo había mandado a vigilar todo el tiempo y según los informes recibidos, el hombre no había actuado de ninguna manera que pudiera considerarse sospechosa, de hecho, en esos momentos debía estar de camino a Escocia; Entonces, si no fue él, ¿quién?

Su mente empezó a pensar rápidamente en todos los informes recibidos de los hombres que habían vigilado a lord Frederick. Durante los primeros días, el hombre había visitado con frecuencia los burdeles a los que siempre iba, pero después dejó de hacerlo. Adam supuso que la carta anónima enviada a su padre había tendido que ver. No obstante, pensándolo de forma detenida, uno de sus investigadores había mencionado algo de dos encuentros con una mujer de cabellos negros. Al principio no le había dado importancia al asunto, pero ¿podría ser que eso tuviera algo que ver?

Mujer de cabellos negros, mujeres de cabellos negros había miles, e incluso esa que le mencionaron podía ser una de las amantes de lord Frederick, pero ¿si no lo era? ¿Si era alguien más que estaba involucrada en el asunto? La pregunta que debería formular sería ¿quién era? ¿Y por qué motivo quería hacerle daño a Topacio? Sabía que su esposa le caía mal a mucha gente, pero caerle mal a alguien no era motivo para un asesinato, no; tenía que haber algo

más.

No pudiendo quedarse sin hacer nada, depositó un beso en la frente de Topacio y salió de la habitación. Dio órdenes de que vigilaran la casa, sus alrededores y, sobre todo, el dormitorio de ella, por si el misterioso asesino quería terminar lo comenzado.

Salió de la casa y montó a caballo hasta llegar al lugar exacto donde habían ido a cazar. Ató su caballo en el mismo lugar y examinó el terreno en busca de cualquier huella, o alguna pista que pudiera hacerlo dar con el culpable.

Nada.

No había nada, las posibles huellas habían sido borradas y no pudo encontrar ni la bala que atravesó el cuerpo de su mujer para identificar el arma. El asesino debió haber borrado toda pista cuando el salió con Topacio.

Furioso, regresó a su casa y se instaló en el cuarto de su mujer, para vigilarla él mismo.

Topacio despertaba por momentos, pero eran períodos cortos y no estaba muy cuerda, solo tomaba agua y volvía a dormir. Adam agradecía que al menos no le hubiera dado fiebre. Según el doctor, si seguía así, pronto se recuperaría.

Al tercer día, la desesperación que embargaba a Adam cada minuto, menguó, cuando Topacio al fin despertó.

Sus ojos grises lo miraron con lucidez y Adam tuvo el presentimiento de que lo peor ya había pasado. Respiró con alivio, eso era sin duda lo mejor que podía haberle sucedido en la vida.

—Estás horrible —le dijo Topacio y él soltó una carcajada.

Sí, definitivamente estaba mucho mejor; como nueva, se atrevería a decir. Aunque tenía que admitir que no debía presentar su mejor aspecto. Tenía una barba de tres días, el cabello revuelto y ojeras por no dormir bien, pero qué importaba eso si ella ya estaba bien.

—¿Cómo te sientes? —preguntó y le acercó agua para ayudarla a que la tome.

—Mal, pero supongo que pude haber estado peor. ¿Qué sucedió?

—Alguien te disparó cuando fuimos de caza. Gracias a Dios, no pasó a mayores, creo... —dudó un momento entre si decírselo o no, al final optó por hacerlo—. Creo que alguien quiere hacerte daño, Topacio.

Adam siempre supo que ella era una mujer que no se dejaba impresionar con facilidad y que sabía manejar muy bien sus emociones, pero el que no

mostrara el menor indicio de sorpresa lo hizo sospechar, más cuando empezó a jugar con los dedos en la colcha.

—Topacio —dijo con calma—. ¿Hay algo que necesitas decirme?

Ella asintió.

—Te lo iba a decir antes de ir a cazar, pero... se me olvidó —dijo simplemente y él estaba seguro de que si no le hubieran disparado, se hubiera encogido de hombros en señal de indiferencia.

Él esperó a que ella hablara y después de un rato, lo hizo. Le relató todo: desde la advertencia de la gitana hasta lo dicho por lord Frederick; al final, se dijo que Topacio debía agradecer estar convaleciente, porque el mismo quería asesinarla.

—¿Puedes decirme por qué no dijiste nada? —preguntó con un forzado tono de calma.

Ella lo miró con demasiado desafío para ser alguien convaleciente.

—Eran mis problemas, no tenías por qué enterarte tú.

—¡Tu vida estaba en peligro y yo no tenía por qué enterarme! —exclamó.

Ella asintió, aunque con cautela, como si ya no estuviera convencida de eso.

—¿Dices que me lo ibas a decir en el desayuno y se te olvidó? ¡Se te olvidó! ¿Cómo rayos se olvida algo así?

Ella se encogió ante su tono, pero siguió mirándolo desafiante.

—Bien, no se me olvidó, decidí posponerlo porque quería ir de caza y sabía que si te lo decía cambiarías los planes. ¿Me equivoco?

—¡No! ¡Claro que no te equivocas! Por ir de caza es que estás así —explotó.

Topacio iba a mencionar algo como que estaba bien y que no le había pasado nada más grave, pero se contuvo, pues algo le dijo que, si soltaba algún comentario de ese tipo, el hombre estallaría.

—¿Dime exactamente cómo describió lord Frederick a la mujer?

—De cabellos negros, blanca, esbelta y ojos negros. No sabe su nombre y dijo que ella no tenía nada contra mí, sino contra alguien cercano a mí, lo que es absurdo, pues mis cercanos no tienen enemigos y... —una sarta de juramentos que escandalizarían al peor de los marineros interrumpieron su relato—. Sabes, esas palabras no se deben decir frente a una dama —le reprochó después de que terminó.

Él la miró furioso.

—Será mejor que descanses, mandaré a llamar al doctor y pediré a la

cocinera que te prepare algún caldo para que vayas recuperando fuerzas —su tono era calmo, por lo que Topacio supuso que su rabia ya no iba hacia ella.

Él salió antes de que Topacio pudiera preguntar siquiera qué había sucedido.

Juliette, tenía que ser Juliette. La descripción respondía perfectamente a ella, y claro que tenía algo contra alguien cercano a ella, tenía algo contra él. Quería venganza, se lo había advertido desde hacía tiempo, y casi la había conseguido.

Casi, pero no permitiría que lo lograra. Tenía que buscar la forma de deshacerse de ella, pero antes de pensar cómo, tenía que encontrarla. Rondaba sus tierras, eso estaba claro, pero la mujer era una especialista del disfraz. Tendría que preguntar en la posada del pueblo si había llegado algún forastero últimamente, e interrogaría a los trabajadores para ver si alguno de ellos había visto algo fuera de lo común, una persona nueva rondando por ahí, algo que le diera una pista de dónde se encontraba la mujer.

Salió de la casa a cumplir con su cometido.

Cuando regresó, ya debía ser casi la hora de la cena. No había parado de buscar y la información que consiguió no fue mucha. En las posadas del pueblo no había llegado nadie nuevo en las últimas dos semanas y, en su hacienda, solo uno de los lacayos afirmó ver a un muchacho extraño rondando por la casa. Dijo que era un muchacho menudo, que se escabulló antes de que pudiera preguntarle quién era y qué hacía por ahí.

Tenía que ser ella, nadie más; dudaba que la mujer pudiera permitirse contratar a alguien para hacer el trabajo sucio en su lugar; que él recordara, su situación después de la muerte de su esposo no era la mejor y no creía que hubiera cambiado en algo.

Con sus pensamientos en lo sucedido, pidió un baño y se arregló para luego ir a ver a Topacio.

Cuando entró en su cuarto, ella tenía mejor color, gracias a Dios; una sopa colocada en una tabla que estaba en su regazo y la mirada con el ceño fruncido.

—No me gustan las sopas —dijo cuando lo sintió entrar.

Adam puso los ojos en blanco.

—Será solo por unos días mientras recuperas fuerzas.

—Pero no me gustan —se quejó como niña pequeña—. Además soy diestra, cómo se supone que la comeré sin bañarme toda.

—Por qué no le dijiste a una doncella que te ayudara.

Ella lo miró ofendida.

—No quería que pensarán que era una inútil.

Adam suspiró, era más difícil tratar con ella convaleciente.

—¿Debo suponer que le dijiste a la doncella que eras zurda?

Ella asintió.

Él suspiró.

—¿Quieres que yo te ayude? —cuando ella negó con la cabeza casi gritó exasperado— ¿Por qué? —logró preguntar con un tono de voz aparentemente calmo.

—Creo que me las arreglaré sola —afirmó al final— de alguna forma.

—Estás actuando como niña pequeña.

Ella suspiró.

—Lo sé, lo siento, pero es que... no estoy acostumbrada a que alguien me ayude.

Adama gruñó y le arrebató el tazón con caldo.

—Acostúmbrate, yo te ayudaré. —Cuando ella lo miró de forma fulminante él agregó con ternura—: No pienso que seas una inútil, Topacio, simplemente debes aprender a aceptar ayuda cuando se necesita, no siempre puede hacerlo uno todo. ¡Estás convaleciente, por el amor de Dios!

Ella no dijo nada por unos minutos, al final, asintió a regañadientes.

Él la ayudó con la sopa y, después de varias muecas de disgusto, se la terminó.

—Gracias —dijo ella al final.

—De nada.

—No, gracias por cuidarme. La señora Rose me dijo que te habías quedado cuidándome todos estos días. No tenías que hacerlo.

—Eres mi esposa —dijo como si ella no lo recordara.

—De todas formas, gracias.

Ella no dijo nada más, no sabía qué más decir. Se sentía tan bien saber que alguien se preocupaba por ella. Era extraño, pero se sentía bien.

Tocaron a la puerta, luego alguien entró con una bandeja que Adam depositó en la cama. Era su cena.

Después de que la criada se retiró, empezó a comer.

Topacio lo observó por un rato, mientras analizaba en qué momento ese hombre que tanto había despreciado se había convertido en alguien importante para ella.

—¿Sucede algo? —preguntó él.

—¿Quién me quiere matar, Adam? Sé que tú lo sabes —dijo sin intención de decirle la verdad de lo que sucedía.

Ella sabía que él lo sabía, lo había deducido desde el momento en que él salió apresurado de la habitación.

Él se tensó ante la pregunta y después de tragar un bocado de carne dijo:

—Se llama Juliette y la cuenta que tenía pendiente es conmigo.

—¿Es una antigua amante?

Parecía lógico, había amantes que podían volverse locas, sin embargo, en el momento en que pronunció las palabras una punzada de un sentimiento desconocido la atravesó. ¿Celos? Imposible, ¿o no?

—No. Juliette era la esposa de un antiguo espía inglés, un viejo amigo mío. Él se había casado con ella antes de la guerra y cuando esta comenzó, la mujer lo manipuló para que apoyara a Francia. Empezó entonces a aprovecharse de la confianza que le habían brindado y comenzó a traficar armas de Inglaterra a Francia,.

—Lo descubriste —dedujo ella.

—Sí. Escuché una conversación entre él y un francés antes de que él viniera en un barco hacia aquí con el fin de buscar más armas. Esa vez no pude escapar lo suficientemente rápido, me vio y me persiguió; al final terminamos en una lucha donde solo uno de los dos podía escapar con vida. Era la suya o la mía.

—Y ella, ¿cómo supo que tú lo mataste?

—Nos vio. Iba desarmada, así que no pudo hacer nada, solo me aseguró que se vengaría.

Topacio analizó lo dicho y luego frunció el ceño.

—Y ha decidido cobrársela conmigo. ¿Por qué? La cuenta es contigo.

Adam soltó una carcajada.

—Ya veo que tienes ganas de quedarte viuda, pero creo que ella se guía por la ley del talión. Yo le quité a su esposo y ella quiere quitarme a la mía. Pero no te preocupes, ahora que sé la verdad, no permitiré que nada malo vuelva a pasarte —aseguró acariciando su mejilla.

Topacio abrió la boca para hablar, él se adelantó.

—Sí, ya sé que puedes cuidarte sola, pero creo que puedo ayudarte. Déjate ayudar, Topacio.

Ella asintió y por un momento no hicieron más que mirarse, como si se hubiese formado un vínculo y cualquier movimiento pudiera romperlo. Se miraron como si fueran las únicas personas en el mundo, con intensidad. Sus miradas expresaron lo que su boca y sus corazones no se atrevían a admitir aún. Por un momento, desearon que la conexión no se rompiera nunca pero, ya fuera por el viento que agitó las cortinas, o por el sonido de un búho a la distancia, Topacio apartó la vista y Adam volvió a centrarse en el plato.

—No debió ser fácil matar a un amigo —le comentó Topacio.

Adam negó con la cabeza y una expresión melancólica pasó por su rostro.

—Supongo que es una de las desventajas del trabajo —dijo y luego de un rato de silencio preguntó—: ¿No es la mejor manera de comenzar un matrimonio, no?

—No, pero ya que el matrimonio no fue en circunstancias comunes... supongo que era mucho pedir que comenzara normal.

Adam sonrió.

—Supongo.

Silencio. Adam terminó de comer y dejó la bandeja a un lado.

—Creo que te dejaré descansar.

—No tengo sueño, he dormido por tres días, creo que es más que suficiente.

—¿Entonces, qué hacemos? —preguntó y luego de un rato dijo—: ¿Juegas ajedrez? Las piezas sí las puedes mover con la izquierda.

Topacio asintió.

—Es una buena idea, soy muy buena en ese juego, mientras no sea Zafiro la contrincante.

—Bien, ya regreso.

Salió y volvió unos cinco minutos después con un tablero de ajedrez tallado en madera.

—¿Antes de comenzar, qué tal si apostamos?

Topacio dudó, hace tiempo aprendió que no era bueno apostar con ese hombre, pero el desafío era tanto...

—¿Qué apostamos?

—Juguemos a dos de tres, si tú ganas, te daré la pistola que me pediste.

—Deberías dármele aunque no gane, es un esencial medio de protección.

—Si yo gano —continuó como si ella no hubiera interrumpido— tendré

una dosis de besos ilimitados.

Topacio frunció el ceño pensativa, pero ya los dos sabían la respuesta.

—Acepto.

Empezaron a jugar y Topacio no tardó en descubrir que el hombre debería competir con Zafiro. Le ganó esa ronda, y otras fuera de la apuesta. De seis partidas seguidas, solo pudo ganar dos y al final había más que perdido la apuesta.

Cuando ya entró la noche, Adam guardó el juego.

—Creo que es hora de dormir, tienes que descansar si quieres recuperar fuerzas.

Se acercó a ella y depositó un suave beso en sus labios. Un beso que siguió a otro y así sucesivamente. No eran besos pasionales, eran cortos, apenas un roce de labios. Cuando ella se apartó, él la miró en forma de regaño.

—Tengo besos ilimitados, recuerda.

Ella muy a su pesar, rio.

—¿No se supone que debo descansar?

Él se alejó a regañadientes.

—Tienes razón, es mejor que me vaya o será una noche muy larga.

Empezó a caminar hacia la puerta, pero a medio camino regresó para depositar un suave beso, más largo que los anteriores en sus labios y luego desapareció.

Topacio lo vio irse y se tocó con los dedos los labios, que todavía hormigueaban por sus caricias, entonces, algo cambió. No supo si en el transcurso del día, o desde antes, pero vio marchar a Adam con la sensación de que le habían robado más que un par de besos.

## CAPÍTULO 27

Los días siguientes fueron una dura prueba para la paciencia de Topacio. Ser tratada como a una inútil no era de su agrado y su vena independiente le reclamaba actividad. No obstante, Rutland estaba ahí para controlar esa vena; de hecho, no se había separado de ella en toda la semana. Comía con ella, charlaban, bromeaban y Topacio empezaba a encontrar su compañía agradable. Adam era una persona con la que se podían tratar varios temas. Él no criticaba sus ideas feministas ni las juzgaba, al contrario, estaba de acuerdo con ella en que las mujeres podían ser tan buenas como los hombres. Él era diferente, y Topacio se encontró bajando poco a poco las defensas. El hombre empezaba a inspirarle esa confianza que solo reservaba a sus cercanos. Empezaba a creer en él, y aunque cada parte de su mente se revelaba contra esa idea, no pudo evitar que la confianza se fuera formando, estaba fuera de su alcance.

Era extraño. Desde un principio supo que él era distinto, su instinto siempre se lo había dicho, sin embargo, hasta ahora era incapaz de admitirlo. Se estaba enamorando de Adam. Iba contra todo lo que siempre quiso. Iba en contra de todos sus planes, e incluso, todo podía arruinarse en su vida si ello seguía avanzado, pero Topacio sabía que ya no había vuelta atrás. En algún punto de todas sus discusiones, en algún momento en todos sus ataques, o tal vez cuando le confesó su más profundo secreto, su corazón empezó a bajar esas defensas que había levantado, esas defensas que le garantizaban la supervivencia en un mundo cruel. En algún momento desconocido él las había quebrado todas dejándola vulnerable a ese sentimiento que la gente llamaba amor. Ella nunca quiso enamorarse por temor a confiar ciegamente en el otro, pero ahora entendía que uno no podía evitar enamorarse, era algo que nacía de forma impredecible, que llegaba sin que uno se percatara de ello

y, cuando sucedía, era imposible dar marcha atrás, pues ya te atrapaba de tal forma que era imposible librarse de él.

Tenía que decírselo, tenía que confesarle lo que sentía, él también la amaba, ¿no? Ella no había querido pensar mucho en el asunto por miedo a las conclusiones que pudiera sacar, pero si era así, todo sería perfecto. Tendría la vida feliz que nunca esperó, pero que estaría encantada de vivir. Sí, tenía que decírselo.

Con decisión, se levantó de la cama, apoyándose en el poste de esta mientras dejaba que sus músculos agarrotados por falta de ejercicio recuperaran las fuerzas. Ya hacía diez días que había despertado y sinceramente no sabía por qué seguía en la cama, la herida casi había sanado y ella se sentía muy bien.

Llamó a una doncella y pidió un baño, debían ser cerca de las once de la mañana. Había visto a su esposo temprano, pero había tenido que salir. Lo buscaría por todo el campo si era necesario, pero se lo diría en ese mismo momento. No sabía si iría a almorzar, por lo que no podía esperar; hacerlo solo sería una pérdida de tiempo.

Después del baño, se puso un traje de montar. A Rutland puede que le diera un ataque si la veía montando, pero le habían disparado en el hombro, no en el las piernas o en el costado, no era tan grave.

Estaba a punto de salir cuando una doncella tocó la puerta y le entregó una carta. Apenas la tocó, un mal presentimiento le recorrió el cuerpo.

Presa de un miedo desconocido, la abrió y comenzó a leer.

Querida Topacio:

Sé que no me conoces, pero supongo que ya debes estar enterada de todo. Verás, ya que me has negado el privilegio de cumplir mi venganza contigo, he decidido tomarla de otra forma, es decir, con Adam, al fin y al cabo, era él quien me la debía. Prepara tus vestidos de luto y ven a recoger el cuerpo en la cabaña abandonada que queda a cinco acres al norte de la casa.

El corazón se le detuvo. No, el no podía estar muerto. Claro que no lo estaba. Se negaba a creer que hubiera muerto, y menos ahora que había descubierto que lo amaba tanto como a sí misma. Él no podía abandonarla ahora, él no podía dejarla también.

Presa de una desesperación poco propia en ella, y no dispuesta a creer aún

en las palabras dichas en la carta, empezó a preguntar a todo el servicio si habían visto a Rutland. Todos en la casa supusieron que había salido temprano, pero nadie, ni siquiera Rose, fue capaz de informarle a dónde.

Topacio se negó a perder la compostura, la mujer seguramente quería atraerla a una trampa, y ella no iba a caer. Revisó cada rincón del cuarto de Adam en busca de un arma hasta que la encontró. Con ella salió, fue directo a los establos y montó un caballo haciendo caso omiso de la molestia en el hombro; empezó a cabalgar por las tierras en busca de alguien que le pudiera dar razón del paradero de su marido, porque tenía que estar en algún lado, se negaba creer en otra cosa.

No llevaba ni diez metros cabalgando cuando se dio cuenta de que dos lacayos la seguían, pero antes de que preguntara por qué, uno de ellos se explicó.

—Su excelencia nos dio órdenes de que, si usted llegaba a salir, no la dejáramos ir sola.

En otra ocasión, Topacio hubiera replicado y se hubiera quejado de una protección que no necesitaba, pero en esa, no dijo nada, quizás ellos tenían razón y necesitaban ayuda extra.

—¿Saben dónde está mi marido? —les preguntó.

—Creo que iba a visitar a unos de los arrendatarios, excelencia, para ver cómo le iba después del incendio de hace días.

Topacio recordó que ese incendio era el causante de que ellos estuvieran ahí. Asintió y pidió a uno de los lacayos que le indicara el lugar.

Cuando llegaron, el señor Jonh, el arrendatario, les indicó que el duque había estado con él, pero que de repente se había marchado sin decir nada. Topacio preguntó a los demás arrendatarios, pero ningún otro lo había visto. Decidió buscar por toda la hacienda si era necesario. La preocupación empezó a embargarla, cuando Adam no dio señales de vida. No había rastro de él por ningún lado y llevaban casi una hora cabalgando. El corazón casi se le detiene cuando los lacayos identificaron el caballo de su esposo a unos metros suyos, solo que el animal no tenía jinete y este no se veía por los alrededores. La cara se le puso pálida, y el miedo que sentía junto con la constante sensación de que algo malo sucedería aumentó cuando el hombre no apareció en las horas siguientes.

Regresó a la casa con la esperanza de que hubiese vuelto, pero no fue así. Entonces, decidió ir a la cabaña. Era una locura, lo sabía, pero la ansiedad la

comería viva si no salía ya de dudas.

De alguna forma, logró librarse de los lacayos que tenía como guardaespaldas y se fue a caballo con la pistola en la mano a la dirección indicada.

Al llegar, podía jurar que sus fosas nasales olían las malas energías que rodeaban a la cabaña. Abrió la puerta con más miedo del que había sentido en los últimos doce años, y entró. Estaba vacío. Subió las escaleras que daban a una pequeña planta arriba, pero tampoco había nadie. No supo cuál sentimiento fue más fuerte, si el alivio, o el miedo que sentía al saber que había sido cazada como una presa. Bajó rápidamente y se encontró con que la puerta estaba cerrada. Empujó con sus fuerzas ignorando la molestia en el hombro pero la puerta no se abrió. Pronto, el olor a humo invadió su nariz y Topacio tuvo el presentimiento de que moriría ese día. Moriría sin ni siquiera conocer la cara de su enemiga y sin haber confesado sus sentimientos.

Rutland tardó al menos dos horas en llegar a la casa. Cuando visitaba a los arrendatarios, vislumbró por el rabillo del ojo un movimiento sospechoso, cuando giró, vio a una figura alejarse corriendo. No había tardado mucho en reconocer a Juliette y, sin pensarlo con claridad, salió tras ella; cualquier pensamiento racional fue opacado por la rabia que sintió al recordar a Topacio herida. La persiguió y, a pesar de que iba a caballo y ella a pie, la mujer se escabulló. La estaba buscando cuando su caballo se empezó a agitar y se dio cuenta de que había una serpiente frente a él. Sabiendo que el caballo no se tranquilizaría, saltó antes de que lo tumbara y, apenas el animal se vio librado de su peso, salió corriendo sin que Adam pudiera hacer nada.

Con un mal presentimiento, mató a la víbora y emprendió el camino de regreso. Hizo sus mayores esfuerzos para ir rápido, aun así, tardó dos horas en llegar a la casa y explicar la situación. Cuando llegó, Rose le informó que Topacio se había levantado y lo había estado buscando, que había preguntado repetidas veces por él y que se veía muy angustiada. Le informó que había vuelto a salir y se mostró preocupada porque había burlado a los lacayos que la acompañaban y andaba sola.

Un escalofrío recorrió de pies a cabeza a Adam en ese momento, que en vez de salir a buscarla, subió los escalones hacia su habitación. Un impulso lo llevó a hacerlo, como si una fuerza sobrenatural le indicara que debía ir ahí

primero. Cuando entró, lo primero en lo que se posaron sus ojos fue en la nota tirada en el piso.

Rápidamente la cogió y empezó a leerla, poniéndose más pálido con cada palabra que veía. No, ella no pudo ser tan insensata para haber ido ahí, para haber creído en eso, ¿o sí? Rose le dijo que ella lo había buscado como loca y que, si no lo había encontrado, era probable que creyera lo peor y...

Soltando una serie de juramentos, se dirigió a toda velocidad al establo, donde montó y fue a galope rápido hacia la dirección indicada. Conocía la cabaña, estaba abandonada desde hacía años, y quedaba lo suficientemente lejos para que nadie oyera cualquier pedido de ayuda.

Azuzó al caballo todo lo que pudo mientras sus pulmones trataban desesperadamente de inhalar el aire perdido. Su corazón latía tan fuerte que se creería que podía salirse del pecho, pero no sabía si era por el ejercicio o por el miedo que ocupaba cada rincón de su cuerpo. Estuvo a punto de perderla una vez, no podía sucederle de nuevo. No resistiría esa angustia.

Cuando se acercó al lugar, el olor a humo fue lo primero que lo puso en alerta; al llegar, se dio cuenta de que la cabaña estaba en llamas. Desesperado, se bajó del caballo y, sin molestarse en atarlo, se acercó a ella solo que, antes de llegar, sintió el frío cañón de una pistola que estaba apuntando a su sien.

—No lo creo *chère*, no lo creo. Yo vi morir a mi esposo y, aunque no planeé que vinieras, creo que el destino está a favor de que tú veas morir a tu mujer. Y, al igual que yo, no podrás hacer nada.

## CAPÍTULO 28

Adam veía con impotencia cómo la pequeña cabaña se incendiaba mientras creía escuchar a los lejos los gritos de Topacio pidiendo ayuda. Y él, ahí, sin poder hacer nada con una pistola apuntándole a la cabeza.

Tenía que pensar rápido, tenía que distraerla para quitarle el arma y así poder salvar a Topacio; aunque debía darse prisa, tenía que mantener la calma, si la mujer disparaba y lo hería o mataba, no podría salvar a su amada.

—Tu esposo era un traidor, Juliette, y lo era por tu culpa; no puedes culparme a mí de algo que en realidad causaste tú.

—¡Cállate! —exclamó la mujer furiosa—. Él solo hacía lo mejor para todos, sabía que apoyar a Francia sería lo mejor y tú lo mataste.

—Sin embargo, él estaba más que dispuesto a matarme a mí, era su vida o la mía.

—Podías haberte unido a nosotros cuando te lo propuso.

—¿Y traicionar a mi país? —preguntó incrédulo—. Estaba fuera de mis opciones, Juliette. Esta es una venganza absurda. Tu marido cosechó lo que sembró, si no lo mataba yo, lo hubiera hecho cualquiera que los descubriera por traidor. Aún tienes oportunidad de irte a Francia. Déjanos en paz y prometo no hacerte daño.

—¡Ja! ¿Crees que me importa? —dijo ella con voz que denotaba rabia contenida—. Puedes matarme si quieres, ya no me importa nada, has matado al ser que más he querido en la vida y me has dejado sin nada. ¿Qué importa ya la muerte? Podrás matarme si quieres, pero primero verás cómo muere tu esposa. Si muero, sabré que vivirás con esa pena y sufrirás lo mismo que yo.

Adam volteó con cuidado la cabeza solo para comprobar que la vista de la mujer se había perdido en algún lugar del bosque. Aprovechando su distracción, giró rápidamente y torció las manos de la mujer con el fin de que

soltara el arma; ella lo hizo y Adam aprovechó para darle un golpe en la cabeza y la dejó inconsciente.

Sin perder tiempo, se apresuró hacia la cabaña en llamas y derrumbó la puerta de una patada. Estaba por entrar, cuando escuchó que alguien decía:

—Necesito que me enseñes cómo saltar de una ventana y caer de pie. Resulta ser más útil de lo que una cree.

Topacio sonrió ante su gesto de estupefacción.

Después de examinar toda la cabaña, había descubierto que no había nada con lo que pudiera golpear la puerta para destrabarla, así que había optado por intentar escapar por la pequeña ventana del piso superior. Era una abertura de reducido tamaño, pero representaba su única opción, las llamas aún no habían llegado a la parte de atrás y, si no hacía algo pronto, moriría asfixiada. Empezó a gritar pidiendo ayuda para no levantar sospechas, por si su agresora estaba cerca, lo mejor sería que creyera que estaba desesperada.

Luego, se había quitado el traje de montar y se había quedado solamente en camisola y ropa interior, no podía arriesgarse a que las voluminosas faldas la dejaran atascada. Sacó medio cuerpo por la ventana hasta que sus manos tocaron el árbol que había cerca, lo había sostenido con fuerza y se había impulsado. Logró salir de la casa, pero se resbaló de la rama y había terminado cayendo al piso.

Tardó solo unos segundos en levantarse, e ignorando el dolor de sus miembros, cogió la pistola que había lanzado antes y rodeó la casa evitando las llamas.

Se acercó silenciosamente buscando con la vista a la que podía ser su agresora. Unas voces provenientes de la parte delantera la alertaron y se encontró con la escena de Rutland que estaba desarmando y golpeando a la mujer.

El alivio que sintió al verlo a salvo no se podía comparar con nada que hubiera sentido antes.

—Topacio. Gracias a Dios. —alejándose del fuego, el hombre le dio un gran abrazo y esta vez ella no protestó. Se alegraba de sentirlo cerca, de percibir su calor, de saberlo vivo y a salvo.

Su vista se posó en el cuerpo de la mujer.

—¿Está muerta?

De mala gana, Adam se zafó de su abrazo, se acercó a Juliette y le tomó el pulso.

—Vive, será mejor que la atemos hasta que alguien venga por ella, no vaya a escaparse.

Topacio asintió y Adam rasgó un pedazo de tela de su manga para atarle manos y pies. Cuando terminó, se giró hacia Topacio y frunció el ceño al ver que había sangre en la herida.

—¡Se te ha abierto la herida!

Topacio la miró y le quitó importancia con un ademán de mano.

—No creo que sea grave.

Adam soltó un juramento y miró con rabia a la mujer tendida en el piso, no había que ser un genio para saber que por su cabeza pasaban distintas formas de asesinarla.

Topacio lo jaló del brazo para alejarlo de la tentación y juntos montaron el caballo de Adam y emprendieron el camino de regreso, no sin que antes él le diera su camisa a Topacio para que se cubriera

Cuando llegaron, hicieron caso omiso de las miradas sorprendidas del personal de servicio cuando los vieron, y dieron aviso a los lacayos de que fueran inmediatamente con agua a la cabaña y que uno de ellos trajera a Juliette para entregarla a la justicia. Era probable que a la mujer le dieran pena de muerte pues, aunque no había testigos del intento de asesinato, Adam podía atestiguar que, a pesar de haber estado casada con un inglés, estos habían traicionado a la Corona y, como ya no estaba en Francia, nada la salvaría.

Llamaron al doctor para que revisara la herida de ella. No era nada grave, se había abierto un poco, pero nada que no se curara con descanso, Topacio veía otra larga semana en cama.

Ambos se miraron analizándose mutuamente, como si intentaran comprobar con sus propios ojos que los dos se encontraban bien. Pasaron varios minutos en silencio hasta que fue ella la que lo rompió.

—Te amo —confesó ella de repente.

Adam arrugó el entrecejo y parpadeó varias veces, intentando dilucidar si lo que acababa de oír era cierto o una alucinación auditiva producto del golpe en la cabeza. La miró esperando a que ella le confirmara alguna de las dos teorías.

—Te amo —repitió ella viendo su confusión—. No puedo decir más, pues no soy dada al romanticismo, solo puedo decir eso, te amo, no tengo ni la menor idea de cómo sucedió, tampoco sé cuando, pero te amo, y casi me

vuelvo loca cuando pensé que podías estar muerto. Sentí que si tú también me abandonabas, no me quedaría nada. Te amo y a pesar de que eres irritante, arrogante, un granuja, una alimaña, un sinvergüenza, un desgraciado, un chismoso y... —contó con los dedos para asegurarse de que no le faltaba ningún adjetivo— ¡ah!, y un entrometido, quiero pasar el resto de mi vida contigo —culminó y asintió con la cabeza para enfatizar lo dicho.

Adam se quedó sin palabras por lo que pareció una eternidad y, si Topacio no supiera su respuesta, se hubiera puesto muy impaciente.

—¡Oh, Topacio!, yo también te amo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Ella asintió.

—Te escuché cuando se lo dijiste a tu ama de llaves.

Él arqueó una ceja.

—¿Quién es el entrometido ahora?

—Fue casualidad —se defendió.

Él sonrió.

—Bien, te lo diré de todas formas. Te amo, te amo y te puedo dar en este instante un sinfín de motivos, pero como acabas de decir que no eres fan del romanticismo, creo que me conformaré con decirte lo feliz que me haces, y yo también quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Topacio sonrió y lo besó. Se besaron con entusiasmo, con pasión y a la vez con ternura, expresando en el beso todas las palabras románticas que ninguno de los dos había dicho.

—Tu herida —recordó él cuando Topacio se pegó a su cuerpo.

—¿Qué herida? —preguntó con inocencia y volvió a besarlo, consumiéndose en las llamas de la pasión y del amor

Y así fue como un maravilloso sentimiento unió a dos personas tan distintas como el día y la noche. Así fue como la víbora encontró a alguien inmune a su veneno y el famoso espía completó la misión más difícil de su vida, conquistar el corazón lleno de secretos de Topacio, lo que dio como resultado un único y maravilloso amor.

## EPÍLOGO

Cinco años después...

—No puedo creer que volvamos a hacer esto —comentó Adam mientras enganchaba los caballos al tálburi.

—Será divertido —afirmó Topacio montándose en el carruaje después de que él lo hubo enganchado—. Míralo como una de esas aventuras que no tenemos hace años.

—¿Que no te tenemos aventuras? —preguntó incrédulo Adam—. Los niños se sentirían muy tristes si oyeran eso. Para ellos todos los días hay una aventura nueva.

Topacio sonrió al acordarse de Tamara y Albert.

—Bien, puede que sí tengamos aventuras todos los días, pero sabes que necesito ver de nuevo a esos gitanos; la sospecha de que pudieron conocer a mi madre no se me borra de la cabeza desde que analicé bien el asunto y no se me borrará hasta que tenga mi confirmación.

Adam suspiró y puso en marcha los caballos dirigiéndose hacia el pueblo donde, según los rumores, se instalaba un campamento de gitanos, que esperaban que fuera el mismo de aquella vez.

Cuando llegaron la vista de Topacio se paseó por el lugar en busca de alguna señal que le indicara que ese era el campamento que buscaba. La encontró en el hombre de cabellos canos que atendía unos caballos en frente, era el mismo hombre que la había llamado Tamara.

Tuvo la intención de acercarse a él, pero un instinto hizo que fuera directo a la carreta pintada de rojo y dorado que estaba a unos metros de ella. Sintiendo de pronto un extraño nerviosismo, tocó la puerta y la misma voz de la anciana de hacía años respondió.

Seguida de Adam, Topacio entró en la carreta y su vista se posó

inmediatamente en la anciana, que en ese momento le sonreía, como se le sonreía a una visita a la que se esperaba desde hacía tiempo.

—Es un gusto volver a verte, Topacio —saludó la anciana.

Topacio se acercó a ella y apoyó las manos en la mesa de la última vez. Miró a los ojos negros de la mujer y por un momento las palabras se negaron a salir de la boca. No sabía qué decir ni qué hacer. La anciana la recordaba, la recordaba y eso no hizo más que incrementar sus sospechas.

—¿Vienes a otra consulta sobre tu futuro? —preguntó la anciana.

Ella negó con la cabeza.

—Yo... yo quiero saber si ustedes conocieron a Tamara Loughy —dijo con firmeza.

La anciana no mostró el menor signo de incredulidad ante su pregunta, en cambio, asintió.

Sintió de repente la boca seca, esa pregunta le había estado rondando por la cabeza desde hacía años, pues, si ese era el campamento de la familia de su madre, significaba que ahí podía estar su abuela, o podría tener tíos.

—Sí —respondió la anciana, y como si le leyera la mente dijo—: yo soy tu abuela, Topacio —confesó la mujer mientras unas lágrimas de alegría bañaban sus ojos.

Por varios segundos, Topacio no supo cómo reaccionar. Era... una fuerte noticia; después de todo, su familia no estaba por completo muerta. Ella también sintió cómo las lágrimas le llenaban los ojos y, guiada por el instinto, abrazó a la mujer. Estaba viva, una parte de su familia estaba viva.

—Pe... pero... —tartamudeó cuando se separó de ella, no era dada a muestras de amor, pero esa era, sin duda, una excepción.

—¿Por qué no lo he dicho antes? —adivinó la anciana—. No quería intervenir en lo que el destino te tenía preparado. Eres igual que tu madre, Topacio, igual de impulsiva, ¿me negarás que si te lo hubiese dicho en ese momento te hubieras empeñado en venir con nosotros y hubieras hecho que este hombre —señaló a Adam— nos persiguiera por todos lados?

Topacio no lo negó, porque probablemente eso es lo que hubiera sucedido.

—Confieso que por momentos tuve intención de no regresar —continuó la anciana—. La noticia de la muerte de mi hija me dejó destrozada, pero algo hizo que cambiara de opinión, y ese don que el destino me ha dado es lo que me ha ayudado a reencontrarme contigo. No nos veremos mucho tiempo, niña mía, no estaré aquí por muchos días y pronto volveré a viajar, porque

esa es la vida a la que estoy acostumbrada y la que no podría abandonar, pero igual que con tu madre, te propongo vernos todos los años aquí, en estas mismas fechas, y compartir un poco entre nosotras.

Topacio asintió incapaz de decir palabra. Adam, que había llegado a su lado, le pasó una mano por los hombros a su esposa y se dirigió a la anciana con una sonrisa.

—¿Qué tal si nos dice qué nos depara el futuro, señora?

Carlota sonrió, tomó las manos de Adam y Topacio y las unió. Luego, mirándolos a los ojos, dijo sin titubear.

—Felicidad, el destino solo les depara felicidad.

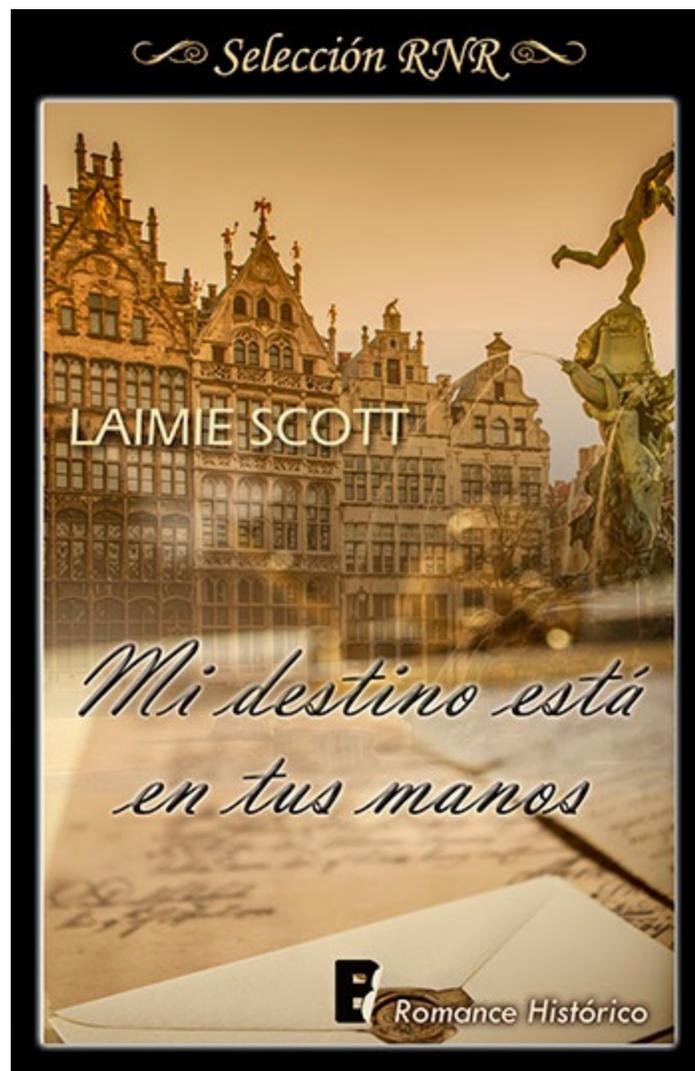
Si te ha gustado

# Los secretos de Topacio

te recomendamos comenzar a leer

## Mi destino está en tus manos

de *Laimie Scott*



## PRÓLOGO

*Amberes, 1575*

La fiesta dada por las autoridades flamencas al gobernador español y sus hombres servía para tender puentes entre los dos países. Desde que los españoles habían ocupado aquellas regiones, las hostilidades y las desavenencias eran algo tan cotidiano como el cielo plomizo y las lluvias torrenciales. Con aquella recepción se esperaba que las revueltas flamencas llegaran a su fin y que ambas comunidades pudieran vivir en paz. Pese a los deseos del rey de España, la sombra de Inglaterra planeaba sobre aquella parte del viejo continente. Isabel, con su apoyo a los flamencos con la excusa de la religión, buscaba debilitar a las tropas de Felipe de España y que de este modo Inglaterra se alzara con la hegemonía de Europa.

Ajenos a estos entresijos políticos, los soldados españoles de los Tercios se divertían e iban de un lado para otro. Los principales capitanes habían sido requeridos en dicha recepción y charlaban de manera amistosa con sus homónimos flamencos. El capitán Rodrigo de Mendoza bebía de su copa y con la mirada parecía estar buscando a alguien. Aunque, a decir verdad, no conocía a mucha gente allí, salvo por los altos mandos del ejército y sus compañeros de armas. No hacía mucho que había llegado a Flandes sirviendo a su rey y desde el primer día había encontrado aquella tierra como un pozo de inmundicia y suciedad que en nada tenía que ver con su humilde hacienda en el sur de España.

—Rodrigo, ¿qué te inquieta esta noche? Te noto ausente —le confesó el hombre a su derecha, observándolo con atención.

—No es nada, francés. Es... que no estoy hecho para estos ambientes, ya me entiendes —le dijo Rodrigo agitando su mano delante del hombre, a quien se había dirigido por su nacionalidad y no por su nombre.

—Pues yo más bien diría que tienes la atención fija en algo, o en alguien. —El francés se corrigió sonriendo de manera burlesca al dirigir su propia mirada hacia el lugar donde la había fijado su compañero. Al descubrir el objeto de la atención de su capitán, sonrió con toda intención y le palmeó el hombro a su amigo—. Déjame decirte que tu elección es acertada. Es una

dama muy bella —apreció Rodrigo asintiendo con un gruñido—. Pero también debo advertirte que no tienes nada que hacer. —Aquel comentario captó la atención de Rodrigo, quien miró al francés con el ceño fruncido, sin comprenderlo—. Es una dama flamenca y tú, un capitán de los Tercios. Su enemigo. El invasor. Olvídalo y búscate una mujer a tu alcance para esta noche. Una tabernera, una ramera o una de las muchas cantineras que han venido con la tropa hasta aquí.

Rodrigo entrecerró sus ojos sin apartarlos de aquella hermosa criatura que charlaba de manera cordial con varios dignatarios.

—Tienes razón —comenzó Rodrigo mientras su compañero francés asentía—. Es bonita. Es una dama flamenca y yo, un soldado español. Pero te equivocas. —Aquel cambio de parecer de su capitán hizo que el francés se sobresaltara y que lo mirara confundido—. *Sí* está a mi alcance —le aseguró apurando el trago de su copa para dejarla sobre una mesa, antes de dirigirse hacia la dama, con paso firme, ante la atenta mirada del francés, que sacudía la cabeza sin comprender a su capitán.

La mujer se excusó de sus contertulios para tomar algo de aire lejos de estos. Charlar sobre la situación política de España, Flandes o Inglaterra le daba dolor de cabeza. Además, ya sabía lo que necesitaba. No hacía falta demorarse por más tiempo. De manera que se alejaría de aquellos hombres para buscar un ambiente más sosegado. Pero antes debería terminar de cumplir lo acordado. Su contacto no debería demorarse en gran medida, si quería tener todo listo para llevar a cabo su plan.

Pero justo cuando iba camino de encontrarse con su misterioso confidente, la presencia cercana de un hombre le impidió avanzar. Se volvió hacia él para enfrentarse a aquel par de ojos grises que la miraba con inusitada curiosidad y que le provocó una ligera marejada en su interior.

—¿Nos conocemos? —le preguntó sin más preámbulos mientras ella lo miraba intrigada por saber quién era aquel extraño. ¿El hombre enviado por los ingleses?

—Con ese firme propósito me he dirigido hacia vos. Y ahora mi interés ha aumentado al escucharos hablar en castellano —le confesó Rodrigo con una leve reverencia ante ella y presto a tomar su mano para besarla; pero en último instante ella la apartó para desilusión de Rodrigo.

—No tengo por costumbre hablar con extraños. Y menos si son españoles —le rebatió con dureza, tomó el vestido entre sus dedos y lo alzó lo necesario

para caminar más rápido y huir de él. Pero en ese instante, él estaba justo delante tapando su camino mientras la contemplaba con gesto divertido.

—En ese caso permitid que me presente. Capitán Rodrigo de Mendoza —se presentó volviendo a hacer una exquisita reverencia ante la dama—. ¿Y vos?

—¿Por qué debería decíroslo? —La mirada y el tono de ella eran fríos como las mañanas en aquel lugar. Pero sus ojos eran cálidos como el sol de España que él echaba en falta. Rodrigo observó como el cuerpo de ella se tensaba por su presencia; algo que no discutía, ya que pertenecían a bandos enfrentados.

—Porque sería de mala educación marcharos sin decirme vuestro nombre. —Rodrigo trató de mostrarse cordial con ella. No quería que lo viera como a un soldado enemigo, sino como a un posible aliado.

Ella sonrió con un deje burlón mientras sus mejillas se encendían y no sabría decir si era por la gracia que él le causaba o por la impresión que se había llevado al verlo. Sus cabellos revueltos y algo largos, del color de la pólvora, su rostro de trazos firmes, sus labios finos... Y esa mirada gris entre la curiosidad y la expectación por saber de ella.

—Si con ello vais a dejarme ir... Elaine van Dijken. Y ahora que ya nos conocemos...

—Ah, pero seguís siendo descortés, mi señora —insistió Rodrigo sin apartarse ni un ápice del camino de Elaine. Este hecho la enfureció.

—Dejadme pasar...

—No os pongáis así. Esta recepción es para limar asperezas entre las dos comunidades. Y vos no parecéis muy predisposta a ello.

—Siempre y cuando me dejéis pasar. Tengo prisa. —Elaine hizo ademán de seguir su camino, pero de nuevo él se interpuso. Rodrigo estaba decidido a seducirla esa noche y más ahora que ella se mostraba dispuesta a presentar batalla.

—¿Os espera vuestro esposo? ¿Vuestro amante, tal vez?

Elaine lo miró con gesto altivo, lo cual encendió a Rodrigo, que sonrió burlón.

—¿Qué puede importaros a vos lo que yo tenga que hacer? Dejadme pasar o llamaré a los soldados. Es mi última advertencia. —Elaine sentía que la sangre comenzaba a bullir en su interior ante el descaro de aquel engreído español. Hizo un nuevo intento por avanzar, pero en el último momento su ímpetu la traicionó e hizo que se tropezara para caer entre los brazos de él.

Rodrigo la escuchó quejarse por el tropiezo y, al alzar ella su mirada hacia él, se encontró con unos ojos cristalinos como el agua, que lo miraban con una mezcla de curiosidad y de temor. Tenía los labios entreabiertos y parecía respirar con dificultad. Rodrigo la sentía agitarse entre sus brazos mientras él la sostenía para que no terminara en el suelo. No quería soltarla bajo ningún pretexto ni excusa, mientras el perfume que ella llevaba lo invadía sin que él pudiera resistirse.

Elaine sintió una mezcla de fuerza y determinación en él. Pero también había cierta calidez en su forma de sostenerla. Su corazón latió desaforado en el interior de su pecho; más por el temor de lo que él pretendía hacer que por los nervios de verse entre sus brazos. Percibió su deseo por apoderarse de sus labios mientras luchaba con todos sus medios para separarse de él. Y cuando él se inclinó para besarla mientras la acomodaba en sus brazos y contra su cuerpo, Elaine se sintió vulnerable y rendida de una manera que no comprendía. El leve roce de sus labios fue semejante al chispazo que provocaba acercar la pólvora al fuego antes de que el estruendo se escuchara y el humo lo invadiera todo. Elaine se sintió desconcertada por unos segundos, en los que pareció no oponerse a aquel beso. Pero entonces algo en su interior la obligó a reaccionar mientras él parecía bajar la guardia. Elaine se soltó y su mano voló rauda hacia la mejilla de Rodrigo. Ambos se quedaron contemplándose durante unos instantes en los que ambos parecían estarse retando. Rodrigo se limitó a sonreír, lo cual encendió más el espíritu rebelde e inquieto de Elaine. Ella sentía la sangre caliente recorrer sus venas de una manera alocada, bullendo como lava candente mientras el escote de su vestido se agitaba en demasía aumentando el volumen de sus pechos.

—¿Cómo os habéis atrevido? No sois más que un... —Elaine apretó los dientes al tiempo que cerraba sus manos, hasta que sintió el dolor que sus uñas le producían en las palmas. Sin una palabra más, se volvió, dándole la espalda, mientras caminaba presurosa hacia los demás invitados. En su interior, el corazón le latía de una manera que no había conocido antes. Nunca un hombre se había propasado de aquella manera con ella, y aquel soldado español...

Rodrigo la vio alejarse mientras él sonreía y el escozor en su mejilla se hacía más acusado a medida que se pasaba la mano por esta, pero debía admitir que había merecido la pena por un beso como aquel. Decidió regresar junto al francés, que lo vio avanzar hacia él con gesto turbado y una extraña

sonrisa. Una vez que Rodrigo estuvo a su altura, este sonrió divertido.

—Apuesto mi soldadesca a que esa rojez que tienes en la mejilla ha sido producida por cierta dama flamenca que corría como si el diablo la estuviera persiguiendo. Y no es la marca de una señal... cariñosa

—¿El diablo? ¿Es así como me ves?

—¿Intentaste besarla y ella te detuvo, no? —El francés sonreía de manera abierta ante aquella conclusión, y Rodrigo sacudió la cabeza.

—La besé y, aunque en principio ella aceptó el beso, después fue como si se diera cuenta de lo que estaba haciendo y se revolvió como una gata furiosa... ya ves —le refirió mostrándole la mejilla todavía encendida por la bofetada que ella le había propiciado.

—Al menos lograste tu objetivo. Pero yo de ti me andaría con cuidado —le advirtió captando la atención de su capitán—. No olvides que es una dama flamenca, y puede que, en otra situación, en vez de cruzarte la cara, hunda un puñal en tus costillas mientras te besa. Ándate con cuidado. No olvides en qué lugar estamos y cuál es la situación.

Rodrigo se quedó callado, pensando en aquellas palabras de su compañero. Era cierto que la situación en Flandes no invitaba a las conquistas de la mujeres, y menos las flamencas. Pero él no había podido resistirse desde que la divisó.

—No creo que vuelva a verla. De manera que no tendrá opción de hacer lo que dices —le aseguró Rodrigo con su mano sobre el hombro del francés y dejó que su mirada recorriera el jardín en busca de ella. Pero en esta ocasión parecía que la noche la hubiera raptado para sí misma.

## **Adam tiene ahora una nueva misión: descubrir todos y cada uno de los secretos que se esconden bajo la dura coraza de Topacio Loughy**

Sin embargo, lo que no espera es que ese hombre fastidioso decida pegarse a ella como una sanguijuela y que, para colmo, haya conseguido que el mismo príncipe ordene su matrimonio. Pero si cree que va a salirse con la suya está muy equivocado, ella le demostrará que es la peor persona con la podría querer casarse.

Adam, duque de Ruthan, conocido como Adonis de pelo negro, regresa de Francia al terminar la guerra, pues con ella termina también su trabajo como espía de la corona inglesa.

Piensa que el futuro le depara una aburrida vida de libertinaje y entretenimiento con muchachas debutantes... Hasta que vio a Topacio. Desde la primera vez que pone los ojos en esa hermosa mujer a la que muchos llaman bruja, queda absolutamente prendado. Por eso, cuando se le presenta la oportunidad de casarse con ella no duda en aprovecharla. ¿Qué mejor esposa que esa intrigante joven que parece ser mucho más de lo que deja entrever?

La víbora ha encontrado a alguien inmune a su veneno...

**Catherine Brook** es el seudónimo bajo el que escribe esta joven autora venezolana. Estudiante de arquitectura, disfruta del romance desde que tiene uso de razón. Siempre le han gustado las novelas con final feliz y fue después de leer *Bodas de odio*, de Florecia Bonelli, que se enamoró del género histórico y todas sus autoras. Cuando se le presentó la oportunidad de publicar en Wattpad, jamás se imaginó tal aceptación y, gracias a ello, ha dado rienda suelta a esta pasión, pues en su opinión, no hay nada mas mejor que una bella historia de amor con final feliz.

Edición en formato digital: diciembre de 2017

© 2017, Catherine Brook

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-932-4

Composición digital: Mandala Estudio

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## NOTAS

## CAPÍTULO 6

[1] Apodo con el que se conocía a George IV de Inglaterra.

# Índice

Los secretos de Topacio

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Catherine Brook

Créditos

Nota